

Ana Sastre

Con las alas del viento



RIALP

ANA SASTRE GALLEGO

CON LAS ALAS DEL VIENTO

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

Índice

[Cubierta](#)
[Portadilla](#)
[Índice](#)
[Cita](#)
[Prólogo](#)
[Introducción](#)
[I. Aquel día de junio](#)
[II. Ha llegado la paz](#)
[III. Años de formación](#)
[IV. Dios interviene](#)
[V. Cambio de rumbo](#)
[VI. Recomenzar](#)
[VII. La continuidad](#)
[VIII. Afianzamiento profesional](#)
[IX. Hacia el ancho mundo](#)
[X. El 17 de mayo de 1992](#)
[XI. Una mente abierta al mundo](#)
[XII. La vida como servicio](#)
[Epílogo](#)
[Galería fotográfica](#)
[Créditos](#)

«Inclinó los cielos y descendió,
con las nubes bajo sus pies.
Cabalgaba volando sobre un querubín
y corría veloz sobre las alas del viento»
(Ps 17, 10-11)

Un día, en un mínimo rincón
de la memoria del mundo,
será archivado mi corazón.
Al amanecer. Después de
las estrellas.

PRÓLOGO

Un día se disparan los sueños sobre el barro, del que todos procedemos.

El alma tiene ansias de altura, en su vivir sobre las piedras, y parece un sueño esa ayuda inesperada, que permite subir y seguir soñando. El encuentro desconocido y deslumbrador que le aguarda la invitará a “volar sobre las alas del viento”..., a salir de la inercia y subir, subir muy alto, más allá de nuestra imaginación y de la débil fuerza de nuestros brazos.

De esas realidades y de esos sueños quieren hablarte las páginas de este libro...

Escribir sobre el total de una vida ocuparía un largo espacio, con profusión de datos, para dar paso a un relato capaz de cruzar el umbral de cualquier interés ajeno.

Pero recordar, como en un impacto de secuencia filmica, los momentos más decisivos de felicidad y dolor, que por sí mismos engarzan la historia y apoyan la deducción de otros acontecimientos, es tarea más asequible y, sobre todo, más grata.

Un día, cercana ya la etapa final, se agrupan en el entorno de nuestro vivir cotidiano las ausencias de quienes han partido más allá del tiempo, las pasiones que un día nos impulsaron, la alegría de tantos encuentros —amor y amistad— enclavados en fechas inolvidables del camino, junto a la sed de otro mundo que pensamos infinito, y cuya frontera se aproxima en el tiempo con pasos inexorables.

Entonces, la necesidad de encontrar para todo una razón de ser, unida al empeño por no desaparecer en el olvido, nos despierta de una apática quietud para escribir, decir, justificar... Por si aquellos que han de llegar después, ausentes ya nosotros, encuentran en ello un sentido que halla puesto cabal en su propio crucigrama: alguna coincidencia que se intercala en los azares de su diario caminar, un sentir paralelo...

El ser humano tiene hambre de eternidad porque, si no, todo se despeña en la nada, sin proyección ni dimensiones, por más estatuas que aparezcan en las plazas y esquinas de las calles para abrigo y descanso de palomas. Por eso hay y habrá siempre quien escriba. Porque todo autor intenta prolongar la inquietud y la paz, la sed y la saciedad entre aquellos que, leyendo, le siguen.

Empieza así el recuerdo de nuestro andar, del volar con las alas del viento en una apasionante y renovada juventud. Con oleadas de vida que busca delinear el edificio personal que sus deseos han soñado. Con trabajo y esperanza que no advierten los límites.

Pero también llega al final la vejez, con la asunción pacífica de lo que cada uno ha

sido capaz de hacer, sufrir y disfrutar. Y vuelven a resonar —en un incesante redoblar de campanas en el alma, siempre queriendo repicar a fiesta— los ecos de sueños y proyectos.

Decía Juan Pablo II a los mayores, en el *International Forum on Active Aging*, en septiembre de 1980: «En realidad la vida de los ancianos ayuda a clarificar la escala de los valores humanos; hace ver la continuidad de las generaciones y demuestra maravillosamente la interdependencia del Pueblo de Dios».

Seguir subiendo por la escalera de la vida, entre proyectos, amores y esfuerzos hasta el epílogo de nuestro estar en este mundo: ese es mi deseo. Vivir consiste entonces en despertar cada mañana rechazando el tedio, la indiferencia o el desamor como guiones de nuestra trama existencial.

Todo llama al compromiso y al empeño. Y es de lo que hemos de exultar al final de nuestro tiempo. ¿Qué acuñar en una vida corriente, sin grandes alharacas ni espectaculares sobresaltos?... Precisamente eso: el devenir, en apariencia monótono, de los días, pero con hambre y sed de infinitud en el alma. Porque el don de la Presencia de Dios está invadiendo todo acontecer, esperando que oigamos la llamada universal de su Amor. Es, sin duda, lo más importante en el transcurrir de todas las jornadas.

Las páginas que siguen son peldaños sueltos de una vida que, al final, sólo se asoma al asombro y al agradecimiento. Algunas veces con dolor, es claro, pero siempre con la alegría de participar, siquiera sea levemente, en el escenario irrepetible de esta tierra de los hombres.

ANA SASTRE GALLEGO
Doctora en Medicina

INTRODUCCIÓN

Burgos: hora cero

Burgos es el trozo de mundo, retazo de Castilla, en que nací. Un día, lejano en el tiempo, mi hermana mayor, Ángeles, me contaría los pormenores del acontecimiento familiar.

Mis padres, trashumantes de condición, vivían entonces en un piso de la calle de la Merced número 30. Era el primero, y toda la fachada principal exhibía una galería blanca y encristalada que se repetía también en la parte posterior de la casa. Las habitaciones principales se asomaban a la Merced, y los servicios, al patio trasero. Delante no había casas, solo la calzada, bordeada por un paseo con árboles y bancos de piedra, y el cauce del río Arlanzón. Como un decorado de fondo, el Arco de Santa María, el paseo de El Espolón y la piedra flamígera de la Catedral, asomando sus agujas al cielo. A la izquierda, las bonitas construcciones del paseo de La Isla. Flanqueando nuestra vivienda existían un hotel de viajeros, el Sabadell, y un restaurante muy conocido en la ciudad, Fornos. La iglesia y convento de los jesuitas estaban también cercanos. Esta proximidad motivó el que, contando yo muy pocos meses, tuvieran que sacarme de casa en plena madrugada y envuelta en una manta, huyendo de un fuego intencionado y destructor - expresión del descontento de algunos contra la Iglesia Católica— que nos envolvió en humo y llamas; fue durante los años de la Segunda República en España. Pudimos cobijarnos en casa de unos amigos, Sofía y Quirino, que vivían algo más lejos, en el número 40 de la misma calle.

Yo vine al mundo el 9 de junio de 1932, y todo apunta a que fui muy bien recibida, aunque el motivo fundamental de tanta expectación estaba más allá de mis pequeños límites y merecimientos recién nacidos.

Hacía poco más de un año que había muerto otra niña, que nació el 9 de febrero de 1930 y que había sido motivo de alegría y festejos por parte de mis padres y hermanos. Todos dicen que era rubia y guapa. Y alegre. Se convirtió en el juguete familiar. Inesperadamente, una neumonía —difícilmente tratable entonces y en la que pudieron influir las temperaturas de Burgos y el pequeño y abierto chalet de la Barriada Militar donde vivían— acabó con su corta vida y con la felicidad que producía su presencia.

Mi madre me confesó, muy cercana ya su despedida del mundo, que ella inicialmente no deseó mi llegada. Porque le parecía imposible amortiguar el dolor de la pérdida

reciente. Porque temía otro incidente inesperado. Y porque se negaba a poner tanta dosis de amor sobre un ser tan frágil como el que, en la anterior experiencia, le había dejado el alma rota. En cuanto llegué, sin embargo, ocupé de tal modo espacio y situación que hasta me adueñé del nombre. Un buen día, a poco de mi nacimiento, casi de madrugada porque el Gobierno había desterrado las ceremonias religiosas, me llevaron a la Catedral. Y allí, junto a la estatura gótica de las columnas y la luz del amanecer atravesando los vitrales, un cura castrense, con uniforme militar, derramó sobre mi cabeza el agua del Bautismo en una pila de piedra secular: Ana María de Loreto Sastre Gallego estaba ya inmersa en el abrazo sacramental de la Iglesia Católica.

En casa estaban esperándome los brazos de mis padres, Ángel y María, de la tía Manolita y de mis hermanos Ángeles y Manuel. También nos acompañaba una joven amiga de Oña —un pueblo cercano— apenas tres años mayor que mi hermana Ángeles, que compartía con nosotros los azares y tareas de la vida cotidiana. Manolita Salazar fue siempre un miembro familiar entre nosotros.

Todo esto requiere una presentación algo más extensa, la puesta en escena de cada uno de los personajes de la trama. De otro modo no se entenderían los acontecimientos del futuro.

Mi madre, María de Loreto, era natural de Valladolid, nacida en el barrio de San Nicolás, cerca del paseo de Las Moreras, en un caserón de ladrillo rojo situado en la placita llamada «de los ciegos». Nunca conocimos a nuestros abuelos maternos —la abuela María y el abuelo Demetrio— porque murieron jóvenes: él tenía un puesto directivo importante en la Empresa de Ferrocarriles, y su posición económica y social era buena. No carecían de nada y veraneaban en ciudades de mar y moda: Santander y San Sebastián. Solo tuvieron dos hijas. Desde siempre, María, mi madre, se decantó por el estudio, y Manolita por los trabajos de la casa. De ahí que la primera estudiase en un colegio bien acreditado —las Carmelitas del Campo Grande— y posteriormente concluyese el bachillerato y la carrera de Magisterio en la Escuela Normal de Valladolid. Todo un alarde, poco frecuente en aquella época, entre mujeres de clase acomodada que no necesitaban trabajar para mantenerse. Tenía también una gran afición musical, que encauzaron sus clases de piano. Mientras tanto, su hermana mayor, mi tía Manolita, aprendía el cuidado de la casa y todas las manualidades que entonces se consideraban imprescindibles en el mundo femenino.

Sin embargo, sus vidas cambiaron de forma radical a partir de los años adolescentes.

El abuelo Demetrio murió repentinamente, con apenas cuarenta y tres años, de un infarto cardíaco; y como entonces no existía el negocio bancario tal como hoy lo conocemos, ni tampoco protección social de ningún género, los ahorros se acumulaban preventivamente en cooperativas. Algo debió de fallar en las previsiones, dado lo insólito de la muerte, y no recibieron nada de cuanto se podría necesitar. La situación económica viró por completo. La abuela María, afectada de una cirrosis hepática, sobrevivió solo cuatro años a la desaparición de su marido.

Apenas unos meses antes de este desenlace final aparece un personaje rigurosamente providencial. Se trata de don Julián Ruiz, un sacerdote de edad madura, culto, excelente

profesor de lenguas clásicas y muy amigo de don Miguel de los Santos, que llegaría a ser obispo. Don Miguel, que conocía y apreciaba a mi abuelo Demetrio, al tener noticia de la situación familiar envía a don Julián a nuestra casa como huésped; en ella ocupará una habitación y quedará, ya para siempre, al cuidado de la abuela María y de la tía Manolita. Don Julián pasará a ser, con el tiempo, el tío Julián. Ayudará en todos los órdenes: económico y social, educacional y religioso. Mi madre acabará sus estudios gracias a su apoyo y generosidad.

Nada más concluir la carrera de Magisterio, María de Loreto pedirá una plaza en una escuela y se le asignará una interinidad en un pueblo cántabro llamado Mataporquera. En las horas libres de clase se aferrará a los libros para preparar una oposición que le abra las puertas a una plaza fija en una capital de provincias. Estas pruebas podían cursarse en la ciudad de Valladolid, motivo por el que María, todavía jovencísima, hará frecuentes viajes a esta localidad, en la que continuaban viviendo don Julián y su hermana Manolita, después de fallecer la abuela.

Y fue entonces cuando conoció a Ángel que, tras cumplir los años obligatorios de la milicia, decidió seguir la carrera militar. Ángel Manuel, que así se llamaba mi padre, era un hombre guapo, como atestiguan las fotografías de tono ocre que se conservan en el álbum familiar. Con unos amplios mostachos al estilo de la época, de estatura media, ojos grandes y vivos, facciones regulares y empaque militar. Procedía de un pueblo de Zamora, Castronuevo de los Arcos, que debe su nombre al ladrillo que dibuja arcos árabes en el dintel de las puertas y que alterna con el adobe encalado de los muros. Mis abuelos paternos, Román y Salustiana —Tana para toda la familia—, eran labradores. Pero además el abuelo ejercía de experto carretero, por lo que la movilidad, acarreo y transporte del pueblo dependían de sus probadas habilidades. Tenían una casa grande, en plena plaza del pueblo, junto al frontón. Y cuatro hijos: Leonisa, Rosa, Inocencio y Ángel.

A mi padre, Ángel, lo definieron siempre como el mejor, el más serio, el más inteligente y cabal de la casa. Pero el más emprendedor, listo, trabajador y alegre era Inocencio —Chencho para todos nosotros—, que sería siempre el favorito de su padre. Tal vez sea ese uno de los motivos por los que Ángel se irá lejos de la casa paterna, a buscarse la vida en otras latitudes.

La tía Rosa era —según dicen— una belleza, y muy bien educada: había ido a un colegio de religiosas durante sus años de aprendizaje elemental. Leonisa era la chispa, el humor, el conocimiento exhaustivo de los chismes de todo el pueblo. Casada con un hombre serio, también labrador, tenía varios hijos que, con los de Rosa y Chencho, constituían una piña de primos con quienes hemos pasado días inolvidables con ocasión de incursiones al terruño castellano en el que había nacido mi padre. Chencho, con una capacidad de iniciativa, negocio y trabajo espectaculares, acabó siendo un rico propietario, con extensas tierras. Siempre fue nuestra ayuda en los tiempos difíciles. Adoraba a mi padre, quien le correspondía con el mismo cariño fraterno. Su abrazo, sin fisuras, estaba muy por encima de la disparidad de sus temperamentos.

Mis padres se casaron en Valladolid el 8 de enero de 1919. Pero el trabajo de María en

esta ciudad es solo provisional: ha conseguido una sustitución mientras prepara las oposiciones a una plaza fija.

El 4 de noviembre de 1919 nace Ángeles, la mayor; y tres años más tarde, el 27 de julio de 1923, viene al mundo Manuel. Muy pocas semanas después mi padre es destinado a África con un regimiento de infantería, mientras María, aprobadas las oposiciones, obtiene plaza en un pueblecito de la provincia de Burgos: Oña. Parte, pues, mi madre sola, con mi hermano de apenas un mes, hacia la nueva escuela donde ha de empezar su trabajo, mientras Ángeles, que aún no tiene cuatro años, queda en la casa de Valladolid al cargo de la tía Manolita y también con don Julián, quien sigue formando parte de esta familia, a la que ayuda de modo generoso y permanente.

La nueva maestra, con el pequeñín en brazos, llega a la fonda que entonces existía en la plaza del Ayuntamiento de Oña, muy cerca de la escuela. La familia que regenta este pequeño negocio la acogerá con gran cariño; tal vez por ser una mujer muy joven, emprendedora, que desea ejercer su trabajo con toda dedicación pero sin descuidar un instante el desvelo por el niño que la acompaña. Los dueños, Manuela y Toribio, tienen cinco hijos, tres chicas y dos chicos, que trabajan sin tregua en las tareas de la casa de huéspedes: desde el transporte de mercancías hasta el servicio del comedor.

La cocinera se llama también María y es una mujer todavía joven, alta, delgada y seria, que se ocupa constantemente de su oficio sin por ello perder un aura triste. Hace muy poco tiempo que ha quedado viuda con dos hijas de corta edad: Manolita y Felisa. La dueña de la fonda es su cuñada y le ha ofrecido refugio —un trabajo y un sueldo— para salir adelante. A todo ese elenco de personajes entrañables habrá que añadir una niñera llamada María Marañón —¡otra María!—, que se hará cargo del pequeño Manuel durante las horas en que su madre tiene que dedicarse a su trabajo en la escuela.

En el plazo aproximado de un año mi padre será destinado a Burgos y se plantea el tema de reunir a todos en Oña, ya que se trata de un pueblo muy cercano a la capital. Tras algunas gestiones, mi madre alquila una casa en el pueblo, grande y destartalada, pero con amplios balcones a la calle y de un precio asequible. Allí llegarán, en breve plazo, desde Valladolid, la tía Manolita, mi hermana Ángeles y el tío Julián, ya muy delicado de salud a causa de un problema vascular cerebral; se volcarán todos en su cuidado, como sin duda merece. Pero a pesar de la atención constante por parte de la familia, morirá a los pocos meses de llegar a Oña; a su entierro acudirán personalidades eclesiásticas de Valladolid y de Burgos. Revestido con alba y casulla bordada en oro, descansa en el cementerio que los jesuitas tienen en Oña, junto a un gran convento, muy cercano a la iglesia del pueblo. Los cipreses repuntan por encima de las tapias compitiendo con el campanario, en el que anidan las cigüeñas, y mide el tiempo un gran reloj asentado sobre un cubo de piedra. Toda nuestra familia llorará sinceramente a don Julián como a su gran benefactor y amigo.

Aún permanecerán en Oña varios años; nuestro padre, Ángel, acude regularmente, desde Burgos, todos los fines de semana. Mi hermana, que ha despuntado desde pequeña en la capacidad de establecer relaciones sociales, no tardará en organizar su gran peña de amigos, cuya relación no va a perder nunca: los farmacéuticos del pueblo, Ruiz Capellán

y sus hijos Antonio, Filo, Gloria y Mercedes; Demetrio Ramos, que llegará a ser catedrático y miembro de la Real Academia de la Historia; el matrimonio de doña Ana y don Manuel de Lamo, administrador de la Compañía resinera de Oña, y sus hijas Carmen y Esperanza... Los chicos jugaban en grandes espacios, acudían a la escuela y confraternizaban con el pueblo en sus esfuerzos y alegrías.

La vida de la familia no podía ser más sobria. Con el sueldo de la madre y solo parte del de nuestro padre —quien había de mantenerse en la capital— tenían para comer suficiente y saludable, pero sin ningún lujo; ropa, la imprescindible, que se arreglaba, por obra y gracia de la habilidad artesanal de la tía Manolita, haciéndola durar hasta lo impensable. La casa no tenía calefacción; el frío se combatía con braseros de carbón y, a la hora de irse a la cama, con botellas de barro —canecos— llenos de agua caliente... Oían la radio en la fonda: ellos no tenían. La madre, con esa mezcla arrolladora de exigencia y cariño que la caracterizará siempre, les hará estudiar de firme. Y les tomará las lecciones a diario, sin concesiones ni a la dejadez ni a la debilidad. Ni siquiera va a ceder cuando se ve afectada por una infección pulmonar que ha de tratarse con reposo y sobrealimentación. Siempre comentaba que algunos kilos que le sobraban eran consecuencia de aquella etapa.

Manuel destaca muy pronto por una capacidad, rapidez e inteligencia que llaman la atención. Aprenderá a leer perfectamente en pocos meses y su gran pasión será descifrar los pocos letreros, variopintos, que señalan los establecimientos en las calles del pueblo.

En la Escuela de niñas que dirige doña María, la alumna más destacada es, sin duda, Manolita Salazar, la hija de la cocinera de la fonda. Ante un hecho tan evidente, doña María propone a la madre que trate de hacerle estudiar una carrera: la más abordable, para una mujer en una capital de provincia, seguía siendo la de Magisterio. El tema —de entrada— parece insoluble, ya que carecen del mínimo presupuesto para abordar el desplazamiento y la manutención fuera de casa.

Pero es entonces cuando doña María obtiene plaza en propiedad en la Escuela Normal de Burgos, ya que el matrimonio ha decidido —y solicitado— trasladar sus destinos, militar y docente, a una ciudad, para dar así a sus hijos oportunidades mejores. Con el visto bueno de mi padre, que jamás le negó nada noble, ofrecen llevarse a Manolita con ellos para que pueda cursar Magisterio y entre tanto forme parte de la familia como una hija más. Así se hará. Allí cursará espléndidamente su carrera y un buen día, todavía lejano, se casará con un médico militar, amigo y vecino de nuestra casa burgalesa.

Ángeles tiene diez años y Manuel siete cuando la ciudad de Burgos se abre para ellos. Por primera vez van a vivir juntos de forma estable, toda la familia, en una casa de la calle de Nuño Rasura, a los pies de la Catedral, detrás del Arco de Santa María y cerca de la iglesia de Santa Gadea, donde Mío Cid exigiera juramento al rey de Castilla. En este marco incomparable, una nueva etapa les espera.

I. AQUEL DÍA DE JUNIO

Burgos es, en 1929, una bella capital de provincia de apenas cien mil habitantes, pero con un acervo considerable de señorío y talante cultural; situada en la más alta paramera de Europa, sobre una orilla pedregosa y a la vera del río Arlanzón, fue patria de reyes y señores —como Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador—, y muestra en sus paseos, calles y monumentos el transcurrir de la historia. Lugar de paso en el Camino de Santiago, mantiene además un despliegue comercial y económico claramente orientado hacia Europa.

Mis recuerdos comienzan en la casa de la calle de la Merced donde nací y en la que mi familia permanecería cuatro años. Una etapa en la que iniciaré mi aprendizaje elemental de juegos, cuentos, campamentos indios imaginados y contruidos por mi hermano Manuel, así como una sucesión de canciones infantiles en una coral improvisada por Manolita Salazar y mi hermana Ángeles.

Transcurrido este plazo, de nuevo los padres nos trasladan, con toda la impedimenta familiar, a unos bloques de pisos recién contruidos, que responden a la genérica denominación de «casas de los maestros». Son viviendas diseñadas bajo el patronazgo del Estado y destinadas a estos profesionales de la enseñanza. Están más alejadas del río, junto al mercado de la zona Sur, en una calle llamada Aranda de Duero. Nuestra casa se asienta en un primer piso de grandes ventanas, cómodo y barato, ya que está subvencionado por el Gobierno. Para llegar al centro de Burgos es preciso cruzar el puente de San Pablo, pasar ante los edificios de Correos, el teatro Principal y la Diputación. Todo cercano y al alcance de un corto paseo.

En esta etapa tiene lugar un episodio decisivo en la futura biografía de mi hermana Ángeles, y que define muy bien el carácter y la exigencia de nuestra madre en cuanto a la conducta y preparación de sus hijos. Acaba de concluir el cuarto curso de bachillerato en el Colegio Religioso de Saldaña cuando la suspenden en la asignatura de latín por pasar notas y copiar, con un divertido grupo de amigas, durante el examen final.

Doña María toma una decisión tajante: aquella pandilla no le conviene a su hija y el colegio que ha permitido esta situación, tampoco.

Se da la circunstancia de que la madrina de bautizo de Ángeles vive en Valladolid. Se llama Nieves Álvarez y su hermano Mariano dirige un colegio laico, mixto, y con buen nivel de estudios. Se acuerda que Ángeles irá a vivir a casa de unos amigos de su madrina, que tienen habitaciones en alquiler a un precio asequible. Antes tendrá que

superar la asignatura pendiente para incorporarse al nuevo curso que comienza en octubre. Y así se hará; mi hermana mayor se traslada a vivir a Valladolid con esta nueva patrona. Le va a costar adaptarse, olvidar a las compañeras y profesoras de su antiguo colegio de Burgos; sobre todo a Sor Vicenta, que siempre alentó sus buenas cualidades para el dibujo y a la que quiere entrañablemente. Una vez más, en poco tiempo, se pone en marcha la gran capacidad de entablar relaciones y amistades que Ángeles lleva dentro. El nuevo centro docente de Valladolid —La Providencia— se ubica en un edificio antiguo y destartado, pero el cuadro de profesores es serio y competente. Algunos de sus compañeros de esta etapa llegarán a destacar en campos académicos y empresariales. Y nunca la olvidarán.

Comparte alojamiento con otra alumna, Brigi Beganzones, con la que establece un binomio de colaboración incondicional. Tanto Brigi como Higinia Herrero y Carmen Rodríguez serán ya amigas de Ángeles para toda la vida.

Además, Ángeles tiene, a sus catorce años, estilo y gracia que acreditará éxitos considerables en el sector masculino. Pronto estará encantada en Valladolid y perfectamente adaptada, como demuestran las excelentes notas en todas las asignaturas.

Durante este periodo —estamos en el año 1935— el ambiente político, ya enrarecido, se recrudece con episodios inquietantes. La Segunda República se manifiesta incapaz de contener el descontento y la violencia: disturbios, huelgas, tiros, reyertas callejeras y alarmante pérdida de seguridad ciudadana.

Una compañera de clase le habla a Ángeles por primera vez de los miembros de Falange Española, a los que define como gente joven, valiente y sana, de altos valores patrióticos y morales. Algunos ya están en la cárcel por intentar defender en la calle la seguridad y el orden.

Ángeles se siente inmediatamente identificada con ellos. Y pronto se encuentra formando parte de un grupo de mujeres jóvenes que visita a estos chicos encarcelados. Acuden en horas libres entre clase y clase. Con ellas aprenderá a cantar el himno falangista *Cara al sol*, conocerá a Onésimo Redondo —uno de los héroes de esta juventud— y oirá hablar por vez primera de José Antonio Primo de Rivera. Y allí conectará con Ricardo Sainz y Díaz de Lamadrid, hermano de quien, con el correr del tiempo, ha de ser su marido, y que también está entre rejas, como tantos otros. Le pareció, y era, un muchacho valiente y enormemente apuesto.

Estas nuevas amigas están peligrosamente comprometidas. Asisten a mítines en el teatro Calderón, transportan —ocultas— armas de mano... Ángeles se siente invadida por una oleada de admiración y entusiasmo, pero debe limitar prudentemente su colaboración: ha ido a Valladolid a estudiar, y la patrona puede, por miedo, echarla de su casa si la sorprende en estas actividades. Y los padres, en Burgos, con empleo público ambos, corren peligro de verse seriamente implicados.

Sin embargo, el círculo de compañeros aumenta y las visitas a los presos no se interrumpen. La calle de Santiago, en el centro de Valladolid, es un hervidero de encuentros y comentarios.

En los exámenes de junio de 1936 obtiene muy buenas notas. Apenas ha concluido

estas pruebas regresa a Burgos para reunirse con la familia. No se lo imagina, pero una asignatura *llave*, que ha dejado para septiembre, habrá de esperar un período de tiempo mucho más largo. El 18 de julio de 1936 estallará la guerra civil en España.

Es difícil traducir los recuerdos de la infancia, que impactan como piezas sueltas de un complejo rompecabezas, imposible de entender y construir a tan corta edad. Burgos, para mí, era el aire cortante y frío que agitaba la bufanda al cruzar los puentes sobre el río; la estructura de la Catedral, que se me antojaba gigantesca; el sonido de las campanas, las estatuas, el mudo empaque de piedra en El Espolón. Y, sobre todo, la estatura y los brazos de mi madre, María, que me ofrecían un calor y una seguridad absolutos junto a ese cierto temor que me imponían su exigencia y disciplina. La admiración a mi padre, siempre vestido de uniforme militar, serio, cariñoso, pero contenido. La distancia admirativa hacia mi hermana Ángeles, a la que veía inmersa en aventuras que se me antojaban heroicas, casi de romance. Y la constante atención de mi hermano Manuel que, con un cariño absoluto, convirtió mi infancia en una sucesión ininterrumpida de juegos y de sueños. A todo se añadía la solicitud permanente de la tía Manuela, tolerante siempre con nuestros correteos y *desmanes*.

¿Cómo se puede ser feliz, careciendo de tantas cosas? Doy fe de que se puede. Porque teníamos una protección y fortaleza familiar indestructible.

Aprendí a leer muy pronto, en un Catón que se titulaba «Para mi hijo» y que deletreaba a trompicones ayudada por la paciencia de Manolita Salazar, que ejercía con verdadera vocación de magisterio. ¡Quién me iba a decir entonces que mi vida transcurriría leyendo incansablemente!...

Recuerdo los *campamentos* que Manuel era capaz de construir, armado de un retal de tela blanca vieja y desechada, cuerdas y puntas. Las tiendas de campaña surgían de una increíble habilidad y se llenaban inmediatamente de expectación y misterio. De un momento a otro llegarían los *cow-boys* y los indios. En voz alta me leía libros de aventuras que cobraban vida en los escenarios mínimos de nuestro cuarto de juegos. Los Reyes Magos apenas dejaban en los zapatos un muñeco de cartón; pero a través de las ventanas y en medio de la noche, Manuel descubría sus huellas en la nieve, las sombras de los camellos y hasta el brillo de los mantos. Yo lo veía todo, o casi todo, fascinada por su verismo. Siempre esperaba impaciente su regreso del colegio. Me enseñó a defenderme, a no llorar ante un mínimo rasguño, a convertir las cosas más vulgares en palanca para la imaginación. Y, al mismo tiempo, no perdía nada de su sentido realista: había que estudiar; era necesario rendir y mejorar; no había tiempo que perder. Y sus conocimientos, su estudio, su inteligencia, crecían a un ritmo acelerado. No sé cómo era capaz de aunar, desde la infancia, un juicio tan rotundamente realista y pragmático con aquella inmensa capacidad de soñar.

Un paréntesis trágico: la guerra civil

La guerra civil fue para mí, a los cuatro años, una mezcla de impresiones de difícil

interpretación. Las escuelas y colegios se veían obligados a cerrar sus puertas y los niños quedábamos libres para corretear por los barrios, en pandillas dirigidas por los hermanos mayores. Íbamos a disponer de mucho tiempo y de una gran autonomía (porque los padres sí estaban trabajando), lo que se nos antojaba una feliz posibilidad de disfrute. Todavía ignorábamos el drama que subyacía detrás de todos y cada uno de nosotros.

La presión del ambiente llegó a ser insostenible. El 13 de julio corre la voz como un reguero de pólvora: han asesinado a Calvo Sotelo, el diputado que, en plenas Cortes españolas, se pronunció en contra de los métodos y desgobiernos de la Segunda República. La ciudadanía cabal llorará, de angustia y de rabia.

Ese mismo día vinieron a buscar a mi padre para acompañarlo al cuartel, ya que se hacía necesaria una cierta protección para andar uniformado por la calle. Nadie sabe cuál será el desenlace de esta reunión en los cuarteles. Mi madre se despidió de él con un beso, sin llorar. Todos unidos en la fortaleza. La situación se prolongará varios días. El 17 de julio, a pesar del silencio de la radio oficial, se conoce la sublevación del ejército de África, con la Legión y los Regulares de Larache y Alcazarquivir. A partir de entonces, en esta zozobra, y de madrugada, Ángeles saca todos sus *tesoros* del armario: cartas, recuerdos, fotos, consignas..., un periódico clandestino llamado *No importa*, y los quema por si hay un registro y pueden comprometer la seguridad del padre, que envía recados tranquilizadores desde el cuartel.

Nuestro padre, Ángel, como militar, estaba con frecuencia acuartelado. Los periódicos publicaban —y los mayores comentaban— la sucesión de atentados y muertes. Mi hermana Ángeles, ya en Burgos con nosotros, ha conectado a través de su amiga Isabel Ruano con un amplio grupo de chicos y chicas de Falange. También recibe cartas de sus amigos de Valladolid, que lee en voz alta, remarcando el tono heroico y valiente de sus textos. Alguna, de Onésimo Redondo, que morirá acibillado a balazos en los primeros días de la guerra.

Al anochecer, encerrados en las casas, se puede ver cómo las fuerzas leales al Gobierno de la República patrullan por las calles. ¿Qué estará pasando en los cuarteles? ¿Por quién se pronunciará el ejército? Va a ser una noche interminable, en la que la ansiedad se transmite incluso a los niños, que intentábamos dormir arropados por la vigilia de los mayores. Se oían tiros de ametralladora y marchas militares; todo era confuso, por entre las rendijas de las persianas: las boinas rojas de los requetés, las banderas, los gritos. Al amanecer se oye avanzar una gran multitud, con una bandera roja y gualda portada por un militar. Suenan las notas del *Cara al sol*. Muchos se abrazan, llorando de emoción. Los militares tomarán la radio y darán noticias que tampoco son exactas. El movimiento nacional contra la República no ha triunfado en ciudades tan importantes como Madrid, Barcelona y Valencia. El General Sanjurjo, que había de ponerse al frente de la sublevación en la península, ha muerto en un accidente de aviación.

Franco está en Canarias, y pasar el estrecho de Gibraltar es toda una aventura con pocas probabilidades de éxito. Lo más inmediato es el ejército navarro, que llega hacia Burgos conducido por el General Mola Vidal para organizar el avance hacia Madrid.

Burgos empieza a decantarse como punto de encuentro y cuartel general, en la guerra civil, para el llamado «bando nacional». La población se atreve ya a salir a la calle, protegida por el ejército sublevado.

Ángeles irá a los cuarteles para ayudar a distribuir y empaquetar víveres con destino a los que parten hacia el frente de batalla. Todos actúan, más que como amigos, como hermanos. Se abrazan entregándose medallas que los protejan. Se intercambian las señas, para poder describir la epopeya triunfal que piensan protagonizar... Trabajan sin descanso, con una pasión que ignora el agotamiento. Todos los amigos de Ángeles se irán a la primera línea de batalla.

Mi padre fue de los primeros en marchar en dirección al frente de Somosierra. Con tristeza y preocupación, pero ahora sé que con gran orgullo y honor, nos dirá adiós a toda la familia. Burgos está saturado de refugiados y de gentes que vienen a alistarse: correajes, uniformes, banderas de organizaciones patrióticas, invaden la calle...

Las fuerzas del Gobierno de la República se han atrincherado a lo largo del Guadarrama y el Alto del León, Somosierra y Buitrago. Llegan noticias de la muerte en combate de gente conocida. El Alto del León se llamará desde entonces Alto de los Leones de Castilla.

En Burgos aún suenan ocasionalmente tiros por las calles, se practican detenciones y es constante la emisión de marchas militares en la radio. Muchos voluntarios colaboran. Mi hermana Ángeles actuará como auxiliar en los hospitales de heridos, coserá uniformes y más de una vez tendrá que echar cuerpo a tierra para eludir el tiroteo que entra por las ventanas. Hasta mi madre hará un cursillo en la Cruz Roja, y con su uniforme blanco y capa azul marino prestará toda su energía para atender a los heridos. Fue más tarde condecorada por el General Cabanillas por su abnegada dedicación a los enfermos. Entregará, además, todas sus joyas, incluidas las alianzas de boda, para gastos de guerra. Manolita Salazar, por su parte, se retirará temporalmente a Oña con su familia, ya que todos los centros de estudios están paralizados, y los alumnos en los diversos frentes.

Un episodio feliz, en estos momentos dramáticos, es el conocimiento y amor inmediato de Benito Rodríguez por Manolita Salazar. Se trata del hijo de la directora de la Escuela Normal, que vive en el piso superior al nuestro, en las «casas de los maestros», movilizado cuando acaba de concluir la carrera de Medicina. Su posición social es buena, y en un principio su madre se opondrá rotundamente a este romance: es viuda y quiere para su hijo un mejor partido. Pero sus hermanos, Tomás y Carmina, alientan el noviazgo y lograrán que Benito, rubio, con los ojos muy azules y extraordinariamente cordial, encuentre la mujer ideal en la calidad personal de Manolita. Pocos años más tarde formarán un matrimonio enamorado y, pronto, una familia espléndida y ejemplar.

Crece en guerra

Un acontecimiento grabado en el ánimo de todos fue la llegada del ejército nacional, liderado por Franco, para liberar a los defensores del Alcázar de Toledo, que sufrían el asedio de las fuerzas de la República porque podía constituir la «puerta de acceso» a Madrid. Estábamos a últimos de septiembre; todos siguen con ansiedad las noticias del general Moscardó y el heroísmo de la defensa. Cuando llega la noticia de la liberación, las gentes se lanzan a la calle, aún de madrugada, se abren de par en par las puertas de la Catedral y voltean las campanas. Los que no caben dentro —son una multitud— se ponen de rodillas en la calle, se abrazan y lloran con una exaltación colectiva desbordada de emoción.

Pero también empiezan a llegar, masivamente, heridos graves y cuerpos de fallecidos en campaña, entre los que siempre hay algún amigo. Los enterrarán entre lágrimas y canciones patrióticas: «Yo tenía un camarada, entre todos el mejor...».

Hoy parece obvio que si Franco hubiese avanzado directamente a Madrid, la guerra habría terminado meses antes, porque el asedio de Toledo dio lugar a la llegada de las Brigadas Internacionales, enviadas fundamentalmente por Rusia, y los nacionales hubieron de acampar durante casi tres años en el cerco de la Ciudad Universitaria madrileña.

El general Franco instalará entonces su cuartel general en Burgos, ocupando un palacete del paseo de La Isla. La defensa se dispondrá en los montes que rodean la ciudad, sembrados ahora de ametralladoras, que también asoman sus cañones sobre las terrazas de las casas; los bombardeos van a ser continuos y las sirenas de alarma sonarán a cualquier hora del día y de la noche. El sótano de nuestra casa se convirtió en refugio, y allí acampábamos todas las familias en cuanto sonaba el aviso de bomba. Había sacos terreros en las ventanas y se apagaban las luces para evitar roturas eléctricas y —sobre todo— objetivos luminosos. Bajábamos envueltos en mantas y con algunas velas. Todo el mundo rezaba. En mi memoria infantil están grabadas aquellas gentes, con las caras cruzadas por el miedo, lágrimas silenciosas y, algunas, con un rosario en la mano.

Burgos estaba atestado por la presencia de numerosos efectivos del ejército y se hacía necesario facilitar habitaciones, también en nuestra casa, para que durmieran alguna noche jefes militares en tránsito.

Los chavales, en pandillas, jugábamos por los alrededores. Ya desde ese comienzo, y en el transcurso de los cuatro a los siete años, Manuel será mi monitor y protector. Uno de los entretenimientos favoritos era utilizar un palo largo, con una punta clavada en un extremo, y *pescar* clandestinamente desde alguna ventana cualquier alimento que hubiera quedado en las dependencias del mercado.

Las familias de los militares teníamos una facilidad que otros no disfrutaron: una cartilla que suministraba arroz, legumbres, pan y aceite; pero las raciones eran escasísimas. Un plato único de legumbres o una tortilla de patatas con solo dos huevos para toda la familia resultaban menús habituales. El suministro de ropa y telas de abrigo también era pobre y escaso.

Una figura que surgió por entonces fue la de las «madrinas de guerra». Escribían a los soldados en el frente. Mi hermana Ángeles montó una auténtica oficina de

correspondencia. Siempre se le dio bien escribir. En su haber, todos los amigos de Valladolid y Burgos, así como los que habían recalado temporalmente en Burgos: navarros, vascos, riojanos... Diez cartas al día. Algunos murieron apenas iniciado el contacto epistolar; otros, como Elviro Francés —compañero del colegio de La Providencia en Valladolid y que siempre ocupó el puesto de amigo incondicional—, fueron combatientes destacados.

Muchos años más tarde, siendo mi hermano Manuel catedrático de cirugía en Granada, cuando cayó herido por el infarto cardíaco en el quirófano, una sobrina de Elviro fue de las personas que le atendieron. Con ocasión de un viaje a Madrid irá a ver a mi hermana Ángeles para continuar la amistad de su familia con la mía.

En su larga lista de ahijados de guerra anotará Ángeles a personajes famosos, como Luis López Anglada, que ya desde el frente le escribía en verso. Era su gran y emotiva participación en la guerra.

Los frentes cambiaban de posición y a mi padre le trasladaron de Somosierra al norte de la provincia de Burgos, con su batallón «San Marcial». Allí conoció a Jesús Ávila, combatiente a su lado y dueño en Burgos, junto a su mujer Elisa, del Hotel Ávila. Tiempo después, mi madre y mi hermano Manuel pasaron muchos meses en aquel hotel burgalés.

Doña María, doña Elisa y Ángeles harán varias visitas al frente utilizando coches viejos y destartalados, pero suficientes para llegar hasta donde militaba mi padre: entre Burgos y Santander. Iban por caminos vecinales, asumiendo el riesgo y sin tener demasiado claro por dónde iban las líneas de demarcación de los frentes nacional y republicano. Nunca les ocurrió nada.

Nuestros correteos continuaban por los alrededores del mercado y del cuartel donde se instaló la Legión Cóndor alemana, que había venido en ayuda del ejército nacional. Una excursión prometedora era la que hacíamos para revolver entre las migajas, sobras y basuras depositadas en los contenedores. Teníamos hambre. Yo caí enferma de pronto, con fiebre de 40º, vómitos y dolor abdominal. El médico diagnosticó fiebre tifoidea. No había nada para tratarla. Intentaban bajar la temperatura por inmersión en baños de agua fría e hidratarme con sueros, que era lo único todavía disponible. Para evitar la sudoración, mi pelo rubio, orgullo de mi madre, cayó tonsurado al cero. Tenía la lengua y la boca negras. Mi consciencia estaba en el límite. Tanto mi madre como la tía Manolita lloraban por lo que parecía una muerte inevitable. Mi padre seguía en el frente con su batallón y no podía venir. Quien llegó inmediatamente, desde Castronuevo de los Arcos, fue el tío Chencho, con medios de ayuda y un cariño desbordante. Recuerdo los días lentos y prolongados, con una especie de estupor invencible, mientras dibujos extraños, proyectados por la fiebre, cruzaban las paredes de la habitación en la que me hallaba, totalmente aplomada.

Los animalitos del corral doméstico de nuestro tío —pollos y pichones— murieron para dar caldo a la enferma; él estuvo a nuestro lado durante todos los días críticos. Pero de pronto, y contra todo pronóstico, la enfermedad cambió de signo: la fiebre remitió y empecé a mejorar. Aquella tortura duró más de un mes, y de ella salí con un estirón

increíble en la talla, delgadísima, arrolladoras ganas de vivir y un apetito envidiable hasta para los toscos alimentos de que disponíamos. Y eso que lo mejor, evidentemente, lo guardaban para mí. Mi madre anotó mi curación prácticamente en el capítulo de los milagros.

Las navidades fueron tristes por la falta de mi padre, aunque una amiga de mi hermana, llamada Esther, con la que inició su relación en el capítulo de Oña —y que se había casado y trasladado a Chile poco antes— envió por vía diplomática un espléndido paquete con víveres y ropa para todos. Inútil decir el entusiasmo con que fue recibido por grandes y chicos.

Cuando los hombres venían del frente, eran frecuentes las reuniones con chicas jóvenes en el casino de Burgos, para animar sus cortos permisos y para que contasen las mil aventuras de las trincheras. Como la guerra se prolongaba y muchos tenían una precaria formación militar, se organizaron cursos de cuatro a ocho semanas de duración, de los que salían con una estrella bordada sobre un trozo de terciopelo negro que se adhería al uniforme militar. Se les nombró alféreces provisionales, y esto les hizo aún más valientes, orgullosos y responsables de su misión.

Allí conoció Ángeles, mi hermana, a su futuro marido, Lucas Sainz y Díaz Lamadrid. Llevaba un capote militar con cuello de piel sobre el uniforme cruzado por el correa. Era francamente apuesto y guapo. Con un fino bigote, nariz aguileña y ojos oscuros, rasgados y penetrantes.

Las primeras palabras que cruzó con él fueron: «Te pareces mucho a un amigo mío de Valladolid que se llama Ricardo». Rápidamente le informó de que eran hermanos. «¿De qué le conoces?». Entonces Ángeles se extendió en contar sus andanzas por las cárceles, las cartas de Onésimo, los amigos comunes... Le dijo que estaba pendiente solo de una asignatura del Bachillerato y, cuando terminase, iría a la Universidad de Valladolid. Se vieron varias veces. Ella presumía de acompañante, pero nunca le pareció que estuviera enamorada.

Al terminar el curso de alféreces destinaron a Lucas al norte: Batallón de Flandes nº 5. Allí compartiría trinchera y amistad con Oriol y Urquijo, un hombre bueno, católico convencido, coherente con sus ideas, que además de ministro de Justicia sería presidente del Consejo de Estado durante la Transición; y también con Milans del Bosch, luego teniente general del ejército.

Mi padre, Ángel, avanzaba por el norte en un movimiento táctico que implicaba a dos columnas de soldados: la 1ª de Navarra, que mandaba el general Monasterio y que avanzaba por la costa, y la 4ª, que obedecía órdenes de Camilo Alonso Vega y marchaba por la montaña. Eran las que corrían más peligro de todo el frente y fueron luego más laureadas: en una estaba mi padre y en la otra Lucas, el amigo de Ángeles.

Nunca hablaba de ello, pero mi padre obtuvo la medalla individual, máxima condecoración por méritos de guerra.

La situación se ralentizaba, alternándose avances y retrocesos. En uno de los «parones», mi madre, María, decide ir con sus hijos al encuentro de su marido, ya que él no puede acudir a Burgos ni siquiera en un corto permiso temporal. Están acuartelados

en un pueblo cántabro llamado Castro Urdiales, de gran belleza pero prácticamente destruido, los chalets saqueados y las casas ocupadas por el ejército nacional.

Cuando llegamos nos alojaron en un par de habitaciones en una gran casa desde la que se veía el mar. Allí lo descubro yo por primera vez. Pachón, el nombre afectuoso con que se conoce a un oficial navarro vigoroso y grande, se encarga de montarme sobre sus hombros y llevarme a probar el golpe salado de las olas.

Esta aparente tranquilidad veraniega se interrumpe, con demasiada frecuencia, por la llegada de heridos y muertos desde el frente. Lucas escribe a Angelines de vez en cuando. Ella dirá siempre que tuvo ahijados de guerra mucho más expresivos y afectuosos, y a los que prestó mayor dedicación, pero parece claro que la Providencia tenía para ella un proyecto diferente.

Con mi madre, regresamos a Burgos para que ella pueda reanudar sus clases. Mi hermano Manuel estudia en los Maristas. Y como la universidad permanece cerrada, Ángeles se matricula en una academia donde aprende mecanografía y taquigrafía, algo que le servirá más tarde para tomar apuntes a toda velocidad.

La desnutrición, las enfermedades y los parásitos invaden a las gentes, sobre todo de las clases sociales más desvalidas. A pesar de la fuerte protección antiaérea, la ciudad sigue sufriendo peligrosos bombardeos. Alguna bomba conseguirá hacer puntería en el centro, muy cerca de nuestra casa: se rompen todos los cristales de las ventanas y hasta los cacharros de la cocina se precipitan al suelo.

Mi padre es condecorado en plena guerra y ha de ir a San Sebastián con otros oficiales igualmente distinguidos por el alto mando. Su bandera y Regimiento están en este momento en Pamplona. Mi hermana Ángeles, junto con su amiga de Valladolid Higinia Herrero, le acompañan en un coche desde Pamplona a San Sebastián, para que no falte una representación familiar en el acto militar.

Al regreso, entrando ya de nuevo a Pamplona, las sirenas comienzan a sonar insistentemente y les obligan a parar el coche. Dada la situación de emergencia, mi padre las deja en el vehículo con el conductor militar, más protegidas, mientras él camina a pie para llegar hasta su Regimiento. Y de pronto los aviones, toda una escuadrilla, comienzan a descargar bombas. El chófer lleva corriendo a Higi y Ángeles hasta un conducto grande de alcantarilla que cruza subterráneamente la carretera de entrada a la ciudad. Amontonados y aterrados pasan media hora larga entre un estruendo total. Piensan con angustia en el padre, Ángel, que no ha debido tener tiempo de llegar al acuartelamiento. A cuerpo descubierto, ¿qué le había podido ocurrir bajo semejante lluvia de metralla?

Cuando las sirenas, con rugidos cortos y repetidos, anuncian que todo ha cesado, salen lanzados a la carretera. Ángeles con un corte profundo en la rodilla, que sangra abundantemente. Corren hacia Pamplona entre un panorama desolador: socavones, heridos que gritan, muertos, tuberías destrozadas y surtidores descontrolados. Humo y voces. Un panorama dantesco. Pero Dios quiso que encontrasen a mi padre ileso, con el uniforme lleno de polvo y de sangre de otros heridos, muy cerca del acuartelamiento.

Al día siguiente, y dada la peligrosidad de la situación, Ángeles y su amiga

emprenderán el camino de regreso a Valladolid, cosa que lamentan, porque se encontraban en un clima apasionante de valor, juventud y heroísmo entre los oficiales y soldados del cuartel.

Entre tanto Lucas, en una posición cercana al río Segre, también recibirá una herida de metralla en la cara, en la famosa batalla del Ebro. Le dejará una cicatriz indeleble, recuerdo histórico de la guerra. Se daba además la circunstancia, tantas veces repetida entre familias y amigos, de que el marido de su hermana Ana María, oficial del ejército republicano, mandaba uno de los batallones en el frente contrario.

Lucas escribe a Ángeles: pasará por Burgos en un viaje relámpago, aunque sin poder abandonar el tren ni siquiera unos minutos. Va a incorporarse a una nueva unidad de combate, de moros regulares de Larache que, con la Legión, son las fuerzas de choque más peligrosas. A los ojos de mi hermana crecerá como un héroe. Y esta vez, en el breve intervalo transcurrido en andenes colmados de militares, hacen planes para la paz. No dudan de que ganarán la guerra y que, tan pronto como se abra la universidad, Ángeles se desplazará a Valladolid y Lucas continuará su carrera de Medicina, interrumpida en el cuarto curso en la misma ciudad, donde vive su familia desde siempre. Se dijeron mutuamente: «Hasta pronto!»... y, a partir de este momento, Lucas ocupará el lugar preferente de sus emociones y esperanzas. Un gran número de amigos serán heridos y muertos. Otros caerán prisioneros. Todos se harán fuertes en el dolor. Mi hermana Ángeles, a los dieciocho años, es ya una mujer madura.

La caída de Madrid, a últimos de marzo de 1939, será muy celebrada en Burgos. Casi simultáneamente se rinde Valencia. El último parte de guerra es transmitido el 1 de abril por el propio Franco, y escuchado en religioso silencio, con una enorme carga de emoción: ¡Ha empezado la paz!

El caos es total. Muchas gentes tienen familiares «en la otra zona» —siempre las dos Españas— que regresan enfermos y muertos de hambre. Otros buscarán a los suyos entre los prisioneros.

Nuestro padre está en Valencia. Y otra vez mi madre emprende viaje para estar cerca de su marido. Y nos lleva a todos a Burjasot, en un coche destartado y viejo. Solo la tía Manolita se queda en Burgos, cuidando la casa. Tardamos dos días en llegar porque las carreteras están sembradas de controles militares. Nos mareábamos. No teníamos apenas comida: un pan moreno y leche en polvo era todo lo que llevábamos para el trayecto. También Higinia Herrero nos acompañaba.

La casa-cuartel de Burjasot, sin embargo, era preciosa. Un chalet cerca del mar. Dispusieron una mesa en el comedor de oficiales, que apreciaban sinceramente a mi padre. Se había ocupado de todos y de cada uno, de su integridad física y mental, de que tuvieran siempre lo necesario... Las familias le escribieron, agradecidas, durante muchos años.

Valencia resplandecía de luz, con la actual Plaza del Ayuntamiento llena de flores. Allí pasamos varias semanas. Recuerdo que Ángeles iba a Misa todas las mañanas. En los laterales de la iglesia estaban todas las imágenes decapitadas y ella intentaba identificar los restos: una vara, un perro, un manto...

Los jóvenes disfrutaron mucho. Se encontraba allí también un batallón de Valladolid, con numerosos amigos, bajo el mando de José Antonio Girón. Mi madre estaba tan feliz que —creo— no le hubiera importado nada quedarse a vivir en Valencia.

Les impresionó especialmente una visita que hicieron a la cárcel de Alicante, donde murió fusilado José Antonio Primo de Rivera: una cruz y unas flores, en el lugar en el que cayó su cuerpo; luego fueron al cementerio para visitar la tumba provisional. Y también les enseñaron la fosa común, donde le tiraron sin ataúd.

Rezaron un Rosario ante aquella zanja de tierra en la que tantos, de un lado y del otro, habían dejado lo mejor de su vida.

Pronto regresamos a Burgos. Era ya julio de 1939 y Ángeles tiene el tiempo justo para hacer la maleta y preparar su ingreso en la Universidad de Valladolid. Entre las múltiples cartas que nos aguardan en Burgos, una, muy larga, es de Lucas. También espera la desmilitarización para regresar.

Ángeles se hospedará esta vez en casa de Higinia Herrero. Son como hermanas. Algunos amigos, dados por muertos, reaparecen y se integran de nuevo en la vida cotidiana y en la paz. Otros ya no volverán nunca.

Mi padre había recogido, en un sótano de la casa-acuartelamiento de Castro Urdiales, dos figuras de porcelana abandonadas y muy bellas, poniéndolas así a cubierto de la destrucción total. Las llevará pacientemente en su equipaje a través de frentes y trincheras. Cuando regrese a casa ocuparán un lugar de honor y nos acompañarán siempre. Sus ángeles blancos, en una fiesta grácil y permanente, con instrumentos musicales, serán el único recuerdo material grato de aquella espantosa guerra.

II. HA LLEGADO LA PAZ

Valladolid: reconstruir la paz

Octubre de 1939. Mi hermana Ángeles ya está en Valladolid, donde aprueba, con holgura, el ingreso en la Facultad de Filosofía. También Lucas, su futuro marido, ha regresado, al licenciarse su batallón africano. La familia en pleno decide hacer todas las gestiones posibles para reunirse de nuevo en esta ciudad castellana. Mis padres, Ángel y María, piensan que el hecho de que la universidad esté ya normalizando su actividad en todas sus facultades será clave para el futuro de sus hijos.

Las viviendas escasean, sin embargo, ya que han transcurrido años sin edificar nada y la onda destructiva del conflicto armado ha sido considerable. En estas circunstancias, y una vez conseguidos los traslados, iremos a parar a un caserón grande, antiguo y gélido, en el que se alquilan habitaciones con derecho a utilizar una cocina común. Tendremos que acomodar todos los enseres de la casa, muebles incluidos, en dos salones de aquel edificio, situado en la calle de Macías Picabea, edificio que vamos a compartir con otras familias en parecidas circunstancias. Hubo que abandonar bastantes recuerdos personales, porque era imposible comprimirlos en aquel espacio colectivo. He de reconocer que yo, en aquella situación anómala, lo pasé francamente bien. Nunca tuve tanta intimidad con los míos: solo mi padre y mi hermano se mantenían separados, durante la noche, por unas cortinas blancas de confección casera.

Al iniciar esta etapa, Ángeles tiene casi veinte años, Manuel ha cumplido dieciséis, y yo siete. Mi madre ha logrado acceder a una plaza provisional en un grupo escolar en la ciudad y mi padre ha sido también destinado, con el Regimiento de San Quintín, al acuartelamiento de Valladolid.

Pocas semanas después, logramos trasladarnos a un piso en la calle Dos de Mayo, detrás del edificio de la Delegación de Hacienda. Es una cuarta planta sin ascensor, pero nos parece el paraíso: tiene una pequeña terraza en la fachada principal y un largo pasillo con habitaciones, todas para nosotros.

A primeros de septiembre de ese mismo año de 1939 se había iniciado la Segunda Guerra Mundial, que enfrenta a Alemania con varios países europeos: Francia, Inglaterra, Bélgica, Polonia... y que culminará con la entrada en el conflicto de los Estados Unidos de América.

Mis apreciaciones estaban lógicamente limitadas y matizadas por mi corta edad, pero

sí recuerdo que los comienzos del III Reich de Adolfo Hitler fueron recibidos en parte de nuestro país con expectación y simpatía. Alemania se había fortalecido, había ayudado a España a librarse de la influencia armada e ideológica del régimen comunista ruso; en la reciente guerra civil, la legión Cóndor estuvo presente en nuestra patria... Demostraban una ideología fuerte y una potencia militar y humana asombrosas frente al resto de Europa. Todo esto se volcaba en una revista llamada *Signal*, que llegaba a manos de una generación joven, todavía enfebrecida por el final de la guerra. Y cabe añadir que, a pesar de nuestra declarada neutralidad, la mayoría de los países alineados frente a Alemania en el conflicto no habían reconocido la autoridad del general Franco y cerraron sus fronteras a España. Apenas habíamos empezado a recuperarnos del enfrentamiento interior que tanto daño había causado, teníamos ya un cúmulo de presiones desde el exterior.

Sin embargo, la moral que respirábamos en mi entorno, incluso los más niños, era altísima. Estábamos dispuestos a superar todas las penurias y a valorar la paz alcanzada. Es cierto que, durante unos años, la situación fue precaria. El suministro de víveres se llevaba a cabo con cartillas de racionamiento. Y los caprichos —aun mínimos— estaban ausentes de todos los programas. A lo largo del tiempo, sin embargo, las atrocidades del régimen nazi fueron llenando los periódicos, y la actitud de una mayoría de españoles cambió gradualmente de signo. La derrota definitiva de Hitler por obra de los aliados dejaría al descubierto el horror de aquella etapa. Aún recuerdo, ocupando las portadas de los medios, el Juicio de Núremberg y la noticia del genocidio judío, que estremecieron la sensibilidad del mundo.

Mi madre, pensando siempre en mejorar las condiciones familiares, seguía buscando otra casa más confortable y grata entre los anuncios de la ciudad. Y así fue como, por obra y gracia de una prima suya, nos encontramos nuevamente de traslado. Esta vez a una calle bonita, céntrica y con pisos agradables. Ocupamos el ático del número 40 en la calle Gamazo, y aquí establecimos una nueva relación familiar: la tía Juana, que vivía en el primer piso del mismo inmueble y que pertenecía a la parte adinerada del «clan» Gallego, por línea materna. Tenía mucho empaque, vestía de negro, con una gargantilla de terciopelo y gafas con montura de oro que se quitaba y ponía continuamente. Era muy guapa, y tanto ella como sus hijos Miguel y Pepita nos trataron siempre con afecto y cortesía, aunque sin intimididad.

Yo empecé a descubrir Valladolid. Una ciudad que me parecía grande y dispersa, pero llena de posibilidades. Mi padre dedicaba la jornada completa a sus obligaciones militares; los días de fiesta se enfundaba en sus trajes de paisano y compartía tertulias y actividades con un número considerable de amigos que frecuentaban el café Royalty, en la calle de Santiago. Los hermanos tenían ya sus estudios y pandillas. La tía se dedicaba a todas las variaciones de compras, transformaciones y maniobras culinarias para hacernos un hogar lo más confortable posible. Y mi madre, acabada la jornada escolar, que coincidía con la mía en el colegio, me llevaba a descubrir un sin fin de sorpresas. Desde los jardines del Campo Grande, sus fuentes y estanque, hasta las calles, plazas y monumentos. De su mano contemplé por primera vez la flecha de Santa María de la

Antigua, que apunta al cielo desde los primeros tiempos de la ciudad; la Catedral, de Juan de Herrera, que siempre nos pareció menos digna de archivar en el capítulo de la admiración que la de Burgos; la Plaza de San Pablo, en cambio, y la impresionante fachada isabelina de la iglesia sí que me impresionaban profundamente, así como las grecas del Colegio de San Gregorio. Allí me llevó a ver el Museo Nacional de Escultura, con las sobrecogedoras tallas de Berruguete, Gregorio Fernández, etc. No he vuelto a contemplar una mezcla de dolor y dramatismo tan elegantemente tallados como los de esta impresionante imaginería de los siglos XVI al XVIII, que descubrí en los años de mi infancia. Supe luego de la belleza de las imágenes andaluzas o de las calidades de un Salzilla, pero tengo claro que fue la expresividad castellana la que quedó como dueña de mis preferencias.

También correteábamos en amor y compañía por las calles y plazas. El Conde Ansúrez de bronce, hierático frente a los arcos de la Plaza Mayor, donde me contaban que se habían celebrado los autos de fe inquisitoriales durante el reinado de Felipe II. Apenas podía imaginarme el horror de una hoguera allí donde ahora se enfilaban las gentes para entrar en la sesión continua del cine Zorrilla o para lograr un asiento en las terrazas de los cafés que emergían con el buen tiempo. Y, de vez en cuando, también nos confabulábamos para ir a ver una Zarzuela al Teatro Calderón, aprovechando el paso de una compañía con voces selectas. Mi madre siempre fue apasionada de la música y le encantaba el sabor popular unido a una grata armonía, como aparecía en obras como «Marina», «Bohemios» o «La rosa del Azafrán». Me aprendí romanzas enteras, que tarareaba de memoria.

Es en esta etapa cuando yo hago la primera comunión. Acababa de cumplir nueve años y mi madre decidió no retrasarlo más: la continua trashumancia ya lo había aplazado bastante. Mis preparadores espirituales fueron ella y un sacerdote amigo, de la parroquia, donde me llevó a confesar.

No tengo muy claro cuáles eran mis ideas y sentimientos con respecto a este día grande. Sé que tenía conciencia de acercarme a algo muy importante: de algún modo misterioso, Dios, al que veía inmenso, y Jesús, un Hombre que hubiera querido conocer, mirar y amar de cerca, venían dentro de mí. Y estaba también la ilusión de una fiesta en la que iba a ser indiscutida protagonista.

Los ahorros familiares eran mínimos pero no hubo duda alguna en emplearlos en un traje largo de organdí blanco, una pequeña diadema, un libro de oraciones con pastas de nácar y un rosario pequeñito, blanco y dorado.

A causa de una serie de circunstancias providenciales, la iglesia en la que recibí por primera vez el sacramento de la Eucaristía fue el Santuario Nacional de la Gran Promesa, en la calle de Alonso Pesquera de Valladolid, que se inauguraba precisamente aquel día. Aún hoy es un recinto sagrado que impresiona por su modernidad, su amplitud y, sobre todo, por las dimensiones colosales de la imagen del Corazón de Jesús que, con los brazos abiertos, domina el espacio desde el presbiterio. Con su túnica dorada, de pliegues rectos, y la mirada directa, centra la atención de los fieles.

La liturgia fue prolongada y solemne, como correspondía al acontecimiento que se

celebraba: una larga fila de obispos concelebraban la Misa. Llegado el momento, avancé con mi traje blanco, rodeada de la familia, y tuve mi primera indecisión al pie del altar: era un obispo quien distribuía la comunión y la costumbre establecía besar su anillo antes de recibir la Sagrada Forma. Tuvo que insistirme el propio clérigo, porque yo estaba dispuesta a no hacer ningún otro movimiento que no fuera recibir al Señor Jesús.

La celebración —ya en familia— fue muy sobria: no había para más, ni entonces era costumbre hacer otra cosa. Lo importante era la primera comunión, y no el festejo o los regalos. La tía Manolita preparó una gran chocolatada con churros que disfrutó toda la familia en casa. La verdad es que tanto los mayores como Angelines y Manuel me miraban con un respeto diferente: como si hubiera alcanzado una etapa más en el camino hacia la edad adulta.

Cuando murió mi madre, casi cuarenta años más tarde, encontré entre sus recuerdos y notas una estampa en color, con la reproducción de un bellissimo cuadro de Murillo, la Virgen y el Niño, que años más tarde tendría yo la oportunidad de admirar en los *Uffizi* de Florencia: era el recordatorio de mi primera comunión. «Que el Cuerpo de Cristo que hoy recibo por primera vez, guarde mi alma para la vida eterna». En el corazón de mi madre, seguro, había permanecido vivo aquel 23 de junio de 1941.

Veranos en Castilla

Me parece importante tratar ahora de una familia cuya amistad con la mía resistirá los avatares del tiempo y habrá de tener una influencia importante en mi infancia y aun en toda mi vida.

Los Olea del Corral eran dos hermanos médicos que ejercen su profesión en un pueblecito castellano, Villárdiga, provincia de Zamora. Casados con dos hermanas que proceden de lugares cercanos: Cañizo y Castronuevo de los Arcos, no tienen hijos. Y entre los cuatro reúnen un extenso patrimonio de casas y tierras de labranza que abarca ayuntamientos casi enteros. Viven en una casa grande y muy bien acondicionada en el pequeño pueblo ya citado, que apenas alcanza los dos mil habitantes. Elías Olea ejerce como médico de familia en dos lugares: Villárdiga y otro, distante solo un kilómetro, que se llama San Martín. Ambas poblaciones comparten médico y también sacerdote, aunque poseen iglesias propias, antiguas y espaciosas; iglesias con su pequeña torre de campanas y las familiares cigüeñas, que nunca fallan en su cita anual de emigración y retorno. Cuando hay algún acontecimiento local —boda, bautizo, santo Patrón, etc.— el sacerdote celebra la ceremonia en Villárdiga; los domingos, en cambio, se acude habitualmente a oír la Misa en la iglesia de San Martín.

Recuerdo a don Elías con toda nitidez: alto, elegante, de andar reposado, parco en palabras, observador y afectuoso sin empalagos. Él era quien llevaba el control de rentas, relaciones personales y de autoridad con los aparceros y empleados de la casa. Su mujer, Josefina, bien podía haber sido la redactora local de todas las historias familiares de Villárdiga y territorios colindantes. Muy bien vestida, aunque apropiada al lugar,

adinerada y con un curioso sentido del humor y de la crítica, no añoraba ningún otro ambiente: tenía capacidad y recursos para ver transcurrir su vida, con estímulos bastantes, en este pequeño lugar de la meseta castellana. Por otro lado, el «Mercedes» de la casa y el chófer estaban siempre prestos a emprender rutas hacia otras ciudades ante el menor deseo.

Don Amós Olea era odontólogo. Muy distinto a su hermano en cuanto al temperamento: hablador, un tanto dogmático en sus asertos, con aficiones definidas al margen de su profesión: la pesca, la caza, el flamenco y los toros. Había tenido una lesión pulmonar en su juventud, motivo por el que se retiró de la urbe zamorana y fue a instalarse a la casa y tierras de Villárdiga. Recuerdo muy bien su sillón metálico de actividades clínicas, instalado en una galería de la casa, en el piso bajo, que se asomaba a un pequeño jardín. Era la jardinería otra de sus aficiones, así como la de cuidar una pequeña huerta de producción familiar.

Allí venían, desde los pueblos cercanos, variedad de pacientes dispuestos a sufrir, estoicos, alguna extracción dentaria o lo que el doctor dictaminase. Yo asistí con frecuencia, en una perfecta hipnosis y a prudente distancia, a estas pequeñas intervenciones quirúrgicas. No tenía ningún miedo y me encantaba verlo. Cuando, tras varios forcejeos, la muela salía atrapada por el fórceps niquelado, don Amós me la enseñaba triunfante: «¿La ves? ¡ya no dolerá más!»... Y la muela caía, con un sonido peculiar, en el contenedor metálico, mientras el paciente se recuperaba.

Su mujer, Rosario, también era muy distinta a su hermana. Alta, fuerte, comunicativa y un tanto arrolladora, hacía amistad con todos los vecinos del pueblo. Visitaba a los enfermos, les prestaba ayuda, compartía muchas de sus inquietudes. Creo que estaba muy enamorada de su marido y que sentía profundamente no haber tenido hijos.

Unos años antes de mi contacto con esta familia, y con ocasión de uno de sus frecuentes viajes a Zamora, pasaron a saludar a un pariente lejano, farmacéutico de profesión y con un largo número de hijos que sacar adelante. La última que había venido al mundo tenía apenas unos meses y estaba seriamente enferma. El médico les había dado muy pocas esperanzas de curación. Y, sin previo acuerdo, los cuatro, pero especialmente Amós y Rosario, les proponen llevársela con ellos temporalmente para tratar de rehabilitarla. La cuidarían como propia. De este modo un tanto casual, la pequeña Rosario —Charito, que así la llamaban— pasó a ocupar, bien abrigada, un sitio en el «Mercedes» y llegó hasta la casa de Villárdiga.

Efectivamente requirió largos meses de cuidados, pero por fin salió adelante, transformándose en una niña rubia, de ojos claros, guapa y perfectamente sana; pero ya no hubo la menor posibilidad de que regresara a casa de sus padres. Para los Olea, ocupó el lugar del hijo que no habían tenido. Años más tarde será formalmente adoptada por Amós y Rosario, dándole sus apellidos y nombrándola heredera de todos sus bienes. Y lo mismo ocurrirá con el patrimonio de Elías y Josefina.

Así conocí yo a Charito Olea, cuando ambas teníamos nueve años de edad.

Mi tío Chenchó era uno de los principales arrendatarios de las fincas de labrantío de Rosario y Josefina en Castronuevo de Arcos. Zonas muy extensas, que requerían un

trabajo considerable durante todo el año si se quería que obtuviesen el adecuado rendimiento. El tío Chenchó lo hizo bien. Y a lo largo de los años fue adquiriendo parte de este amplio patrimonio, que luego pudo legar a sus hijos. Los Olea le tuvieron siempre un gran afecto y confianza. Y también a mi padre, Ángel, el hermano militar, serio y respetuoso, a quien siempre visitaban y trataban cuando acudían a Valladolid.

Por todas estas circunstancias surgió la proposición, para mí inesperada: «¿Por qué no se viene Anamari a Villárdiga, en vacaciones de verano o de Navidad? Puede pasar allí varias semanas, descansar de sus jornadas de colegio y ciudad y corretear libremente por el campo. Además, evidentemente, podría acompañar y entretener a Charito, que está un poco sola en la casa grande del pueblo».

En principio la idea no me hizo muy feliz. Me encontraba muy bien cerca de mi madre, de mi hermano Manuel y del resto de la familia, aunque no tuviésemos presupuesto para salir de vacaciones fuera de la ciudad. Pero fue mi madre la que más insistió: «Ya verás. Tienen una casa enorme que te gustará explorar. Y no has vivido nunca en el campo. Con lo que te gustan los caballos, los perros... todo. Allí lo pasarás muy bien. Además tienen muchos medios y te tratarán estupendamente. Vas a comer cosas ricas que aquí escasean y vendrás muy fuerte para el curso próximo».

Me convencieron. Y con un corto surtido de trajecitos de verano fácilmente lavables y alguna que otra cosa de equipaje, emprendí el camino hacia Villalpando, cabeza de partido y muy cercano a Villárdiga. Fue mi primera aventura en solitario, y en un autobús de línea. En mi destino me esperaban Charito y un empleado, en una *serre*^[1] preciosa de cuatro asientos, a la que se enganchaba un caballo rubio de tiro, el Chigre, con las crines blancas y un collarín del que colgaban pequeñas campanillas. Nos movíamos al compás de un trote macizo pero bailarín, tintineante, mientras el aire, libre y traspasado de luz, nos envolvía bajo el cielo de Castilla. Los trigos oscilaban con un alarde de tonos amarillos, solo salpicado por el rojo de las amapolas. Me empezó a invadir una sensación de inmensa felicidad. A la vez, notaba que Charito me sometía a una primera observación, para situarse. ¿Cómo era yo y cómo me iba a comportar? De momento miraba con una cierta superioridad mi atuendo baratito, ya que ella se había acicalado, casi en exceso, para recibirme. Llegamos antes de lo que yo hubiera deseado: solo mediaban siete kilómetros.

La casa y la habitación que me destinaron eran formidables. Muy por encima de las posibilidades que había tenido hasta entonces. Y mirando, la primera noche, el brillar multitudinario y casi agresivo de las estrellas, me prometí disfrutar de todo aquello a pleno pulmón.

Durante los cinco años consecutivos que compartí mis vacaciones de julio-agosto con los Olea hubo situaciones y acontecimientos que se me quedaron grabados para siempre y que tengo que señalar.

En el ambiente de restricciones que supuso la guerra, pero también desde la relativa seguridad en que se movía la clase media funcionarial, yo nunca había vivido en la abundancia, pero tampoco conocía de cerca la pobreza ni el esfuerzo cotidiano por la supervivencia. Desde el primer momento, mi simpatía hacia los aparceros y asalariados

de los Olea fue total. Aquellos hombres, abrasados por el sol, curtidos en las dificultades cotidianas, aparecían al atardecer para dar cuenta al amo de los trabajos del día. Ataviados con el imprescindible pantalón de pana y la faja negra del atuendo castellano, adaptados ya por el uso a la forma de su cuerpo; las grandes botas ahormadas por largas caminatas y cubiertas del polvo de los surcos y las eras; una camisa ajada por el sudor, cubierta en parte por el chaleco; y la inevitable boina negra que cubría la cabeza del usuario, con forma ya consolidada por las inclemencias que el tiempo dejaba caer a diario.

El hablar parco, las pequeñas alforjas con los enseres indispensables y la postura erguida ante el amo de las tierras son una imagen que se impone por sí misma, superando cualquier descripción. Luego, ya en su mundo y perdida la compostura ante la autoridad, su comportamiento era distinto. Los había de una fuerte tosquedad y aun de hablar blasfemo ante cualquier esfuerzo y contrariedad, y otros en cambio que jamás alteraban su lenguaje y el buen hacer ante un ser pequeño en edad y asombrado de su mundo, como era yo. Pero la simpatía y el cariño fueron generales. Me gustaba su atuendo, lustroso por jornadas de trabajo; me fascinaba su capacidad de manejar animales poderosos y rebeldes, su fuerza para arrastrar grandes cantidades de bálago desde unos carros enormes hasta la era. La alegría de la trilla, rodando durante horas sobre los haces de trigo. Y el proceso de aventar la cosecha, biello en ristre, separando la paja del grano, mientras un sol de justicia caía sobre todos y la bota de vino o el botijo aliviaban sus efectos. Yo lo vivía todo con envidiable entusiasmo y derrochando energías. Los perros de caza, un par de hembras *setter* preciosas, con manchas blanco-café en la piel, competían conmigo a carrera tendida, yendo a parar sobre montones ingentes de paja triturada. Los hombres y mujeres del campo disfrutaban con mi alegría, como si descubrieran un nuevo aliciente en aquel trabajo suyo que tal contento causaba a aquella pequeña, recién llegada del asfalto.

Timoteo, el capataz, ponía orden con un gesto en los mal hablados, me ayudaba a subir a la máquina segadora o me sentaba a su lado cuando la jornada se interrumpía a las 12 para un yantar frugal: pan, tocino, algo de carne y vino. Yo participaba, y les contaba chistes acumulados en mi memoria y cuya picaresca muchas veces no era capaz de alcanzar, pero que a ellos les producía una hilaridad total.

También empecé a frecuentar sus casas, su ambiente de pobreza limpia pero evidente. Sus gentes. La tía Lila, paralizada por una hemiplejía en su vejez, en una silla de enea, riñéndonos un poco a todos desde la puerta de su casa; la viuda Tránsito, acogida por sus hermanos y que trabajaba de la mañana a la noche para sostener los gastos de su única hija, Rosario; el señor Justo, *fiscal general*, su asiento de piedra frente a la iglesia, interpelando a los que cruzaban, camino de su casa... y una larga relación que ahora no podría completar.

Yo entraba y salía de sus hogares con libertad absoluta: me invitaban a participar en la comida familiar —todos a una en la cazuela de barro—, que a mí me parecía siempre exquisita. Cuando corría a solas por el *bailador*, un gran espacio tapiado en la parte posterior de la casa, respiraba hondo y abría los brazos en un intento de abarcar la alegría

que me inundaba. ¿Cómo era posible que hubiera gente desgraciada? ¿Por qué se les negaba el poder de disfrutar a bocanadas, como estaba haciendo yo?... Tardaría tiempo en sufrir —y poder analizar— la infelicidad propia y ajena. Entonces no tenía un solo milímetro libre en mi interior para hacer hueco a estos problemas.

Mis correrías suscitaban sentimientos encontrados en la familia Olea. A don Elías le divertían enormemente; le hacía gracia mi afición al agro, que él decididamente compartía. Su mujer permanecía más al margen, pero también le hacían reír mi vitalidad y mis chistes. Sin embargo, el matrimonio de don Amós y Rosario mantenía ciertas reticencias: podía caerme, tal vez hacerme daño, no debía comer cualquier cosa ni en cualquier sitio; tampoco parecía muy académico que compartiera cama de paja con los animales en la era... Me sobreprotegían, como habían hecho toda la vida con su ahijada Charito. ¿Y ella? Creo sinceramente que lo pasábamos muy bien, aunque al principio se pusieran en pie, en su interior, ciertos celos por la popularidad ganada por su invitada en apenas unas semanas. Ella era la heredera. Estaba allí todo el año; pero arropada y mantenida a una cierta y estudiada distancia... Sin embargo, toda reticencia desapareció entre nosotras al cabo de poco tiempo.

Nuestras aventuras mostraban también otra cara de la moneda. Aprendí sobre el terreno y sin veladuras la fuerte lección de la naturaleza en todas sus manifestaciones: desde la peligrosidad del mastín al apareamiento, casi salvaje, de los sementales; la ternura de los corderos recién venidos a nuestro mundo y la carnicería de su matanza llegado el tiempo oportuno. La picaresca del pueblo en su hacer y decir unos de otros, los resquemores entre grupos y familias, que no dejan de aparecer en ninguna sociedad humana... En el recuerdo quedan, grabados para siempre, aquellos días de Navidad en los que también acudí varios años, con las amanecidas de hielo y estrellas y roto el silencio por los gritos del verraco moribundo. La puerta de dos hojas con sección horizontal a la que nos asomábamos para ver y oír la matanza a lo largo de las horas. Los hombres con sus aparejos, sudando a pesar del frío de enero en la meseta. Las mujeres, colocando los lebrillos de barro, utensilios, agua abundante, y manteniendo los troncos crepitando en las chimeneas. Desayunábamos allí, en fraterna camaradería. Emilia, la cocinera, separaba magistralmente los elementos; Avelina, la más joven, se peleaba con nosotras por el primer torrezno. Y todos disfrutábamos de aquel rito sacrificial, tan antiguo como la historia y que significaba buena parte de la supervivencia de las familias durante el año.

Charito y yo establecimos una *entente* cordial para toda la vida. Vino muchas veces a casa de mi familia. Yo estuve cerca de ella en los momentos de la desaparición y oración por sus tíos. Ellos también nos habían arropado antes, en parecidas circunstancias. Y un día entonces lejano, cuando decidí abandonar la casa de mis padres, fue su ayuda material, generosa, lo que allanó mis pasos por el camino de mi vida en el Opus Dei.

Tiempo de colegio. Corren vientos de boda

Al terminar la guerra mi hermana retorna a su carrera universitaria de Filosofía, y pretende hacer dos cursos en uno para ganar el tiempo perdido. Lucas también se incorpora a su Facultad de Medicina. Por entonces se produce un nuevo acontecimiento: se abren las Academias Militares de Zaragoza, Guadalajara y Toledo. La preferencia de plazas se fija para los que han combatido en la reciente contienda y, sobre todo, para los alféreces provisionales. Muchos amigos de Lucas se deciden por la carrera militar y le animan a que haga él lo mismo, pero Lucas está convencido de que mi hermana Ángeles se opondrá rotundamente a que se desplace de nuevo fuera de Valladolid. Se equivocó, sin embargo: ella fue la primera en animarle. Siempre le había visto mucho más como militar que como médico. Y además, ella deseaba dar un avance importante a su propia carrera de Letras, que le apasionaba, y necesitaba tiempo. Por añadidura, el carácter de los dos era fuerte y se volvía mucho más tolerante y enamorado en la distancia. Lucas marchará, pues, a la Academia Militar de Zaragoza, iniciándose una sucesión interminable de cartas apasionadas, por ambas partes, que se amontonarán en los casilleros de la correspondencia. Van tachando fechas en los calendarios para disfrutar de cortas vacaciones que transcurren en armonía total.

Tras un año y medio Lucas regresa, con un número espléndido en su promoción y el grado de capitán. Su próximo destino será la ciudad de León, y ya se habla abiertamente de boda: no están dispuestos a una nueva separación. Mi hermano y yo viviríamos intensamente, aunque fuese como espectadores pasivos, esta especie de capítulo rosa, fuerte y sin precedentes, en el ámbito familiar.

Yo había recibido mi formación inicial siempre en escuelas públicas y bajo el patrocinio de mi madre. Ahora en cambio, al comienzo de mis años de Bachillerato, será ella quien decida que me incorpore a un colegio de religiosas. Por diversas influencias e informes se decidirá por las R.R. Hijas de Jesús, llamadas familiarmente *Jesuitinas*, con sede en Valladolid, en la calle de Fray Luis de León nº 21. Se trata de un casón antiguo que fue palacio, muy grande, construido en piedra, con amplias escaleras y grandes patios. Es un colegio de clase media-alta, con sus matrículas siempre cubiertas y fama de disciplina exigente y buena docencia. Será la primera vez que uno de los hermanos vista en casa un uniforme: negro, falda tableada, con cuello blanco almidonado y chalina formando un lazo delantero. A mí, que siempre me ha gustado el drama, me va a encantar esa puesta en escena, sin pararme a pensar en otras consecuencias. De momento iba a encontrarme ante un montón de compañeras, un ambiente nuevo y una aventura en la que todos habían apostado por mí.

Desde siempre mis hermanos han tenido la convicción de que yo, por ser la menor, he gozado de indulgencias impensables en sus adolescencias respectivas. Y seguramente no les faltaba razón. Pasé los siete años de bachillerato en las *Jesuitinas*, en los que estudié relativamente poco y —sobre todo— con una anarquía total. Mi vitalidad cooperaba a disiparme en todas direcciones. Era claramente proclive a las letras y antagónica con las matemáticas, probablemente porque no me inculcaron su manejo adecuado desde la enseñanza básica. Me apasionaba la literatura en todas sus manifestaciones. Sistemáticamente la profesora de ciencias me expulsaba de clase a los dos o tres meses

de iniciarse el curso, ya que sembraba una especie de protesta frente a diferentes clases y asignaturas. Ello significaba que mis veraneos estaban llenos de números, a los que no había más remedio que resignarse para poder pasar de curso en septiembre.

Mi entusiasmo por el deporte, el teatro y los festivales que se organizaban para celebrar fiestas varias, la música y la intervención activa en el coro del colegio me ponían a cubierto de un rechazo total por parte de directoras y profesoras. A mi madre le pasaba lo mismo: cuando iba a enfadarse seriamente, asistía a una representación cualquiera y, cuando el salón de actos retumbaba de aplausos, se quedaba sin discurso. En más de una ocasión me dijo: «¿Por qué no te dedicas al teatro? Yo no me opondría. Y a lo mejor, hasta te haces millonaria»... En realidad, estaban todos demasiado ocupados para centrar su atención en mí; Ángeles ha renunciado a matricularse en su último curso de la carrera universitaria, ya que es inminente la fecha de su boda. No obstante, y para no perder el tiempo —cosa impensable en los planes de mi madre— convalida muchas asignaturas y saca adelante, en varios meses, la carrera de Magisterio. También mi hermano Manuel, que por diversas circunstancias perderá la oportunidad de presentarse al «examen de estado», equivalente entonces al ingreso en la Universidad, se hará igualmente maestro. Sus exámenes serán brillantes: sorprendentes en un muchacho que tiene estatura media y todavía cara de niño. Un año después, en la primera convocatoria, su ingreso en la Universidad será igualmente extraordinario. Y se decantará, sin precedente familiar alguno, por la carrera de Medicina. Manuel, que seguía todas mis andaduras y me rodeaba del mismo afecto de siempre, no podía, sin embargo - responsable, como él era, hasta el extremo— estar de acuerdo con la superficialidad, aparentemente brillante, de que yo hacía gala para resolver mis problemas de formación.

A comienzos del año 1942, y a pesar de estar bien instalados en el inmueble de la calle de Gamazo, se plantea la posibilidad de mudarnos a un grupo de excelentes casas militares nuevas, situado en pleno centro de la ciudad: en la calle de los Doctrinos, junto a la Plaza de Zorrilla y el paseo de Santiago. Se trataba de viviendas amplias, soleadas, formando patio con el edificio de la Academia de Caballería y que están a un paso de los jardines del Campo Grande.

Una vez que Lucas ha regresado de la Academia Militar de Zaragoza, y ante el enlace inminente, las familias se presentan y tratan. Mi hermana conocía ya a Ricardo y Alfonso, hermanos de su futuro marido. Pero aún había dos hijas: la mayor, Ana María, casada con Ricardo Vallina, coronel del ejército republicano de España que, después de la guerra, hubo de exiliarse primero a Francia y luego definitivamente a México, y que se convirtió por ello en un mito familiar, si bien con una cierta carga dramática. Pero su matrimonio permaneció incólume a través de las aventuras y desventuras de su camino. Y por último la menor de los hermanos, Carmen, que llegó a ser íntima del grupo de amigos de mi hermano Manuel.

El verdadero descubrimiento fueron sus suegros.

El padre era un hombre de carácter fuerte, acostumbrado a manejar a sus hijos con rigidez para no dejarse desbordar por los tres hombres que crecían en la casa. Alfonso, el mayor, decididamente inclinado a los negocios, fue sin duda el de mayores posibilidades

sociales en la familia. Casado con una mujer especialmente atractiva, ella formaba parte de la imagen un poco espectacular que dio siempre a los acontecimientos de su vida. Ricardo, el más joven, hizo la carrera militar y siempre contó con la protección incondicional de sus hermanos.

La madre de Lucas estaba quizá más dotada para los negocios que para dar calor a una casa. Doña María Antonia alardeaba, en cualquier circunstancia, de un pasado en el que campeaban escudos y blasones, esculpidos en una casona cántabra del pueblo de Perrozo. La verdad es que aquello estaba ya en una cierta incuria, aunque sus padres permaneciesen enterrados en la antigua capilla de la casa. En Valladolid vivían en la calle San Martín, en un piso también muy grande, antiguo y poco acogedor. Esto lo pensó Ángeles cuando conoció el ámbito de su futura familia política, y no tuvo más remedio que establecer una comparación: nuestras casas siempre habían sido sencillas, provisionales, pero alegres. Evolucionaban con los pequeños avances económicos, renovaban los colores y la disposición, experimentaban una cierta conversión, con cambios gratos y sorprendentes, aunque nunca de gran importancia. Por otro lado, mi madre jamás nos enseñó a aparentar nada que estuviera más allá de nuestros límites. Siempre nos estimuló primero a *ser* más y solo luego a *parecer*. Por eso nos ha resultado algo penosa la actitud de los que alardean de lo que tienen o de lo que aparentan tener.

Mi hermana se llevó una desilusión cuando doña Antonia, que claramente era la portavoz familiar, le habló de los tiempos difíciles que atravesábamos todos, de las circunstancias de su hija en el exilio, a la que tenía que ayudar, etc., etc., y que ella pensaba que la boda debía limitarse a una ceremonia privada, con la familia y nadie más. A M^a Ángeles se le vino el mundo encima. ¿Cómo renunciar a un traje blanco, una ceremonia a las doce de la mañana en una iglesia bella y un banquete al que sentar a los compañeros de facultad, academia militar y aventuras heroicas en Burgos?

En mi casa tampoco se contaba con medios económicos, pero no se dieron por vencidos y decidieron apoyar —sin duda con esfuerzo— la ilusión de Ángeles y Lucas. Y todo fue saliendo. Doña Antonia cedió al fin un dinero; nuestros padres pidieron varias pagas anticipadas a cuenta de su sueldo, y el tío Chéncho hizo, como siempre, un espléndido regalo en metálico. La sucesión de circunstancias providenciales fue, por otra parte, llamativa. En La Esfera, una elegante tienda de tejidos de Valladolid, vendieron a mi madre, a quien conocían bien, una pieza de raso blanco natural para el traje, por un precio increíble. Un orfebre conocido les confeccionó la pulsera para la petición de mano. Y el banquete, con todos los amigos, tuvo lugar en un hotel muy agradable: el «Inglaterra» (que por enfrentamiento político con los aliados europeos, durante varios años colgó un nuevo rótulo de Hotel Lisboa).

El viaje de novios se proyectará a Francia para poder encontrarse con la hermana de Lucas, Ana María, entonces en Toulouse, en la zona no ocupada por Alemania^[2]. Le llevarán un dinero —que mi hermana logró pasar escondido— y que resolvería su traslado a México en fecha próxima.

Al regreso, Lucas debe ocupar su destino militar en León. Las dificultades para encontrar una casa ajustada a sus posibilidades amenazan con ser serias, ya que la ciudad

también ha sido muy castigada por los bombardeos. Pero de nuevo la Providencia les tiende una mano: Ángeles y Lucas paran en el Hotel Regina, y el acuartelamiento del nuevo capitán está muy cerca de la iglesia de San Isidoro, una obra maestra del románico español, muy vinculada al Reino de León y a los avatares de la Reconquista.

Allí acude Ángeles, pidiendo al Santísimo, siempre expuesto, el milagro de un piso suficiente, alegre y barato. Ella no lo sabe, pero es una iglesia frecuentada por la saga de los Riera, acomodada y socialmente conocida, que precisamente está construyendo un bloque de pisos que piensan destinar a miembros de la familia. De ahí va a surgir una amistad, un intercambio de ideas, problemas y confidencias que concluirán en el alquiler, mucho más barato de su coste en el mercado, de un piso de la Casa Riera para Ángeles y Lucas.

Fue esta una amistad estupenda, que duraría muchos años. Mi hermana los tuvo siempre cerca, disfrutando de su buen hacer, delicadeza y cariño. Cuando nazcan sus dos primeros hijos, Juan Antonio en febrero de 1943 y M^a Ángeles en mayo de 1944, dos de los Riera más jóvenes, Chavela y Aurelio, serán padrinos de bautizo. Su recuerdo estará teñido siempre de afecto entrañable y generosidad.

Y aquí es preciso hacer otro inciso importante. En casa de mis padres habíamos quedado, para varios años aún, Manuel y yo. La tía Manolita seguía cuidando incansablemente de todos. Pero la situación de Ángeles en León, sin otra familia cercana y con dos niños muy pequeños, requería una ayuda temporal. Nadie lo dudó, y mucho menos ella misma: tía Manolita tomará el tren para León —con un pequeño equipaje, la grandeza de su corazón y la habilidad de sus manos— con objeto de ayudar a mi hermana a emprender su camino como ama de casa y madre de dos hijos.

Felizmente, la situación será transitoria, porque Lucas pedirá insistentemente el traslado a Valladolid y, a Dios gracias, en octubre de 1944 será destinado a esta ciudad. De nuevo íbamos a estar reunidos. Pero, dadas nuestras circunstancias, ¿sería por mucho tiempo?

Manuel, entre tanto, con veintiún años, se había convertido en un hombre alto, delgado, de voz profunda y palabra convincente. Seguía siendo el centro de mi más rendida admiración, ahora también como universitario. En el primer año de Medicina son preceptivas las prácticas de anatomía sobre cadáveres, en la sala de disección. Esto, que de suyo es importante pero ingrato, se convirtió para él en una auténtica obra de arte. Su habilidad manual aislaba tendones, nervios, arterias, y las sujetaba sobre una tabla en la que descansaba la pieza anatómica a disecar. Luego los barnizaba con diversos colores, adecuados a las características del órgano estudiado. Y el final impresionaba como las láminas de un libro pero con las dimensiones de la realidad. Algunas de sus preparaciones, calificadas con la nota máxima, figurarían luego en el Museo Anatómico Sierra, de su facultad. Yo le miraba hacer, derrochando aquella infinita paciencia e intensidad detrás de las que se escondía un enorme deseo de perfección y de saber. Sus notas, al finalizar los cursos académicos, eran un alarde para cualquier currículum.

Pero lo mejor es que seguía acumulando una amplia cultura por los cuatro costados: en nuestra casa se amontonaban libros de geografía, de historia, de arte... Todo lo

manejaba con una capacidad fuera de lo común.

Desde los primeros meses de facultad empezó a relacionarse con un grupo de amigos que conservaría toda su vida. Todos eran habituales en nuestra casa de la calle de los Doctrinos: Ignacio Arcelus, vasco de origen; Hipólito y Manuel Durán, vallisoletanos de pro; y Adolfo Pardo, miembro de la buena sociedad, venidos a menos tras la guerra y la muerte de su padre, pero que conservaba, junto a su madre y hermanos, la distinción y exquisita educación de su ambiente.

Enfrente de casa estaba el colegio de las dominicas francesas, que podía presumir de agrupar en sus aulas a lo más selecto de la sociedad de Valladolid. Nuestras ventanas se convirtieron en *troneras* desde las que Manuel y sus amigos espiaban, con los prismáticos de campaña de mi padre, la salida, entrada y brujuleo habitual de las niñas de los cursos superiores de aquel centro docente.

Y cerca estaba también el cine Roxy, muy popular por sus sesiones continuas. Algunos días, cuando mi hermano y sus compañeros llevaban varias horas estudiando, ya saturados, bajaban en tropel al cine Roxy. Tal vez de sus frecuentes conversaciones y comentarios sobre directores, actores y películas arranca mi decidida afición al arte cinematográfico.

También yo tenía amigas en el colegio, que no he olvidado. Y —como suele suceder en la adolescencia a las niñas con sensibilidad más acusada— aquella época fue importante en mi vida: mi exterior, un tanto indisciplinado y objeto por ello de amonestaciones habituales, tenía pocos puntos de contacto con los verdaderos sentimientos e ideas que se agolpaban en mi interior. Algunas de las religiosas del colegio que nos trataban y enseñaban lo supieron adivinar con facilidad; otras no. Esta disparidad acerca de mi persona se ha dado siempre y en muy variados ambientes: unos me han apreciado mucho más de lo que merezco y otros me han juzgado y rechazado, tal vez sin auténtico motivo para ello.

Para mí el colegio fue el descubrimiento de la amistad, del compañerismo y de un corto liderazgo. Y lo más importante: la transformación de lo religioso, que conocía a través de oraciones infantiles, objetos y estampas, en una cálida devoción interior. Dios era alguien con quien podía hablar, alguien a quien amar. Y desde entonces, aun en los momentos más alejados, he tenido esta realidad en el alma. La capilla del colegio, a la que se podía acceder directamente desde el portal del edificio, estaba presidida por una Virgen que ocupaba gran parte del retablo dorado. Ella fue pronto la depositaria de nuestras confidencias e ilusiones a lo largo de esos años.

Hubo algunas religiosas que me dieron clase, y cuya memoria aún conservo en lo más íntimo de mis recuerdos adolescentes: por su cariño, generosidad, paciencia y ejemplo. Enfundadas en su hábito -propio de la Congregación que habían fundado la Madre Cándida María de Jesús y un padre jesuita—, irradiaban serenidad y elegancia. Y nos conmovían, aunque algunas no fuésemos proclives a demostrarlo.

Voy a intentar trazar un cuadro rápido de aquellos años, que recuerdo con alegría y gratitud. Hay una pequeña lista de nombres en la agenda de mi alma que se han hecho clave en ella: Madre Carmen Iturzaeta, Madre Ángela Marquet... y, sobre todo, la que

fuera superiora de la Comunidad de Valladolid durante aquellos años: Madre M^a Dolores Galicia. Con esta última fui capaz de comunicar y compartir las más íntimas aspiraciones de mi vida, que prácticamente comenzaban entonces. Un horizonte, que se me antojaba inmenso, de ambición y expectativas, pero frente al que me encontraba desarmada. Y no olvidaré su despedida, cuando concluí mis años de bachillerato: «Anamari: te tengo un gran cariño y te deseo lo mejor. No te separes de Dios nunca. Puede ser y será tu fuerza en los momentos difíciles que, sin duda, te tocará vivir. Tienes cualidades para hacer muchas cosas: no las defraudes. Yo confío plenamente en ti. Que la Virgen te proteja siempre».

Y eso, a pesar de que mis dos últimos años del colegio fueron un tanto accidentados. Se me hacía dura la disciplina, tenía amigos fuera del ámbito colegial y ya me atraía volar hacia otras latitudes. No obstante, era consciente de las cualidades y buen espíritu de quienes habían intentado educarme; y sin duda había en ellas algo heroico, indefinible, a lo que yo hubiera entregado mi vida si no fuera porque el aire conventual, el hábito y la obediencia estricta se distanciaban abiertamente de mi modo de ser.

Movimientos familiares

Mi hermana y su marido regresan a Valladolid en octubre de 1944. Y parece que, al fin, nos vamos a reunir en esta ciudad castellana. La vida continúa siendo dura: cartillas de racionamiento para muchos, casas de baja calidad y alto precio, luto por familiares caídos y represalias contra los vencidos... El bloqueo internacional acentúa la carestía de elementos de primera necesidad. Finalmente, la entrada de los Estados Unidos de América en la Segunda Guerra Mundial, frente a Alemania y sus aliados, dará un giro definitivo a los acontecimientos.

Aprovechando la situación, determinados comandos residuales de la reciente guerra civil inician una forma de guerrilla y extorsiones en la zona norte de España. Concretamente en el Pirineo vasco-navarro, fronterizo con el territorio francés, donde se organizan y refugian, frecuentemente protegidos por la población rural. Como respuesta inmediata varios regimientos militares son movilizados para barrer los valles y montes, expulsando a los denominados *maquis*^[3] más allá de la frontera. Uno de los primeros regimientos llamados fue el de Lucas, quien de nuevo se verá separado de su mujer y de los dos pequeños.

Corre el año 1945. Mi hermana Ángeles atraviesa una situación inestable: comparte provisionalmente su vida y la de sus dos pequeños con su suegra, mientras Lucas registra montes y laderas en busca de los maquis. Llegará un momento en que no puede soportarlo más. Deja a la pequeña Angelines en casa de mis padres —una vez más en brazos de la tía Manolita— y parte con Juan Antonio, su hijo mayor, al encuentro de su marido. En un tren de vía estrecha, llamado el Irati, llegará al pueblo navarro de Aoiz, punto de acuartelamiento militar. Allí van a experimentar el afecto popular hacia el ejército y sus familias. Para Juan Antonio, coger el Irati y viajar de un pueblo a otro va a

ser un gran regalo de infancia. Al cabo de unos meses la situación se estabiliza y Lucas podrá volver de nuevo a Valladolid con su mujer y sus hijos. Sin renunciar a su carrera militar, en poco tiempo finalizará sus estudios de Medicina en la facultad. Y casi simultáneamente mi padre, que entre tanto había sido destinado a Barbastro, será relevado y podrá regresar junto a nosotros.

Sobre todo este despliegue de idas y venidas sobrevoló un percance que pudo tener consecuencias graves: en ausencia de sus padres, María Ángeles, la pequeña de mi hermana, presentará un cuadro repentino de parálisis en ambos miembros inferiores debido a una poliomielitis. La movilización de los médicos y recursos de que disponíamos en nuestro hospital militar fue total. Y creo que pudo ser entonces cuando la afinidad y el cariño de la pequeña hacia mis padres y la tía Manolita resultarán decisivos para el futuro. La tía la llevará en brazos de modo permanente, colaborará en su rehabilitación, le dará de comer lo mejor que podíamos conseguir. Y la rodeará de estímulo y exigencia, para que se esfuerce. Todo rindió sus frutos: dos años más tarde era difícil apreciar si aquella niña, con una debilísima cojera, había estado gravemente enferma y paralizada por completo.

No sé decir en qué fechas mis padres, la tía, Manuel y yo habíamos cambiado de casa de nuevo, ya que al ascender mi padre en la escala militar no podíamos seguir ocupando el piso de la calle Doctrinos. Y esta vez, cansado de tanto movimiento, el cabeza de familia decide adquirir un piso propio, sencillo pero suficiente, para no tener más dependencia de variables administrativas.

Como siempre, el tío Chenchó aparecerá en el momento adecuado y adelantará el dinero necesario. Y allá fuimos. A una callecita paralela al Paseo de Zorrilla, un poco más arriba de los jardines del Campo Grande y del hospital militar. Se llamaba Alemania. Era una primera planta, con balcones amplios, mucha luz y recién construido. Por primera vez paladeamos la frase: esta es nuestra casa.

[1] Vulgarización muy usual en Castilla de la voz francesa *charrette*, que designaba unos vehículos ligeros, de tracción animal (uno o dos caballos a lo más) que se empleaban para paseo y transporte de personas en ámbitos rurales.

[2] La zona libre de Francia —cuando se produjo la invasión alemana— estableció su gobierno en Vichy desde 1942 hasta la liberación por los aliados en agosto de 1944.

[3] Inicialmente el *maquis* eran fuerzas del ejército de la República, con misiones específicas de hostigar y debilitar la retaguardia enemiga.

III. AÑOS DE FORMACIÓN

Un jefe llamado don Rafael

Mi hermano Manuel era ya un médico acreditado, al que apoyaban los profesores de la Facultad de Medicina de Valladolid. No nos extrañó que en las oposiciones a Titular del Hospital Clínico, por duras y competitivas que fueran, obtuviese la plaza por unanimidad. Así se convirtió en médico-jefe de una de las salas quirúrgicas del hospital universitario. Porque su vocación específica, muy precoz, fue la de cirujano. Me explicó una vez que lo que le gustaba era la capacidad resolutive del procedimiento quirúrgico: diagnosticar el mal y tratar de extirparlo. Sin tratamientos dudosos ni esperas inciertas: actuar por vía directa sobre la enfermedad y curar en la raíz, siempre que fuera posible. Creo que la extraordinaria habilidad de sus manos y la paciencia infinita que era capaz de desplegar en el desbridamiento y extirpación de un tejido enfermo contaron mucho a la hora de decidirse por esa especialidad. Y, sobre todo, hubo un factor decisivo: el apoyo del catedrático de cirugía de Valladolid, quien desde el cuarto curso de la licenciatura se había hecho cargo de tres de los mejores alumnos del curso, ya inmersos en las prácticas y guardias nocturnas como internos. Fue para ellos mentor destacado e influyente, tanto en lo que afectaba a su futuro profesional como en el plano personal de autoridad moral y de sólida amistad. Ignacio Arcelus, Hipólito Durán y Manolo Sastre formaron un trío en torno a su protector que les llevaría a compartir todo un modo de vida. Don Rafael Vara López se convirtió así, para nuestra familia, en «el jefe». Se hablaba de él con una admiración total. Lo veíamos a una enorme distancia, envuelto en su prestigio académico y quirúrgico. Pero el hecho era que don Rafael había elegido a mi hermano para tenerle cerca y transmitirle, en una docencia casi continua, sus conocimientos y experiencia. Ello unido —eso sí— a una exigencia que no distinguía días ni noches, ni lectivos o fines de semana, como no los distingue la enfermedad o las urgencias. El estado de alerta era permanente. Una llamada de don Rafael suponía la puesta en marcha inmediata.

A nadie le asombró, por eso, que al concluir la licenciatura el «jefe» ofreciera a los tres amigos continuar su tarea en el hospital y servirle como ayudantes en sus intervenciones sobre enfermos privados, que a veces se prolongaban tardes y parte de las noches. Incluso en vacaciones les abrió las puertas de su clínica privada en Burgos, para que pudieran mantenerse en la órbita de un incesante trabajo que era también

privilegiado aprendizaje. Todo con vistas a convertirlos en catedráticos de patología quirúrgica de la universidad española. A la familia nos parecía un sueño inalcanzable. Pero al mismo tiempo lo creíamos posible en cuanto pudiera depender de la capacidad intelectual y de trabajo de mi hermano, y dado el apoyo declarado de su mentor.

Jamás le vi entregarse al sueño antes de las dos o las tres de la mañana: tenía varios libros abiertos sobre la cama. Su cuarto-biblioteca aparecía atestado de revistas científicas, apuntes, dibujos... y tabaco. Fumaba continuamente.

Don Rafael Vara era un hombre de mediana edad y estructura física fuerte: hombros anchos, andar firme. Hablaba en tono bajo pero decisivo y no empleaba discursos ni tiempos vacíos. Tenía una presencia poderosa, que imponía respeto por sí misma. Y exigía un orden y dedicación rigurosos, sin fallos ni distracciones. Capaz de pasar ocho horas seguidas en un quirófano con la tensión de un tumor cerebral entre las manos. Usaba gafas, tenía una mirada directa, resolutiva. Era uno de los mejores y más considerados profesores del país. Su formación había tenido lugar en Alemania, y del espíritu germánico había tomado conocimientos y maneras. Y también una esposa, doña Ketté, a quien había conocido en sus horas de oficio sanitario.

En los pocos ratos libres de que disponía, solía frecuentar a un grupo de amigos, intelectuales de destacado corte liberal y en absoluto partidarios del régimen franquista. Mantenían una actitud permanentemente crítica frente a lo que consideraban una politización derechista de la universidad de aquellos años. Gregorio Marañón, Ortega y Gasset y una serie de profesores de diversas Facultades, más bien de ideas republicanas, formaban parte de este elenco.

Todo ello fue ampliamente compartido, desde su inicial condición de discípulo, por mi hermano, quien radicalizó considerablemente su modo de pensar frente al régimen político de España a partir de sus últimos años de carrera universitaria.

Sin embargo, estos temas jamás levantaron en nuestra familia discusiones ni enfrentamientos. Mi hermana Ángeles conservaba en su ánimo la realidad heroica de sus amigos de guerra; Lucas, su marido, no tenía el menor problema en asumir su condición de combatiente en el bando nacional y, al mismo tiempo, con una hermana y cuñado republicanos y exiliados en México; mi madre alentaba una cierta nostalgia monárquica que no perdió nunca. Y mi padre, absolutamente patriota, militar a las órdenes de Franco, se sintió siempre orgulloso de haber colaborado en una contienda que nos devolvió la paz. La tía Manolita, por su parte, trabajando con afán inextinguible, permaneció siempre al margen de las controversias políticas. ¿Y yo?

Yo seguía derrochando energía dispersa en cien proyectos que apenas cabían dentro de la pequeña habitación de nuestra casa, en la calle de Alemania. Recuerdo que la ventana se abría a un espacio aún sin edificaciones donde habían instalado un almacén de maderas y serrería. Se podía ver un horizonte sin límites. Y con olor a pino recién cortado en el ambiente, me preguntaba qué hacer con tanto deseo y tan pocas posibilidades. En el clima de mutuo respeto en que me había educado, a pesar de la disciplina colegial, mis ideas eran una mezcla apasionada de cantares de gesta, novelas heroicas, un sutil pero firme sentimiento religioso de la vida, injertado desde mi infancia,

y una gran admiración y cariño por los míos, incluida una auténtica fascinación por los mundos —más de uno— en los que militaba mi hermano.

Reajustes familiares

Tardamos varios años en asentarnos. Mi padre había regresado de su destino en Barbastro; mi hermano Manuel tenía ya prestigio como cirujano y docente en la facultad de Medicina de Valladolid; Lucas, el marido de mi hermana, sacó adelante las asignaturas pendientes de su licenciatura en Medicina, aunque su dedicación y entrega seguían centradas en la carrera militar. Mi madre continuaba dando sus clases, con una apasionada vocación al Magisterio, y yo estaba a punto de concluir mi bachillerato. Manuel pasaba meses trabajando con el profesor Vara en su clínica de Burgos, siempre inmerso en el grupo inseparable que formaba con Ignacio Arcelus e Hipólito Durán.

En abril de 1949 ocurre un incidente imprevisto: mi madre, que siempre había padecido algunas alteraciones biliares a causa de una litiasis, presenta repentinamente un cuadro de obstrucción grave. La trasladan a Burgos y allí es intervenida, con los recursos y garantías de la mejor cirugía. Sin embargo, desarrolla un absceso seguido de septicemia post-operatoria que está a punto de causarle la muerte. Yo acudo desde Valladolid y paso unos días alojada en el Hotel Moderno; allí está también mi padre, asumiendo la situación. Manuel y sus amigos desarrollan una sucesión de atenciones médicas y personales imposibles de superar. El profesor Vara pone todas sus posibilidades para solucionar esta complicación que nos tiene consternados. Por primera vez experimento la angustia: la conciencia de que mi mundo y mi entorno familiar, sin la arrolladora y entrañable personalidad de mi madre, son como un inmenso globo de sueños que podría estallar repentinamente dejándonos a oscuras.

En Valladolid, y por un descuido, hacía unos días que yo había apoyado la mano en una plancha de la cocina y tenía una extensa y profunda quemadura, que me curaban a diario en la clínica de Burgos. Pero no tenía capacidad para sentir el dolor físico, anestesiado por el dolor moral que me atenazaba junto a la cama de mi madre.

Felizmente la infección cedió y pasamos a una lenta pero segura recuperación. Tuvo que pasar dos meses bajo la atención de don Rafael y retornó luego con nosotros, pálida, delgada, pero con su presencia y poder totalmente recuperados.

Mi padre derrochó cariño y dedicación en su entorno. Recuerdo que allí, en la habitación de la clínica privada del profesor Vara, toda la preocupación de mi madre era:

—Os voy a arruinar. Esto puede ser muy caro.

Y mi padre, con su humor negro castellano, la tranquilizaba:

—Pero... ¡qué ocurrencia! No nos vas a arruinar hagas lo que hagas, porque arruinados hemos estado siempre. Y nada ha podido con nosotros todavía...

Es justo señalar aquí otra presencia gratificante que había de tener un peso significativo en algunos acontecimientos de mi vida: doña Silvia, hermana de don Rafael Vara, era el alma de toda la clínica junto a don Paco, su marido, sobre quien recaían el

peso y la responsabilidad de los movimientos económicos. Ella era decidida, enérgica. Y esa energía y decisión se transformaban en bienestar para todos los pacientes. Siempre tuvo un especial cariño a mi hermano Manuel y lo demostró, cumplidamente y por primera vez, en esta difícil situación familiar.

Durante este tiempo, Lucas asciende a comandante de infantería y es destinado a Teruel. La noticia cae como una bomba en la familia porque, además, en enero de 1950, acaba de nacer su tercera hija, María Antonia.

A mi hermana la situación le parece una catástrofe. Ha de recoger otra vez toda la casa, buscar de nuevo un piso en una ciudad que se le antoja distante, pequeña y ajena. Y todo ello, con tres niños pequeños alrededor. No encuentra otra opción que —al menos temporalmente— dejar a Ángeles con mis padres y trasladarse hasta el actual destino con Toñín, de siete años, y M^a Antonia, de pocos meses. Mi hermana tiene entonces treinta y un años y recuerda aquel viaje como un exilio. Desde Valladolid ha de tomar un tren que tenía como apodo humorístico *el Shangai* y que hacía la ruta La Coruña-Barcelona. En Calatayud les esperaba Lucas para hacer trasbordo a otro pequeño tren denominado *Chispa*, porque la máquina de carbón escupía humo y chispas a granel. Llegarán así a Teruel, ciudad en la que permanecieron durante seis felicísimos años, en una bonita casa orientada directamente al parque de La Glorieta y donde nacerá su último hijo, llamado, como su padre, Lucas. El marido de mi hermana llegará a ser la mano derecha del gobernador civil, don Manuel Pizarro, y los amigos aragoneses que van a compartir su vida serán inolvidables por lo nobles y generosos, como alardea la rudeza y claridad de sus tierras. Allí harán la primera comunión los dos mayores, ya que la pequeña Ángeles volverá con su familia unos meses después de la llegada. Mi hermana reconocerá que en pocos sitios se ha sentido tan a gusto. Si de ella hubiera dependido, nunca se hubiera apartado de la plaza del Torico, de la placidez y armonía de este tiempo. Recordarán siempre las visitas a pueblos de traza medieval, rocosos, como Albarracín, y verdaderos paraísos de pesca en arroyos despeñados de las alturas, como Pitarque. Durante años le seguirán llegando cestos enteros de melocotones de Calanda que le envían sus amigos.

Allí, en periodos de vacaciones, fuimos también mi hermano y yo. Estuve un mes en Albarracín, fascinada por aquellas rocas bellísimas que potenciaban el eco de cualquier voz, y el fragor del río apresado en cauce estrecho; la catedral, erguida como centinela en lo alto de un risco; y aun los desniveles de las casas, que podían obsequiar con la sorpresa de ver la cabeza de un borrico asomar por la ventana de un segundo piso, ya que —por la otra fachada— correspondía a la entrada, a ras de suelo, de la cuadra.

Escenario de algunas de las batallas más cruentas de la guerra civil, en 1950 aún no se había restañado el daño. Unos y otros tenían muertos y heridos por los que dolerse. Allí fue mártir el obispo Polanco, cuyo sarcófago —silencio y piedra— puede verse en la catedral de Teruel.

Por contrapunto, las gentes eran abiertas, cordiales y rotundas. Allí conocimos a nuestro cuarto sobrino, pequeño, cabezón y sonriente. Y se planteó la cuestión de dónde educar a los dos mayores, que debían empezar ya el bachillerato.

En realidad este era el único problema de la ciudad: los colegios y centros de estudio escaseaban. Y por esta razón Toñín, el mayor, se vendrá con nosotros a Valladolid y estudiará en el colegio de los Jesuitas, en régimen de media pensión y viviendo en nuestra casa de la calle de Alemania. Una vez más, la generosidad de mis padres y los cuidados de la tía Manolita volcándose en una nueva generación.

María Ángeles, la segunda, nada aficionada al estudio y la disciplina, irá a parar a un precioso colegio que poseen las religiosas Adoratrices en Guadalajara. Se da la circunstancia de que una tía de Lucas, hermana de su madre, tiene un cargo de dirección en el centro docente. Y allá se matriculará a María Ángeles en régimen de internado. Es más bien caro, pero se manifestará poco útil y aun negativo en este caso: nuestra sobrina María Ángeles no había nacido para estudiar.

En el plazo de tres años van a confluir una serie de circunstancias que condicionarán el desembarco sucesivo de toda nuestra familia en Madrid. Lucas reclamará y obtendrá allí una plaza. El profesor Vara López obtiene el traslado a la cátedra de patología quirúrgica de la capital, y propondrá a sus tres discípulos y ayudantes que se vayan con él y preparen así la etapa final de sus oposiciones a cátedra. Mis padres prevén otra etapa de nuevos ahorros y privaciones para poder ayudar a mi hermano a mantenerse de un modo digno, pero nunca pondrán freno a nuestras aspiraciones. Y Manuel, pleno de esperanzas, hace su entrada profesional en Madrid.

Una frontera determinante

Desde los últimos años de bachillerato lo tenía yo claramente decidido: estudiaría una licenciatura universitaria y sería la de Medicina. Así, de golpe, di carpetazo a mi más profunda vocación literaria. Las letras, que siempre habían sido mi afición y facilidad, quedaron relegadas en el baúl de los recuerdos. Quería aprender una teoría, una técnica y un oficio. Quería ser útil a los demás con las posibilidades de mi inteligencia y de mis manos. Ya estaba bien de divagar. Y nada más lógico, por proximidad y admiración, que decantarme por la carrera de Medicina. Además había algo inconfesable en mí, que decidí combatir haciéndole frente de modo directo y rotundo: el pánico a la muerte. Siempre me fascinó. En Villárdiga, donde tenía entrada libre en todas partes, me escapaba alguna vez a las casas en las que había tenido lugar algún fallecimiento. Me colaba de rondón entre las amistades del pueblo y asistía hipnotizada al dolor denso y silencioso, o plañidero y desgarrado, de viudos, hijos y familiares. El muerto, ajeno a todo, revestido con el mejor traje sobre el cuerpo envarado, era una imagen que no me dejaba ni parpadear. Y me unía luego, desde lejos, al acompañamiento hasta el cementerio, donde quedaba en aquel hoyo, que habían cubierto de terrones y piedras resonando sobre el féretro. Durante días pensaba —con un sosiego impropio de mi habitual actividad— en la muerte como frontera, oscuridad y ausencia definitiva. Eran términos que me paralizaban. Tenía que vencerlo, o al menos, acostumbrarme a ello, si es que resulta posible convertir la más abismal pregunta del ser humano en una

costumbre. Y creo que este fue un motivo determinante en mi decisión: iría a poner la vida —mi tiempo y mis energías— precisamente allí donde se libran las batallas frente a la enfermedad y la muerte. No tenía entonces madurez suficiente para saber hasta qué punto se pueden combatir también la duda, el dolor o la oscuridad, con la inspiración y la palabra en otras dedicaciones.

Me matriculé entonces, con esta decisión, en el primer curso de la facultad de Medicina de Valladolid. Esta ocupaba unos edificios antiguos, a distancia considerable de nuestra casa en la calle de Alemania. Había que andar todo el paseo de Zorrilla, la plaza del mismo nombre, la calle de Miguel Iscar, bajar hasta el colegio de los Jesuitas y, ya casi en las afueras de la ciudad, encontrar el hospital clínico y la facultad. Los autobuses me llevaban hasta el centro, y desde allí emprendía mi caminata mañanera cada día.

Recordaba aquellos años infantiles cuando la tía Manolita —¡cómo no!— prestaba su compañía protectora y la calidez de su mano a mi corta estatura para acompañarme, paseo de Zorrilla adelante, hasta el comienzo de Miguel Iscar. Desde allí el colegio ya quedaba cerca, y me dejaba encaminada mientras ella retornaba a casa por entre los árboles rezumantes de niebla y frío en las primeras horas de la mañana invernal. Mi madre ya había salido, camino de su grupo escolar y de sus clases. Todos teníamos una obligación puntual. Solo ella aplicaba la flexibilidad —que era generosidad en la entrega de su tiempo— para proteger, acompañar y ayudar a quien fuera preciso. Luego regresaba para acomodar la casa con el calor de su generosidad y su cariño. Pero es claro que ahora yo me había convertido en una persona adulta, así que, superados los límites de la dependencia, emprendía mi camino diario en soledad, pero también con la fuerza de la decisión asumida.

Nunca he podido explicarme cómo pude pasar de la mejor inconsciencia y dispersión de los años de bachillerato a la radical determinación de esfuerzo y estudio durante los cursos de Medicina en Valladolid. Rodeada por la extensa biblioteca de mi hermano dedicaba horas, sin ponerme límite, sobre las complicadas descripciones de los tomos de anatomía de Testut, disciplinando la imaginación solo para adivinar los trayectos de arterias, venas y nervios. La fisiología me resultó fascinante: algo así como una físico-química viva. Tuve que luchar denodadamente con la bioquímica. Y me supuso un colosal sometimiento, tantas horas de esfuerzo continuado, para el que no estaba preparada.

Éramos más de doscientos alumnos en primero de carrera y solamente seis mujeres. La expectación masculina acerca de nuestras reacciones era total. Incluso había profesores, como don Ramón López Prieto, ilustre catedrático de anatomía, que colocaban a todas las chicas juntas en la misma mesa de la sala de disección. Un género de proteccionismo un tanto discutible, pero ejercido con la mejor voluntad. Lo que sí puedo asegurar es que la exigencia era idéntica. No había privilegios por ser mujer.

Mis dos primeros años fueron un haz de sobresalientes y matrículas de honor. La familia en pleno estaba pasmada, incluido mi hermano, que ya había trasladado gran parte de sus armas y bagajes a Madrid.

Tuve pronto un buen número de amigos, pero desde el primer momento eludí toda otra relación, por incipiente que fuera. Quería ser médico. Eso era todo. E iba a hacer lo imposible por lograrlo. Pronto adquirí esa fama de brillantez y conocimientos que se disimulan con el epíteto de «empollona». Pero eso no impidió un fecundo intercambio de experiencia profesional y de afectos con un grupo excelente de compañeros, a los que volvería a encontrar en distintos avatares de la vida.

Desde las gradas del aula-anfiteatro que ocupábamos descubrí que valía la pena el esfuerzo por ser y hacer algo importante. La mediocridad no tenía ningún aliciente. Y esta idea se la debo al clima universitario de Valladolid.

Así transcurrieron tres años. Una vez concluida la preparación básica iniciaría la segunda parte de mi carrera: la dedicación a las asignaturas y a la práctica clínica. En definitiva, al objetivo final de nuestros conocimientos: el enfermo. Pero ese momento habría de tener un marco muy diferente. Aún no lo sabía, pero mi siguiente etapa ya estaba en el horizonte.

Madrid: destino final

Valladolid fue siempre un entorno conocido y abarcable. Era la ciudad en la que habíamos permanecido más estables y unidos. Mis años adolescentes y el gran salto a la responsabilidad adulta en la facultad de Medicina estaban también enmarcados en la ciudad castellana. El paseo de Las Moreras, el caudal terroso del río Pisuerga, las librerías de la Plaza Mayor, la generosidad holgada del Paseo de Zorrilla... Tenía amigos; había concluido brillantemente el tercer curso de la licenciatura. Pero algo me resultaba insuficiente. Mi hermano Manuel escribía cartas breves y llamaba frecuentemente por teléfono desde Madrid, casi siempre para pedir fondos, ya que había llegado antes de tiempo al vacío en los apartados de su cartera. Y también contaba los alicientes de la capital, aunque podía disfrutarlos poco a causa de su trabajo, ejercido casi siempre sin límites horarios, descansos ni fiestas.

No me extrañó, aunque nunca me lo había planteado, que un buen día me sugiriera: «¿Por qué no intentas una beca en un colegio mayor y terminas la carrera en Madrid? El horizonte sería, también para ti, completamente distinto. Incomparablemente mayor». La idea se clavó en mi cerebro con caracteres obsesivos. Por una parte, me daba miedo. En Valladolid yo dominaba el ambiente. ¿Y si aquello, desconocido y enorme, llegaba a sobrepasarme? Aquí estaba la cálida protección de mis padres. Nunca había pasado largas temporadas fuera de casa. ¿Sería capaz de defenderme sin sentir su apoyo como base segura y estímulo constante? En nuestra ciudad castellana todo me era conocido. Madrid, en cambio era para mí un espacio que se me antojaba vasto y ajeno. Por otro lado, la aventura siempre me ha tentado. Y también la ambición, sobre todo planteada como un reto, una vez más, por mi hermano. Me había enseñado a ser fuerte, a emplear mis posibilidades a fondo. A no pedir gratuitamente, sino exigir intercambios en la vida. No podía —ni quería— decir en esta ocasión, tan decisiva para mi futuro: «no me

atrevo».

Y lo puse en manos de la Providencia. Mis padres y la tía, como siempre, no se opusieron a lo que podía ser importante para acrecentar mis posibilidades personales y profesionales. Así que envié la documentación completa, con mi listado de notas, al colegio mayor Santa Teresa de Jesús, de la Universidad de Madrid, solicitando plaza para el curso en el que debía iniciar mis asignaturas clínicas. La respuesta llegó en pleno verano: me habían concedido una beca que cubriría todos los gastos de estancia en el que entonces era el Mayor femenino más prestigioso de la universidad. La suerte estaba echada. Debería incorporarme en los primeros días del próximo octubre.

Con un nuevo esfuerzo económico, mi madre y la tía llenaron una maleta con lo que consideraban imprescindible para compartir dignamente la convivencia estudiantil en Madrid. En un pequeño maletín aparte apilé yo los libros necesarios para el año académico que iba a iniciar.

Y una vez vencido el verano, en una mañana que ya presagiaba cambio, y con un abrazo de adiós a los míos especialmente prolongado, tomé el tren hacia Madrid. No puedo expresar muy bien qué expectativas ni ansiedades ocuparon el tiempo de mi viaje solitario. Como siempre, lo asumí como un desafío: tenía que poder. La capital sería mi casa, como lo habían sido ya otros lugares. Y, sobre todo, allí estaba Manuel. Mi hermano era el apoyo firme que sostenía, una vez más, mi inseguridad.

Me esperaba en el andén de la estación de Atocha con María Dolores Soriano, una enfermera que compartía muchos de sus avatares. La recepción fue calurosa.

—¡Qué bien que te hayas decidido a venir! Ya verás. Esto es otra cosa. Más difícil, pero mucho más estimulante. No te arrepentirás nunca.

Como siempre, el tiempo le daría toda la razón.

Llegamos a la calle de Fortuny, donde estaba enclavado el Mayor; era una zona residencial preciosa, paralela al Paseo de la Castellana, que a mí me había parecido enorme a través de las ventanillas en el trayecto del taxi. Un jardín rodeaba el edificio. La recepción fue cordial. Me asignaron una habitación en otro inmueble de la misma calle, en el número 30. Y es que el Colegio ocupaba varios edificios, que alojaban a más de un centenar de residentes. Maleta en mano cruzamos la acera y, de nuevo, otro jardín nos recibió tras la verja. Allí, en un segundo piso y en la zona llamada familiarmente *los hules* por el linóleo que cubría los suelos, me encontré a la puerta de lo que había de ser mi reducto de estudio, amistad y vivencias durante cinco largos años.

El edificio era antiguo, pero la habitación luminosa, digna y cómoda. Ahí me dejaron, para que pudiera organizarme desde el primer momento con la mayor autonomía de que había disfrutado hasta entonces. El ánimo se me empezó a llenar de sensaciones nuevas: el olor especial de un aposento recién acicalado por las limpiadoras; un pequeño cuarto de aseo para instalar los enseres indispensables que me acompañaban; cama y armario, sobrios. Una estantería donde apilar los textos que, indispensablemente, habría que estudiar. La mesa, una simple tabla desnuda cubriendo dos cajones, con un flexo de luz aceptable, se dejó ocupar por mis utensilios personales, de los que nunca he sido capaz de prescindir: carpeta, papel de varios tamaños, cuadernos, reloj, cubilete con una

procesión de lápices listos para usar, tijeras, grapadora, tintero... Y una foto de mis padres que campeó desde el primer día entre mis nuevos quehaceres.

Oía voces y pasos cercanos. Pero tenía una especie de reserva... ¿miedo? a salir al pasillo y enfrentarme a la convivencia con personas aún desconocidas. El cielo de Madrid, sereno, con la paz del otoño sobre los árboles, me tranquilizó. Y a mitad de tarde abrí la puerta... Era un momento de relax, hacia las seis, en el que algunas residentes se arreglaban para asistir a distintas actividades: era viernes, y el fin de semana a comienzo de curso aún no presagiaba esfuerzos frente a ningún examen.

Nunca olvidaré la amabilidad de aquel encuentro: Mari Carmen Bello, algo mayor que yo, serena, educada, servicial, estudiante de Filosofía; Maribel López Rico, animada, sonriente, con las puertas de la amistad ya abiertas de par en par; las Rodríguez, dos hermanas altas —Medicina y Filosofía—, interrogadoras, seguras, capaces de allanar Madrid a los recién llegados...

Todas hicieron un recibimiento formal a la nueva residente de Valladolid y propusieron una celebración, modesta pero cordial, para que pudiera sentirme casi en familia en menos de veinticuatro horas: y nos fuimos a una tasca, situada en la calle de Martínez Campos, a menos de cien metros, donde era posible tapear, por un precio muy módico, sobre las mesas de mármol con pie de hierro que recordaban las fotografías y grabados de cafés de principios de siglo.

Mi primera noche en Madrid tras apagarse las luces —y con ellas los últimos rumores del Mayor— me mantuvo en vela varias horas. Pero no con sensación de soledad y menos aún de agobio ante lo desconocido. Era la intuición estimulante de quien ha puesto ya el pie en el estribo de un tren lleno de oportunidades: del que emprende un proyecto prometedor.

San Carlos, nueva Facultad

A partir del cuarto curso de Medicina, en la Universidad Complutense las clases se impartían en el enorme y vetusto caserón de San Carlos, y las prácticas, visitando enfermos, en las grandes instalaciones del adyacente Hospital Provincial. Felizmente, el Mayor Santa Teresa estaba en línea con el trayecto a recorrer cada día. El paseo de la Castellana empalmaba con la Plaza de Colón y el paso de Recoletos hasta Cibeles; seguía luego el Paseo del Prado, que terminaba en la confluencia con la calle de Atocha. Y allí estaba el San Carlos.

También mi hermano Manuel, adjunto a la cátedra de patología quirúrgica del profesor Vara López, tenía el mismo lugar de operaciones. Solo que él venía desde más lejos: de la calle de Maudes, muy próxima a la glorieta de Cuatro Caminos, donde habían alquilado un pequeño apartamento, propiedad de una enfermera del hospital, y se habían instalado los tres amigos y compañeros de siempre: Ignacio Arcelus, Hipólito Durán y Manolo Sastre. El hermano de Hipólito, Manuel -Maíto para todos—, había optado por dedicarse a la Medicina Interna, y lo hacía también en Madrid, en la cátedra

del profesor Casas. Pero su simpatía y facilidad para moverse en el campo de la política universitaria eran bien conocidas, y tal vez por ello —y por sus dotes de organización y relación humana— fue nombrado director de un colegio mayor universitario, el Cisneros, donde discurría su vida una vez concluido el trabajo de la Facultad.

San Carlos era, pues, el punto de confluencia de todos nosotros. Se trataba de una enorme construcción, con paredes de mármol negro y gris que producía, no sólo seriedad, sino casi estremecimiento. Sus techos altísimos, las grandes puertas de madera con herrajes antiguos, los patios -uno de ellos con la hierática estatua de Ramón y Cajal—, las aulas, con enormes encerados y la mesa para el profesor sobre una tarima ligeramente elevada que facilitaba la visión, conferían un frío especial a los espacios. El anfiteatro grande lo circunvalaban grandes medallones pintados, con bustos y nombres que conmemoraban a personalidades médicas e investigadores destacados en el ámbito de la medicina. Se pretendía estimular nuestra ambición y nuestro saber. La mediocridad parecía no tener, tampoco allí, cabida. El anfiteatro pequeño, un aula más común aunque de forma semicircular, exhibía a su vez en las paredes varias placas con fechas conmemorativas de la vida de profesores, investigadores y clínicos de gran envergadura en la historia de la Facultad.

Mi primer día fue desconcertante. Venía de un grupo de apenas ciento cincuenta alumnos, en un ambiente de amistad, simpatía y respeto generales, disfrutado ya durante tres años; pero me encontré, de pronto, con una masa de gente (pasábamos de quinientos) que irrumpía sin miramientos en un aula inmensa en busca de asiento y fila adecuados para seguir con mayor comodidad las explicaciones del profesor. Por supuesto, tuve que trepar escaleras arriba, hasta la última fila. Inexperiencias de novato.

En Valladolid, la universidad tenía lugar propio no solo en el ámbito de las diversas Facultades, sino en el discurrir de la vida ciudadana: su marea estudiantil llenaba plazas y calles e influía en todo el diario acontecer. Los saludos, sonrisas, diálogos callejeros ocasionales, estaban a la orden del día. Madrid era otra cosa. Aquel alud en los pasillos de la facultad desaparecía luego, engullido por la gran urbe. Madrid era extenso y lleno de múltiples acontecimientos diarios. Por eso supe, desde el primer momento, que mi vida universitaria transcurriría fundamentalmente entre las amistades y la actividad del colegio mayor.

En San Carlos convivíamos con fuertes y reconocidas personalidades científicas, notorias en su campo, lo que era sin duda un privilegio para los destinatarios de su actividad docente. Recordaré siempre las clases magistrales de don Fernando Enríquez de Salamanca, en el anfiteatro pequeño, con un enfermo instalado en la camilla y una descripción modélica en su exposición y contenidos; el aula estaba siempre abarrotada. Las excelentes clases quirúrgicas del profesor Vara López; el monólogo intenso e interiorista de la Psicología de López Ibor; la oscuridad casi ininteligible de la Psiquiatría de Vallejo-Nájera; la espléndida Antropología historicista de don Pedro Laín Entralgo... y —en un momento en el que la clase de Religión se consideraba de menor cuantía pero siempre incluida, obligatoriamente, en el currículo— las magníficas exposiciones teológicas de don Marcelo González, que llegaría a ser Cardenal de la

Iglesia en años venideros.

Adquirí el legítimo orgullo de afrontar una profesión que requería, sí, amplios conocimientos técnicos, pero en la que cabía también hallar un trasfondo humano y cultural de gran envergadura. Nunca me arrepentí de ser médico. Solo hubiera querido tener otras vidas para llenarlas con otros saberes, casi deslumbrantes para mí, que nunca tendría tiempo de conocer ni practicar...

Pronto me di cuenta de que en Madrid había que estudiar más. Porque cada individuo era, en principio, un completo desconocido. Porque había que destacar, en competencia con un gran número de alumnos. Porque una absoluta falta de controles facilitaba la inasistencia a clase, pasando totalmente inadvertido. Solo en las prácticas, y de un modo relativo, se exigía la asistencia. El interés era, exclusivamente, el que cada uno manifestase.

En las salas del hospital nos enfrentábamos por primera vez con el enfermo real. Y la coincidencia de lo teórico, leído e imaginado con la praxis era, a veces, sorprendente. Me imponía, a la vez que me gustaba, el trato con los enfermos. Siempre me produjeron una cierta zozobra. ¿Era yo lo bastante capaz para curar o aliviar aquello que se me confiaba? Pero había que intentarlo con todas las posibilidades en alerta. Aquí se alineaban las camas en salas enormes, apenas separadas por una mesita de noche y una silla. Estaban siempre ocupadas, menos aquellas breves horas en las que un colchón enrollado y recogido te anunciaba que el ocupante o se había incorporado al ambiente exterior o se nos había ido con el alta definitiva. Niños, ancianos, oncológicos, infecciosos..., todo pasaba por nuestra formación y aprendizaje. Pero jamás me acostumbré ni al dolor ni a la muerte: son dos aldabonazos que el tiempo y la experiencia no han conseguido amortiguar. Lo que sí he aprendido es a asumirlos con la mayor eficacia y serenidad posibles, porque eso da seguridad y apoyo a quienes cuesta más sobrellevarlo. Y de este modo, en las salas grises y blancas —donde todavía planeaban las tocas de las Hermanas de la Caridad— empecé una dedicación esforzada y apasionante que había de prolongarse durante casi cuarenta años.

El colegio mayor Santa Teresa[\[4\]](#)

Fue, sin duda, mi «puesta de largo» en el mundo social y universitario y mi mejor experiencia. Jamás pensé que unas cuantas habitaciones de un colegio mayor pudieran albergar tal cantidad de proyectos, amistad y ayuda incondicional.

La mañana era un dispersarse de las residentes por todas las Facultades; los almuerzos, un intercambio ruidoso, a las tres de la tarde, de las impresiones recibidas a lo largo de la jornada. Y las tardes, una apretada agenda de estudio, biblioteca y planes vespertinos.

Los primeros días de mes, la pequeña entrega de recursos económicos, enviados por giro postal, estaba reciente; por ello, los planes de cine, teatro o cualquier otro evento, de entre lo mucho que Madrid ofertaba, resultaban tentadores. Las películas se elegían,

veían, discutían y procesaban plano a plano, eligiendo actores, directores y guiones con precisión de críticos expertos. Los cine-clubs universitarios funcionaban en varios colegios mayores y daban lugar a un apasionado intercambio de ideas y a una cultura de la imagen que hizo mella en mí —como en tantos otros— durante aquella etapa. Actores y directores del mundo cinematográfico de nuestro país se brindaban a participar en festivales y tertulias, arrancando muchas veces desbordante entusiasmo del joven auditorio.

Algo más esporádico, pero igualmente apasionante, ocurría con el teatro. Aún recuerdo las primeras incursiones en las llamadas sesiones de ensayo, en las que autores casi revolucionarios empezaban a sembrar la inquietud existencial desde el escenario de cualquier Mayor, interpretados por grupos de aficionados que acabarían siendo, no pocas veces, verdaderos profesionales. El TEU (Teatro Español Universitario) nos metió en las entretelas de la discusión intelectual con autores hasta entonces desconocidos. Aún recuerdo el impacto de aquella obra de dudas adolescentes, inseguridades y querencias revolucionarias que se llamó «Mirando hacia atrás con ira», y que nos resultaba polémica y sugerente hasta en el título.

Vivíamos aún las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. El pesimismo, el cambio sin dirección conocida y el duro golpear contra todo lo instituido hasta entonces como valor intocable invadían las librerías y los escenarios. El existencialismo francés había cruzado los Pirineos, mientras los clásicos alemanes se relegaban a la profundidad de las estanterías, aunque nada tuvieran que ver con el nacionalsocialismo del III Reich; Inglaterra exportaba también una generación pesimista, a pesar de haber quedado en el bando de los vencedores. Solo el cine seguía enviándonos, a veces, producciones de alto contenido militarista, épico y estimulante. Naturalmente, guiones y dirección eran de los ganadores en el conflicto.

Sin embargo, y no sé si por el profundo estímulo de vida que puede llegar a infundir nuestro sol mediterráneo, jamás capté el menor derrotismo pesimista en la juventud universitaria de Madrid. Procedíamos de todas las provincias de España, de todas las condiciones sociales, de todos los ámbitos de educación, de todas las creencias o agnosticismos. Pero teníamos algo en común: la pasión por la vida, la ambición de futuro, la necesidad de pulsar todos los latidos del mundo, de conocer culturas, ambientes, hombres y mujeres que compartieran el momento histórico o de algún modo lo iluminasen, porque a nosotros no se nos antojaba trágico sino regenerador. Lo peor ya había pasado; el mundo esperaba ahora nuestro corazón, repleto de ilusiones, y el esfuerzo de nuestras manos. No era una utopía. Era un sentimiento común, una responsabilidad compartida. Una necesidad de ser útil en algo, pequeño tal vez, pero importante. Insustituible, incluso.

Todo ello se intercambiaba también en conversaciones aparentemente intrascendentes, en un salir a tomar un vino los fines de semana; en interminables intercambios de opiniones —con pretensiones de tesis existencial— entre quienes eran nuestros compañeros de estudios y diversión. Y el marco, felizmente, era Madrid. Las normas de nuestro Mayor, serias pero amplias, nos permitían volver de noche después de un

espectáculo y de haber callejeado por el Centro, tomando unas tapas y algún vino. La Puerta del Sol, la Plaza Mayor y sus adyacentes, la Plaza de Oriente y el Teatro Real, el Palacio de las Cortes con sus leones guardianes, el Paseo de la Castellana...

Muy pronto aprendí a orientarme en mi caminar habitual por el extenso plano que para mí representaba Madrid. Barrios más típicos y populares; otros señoriales, con viviendas y residencias caras... El distrito de Moncloa era reiteradamente visitado, por estar allí situados la mayor parte de los colegios mayores. Pero otros, como Chamberí, Retiro, Centro y Chamartín, también se recorrían. Madrid fue nuestra casa y pronto se adueñó de nuestros corazones.

Todo aquello acrecentaba mi cultura, mi interés, mi capacidad de disfrutar. Pero, forzosamente, tenía también que repercutir en mi dedicación al estudio de las materias de mi licenciatura, que hasta aquel momento había sido mi ocupación central.

El Mayor Santa Teresa tenía un buen número de becarias extranjeras. Predominaban las presencias europeas, pero también los países americanos estaban ampliamente representados.

Maribel López Rico, que no solamente por apellido era la más pudiente del grupo, nos surtía de toda clase de enseres: entre ellos, una excelente radio que sus padres le habían comprado en Alemania y que, instalada en el pasillo de *los hules*, captaba multitud de emisoras extranjeras, de entre las que destacábamos, a las diez de la noche, la de Radio Pirineo Independiente. En ella un grupo de republicanos nostálgicos enhebraban mensajes e improperios contra el régimen instaurado en España por el general Franco. Recibíamos las noticias y el acto de permanente rebeldía sin la menor conciencia de que pudiera tener consecuencias académicas y disciplinarias para nosotras.

A nuestro grupo se incorporó, en un momento dado, una encantadora muchacha francesa, Christianne Decaillet, que vino a estudiar literatura española y contribuyó, con su elegancia y trato, a «civilizarnos» un poco. Hubo un momento en que los conciertos de música programada fueron una institución establecida por Christianne. Recuerdo al menos una hora, los sábados por la mañana, en la que consiguió mantenernos en riguroso silencio y a la escucha. Aún persiste, indeleble en mi memoria, el concierto de flauta, arpa y orquesta de Mozart, que repetimos, sin cansancio, hasta casi entonarlo de corrido.

Otra verdadera aportación, producto de aquella globalización estudiantil, fue Carolyn Lenz, que llegó un buen día de Connecticut, en los Estados Unidos. Era alta, rubia, jovial y respondía totalmente al biotipo americano. Apenas hablaba castellano. Venía precisamente a cursar dos años de lengua española. Con un inglés un tanto pedestre por todo instrumento, inmediatamente la incorporamos a nuestros planes. Pronto se entusiasmó, en una mezcla de asombro, bienestar y afecto, con sus nuevas amigas españolas, a quienes ya no olvidó nunca. Con ella recorriamos los fines de semana, en los transportes de precio más módico, las inmediaciones de Madrid y las grandes posibilidades que ofrecía la capital. Conseguimos una aclimatación total y llena de entusiasmo. Le hacía gracia hasta lo más disparatado de nuestro modo de ser y de existir. Y nosotros disfrutábamos con su alegría, como en un segundo descubrimiento de América.

Carolyn, ya de vuelta a su país, se casó con un profesor también americano y creó una familia excelente, con tres hijos y un montón de sacrificios y satisfacciones. Mantuvimos la relación epistolar e incluso coincidimos, años más tarde, en la beatificación de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer[5].

Mis calificaciones de cuarto curso de Medicina, acusaron un cierto declive. Aprobé con holgura en junio; todavía acaparé algunos sobresalientes y varios notables... No me preocupó demasiado, pero a quien sí le desconcertó fue a Manuel. No solía inmiscuirse en mi vida, ya que confiaba plenamente en mi sentido común. Pero las nuevas amistades, el ambiente, las horas dedicadas a otras actividades, podían alejarme de ese final brillante que siempre supuso y deseó para mí. Por primera vez se permitió decirme, en privado y en larga conversación, sus dudas y desconciertos —su alarma— con respecto a mi actuación.

Tomé nota. No podía descender ni medio escalón más. Y en los dos años que me quedaban de licenciatura, más los dos de doctorado durante los que permanecí en el Mayor, mis calificaciones —aunque no tan homogéneas como en Valladolid— sí se acumularon en un expediente brillante. Al concluir la carrera obtuve el Premio Extraordinario de Licenciatura. Creo, sin embargo, que el mayor peso para justificarlo lo tuvieron mis tres primeros años en una facultad de Medicina de provincias.

A pesar de su exigencia —que sin duda había heredado y recordaba a la de mi madre —, mi hermano Manuel —junto con M^a Dolores— fueron también asiduos y certeros promotores de mi aclimatación social y cultural en Madrid. Cuando teníamos algún dinero, circunstancia poco frecuente, compartíamos cena, paseo, espectáculo. Hablábamos de proyectos y de futuro. Recordábamos a la familia que nos ayudaba, con todas sus fuerzas, desde aquel pequeño piso de la capital castellana, lleno de cariño y nostalgia por nuestra ausencia. Les escribíamos con frecuencia: Manuel, tarjetas de rasgos rápidos, inconfundibles, contando la vida a modo de telegrama. Yo, en papel folio, pormenorizando las aventuras de nuestro vivir cotidiano en la capital.

Me acostumbré pronto a la presencia de M^a Dolores. Desde el primer momento supe, con intuición femenina, que detrás de su colaboración incondicional había un alud de sentimientos contenidos, que poco tenían que ver con su apoyo profesional. Y lo asumí con toda naturalidad. Mi hermano seguía absorto en su carrera por lograr la cátedra universitaria. Sus trabajos de investigación, complejos, se gestaban en un laboratorio amplio, de disposición circular, que se había habilitado para el profesor Vara López. Sus técnicas analíticas, con determinaciones de gran complejidad, requerían horas. Y había instalado una cama portátil, porque era frecuente que estuviera sentado frente a los tubos y mecheros a las seis de la mañana. Y, con frecuencia, María Dolores acudía, desde su casa en la Avenida de Reina Victoria, para ayudarle, sin pasar facturas ni requerimientos. No dudé nunca que cuando mi hermano estuviese en condiciones académicas, sociales y económicas de crear un hogar y una familia, María Dolores tendría todos los triunfos en su mano. Y fue, además, una propuesta de vida que —pienso— ella se hizo de cara al futuro, con clara determinación. El hecho es que, en aquella época, yo formé parte en multitud de ocasiones de sus escasos momentos de descanso, de sus proyectos y

comentarios. Fueron años de un trabajo impresionante para Manuel. Con escasísimos medios económicos, el trío de amigos sobrevivió, alcanzando extraordinario nivel profesional y académico, y llegó a la meta por partida triple, tal y como había sido programado en su momento por *el jefe*, don Rafael Vara.

En la última etapa de mi licenciatura se produjo un pequeño cambio de situación para Manuel. Con ocasión de una consulta médica tomó contacto con un religioso de la Orden de Santo Domingo, de prestigio intelectual y moral, y que representaba una gran autoridad en un colegio mayor de Madrid; el Padre Úbeda —este era su nombre— no dudó en proponer al joven Dr. Sastre que se trasladara al Aquinas, donde estaría muy bien alojado, mantendría un contacto permanente con la juventud universitaria que tanto le estimulaba, y podría contribuir a la vida académica del propio Mayor. Y, aunque le costó un poco romper el «triunvirato» de la calle Maudes, Manuel aceptó la propuesta. Creo que fueron dos años muy gratificantes para mi hermano. Solo María Dolores se sintió un poco desplazada en los escasos ratos libres que, ahora, Manuel compartía con la juventud del Aquinas.

Amistad y proyectos de vida

Antes de ocupar la que había de ser nuestra casa en Madrid, la última etapa de los estudios de licenciatura en el colegio mayor estuvo marcada, no solo por la lógica inquietud profesional y de incertidumbre ante la situación laboral futura, sino también por auténticos proyectos de vida. Los fines de semana, la calle de Fortuny era un hervidero de encuentros y despedidas de estudiantes que, entre ilusiones y realidades, trataban de dibujar su porvenir.

Luego, en las habitaciones, en las pausas de estudio, se intercambiaban opiniones, confidencias, dudas y afirmaciones. «¿Era aquel el hombre con el que emprender la aventura del futuro?» «¿Existía decisión para afrontar la responsabilidad de una familia?» «¿Qué se estaba dispuesta a arriesgar por un sentimiento arrollador que había llegado de pronto?»... Cien preguntas que se podían plantear en común amistad, pero solo se podían responder en la profundidad de uno mismo. La soledad es siempre el último ámbito de la libertad humana.

Y allí, frente a mi propia verdad, también yo me planteaba las mismas cuestiones. ¿Qué había pensado hacer con mi vida? Siempre he guardado la intimidad bajo siete cerrojos. El aspecto exterior, normal, simpático, a veces arrollador y seguro, nada o muy poco tenían que ver con una sed casi infinita de perderme entera en algo o alguien capaz de asumir esta entrega sin límites. Pero ¿existía ese sujeto? ¿Dónde? Yo había soñado, como todo el mundo, pero me inquietaba la gran disposición de entrega que inundaba mi alma, confrontada a los abismos del desencanto que podía encontrar; y no solo en las limitaciones del otro, sino en las de mi propia condición. Mi sentido religioso seguía vigente aunque en un rincón perdido, y así, la asiduidad de mi práctica se había enfriado considerablemente durante los últimos años. Un cierto vértigo existencial, que no excluía

la duda, había arrinconado las oraciones, ideas y sentimientos religiosos —antes habituales— a un lugar muy secundario. Eso sí, continuaba experimentando casi una transmutación interior cuando venían a caer en mis manos, por ejemplo, los versos místicos de Teresa de Ávila o Juan de la Cruz.

Hubo dos momentos en los que estuve a punto de iniciar una relación personal estable. Durante mi primer año de doctorado, un compañero, serio, trabajador, llano y directo, me propuso emprender el camino del mundo juntos para siempre. Durante meses paseamos nuestro común saber y sentir por las calles y parques de Madrid, por los espacios de diversión y alegría. Él compartía conmigo la vocación médica.

«Te prometo —me dijo un día— que llegaré a tener un puesto destacado en nuestra profesión. Que nunca carecerás de nada necesario. Que estarás segura a mi lado».

Siempre supe que lo que me decía era cierto, y su futuro tendría la ocasión de confirmármelo. Pero todo resultaba demasiado serio, programado... Puede parecer increíble, pero, conociéndome, no estuve nada segura de que, en un carril tan determinado y previamente decidido, pudiese hacer estallar la aventura de ser feliz. Y aquello se acabó precozmente.

La otra situación fue mucho más estimulante. Esta vez se trataba de un hombre insospechado, alegre, sensible. Medio poeta, además de médico. Capaz de soñar el mundo a mi lado. De un medio social conocido. Pero de nuevo fui yo quien abandonó porque, para entonces, ya se había incrustado en mi alma una inquietud trascendente capaz de revolucionar los sentimientos y las ideas que creía superados para siempre.

Mientras tanto, Maribel López Rico encontraba su primer amor, que no llegó a ser definitivo, en otro médico, compañero y buen amigo de Facultad. Mari Carmen Bello establecía una relación con un estudiante de Filosofía como ella, que se la llevaría tras la boda más allá del Atlántico, hasta tierras hispanas. Mari Carmen Rodríguez, atenta lectora del Evangelio en cada atardecer, en su cuarto del Mayor, se embarcaría en la aventura del matrimonio con un amigo alemán... Y otras tantas compañeras de distintas provincias, que se orientaban en la mejor dirección que les brindaban las circunstancias... Un buen día, aún lejano, mis amigos se casaron, y aunque sus matrimonios tuvieron resultados diversos, todos encontraron la alegría de varios hijos que dieron sentido a sus esfuerzos, a sus sueños de amor y a sus vidas.

De momento sacábamos todo el partido posible a nuestra situación de estudiantes, acogidas a la vida de un excelente colegio mayor universitario.

La directora, entonces un cargo con claros matices políticos, era Victoria Eiroa. Una mujer menuda, morena, todavía joven y de modos elegantes, discretamente autoritarios. Conmigo siempre fue correcta, sin llegar a la amistad y la confianza. Me sentía mucho más identificada con la subdirectora, Marina Marín. En cualquier caso, mi vida en el Mayor transcurrió sin problemas de autoridad hasta un día bien concreto: un domingo de carnaval en que tuvimos —tuve— una idea que no resultó precisamente feliz, dado el clima social y político, absolutamente acrítico, del momento español.

Acostumbrábamos, como colofón de la semana de carnaval, a montar un festival en el que varios grupos ponían en juego su ingenio, se disfrazaban, escribían cuestiones

relacionadas con la vida del Mayor o hacían una parodia simpática de tantas situaciones como se planteaban a diario. El colegio asistía, hasta bien avanzada la noche, en el salón de actos, y todo el mundo disfrutaba al unísono.

Marina Marín había pedido a nuestro grupo que colaborara activamente en la fiesta, pero no teníamos una mañana de domingo especialmente estimulante o inspirada. Y de pronto, ¡vaya usted a saber por qué!, a mí se me ocurrió algo medianamente arriesgado.

—¿Por qué no hacemos una crítica simpática de la situación política de España?

Nos pusimos manos a la obra. Saldría un falangista desgranando algunas notas heroicas, un requeté leyendo unos versos más bien cursis que había difundido una revista apócrifa de tinte monárquico, un periodista conocido por sus juicios atrevidos en un conocido medio de comunicación, y hasta yo pedí una guerrera militar prestada y salí en nombre de don Francisco Franco, hablando brevemente de la guerra, la durísima postguerra y la pertinaz sequía. Aún había otras figuras y representaciones de actualidad. Lo ensayamos discretamente y comparecimos casi como final de fiesta. El colegio entero se divirtió con el invento y rió a carcajadas. Pero aquello estuvo a punto de costarnos —y costarme— un disgusto muy serio.

La directora, que en ningún momento había aprobado el espectáculo ni con el gesto ni con la risa, nos reunió a todas media hora más tarde para anunciar la posible expulsión de la o las colegialas que hubieran pergeñado el guión.

Yo estaba anonadada. Me quedaba un año para terminar la licenciatura y era mi única posibilidad de permanecer en Madrid. Por otro lado, ¿qué dirían mis padres y mi hermano si tenía que asumir semejante baldón en mi expediente académico?

La actitud de la directora nos parecía totalmente desproporcionada. Pero estaba claro que la dirección tuvo miedo de que, al día siguiente, se comentase el tema en la universidad, se amplificara su significado y todo llegara a oídos de las autoridades políticas y académicas. Su cargo podía entonces estar en entredicho.

Por suerte para nosotras, sucedió entonces algo insólito: las alumnas extranjeras, con toda certeza mucho más conscientes de sus derechos cívicos, se pusieron de acuerdo para enviar una enérgica nota a la directora del Mayor. Eran aproximadamente veinte y la firmaron todas, sin excepción. Venían a decir que, si por una crítica tan suave, tan humorista e inteligente pero sin agresividad alguna, se expulsaba a alguien del Mayor, irían a presentar un pliego de queja en sus respectivas embajadas por la falta de libertad de opinión que se ponía en evidencia en la universidad española.

Esta vez el miedo de la dirección fue de otra índole y llegó a superar al anterior. Al día siguiente volvieron a reunirse con un discurso absolutamente conciliador, sin concesiones pero sin amenazas, invitándonos a seguir la vida ordinaria del Mayor sin poner en peligro la convivencia alegre que nos había distinguido siempre. Y así concluyó mi primer y único incidente de sesgo político, que estuvo a punto de pasarme una elevada factura. Aún permanecí dos años en el colegio Santa Teresa, en los que habían de sucederme acontecimientos muy distintos.

De nuevo «los míos»

Entre tanto, mi hermana Ángeles y Lucas, su marido, trabajaban la posibilidad de un destino en Madrid, decisión que para mi hermana iba a ser un auténtico trauma, porque pocas veces había echado raíces afectivas tan profundas como durante los años transcurridos y las amistades labradas en Teruel. Sin embargo, Lucas avanzaba en su profesión e incluso los hijos del matrimonio reclamaban una familia estabilizada y posibilidades más amplias que las de la pequeña capital aragonesa.

Tenían que buscar casa, alguien de servicio, colegios... y aprender a vivir en la aceleración de una ciudad grande. La primera situación se resolvió, de momento, ocupando la casa que dejaba, providencialmente, el hermano mayor de Lucas, Alfonso, y que estaba dispuesto a cederles. Y allí aterrizó Ángeles, tras abandonar un tren al que habían ido a despedirla sus amigos llevándole todo tipo de obsequios y recuerdos. Como viajaba con tres niños pequeños y dos empleadas, la pertrecharon hasta con un conejo guisado, para el viaje. Al decir de mi hermana, no faltó más que la orquesta municipal.

En contraste con la moderna y soleada casa que abandonaban, la de Madrid, en la calle Augusto Figueroa 47, era un enorme y vetusto caserón, sin ascensor y con una sombría estatua de bronce en el hueco de la escalera que servía de soporte a varios focos de luz; los peldaños eran de madera gastada y encerada y todo transpiraba una especie de vejez destartada. El cuarto de estar era inmenso, y en medio campeaba una enorme caldera de calefacción de carbón. Al parecer, allí había vivido Armando Palacio Valdés que, ya anciano, escribía con frío en cuerpo y alma, arrimado a los leños. A mi hermana Ángeles no le conmovió en absoluto el recuerdo histórico.

Para los niños habían encontrado colegios próximos y el centro de Madrid les rodeaba: Plaza de España, Puerta de Alcalá, Plaza del Callao... Sin embargo, esta situación había de durar pocos meses: el dueño del inmueble necesitaba vender y se planteó la movilización lo más rápida posible. La cuestión era, una vez más, económica. Y esta vez fue Lucas quien tiró por la calle de en medio: vendió a precio de saldo todo su patrimonio de Villabañez —herencia de su madre— a su hermano Ricardo, y pagó la casi totalidad de un piso agradable, suficiente y céntrico que pasó a ser de su propiedad. En la calle del Doctor Castelo, en un barrio comercial y bien comunicado, y con posibilidad de centros docentes adecuados para los hijos. No hubo más dudas: en mayo de 1957, teniendo Ángeles 36 años, ocuparon la casa que iba a ser ya para toda la vida.

Por fin estábamos todos en Madrid. Las dos hijas de Ángeles encontraron acomodo en el Colegio de Loreto, de la calle de O'Donnell; Toñín pudo concluir su bachillerato en un colegio cercano, el de La Sagrada Familia; y Lucas, el pequeño, fue a parar al Instituto Ramiro de Maeztu.

Y entonces se planteó la jugada final. ¿Qué hacían los padres y la tía Manolita solos en Valladolid, con su tercera edad ya iniciada, mientras todos nosotros vivíamos en Madrid? Además, en un plazo breve, Manuel y yo tendríamos que abandonar el colegio mayor. Y no se discutía la continuidad de nuestra vida en Madrid.

Como siempre, la generosidad de nuestros mayores fue total. Ciertamente allí tenían sus

amigos y su ambiente, que estaban acostumbrados a una ciudad más pequeña y tranquila; que mi madre podía acceder con toda comodidad a su trabajo en un grupo escolar próximo y mi padre tenía su transporte y acoplamiento militar muy establecidos en la ciudad castellana. Pero no se plantearon ninguna duda: queríamos estar juntos y se vendrían con nosotros.

Pusieron, pues, en venta el piso de la calle de Alemania. Hubo suerte, porque uno de los vecinos lo deseaba para sus hijos. Y Manolo y yo pasamos a recorrer Madrid en busca de algo asequible y grato. Nos ayudó muchísimo la experiencia y formidable intuición de don Paco, el cuñado de don Rafael. Conocía Madrid palmo a palmo y preveía qué zonas iban a revitalizarse en una expansión urbanística y económica, en un plazo relativamente breve. Le presentamos opciones y nos aconsejó, sin dudar, el distrito de Chamartín, cercano al estadio de fútbol y al Paseo de la Habana, al final de la Colonia del Viso. Encontramos una vivienda recién construida, toda exterior y muy luminosa, en una callecita corta y de poco tráfico. Tenía la garantía añadida de que era el propio grupo promotor del edificio quien había de ocupar las viviendas. Pero una de las vecinas tuvo que abandonar Madrid por una situación familiar y nos vendía su piso en buenas condiciones. De todas formas, lo que se había obtenido por el inmueble de Valladolid no llegaba ni a la mitad del presupuesto, así que recurrimos de nuevo a la generosidad y al cariño del tío Chenchó, que nunca nos ha fallado. Él puso todo el resto, a devolver cuando pudiéramos y sin ningún agobio. No obstante, supimos más tarde que mi padre, con disciplina militar, apartó mensualmente la cantidad prevista y pagó durante los años siguientes hasta el último céntimo del capital anticipado por su hermano.

Ya teníamos casa. Y en verdad que, sin ninguna pretensión, era agradable, limpia, llena de sol. Con un par de terrazas pequeñas pero gratas, que podían llenarse de las plantas que tanto gustaban a mi madre.

En un plazo muy breve los padres y la tía recogieron su modesto ajuar en un camión de mudanzas y se trasladaron, acomodándose a la nueva situación. Mi padre vino ya prácticamente jubilado del ejército, pero mi madre tuvo que aceptar, por escasez de plazas libres en la capital, un grupo escolar en el poblado de Canillejas. Esto significó que había de levantarse a las seis de la mañana, utilizar dos medios de transporte y llegar, por fin, a su aula a las nueve, cuando los niños entraban en tropel. Jamás le vi un gesto de contrariedad o desaliento. Al contrario: daba muestra de fortaleza y decisión cotidianas. Y no estaba dispuesta a jubilarse antes de tiempo de un quehacer para ella apasionante: enseñar, que había llenado sus jornadas. Fueron nueve años de prueba, que sorteó sin problemas. Llegó a tener amigos de toda condición en el poblado. Las familias de los alumnos la querían extraordinariamente y con el director del grupo escolar se estableció una relación de auténtico afecto personal y familiar. El día de su jubilación fue emotivo. Dieron su nombre a un aula y se reunieron todos los maestros con nosotros para un auténtico banquete de despedida. Con un aspecto excelente, que desmentía la edad reglamentaria, renunció a una dedicación a la que se había entregado siempre con alma y vida.

[4] El colegio mayor denominado entonces Santa Teresa tenía una curiosa historia: creado durante la Segunda República por influjo de las ideas reformistas del grupo de intelectuales del entorno de la Institución Libre de Enseñanza, formaba parte de la Residencia de Señoritas que dirigió María de Maeztu, de reconocido feminismo, nunca estridente. Requisado al acabar la guerra, pasó a depender de la Sección Femenina de Falange, pero conservó un cierto estilo que lo hacía, sin duda, el más abierto entre las instituciones de su especie.

[5] Sacerdote español, nacido en Barbastro, Huesca, fundador en 1928 del Opus Dei y santo de la Iglesia católica.

IV. DIOS INTERVIENE

Mi vida se deslizaba por el último curso en el Mayor Santa Teresa. Había concluido la licenciatura y, voluntariamente, cursaba un año de práctica clínica en aquel Hospital Provincial de los años de estudio. Elegí también las asignaturas de doctorado en función de la opinión que me merecieron los profesores durante los años de facultad. Con una cierta desilusión por parte de mi hermano, mis preferencias no se orientaban hacia la cirugía, que era su pasión. Me atraía el hacer de la medicina interna y, dentro de ella, el ámbito de la endocrinología. Tuve la oportunidad de asistir, y disfrutar durante aquel año, de las exposiciones magistrales de otro gran médico: Gregorio Marañón.

Este último curso todo fue más calmado, más selectivo. Aunque el horario de trabajo de Manuel seguía siendo extenuante, aún nos quedaba tiempo para disfrutar rincones de la ciudad que antes no habíamos podido o sabido descubrir. Con mi hermano, todo se volvía cultura apasionante. Así que tampoco eran paseos baldíos o tediosos. Y con el aliciente además de la compañía de M^a Dolores, ya habitual tanto en los ratos de trabajo como de esparcimiento.

Con el paso de los días me había llamado la atención la visita habitual al Mayor de una mujer joven, que venía a charlar amistosamente con Mari Carmen Rodríguez, aquella estudiante de Filosofía que ocupaba una habitación en el piso por encima del nuestro. Alguien me informó un día: «Esa chica es del Opus Dei, y seguro que quiere ‘captar’ a Mari Carmen».

Aquello suscitó definitivamente mi curiosidad. El «Opus», como solía citarse a esta Institución en el ámbito universitario, levantaba opiniones de toda índole: desde quienes lo consideraban un movimiento católico, laico, ciertamente innovador en el ámbito del apostolado, hasta quienes lo acusaban de secretismo, de organización selectivamente proselitista, etc.[\[6\]](#). A esto se unía la noticia habitual, a veces real y otras absolutamente fantástica, de personajes de prestigio intelectual o político a los que fácilmente se etiquetaba como obedientes a las consignas de la Institución. Incluso dentro del ámbito eclesial había opiniones para muy diversos gustos. La confusión, pues, estaba servida. Así que un día abordé a nuestra «visitante» en plena escalera.

—¡Hola! Soy Ana Sastre. Acabo de terminar Medicina. ¿Y tú?

—¡Ah! Pues estamos próximas: yo he terminado Farmacia. Encantada de saludarte.

—Oye, me gustaría charlar contigo algún día para que me expliques algo que ha tentado mi curiosidad. Perdona una pregunta personal y directa; no me contestes si no

quieres. ¿Tú eres del Opus Dei?

—No tengo ningún problema en contestarte: sí lo soy.

—Pues vuestra organización está llena de controversias y opiniones de todo género. Me gustaría que tú me aclarases algunas cosas.

—Cuando quieras.

Y con este sencillo preámbulo nos vimos un día en una cafetería de la calle Velázquez, a primera hora de la tarde, cuando aún estaba poco concurrida; allí desgrané una lista de interrogantes.

Entonces me enteré de que la gente de la Obra podían ser estudiantes, profesionales, amas de casa, obreros... De que algunos renunciaban a crear una familia para estar totalmente disponibles en la tarea de ser testigos de Dios en cualquier lugar donde fuese necesario. Y que, por supuesto, también había quienes decidían formar una familia, buscando ser cristianos auténticos, cada uno en su ambiente. Que nadie cambiaba de condición. Y que toda su *estrategia* era dar a conocer el mensaje de Jesucristo y transmitirlo con la convicción y la fuerza de una vida enamorada, sintiéndose protegidos en toda circunstancia por la certeza de su filiación divina.

Me quedé sorprendida ante algo tan natural para un creyente, sin que dejase de ser extraordinario. Y para eliminar cualquier resto de secretismo que no fuera elemental prudencia, me informó de que el Colegio Mayor Zurbarán, muy próximo a nuestro Mayor, estaba dirigido y organizado por mujeres del Opus Dei. Y que podía ir, entrar y conocerlo en cualquier momento.

Me fui de aquella entrevista con un ejemplar de «Camino»^[7] y prometí leerlo. Como en efecto hice, unos días más tarde.

En principio, el estilo era completamente distinto a los libros de doctrina que yo había manejado eventualmente, tanto en el periodo de educación con las religiosas como en alguna otra ocasión posterior. Aquí no había disertaciones, ni citas interminables, ni discursos morales. Era un libro pequeño, flexible, fácil de llevar; escrito en tono coloquial y directo, y con el contenido distribuido en capítulos breves en torno a una idea, una sugerencia, un interrogante, una invitación. Todo con el común denominador de la apertura, el estímulo, la luz.

¿Cómo podía caber tanto en tan pequeño espacio? La impresión que inspiraba su autor, Josemaría Escrivá, era la de una personalidad dinámica, alegre, valiente, absolutamente inundada del amor a Jesucristo. Aquello era distinto a lo que había tenido otras veces entre manos y que nunca, si exceptuamos los grandes clásicos de la espiritualidad, había conseguido colárseme por entre los entresijos del alma.

Me detuve en un primer momento ante una idea para mí del todo nueva: lo que había oído antes repudiaba al mundo como primer enemigo de Dios y del espíritu. ¿Un Fundador que aclamaba al mundo? Esto era algo insólito. El mundo es bueno; salió así de las manos del Creador. Somos los hombres quienes, a menudo, lo estropeamos.

Confieso que a mi modo de ser, vital y entusiasta hasta sus últimas consecuencias, este acento del espíritu del Opus Dei se convirtió en un punto de mira totalmente distinto a los acostumbrados, y empecé a explicarme por qué la Obra que Josemaría Escrivá había

iniciado se calificaba sin ambages como «Obra de Dios»[8]. Aquello no lo había inventado un hombre: tenía que haber sido inspirado por un querer divino.

Un día fui por fin a visitar Zurbarán, que me impresionó agradablemente por su misma sencillez: era una casa grata, ordenada sin caer en la frialdad, y donde se percibía un ambiente general de compañerismo y afecto entre las residentes que, en el Santa Teresa nuestro, solo se conseguía en pequeños grupos de amistad ya establecidos.

Pero, satisfecha mi curiosidad y concluido con signo positivo el encuentro, por mi parte cerré la puerta a otros contactos. Y pienso que nada más hubiera sucedido si no fuese porque Dios maneja los acontecimientos más allá de nuestra visión inmediata.

Una noche en blanco

Pasaron los meses del curso en su pacífica regularidad y un buen día, al atardecer, cuando llegaba al Mayor tras mi jornada habitual, me esperaban dos personas de la dirección de Zurbarán: tenían una residente enferma, muy molesta, y se habían acordado de que yo era médico y que estaba allí, prácticamente a la vuelta de la esquina. ¿Querría acercarme un momento y aconsejarles qué se debía hacer?

Por supuesto, dejé mi cargamento de libros, me pertreché con la mínima impedimenta—fonendo y aparato de tensión arterial— y emprendí lo que no podía imaginar entonces: la aventura más decisiva de mi vida.

En una habitación del segundo piso del Mayor Zurbarán estaba la enferma, en una situación que incluso mi escasa experiencia clínica juzgó muy grave. Todo había empezado por un pequeño absceso facial al que apenas dio importancia. Pero a lo largo del día la molestia se convirtió en dolor, el edema invadió la cara, y tras un periodo de escalofríos y malestar intensos emergió una curva febril que alcanzó 40 grados. Estaba en la cama en un estado casi estuporoso. La palabra septicemia acudió a mi mente como un trallazo y rápidamente entré en acción. Yo no era la persona adecuada para hacerme cargo de semejante problema. Y, como en tantas ocasiones, la solución estaba en mi hermano y en la excelente preparación de sus amigos médicos. En menos de una hora hicieron su aparición con un cargamento de sueros, antibióticos y otras medicaciones. El despacho de dirección se convirtió en una auténtica UCI donde los profesores Sastre y Durán, cirujano e internista, actuaron de inmediato porque, efectivamente, la situación era grave. Realizada la primera y drástica asepsia aconsejaron no mover a la paciente, al menos en las primeras horas. Yo me quedé al cargo del tratamiento durante toda la noche, mientras los «maestros» iban a conciliar unas horas de sueño. Todo dio un giro positivo. Al día siguiente la fiebre había descendido, el dolor se amortiguaba y el estado general era más tolerable. Como, avisada su familia, ya se había desplazado a Madrid, hicimos el traslado a una clínica. Sin embargo, no abandonamos en ningún momento a la paciente. Ocho días después estaba fuera de peligro, aunque la recuperación total se retrasó varias semanas.

Este fue el eje de la cuestión. Me empleé a fondo para salvar una vida y resolver el

problema, sin poder imaginar que iba a enfrentarme con otros. Pero... ¿qué ocurría a mi alrededor?, ¿qué me impresionó definitivamente, en la evolución de aquella situación comprometida?

La directora de Zurbarán era entonces una mujer joven, con su carrera de Filosofía recién terminada, de acento aragonés pero de modos sevillanos. En ella se aunaban la rotundidad y decisión de su lugar de origen con la gracia y el señorío de su adopción andaluza. Desde el primer momento se ganó la confianza y el afecto de los médicos que acudieron a mi llamada de socorro. Tanto Manuel Durán como mi hermano establecieron con ella una cordial relación de equipo. Y yo la tuve permanentemente a mi lado para resolver los problemas y cubrir las necesidades que pudieran presentarse.

Hay algo en el cariño, la preocupación sin histerias, la responsabilidad y el afecto que no pueden fingirse. Y aquella residente tuvo, en la directora y colaboradoras del Mayor, todas las características de una familia unida. Pero es que este afecto también llegó hasta mí. Jamás he tenido a nadie más eficaz ni elegantemente disponible. Me impactó, por otra parte, que rezaban sin abrumar. Que su fe, evidente, y su confianza en Dios ante aquel u otro problema que hubieran podido tener no excluían ningún medio humano sino que los potenciaban todos. Pero por encima de cualquier incidencia, asumirían la decisión de Aquel que, en definitiva, maneja los hilos de la historia.

Y todo, sin perder una actitud de cordialidad y simpatía muy gratificantes. Confieso que en aquella ocasión Oro Laviña y su grupo de compañeras me impresionaron profundamente.

A partir de aquel suceso nuestra relación fue de creciente amistad. Oro me invitaba a merendar y yo hacía un alto en mis horarios para estar un largo rato charlando. Y a continuación me quedaba, por cortesía, si había una meditación en el Oratorio. Y empecé a acostumbrarme al lenguaje directo de los sacerdotes de la Obra, cargado de doctrina evangélica pero formulada con una cercanía humana que lo hacía insospechadamente atractivo. Aquello tenía el ritmo de la calle, de trabajo, de amistad, de normalidad. Yo todavía me movía en coordenadas puramente humanas, pero empecé a sentirme atraída por el ambiente.

Un buen día me invitaron a participar en un «retiro» que identifiqué de inmediato con los antiguos «ejercicios espirituales». Tendría lugar en una pequeña finca entre Madrid y Segovia llamada Molinoviejo, y serían solo unos pocos días de ausencia.

Para estas fechas, mi hermano Manuel y yo nos habíamos mudado ya a la casa de la calle Trueba y Fernández. Los padres y la tía Manolita aún no se habían trasladado desde Valladolid y nuestra vida era un tanto anárquica. Salíamos muy temprano cada mañana, comíamos fuera, y muchas veces la hora de llegada nocturna también era bastante avanzada. Manuel podía aparecer, después de una larga intervención quirúrgica, a las doce de la noche: sinceramente, no se iba a notar demasiado mi ausencia.

Emprendí así el camino hacia Molinoviejo, que así se llama esta casa de retiros, con un pequeño maletín. Bajé del tren en una estación mínima y, tras un corto trayecto, llegué a la cancela de la entrada. Me estaban esperando. Un camino de arena cruzaba un extenso y umbroso pinar. Y allí, al fondo, la casa. Grande, antigua, con fuertes vigas en

los techos y anchos tablones de roble desgastado, brillante de cera, cubriendo el suelo. En el pasillo, una fuente encastrada en el muro, con un lema grabado en la losa de piedra que la encuadraba: *Inter medium montium pertransibunt aquae* (las aguas pasarán entre los montes).

En el oratorio, pequeño, con madera oscura y luces indirectas, destacaba un precioso sagrario sostenido por ángeles en adoración, que sin duda era el centro de atención de todo el recinto: iluminado con una luz tenue —pero que claramente indicaba su importancia— atraía las miradas.

Como fondo, un retablo con una pintura de la Anunciación en colores suaves, que más tarde me identificarían como obra de Fernando Delapiente, un artista ya con cierto renombre en Madrid. Y en lugar de los habituales bancos, una serie de asientos dispuestos en torno a las paredes, como si se tratara de un diminuto coro capitular... Decididamente se creaba, nada más entrar, un ambiente especial.

Mi habitación era amplia sin alardes, con una mesa de recio estilo castellano, silla de enea sobria pero cómoda, una pequeña estantería y una lámpara para paliar la sombra protectora de los pinos. Todo transpiraba orden y limpieza. Un cuadro de la Virgen, reproducción de un clásico, presidía el sueño nocturno sobre la cama. Un ejemplar de los Evangelios, Camino y... nada más. El resto era uno mismo.

Reconozco que mi actitud aún era de distancia crítica, aunque neutra en el buen sentido de la palabra. Quería ver y entender. Concluir con una imagen más profunda de la que estaba al uso y ya conocía. Hasta entonces, una amistad aún incipiente, una cierta admiración y respeto eran todo mi bagaje. Pero la verdadera dimensión, la fuerza sobrenatural para impactar sobre una vida, ¿dónde estaba? Entre otros lugares que aparecían dibujados en color sobre las paredes de la casa, como enclaves de la Obra, estaba allí, en Molinoviejo.

Ya podía yo dejar en la habitación cualquier desaliño que media hora más tarde, tras el turno de limpieza, estaba todo en orden. Sin agobio. Sencillamente grato. Las comidas eran cuidadas, bien condimentadas y mejor servidas.

¿Servidas? Era esta una palabra analizable. Me explicaron que aquel grupo de mujeres, —en su mayor parte, jóvenes— que atendían la residencia de Molinoviejo formaban parte esencial del Opus Dei. Ellas eran el cuerpo y ¿por qué no?, también el alma de las casas. Se ocupaban de todos los servicios. La pulcritud, el señorío y la perfección sin envaramiento de sus actuaciones me impresionaron mucho más que cuanto había visto hasta aquel momento. Personas cuya dedicación laboral —cuya misión vital, más bien— era hacer cálido y acogedor el espacio, la casa como lugar de encuentro, el suelo sobre el que se apoya la actividad de cada día.

Y mientras estas apreciaciones se filtraban a través de mi capacidad de observación, ¿qué ocurría con el meollo del asunto?, ¿qué pasaba con los temas centrales de aquel llamado curso de retiro espiritual?

El sacerdote que lo impartía tenía para mí un pasaporte de credibilidad personal, pues era hermano de nuestra amiga —y residente del Mayor Santa Teresa— Mari Carmen Rodríguez. Abogado, amplio conocedor del Derecho canónico, era entonces un

sacerdote joven, de palabra ágil y elocuente y gran contenido conceptual. Le escuché con atención todas las charlas y meditaciones, en aquel oratorio presidido por la *Ancilla Domini* de la Anunciación.

Cuando me despedí, tras una breve confesión —no lo hacía desde hacía varios años—, me dijo: «Deja que Dios decida sobre tu vida. No tengas miedo. No le cierres la puerta. Deja que se ponga en marcha su proyecto sobre ti y que al final encuentres, sea cual sea la coyuntura, el abrazo de su amor. Es lo único que importa. Lee, con la pasión que pones en las cosas, la vida de Jesucristo. Vuelve a mezclarte en ella como un personaje más. Y ponte cerca, para que pueda mirarte de frente. Él te dirá lo que espera de ti».

Al finalizar el retiro, el grupo de chicas, numeroso y variado, que había compartido esos días, breves e intensos, se despedía cordialmente; yo regresé de nuevo a Madrid. Pero volvía preocupada. Hasta ahora lo único que había pretendido era conocer —tener una idea más clara— sobre la Obra, en cuya vida me había visto implicada incidentalmente. Nada más. Por mi cabeza no había pasado nunca la idea de comprometerme. Entonces ¿qué es lo que me inquietaba?

Durante varias semanas volví a mi vida ordinaria y me sumergí de nuevo en el torbellino de la capital y de los amigos de siempre, amigos que asumían con estudiada tolerancia mi curiosidad sobre el Opus Dei. «Una cosa más de las que a nuestra Ana le gusta investigar», debían pensar.

En este intervalo, los padres y la tía Manolita se instalaron en el pequeño piso de la calle Trueba y Fernández, de Madrid. Estuvimos muy ocupados, ubicando sus pertenencias con el mayor acierto que supimos y pasando al destierro otras cosas que ya no tenían cabida en el nuevo espacio. Se adaptaron a todo, en un alarde más de solidaridad y cariño hacia nosotros. Mi madre tuvo que aprender la ruta de su grupo escolar; mi padre ocupó su jubilación con múltiples y pequeños quehaceres, así como con reiterados paseos por el pequeño Parque de Berlín, cercano a nuestra casa y frecuentes visitas a la iglesia de Santa Gema. Nunca se había caracterizado por ser particularmente devoto. Ahora, sin embargo, visitaba esta parroquia con asiduidad. Y la tía Manolita, por su parte, aprendió rápidamente, junto con mi madre, la excelente oferta de pequeños comercios y del conocido Mercado de Chamartín en las proximidades. Unos pocos meses más tarde nos pudimos considerar, de verdad, instalados y adaptados.

Pero esta bonanza no iba a durar demasiado. Y esta vez, el artífice de la tormenta, sin proponérmelo, iba a ser yo misma.

Separación costosa

Los acontecimientos se precipitaron en menos de tres meses. Algo había hecho impacto en mí, a partir de la estancia en Molinoviejo, y no podía descartarlo ni por comodidad ni por cobardía. Por otro lado, las posibilidades de compartir mi inquietud y mis dudas con los amigos de siempre eran nulas. Sabía cuál iba a ser su reacción inmediata: de ningún modo debía dejarme «captar» por «la red del Opus». Para ellos, en

la otra orilla, era un tema zanjado. Porque, según su idea acerca de mi talante, se trataba de algo absolutamente ajeno a mis características y temperamento personales. Imposible también el planteárselo a mi hermano, como representante escogido del clan familiar. Él había tenido en su momento, durante los primeros años de facultad, algún contacto superficial con la Obra en Valladolid, a través de algunos amigos. Concretamente, por mediación de Adolfo Pardo. Mis padres se percataron de aquellas actividades, un tanto ajenas a las actividades habituales de Manuel, y llegaron a preocuparse, pero vieron que los cambios apenas duraron unos meses. No llegó a calar en su vida y pronto retornó a sus ideas y conducta habituales. Por todo ello, las expectativas no eran precisamente alentadoras.

Sin embargo unos cuantos interrogantes continuaban atenazando ya mis días —y aun parte de mis noches— sin treguas ni atenuantes.

¿De verdad había acogido yo la fe que me inculcaron durante los años de mi infancia y adolescencia? Aquello ¿no formaba parte de un conjunto de fórmulas educativas, sin más profundidad? ¿Creía, en serio, que Dios había compartido el mundo de los hombres —nuestro mundo— y que seguía presente y vivo en todos los acontecimientos? ¿Estaba, por ello, convencida de que Cristo era ya inseparable de todo lo bello, doloroso, estimulante, alegre y oscuro de nuestro mundo?

Porque si era así, parecía un sinsentido no enloquecer con la idea: no romper todos los viejos esquemas y cambiar, rotundamente, el modo de mirar, de creer, de sentir, de amar.

Leí, de modo casi febril, las cartas de San Pablo en las que este cambio radical estaba descrito con caracteres de fuego.

Y mientras tanto, allí, en el pequeño oratorio de Zurbarán, otro sacerdote de la Obra, don José Montañés, valenciano, optimista y pletórico de luz como sus tierras levantinas, me decía: «Dios te ha buscado para que seas su testigo entusiasta. A través de la amistad, del trabajo, de la armonía de todo cuanto te atrae y estimula en la vida. Tienes que enseñar a todos los que se crucen en tu camino a buscarle, a descubrirle y amarle. A cambiar de punto de mira en la explicación de los acontecimientos».

Esto sí: la Obra me pediría una disponibilidad total —me la pedía Dios— ya que estaba en condiciones de hacerlo. Una entrega de otras posibilidades que hubiera podido buscar en el mundo, tras ese rastro magnífico del amor y la felicidad que todos hemos soñado. Siempre proyecté mi futuro en el matrimonio, y si esto se había pospuesto era solo porque no había encontrado al hombre adecuado. Experimentaba dentro de mí una infinita capacidad de donación, y el amor humano rondaba mis sueños como un éxtasis mitificado de unidad, gozo y pérdida. Siempre supe que el universo entero podía caber en el pequeño espacio de dos vidas abrazadas.

Eso, se realizase o no para mí, es lo que iba a entregar para ir en cambio a la búsqueda de un Amor con mayúsculas, un amor que rompía todas las previsiones y en el que intentaba bucear, con mis evidentes limitaciones, siguiendo la ruta de los santos.

Lo que me estaba invadiendo, ¿sería una locura, o algo sensato y lógico, digno de respuesta?

Estaba claro que, en esta lid, el Opus Dei era un camino, un estímulo y una ayuda

constante para mantener las decisiones y alcanzar la meta. Nada cambiaría en mi modo de ser y de hacer. Salvo —y no era poco— una especie de transfiguración de los objetos y fines de mi vida, en la que debía encontrar el rastro de Dios.

Hablé con Oro Laviña, largo y tendido. Le expuse las dificultades de variada índole que me planteaba. Me tranquilizó en todos los órdenes. No debía preocuparme por ninguna circunstancia. Me ayudaron a llevar mi decisión hasta el final.

Y así, un 14 de abril, de 1960, en un lugar insólito —como era la pequeña despensa del Mayor Zurbarán, con la puerta abierta a un patinillo, en el que crecía un castaño— escribí a san Josemaría Escrivá de Balaguer —el Padre, como todos le llamaban familiarmente— solicitando la admisión al Opus Dei.

Fue como si me quitara de encima un peso atroz. Había tomado una decisión y asumido las consecuencias que pudiera tener. Sentía, eso sí, el desgarramiento que mi actuación iba a provocar y que no habría de resultarme nada fácil. De hecho, creo que por primera vez intuí, aunque fuera a pequeña escala, aquello que san Juan de la Cruz llamó «la noche oscura del alma». Una soledad sin compañía posible, en la que solo Dios puede cimentar el suelo bajo los pies.

A principios de julio, coincidiendo con mi veintiocho cumpleaños, empecé a desvelar a mi familia, uno por uno, el propósito de abandonar el hogar familiar donde apenas hacía dos años que habíamos conseguido reunirnos. Debía acudir a un curso de formación, organizado por y para miembros del Opus Dei, fuera de Madrid. El primero en conocer mis propósitos, por orden de autoridad y prudencia, fue mi padre. Como siempre, no me defraudó lo más mínimo. Se quedó bastante sorprendido pero no discutió mi decisión. Solo me aconsejó que lo pensara muy bien. Que no me dejara influir por el entusiasmo de un momento. Esas cosas, serias como la vida, son y deben ser para siempre. Y *siempre* es una palabra grave. ¿Estaba segura? Lo que sí me adelantaba era la disconformidad por parte del resto del clan familiar.

Y así fue. Mi madre se quedó de una pieza. Nunca la he visto igual. No discutió ni echó mano de su dialéctica arrolladora. Fue como si, de pronto, un peso inexplicable aplastase hasta los gestos que expresaban su energía. Durante un tiempo trató de explicarse el motivo de mi decisión, achacándolo a alguna causa ignota, en la que ella tuviese una participación culpable.

La tía Manolita, asediada por las opiniones de todos, no sabía qué pensar y entró en un silencio triste. Sin duda creyó aquello de que iban a cambiar mi mente y que, prácticamente, perderían al personaje, lleno de fallos pero incondicionalmente querido y aceptado. En todo caso, era consciente del disgusto que —por el momento— causaba.

Y Manuel fue durísimo. No creyó en mis anhelos de perfección ni en aspiración alguna de religiosidad y misticismo. Pensó que, dado mi carácter entusiasta, me había dejado influir —durante mis frecuentes relaciones con la residencia Zurbarán— por la simpatía, el buen hacer y la inteligencia —que él era el primero en reconocer— de personas como Oro Laviña. Incluso me acusó de huir por insensatez y cobardía, cuando lo que tenía que hacer en aquel momento era labrar mi futuro, especializarme y cumplir las expectativas que todos —también yo misma— habíamos depositado en mi

trayectoria profesional. En el fondo se quedó anonadado. Iniciaba entonces su última etapa, intensa, de trabajo para dar el salto definitivo a la cátedra, cuya convocatoria se calculaba para un año más tarde. Quedarse solo con mis padres en aquel momento suponía una pérdida de estímulo y de apoyo.

Mi hermana Ángeles llamaba repetidamente por teléfono para indagar sobre el tema. Tampoco el asunto entraba en la normalidad, según sus esquemas.

Éramos una familia cristiana, pero que —como tantas otras— no llevaban hasta sus últimas consecuencias la fe que profesaban. Había además un cierto pudor a exteriorizar sentimientos: una sobriedad en las expresiones que —de alguna forma— consideraba ridículo el decir cosas que podían darse por sabidas. Yo era la más pequeña y había seguido en todo el ejemplo de nuestro ambiente. He aquí que me desgajaba de pronto, de un modo brusco, en busca de algo evanescente, en una Institución cuyos métodos eran entonces controvertidos, y más desconcertante aún por tratarse de un carácter —el mío— difícilmente acoplable a las mínimas características de obediencia, renuncia y docilidad.

Ninguno de mis amigos entendió ni aceptó mi decisión. «Cuando recapacites y vuelvas nos encontrarás de nuevo a tu lado». Esta fue la mejor despedida que logré.

En el mes de agosto, mi hermano propuso que nos fuésemos juntos de vacaciones. Hacía años que no montábamos un plan semejante. Creo que intentó apartarme y distraerme, aunque luego entendió mi vocación. Cargados de enseres, aterrizamos en Villárdiga y Castronuevo. En casa de los Olea, que sin duda ya estaban apercebidos, y con toda la peña de primos, rudos y divertidos, que frecuentaban el pueblo de mi padre lo pasamos bien de verdad. Siempre me gustaron las excursiones de caza. Y no se escatimaron.

Recorrimos el monte y volvimos cargados de perdices. Comimos en el campo frente a hogueras de leños. Anduvimos kilómetros sorteando trigos y terruños... Pero yo llegaba a cada noche con un sedimento de pena hacia ellos. Porque no iban a hacerme cambiar. Y sentía de verdad ser la causa de tanto esfuerzo y sensación de fracaso.

Tuve una conversación privada con Charito Olea.

—No quiero pedir a mis padres ningún esfuerzo material para costear los gastos —mínimos— que puede plantear mi cambio de residencia. ¿Podrías ayudarme tú, que tienes medios, para emprender este viaje que puede ser definitivo?

—Pídeme lo que necesites y te lo haré llegar.

Así fue. El pequeño equipaje con el que emprendí mi ruta fue costeadado, en su totalidad, por la generosa amistad de los Olea.

Santiago: primera estación

A primeros de septiembre de 1960 había quedado en incorporarme a un curso de formación que se desarrollaría hasta junio del año siguiente y tendría lugar en El Pedroso, la Administración^[9] de una residencia universitaria situada en Santiago de Compostela. De vuelta en Madrid, después de un período de vacaciones agitado, preparé

mi pequeño equipaje. A pesar de la oposición familiar a mi proyecto de vida, el cariño emergía en cualquier recodo y circunstancia: no tenía maleta disponible y mi hermano cedió una de tamaño suficiente, que utilizaba en sus viajes personales. Con ella había recorrido países europeos, generalmente en busca de datos y trabajos científicos, especialmente centrados en Austria y Alemania. Adosados a la superficie se veían colecciones brillantes de sellos: Munich, Berlín, Stuttgart, Hannover... que para él constituían un esfuerzo y un grato recuerdo. Fue su donación a nuestro vínculo fraterno, que siempre se manifestó, además, como amistad. Por decisión de mis padres me acompañó hasta Santiago.

Con un nuevo esfuerzo económico, ya que los sueldos no cubrían ningún imprevisto, dispusieron que viajásemos en la primera clase de un tren excelente y reservaron para Manuel una habitación en el Hostal de los Reyes Católicos, uno de los más bellos edificios de la ciudad, convertido en parador de turismo por el Ministerio. Mi padre fue el único que se despidió de mí, en plena calle, al final de la Colonia de El Viso, y con su sobriedad habitual, me dijo: «Nos dejas muy solos. Si de inmediato, o a lo largo del tiempo, ves que esto que has decidido no es lo tuyo, no dudes ni un instante en volver. Que no te frene ni te importe lo que nadie pueda decir o pensar. Esta es tu casa. Y tienes siempre las puertas abiertas y nuestro cariño esperándote».

Nunca hubiera imaginado que yo representase un apoyo especial para mi padre en ninguna circunstancia. Pero estas frases me produjeron un golpe de dolor: me hicieron darme cuenta de que la renuncia, en caso de existir, no era solo mía. Y que todo ello exigía que yo tomara muy en serio la decisión que me llevaba a la Obra.

Las horas del viaje en tren se me hicieron interminables. No medió una sola frase dialogante entre nosotros. Cada uno se hizo cargo de unos periódicos y revistas, ya que cualquier conversación podía incidir sobre una resolución que, al parecer, no tenía vuelta atrás.

Mi hermano no conocía Santiago de Compostela. Y, a pesar de que la situación no era propicia, una vez que dejé el equipaje en El Pedroso, pasé la tarde con él, admirando lo incomparable de la ciudad compostelana. El Obradoiro, la Catedral, las rúas... No llovía, e incluso asomaba un sol brillante, esquivando nubes, que iluminaba de un modo feliz la belleza de la ciudad.

Al día siguiente le despedí en el tren de vuelta. Y he de reconocer que con un peso especial a la altura del esternón volví mis pasos a la Residencia, donde ya me estaban esperando. Pero junto a esa situación, casi física, algo como un río enorme de paz me inundaba los entresijos del alma, mientras repetía bajito, casi para mis adentros: «Señor, ya he iniciado todo lo que me pedías. Aquí estoy porque me has llamado».

Unas horas más tarde empezó el período especial de formación en un centro de estudios del Opus Dei, donde las actividades se desarrollaban en un ambiente de familia, aunque lógicamente había cosas que me resultaban muy distintas a las que yo estaba habituada. El curso de formación de lo que podíamos denominar asociadas que iniciaban su camino como numerarias del Opus Dei se desarrollaba —totalmente independiente de la residencia— en la parte reservada a la Administración, desde donde se atendía a las

necesidades materiales de estudiantes del Mayor.

Nosotras éramos una veintena, la mayoría muy jóvenes salvo algunas pocas como yo, con una relativa madurez al haber concluido los estudios universitarios. El conjunto era variopinto y tan poco uniforme como los transeúntes de una calle a los que se frenase de pronto para llevar a cabo una encuesta. Eso sí: todos del género femenino.

La directora del centro de estudios era María Ángela Vila, procedente de Gerona, quien tenía otras dos hermanas en la Obra; joven, alta, delgada, ¡todo un carácter! Con gran sensibilidad musical y un peculiar sentido del humor, revestido de seriedad catalana. Le ayudaba en las tareas del curso Victoria Bonet, Vicky para todas nosotras, menuda, fuerte y deportiva, con una sonrisa fácil y una buena sensibilidad artística. Todo el ambiente era muy educado y agradable pero, una vez acoplada en la disparidad de caracteres, dedicaciones y talentos, ¿iba a encontrar allí la respuesta adecuada al paso que acababa de dar?

Las primeras semanas fueron un ensayo de organización. Había un horario que cumplir: las siete de la mañana era la hora de abandonar la cama casi portátil, con una tabla por somier, e iniciar un trabajo físico importante: la limpieza exhaustiva de las diversas zonas de la casa. Todo tenía que mantener un orden cálido, acogedor y grato para el bienestar diario. Después, un rato de oración seguido de la Misa, que el sacerdote celebraba en nuestro oratorio. Quedarse parado de pronto: media hora para pensar ¿en qué? De momento se agolpaban los recuerdos de una vida, corta aún pero intensa, que seguían corriendo libremente por la memoria y el corazón. Se trataba de poner orden en algunos encuentros y desencuentros; de hallar una luz, un camino por el que emprender la marcha interior al encuentro con Dios: nada más y nada menos. Tardé tiempo en quedarme en silencio por dentro. Y luego, en llenarlo con los acontecimientos intelectuales, espirituales y humanos que se sucedían a diario. Dejé de indagar o de juzgar en la periferia de aquellas personas que compartían mi vida: lo importante era el motivo que nos había llevado al Pedroso, la respuesta generosa de cada una a la llamada y encuentro con Jesucristo, con un espíritu concreto como camino y herramienta: el del Opus Dei.

Por eso atendí con todos mis sentidos a las clases doctrinales, y a las explicaciones sobre textos del Fundador de la Obra que luego leía incansablemente; asumí la dinámica de «Camino» para sentir el impulso y empuje de cada uno de sus puntos. Mis conocimientos —de doctrina cristiana en general, y del espíritu del Opus Dei en concreto— eran muy precarios: había pedido la admisión en abril, en medio transcurrió un verano y en septiembre ya estaba inmersa en un torrente cuyas fuentes no había estudiado nunca. Y junto a todo ello, la alegría que desde el primer día llamó mi atención, y el esfuerzo de todos para facilitar a los demás la convivencia, respaldada por la comprensión y el estímulo.

Santiago era un marco espléndido para compartir. Los alumnos de la universidad callejeaban de modo incesante. La imagen del Apóstol, en el parteluz del Pórtico de la Gloria, nos daba la bienvenida cada vez; y —desde lo alto del baldaquino barroco del altar mayor— una imagen de Santiago al galope en su caballo blanco, incitaba al

esfuerzo y a la carrera sin pausas. La Catedral, con el contraste espectacular de su fachada exterior y el interior de una sobriedad esbelta, difusa por entre el humo del botafumeiro; la plaza del Obradoiro, las Platerías, el asiento de piedra que ofrecía la fachada del Monasterio de San Paio de Antealtares, el Palacio Raxoi, el Hospital Real convertido en Gran Hostal de los Reyes Católicos y las callejas sembradas de soportales, refugio para guarecer al paseante de la lluvia...

Y, de vez en cuando, las salidas a la costa gallega, en alguna playa poco frecuentada, donde la marea se estrellaba contra las rocas. Andábamos, nos lanzábamos al agua en un alarde de valor y cantábamos algunas de las baladas que María Ángela había sido capaz de fijar en nuestro conjunto, más o menos armónico.

Se trataba de entender que la vida, con sus avatares y en cualquier lugar, puede ser vivida con el gozo y la esperanza de un buscar a Dios en todas las esquinas, para hallar en Él la plenitud que nos pide. Como años más tarde leería en una obra del Cardenal Ratzinger: «Yo no cumplo plenamente mi misión como amante hasta que no me convierto del todo en el que puedo ser. Hasta que doy todo lo que puedo dar». Y también: «En el fondo, cualquier persona quiere hacer su Éxodo (...). Alejarse de sí mismo, superarse a sí mismo. Solo entonces llega, por así decirlo, a la tierra de promisión» (*Dios y el mundo*, p. 79).

Durante varios meses frecuenté, en horarios de mañana, la facultad de Medicina, pero me resultaba difícil implicarme en equipos que ya estaban trabados, o en proyectos que no sabía si iba a poder concluir, ya que mi paso por esta ciudad prometía ser breve.

Creo que todo ello influyó en el hecho de que María Ángela Vila pensara —y me propusiera— el traslado a Pamplona. Allí concluiría yo mi curso de formación en otro centro de estudios. Y podría implicarme de lleno, y por tiempo indefinido, en el proyecto de la Universidad de Navarra, que entonces iniciaba su andadura. Mi vitalidad necesitaba volcarse en un programa serio y que absorbiera todo mi esfuerzo e interés. Había dejado la tesis doctoral a punto para iniciarse, pero nada me impedía cambiar de tema, de acuerdo con las posibilidades de la incipiente Universidad de Navarra. Todo ello envuelto en la ilusión profesional y las oportunidades apostólicas que se me brindaban.

Y un buen día, a los seis meses de iniciado mi éxodo particular, volví a guardar mi corto bagaje en la maleta y emprendí la ruta de Navarra. No llegué hasta Madrid: era demasiado pronto para enfrentarme de nuevo con el clima familiar. Hice una larga parada en Medina del Campo para subir a otro tren que me dejaría, por la tarde, dentro de los límites del antiguo y noble reino de Navarra. Acepté con gusto.

En la Universidad de Navarra

Pamplona. ¿Cómo describir la ciudad navarra, a la que llegué en aquel febrero de 1961 desde el extremo noroeste de la península? Tal vez la sensación inicial fue de humedad y frío. Lo recuerdo desde que bajé en la estación, a pesar de que ya repuntaba marzo y los hielos se fundían con los primeros atisbos de la primavera. Recuerdo el frío

y una ciudad sólida, bien construida. Sin alarde, pero atractiva en sus casas y edificios públicos. Una urbe pragmática, trabajadora, convencida de sus Fueros y de su personalidad. Tal vez un poco seca en sus formas, pero sincera y leal en sus contenidos. Sus gentes me parecieron así: nada retóricas, poco imaginativas e inamovibles en el negar o el afirmar. Y una vez cruzadas sus puertas, constantes en la amistad. Lo descubriría en los casi cinco años que iba a pasar bajo sus cielos, de un traspasado azul en despejado, o desplomando ríos de agua en los frecuentes aguaceros. Todos los pueblos del entorno, cuidados, verdes, recogidos junto a las torres de las iglesias y arropados por una fecundidad boscosa que llenaba de riqueza sus valles y sus cimas.

El centro de estudios Izarbide (camino de estrellas, en euskera) estaba instalado en un chalet más bien viejo, aunque cuidadosamente mantenido —de dos pisos y buhardillas— enclavado en un espacio ajardinado que lo separaba de la carretera: una radial que salía, al sur de la ciudad, camino de Esquiroz. Hoy aquello está magníficamente urbanizado y constituye una gran zona de expansión, pero entonces era solo un largo paseo bordeado por acacias y chopos, en el que muy de vez en cuando, y en medio de descampados, emergía una vivienda. Al oeste, en un amplio solar, se afincaban los pabellones del Hospital Provincial.

Izarbide alojaba a unas veinte mujeres de diversa condición y oficio, y de distinta procedencia dentro del marco peninsular: Galicia, Castilla, Andalucía, Madrid... Todas teníamos en común la juventud y una fe rotunda en que el espíritu del Opus Dei podía dar un sentido total a nuestras vidas. En el conjunto predominaban las universitarias que, de algún modo, se iban a integrar en las actividades de la recientemente erigida Universidad de Navarra.

La directora del curso 60-61 en Izarbide era de origen aragonés, algo mayor que nosotras pero todavía joven y de una gran autoridad natural. Carmen Ramos tenía como principal misión aclarar, reafirmar y dar solidez interior a nuestra reciente vocación en la Obra. Debo reconocer que durante los pocos meses que compartí la vida del centro de estudios, mi percepción interior fue que yo no había conseguido alcanzar esta meta. Tendrían que llegar otros tiempos y otras situaciones. Pero hubo también una gran cantidad de experiencias inolvidables durante el camino, frente al frío transparente y bajo las noches cuajadas de estrellas de mis años de Navarra.

Nada más llegar me incorporé a la joven facultad de Medicina, creada en 1954 como Escuela del Estudio General de Navarra, por el profesor Jiménez Vargas^[10] entre otros. Don Juan Jiménez Vargas, formaba parte de la Obra desde 1933, cuando contaba veinte años de edad, fue siempre un arbotante indestructible a la hora de construir y sostener los proyectos que Dios inspiró al Padre. Y lo demostró con un trabajo incansable en cualquier circunstancia, la certeza —que en aquel momento era fe— de que aquella empresa habría de salir adelante, y la captación de auténticos talentos profesionales a quienes entusiasmó con la idea de unirse al proyecto.

Los primeros años de aquella facultad de Medicina en Navarra habían sido arduos, y en muchos casos rozaron lo imposible. Para empezar, porque el Hospital Provincial, de gran prestigio, se opuso rotundamente a nuestro ejercicio de la medicina —pública o

privada— en ninguno de sus pabellones ya acondicionados. Éramos pues, solamente, una pequeña leva de médicos, en su mayoría jóvenes, que pretendíamos montar, de la nada, un centro universitario.

Cuando llegué a Pamplona, inicié mis actividades (más bien como espectador) en el laboratorio de experimentación animal del profesor Jiménez Vargas. Es esta una denominación un tanto pretenciosa, si nos atenemos a la realidad; se trabajaba en un pabellón, prácticamente abandonado desde hacía tiempo por el Hospital Provincial y que respondía al nombre cabal de Escuela Vieja. Era un bloque de ladrillo con huecos de puertas y ventanas delimitados en piedra y con maderas y herrajes desportillados. En el sótano —helador— junto a multitud de cacharros desechados (y desechables) había un área con grifo y pileta que se empleaba como depósito de los cadáveres de los animales.

En el piso superior, con varias camillas de metal para realizar los trabajos de experimentación, un par de armarios con estanterías y cajoneras para libros y utensilios, estaban instalados don Juan y una secretaria, Conchita Iglesias, que traducía en hechos todas sus decisiones e iniciativas. Apenas dos mesas y algunas sillas de madera constituían todo su bagaje directivo.

Don Juan se cubría con una bata de dril azul hasta los pies, para ponerse a cubierto en las intervenciones sobre los animales del laboratorio. Era de estatura mediana, delgado, calvo, con nariz pronunciada, bigote espeso y unas gafas tras las que se escudaban unos ojos profundamente observadores. Manos finas, acostumbradas al bisturí y a la precisión experimental, trabajador inclemente desde la mañana a la noche, y fumador casi continuo de pitillos que aparecían en cualquier parte, también entre los libros y objetos de medición.

La Escuela Vieja carecía de calefacción y dejaba entrar, por rendijas y ventanas, un soplo helado casi a cualquier hora del día. Apenas había un par de estufas mínimas para calentar la zona de trabajo de la secretaria.

En apariencia, y fiando en la primera impresión, don Juan era un tanto hosco y de pocas palabras. Apenas miraba al interlocutor. Pero tras un mínimo de tiempo y trato quedaba al descubierto una bondad absoluta asociada a una entrega sin límites. Él iba a ser el artífice capaz de convencer, sin apenas medios, a profesionales de la categoría de Eduardo Ortiz de Landázuri, Ángela Mouriz, María Casal, José Miranda, Javier Teijeira, José Manuel Martínez-Lage y un largo etcétera. El convencimiento de don Juan hacia los proyectos impulsados por don Josemaría Escrivá era total. Como totales serían la entrega y lealtad para sacarlo adelante, hasta el final, cuando ya la Universidad de Navarra, una de las más prestigiosas de España, era una realidad indiscutible. Pero en este curso de 1960-61 estaba aquí jornada tras jornada, soportando temperaturas bajísimas, mientras medía la respiración de sus animales, haciendo experiencias de investigación con el pneumotacograma.

Mi aterrizaje fue un tanto sorprendido y desorientado. Además del entorno ya descrito, la Fisiología —que en la Facultad cursé con pasión— (también en esto muy influenciada, seguramente, por mi hermano) era la fisiología humana, directamente aplicada a la salud; y no es, en absoluto, comparable, con el estudio y la experimentación

animal. Al menos para mí no lo era. Más bien me interesaba yo por la actividad de tipo clínico, antes que básico. Así lo comprendió el profesor Jiménez Vargas en cuanto tuvo conmigo unos cuantos intercambios de opinión. Pero me propuso algo de alto rendimiento para mi futura vida profesional: ¿por qué no iniciar la tesis doctoral?, ¿por qué no concluirla allí? Sería una excelente idea y un gran aprovechamiento de mi tiempo en Navarra. Acepté encantada, y me puso en contacto con el profesor Javier Teijeira Gallego, que era ya un experto pionero de la electroencefalografía clínica y que había llegado a Pamplona en 1959.

El Dr. Teijeira llevaba diez años dedicado a la especialidad de Pediatría en Galicia. Por una situación coyuntural descubre las posibilidades diagnósticas de la electroencefalografía, y decide su vocación definitiva: la neurofisiología. Y cuando ya tiene un alto y merecido prestigio en su tierra gallega, don Juan le invita a trasladarse a Pamplona sin ofrecerle apenas nada a cambio. Y acepta. Es un «loco» más, según todos sus compañeros y amigos.

En el año 1961 inicié pues mi aprendizaje con él. Jamás había interpretado un EEG, pero a lo largo de tres años pasarán centenares por mis manos. Los cambios de trazado y su correcta interpretación en diversas situaciones de daño cerebral constituirán el tema de mi tesis, que leería en 1964. Y, por primera vez, en la Universidad de Navarra ya sin dependencia académica de Zaragoza. Sería calificada de sobresaliente *cum laude*.

Simultáneamente al trabajo de investigación, que ocupaba mis escasas horas disponibles en estos cuatro años, inicié la dedicación clínica definitiva en el denominado Pabellón F, adscrito a la facultad de Medicina de la Universidad.

En 1959 se habían pedido los oportunos permisos a la Diputación para que cediera un pabellón del Hospital Provincial, fuera de uso, para convertirlo en una sala de Medicina Interna. Se inauguraría el 7 de enero de 1959, con dos Secciones: hombres y mujeres, bajo la dirección y control, como jefe del servicio, del profesor Ortiz de Landázuri, incorporado apenas un año antes a la Universidad de Navarra.

Don Eduardo contará alguna vez que nunca en sus años jóvenes sintió la vocación de médico. Su padre y abuelo fueron militares. Y a él le producían cierta angustia la enfermedad y la muerte.

Y, de pronto, se decide por ello y cursa sus estudios en la Universidad de Madrid. Hay dos hitos importantes que destacan en su vida profesional: uno se remonta al tercer año de su carrera universitaria, cuando se presenta y gana las oposiciones de alumno interno y empieza a dar clases como auxiliar de cátedra en la facultad de Medicina de San Carlos, en la calle de Atocha. Y esa va a ser —lo descubre entonces— su gran vocación para siempre.

Por otro lado, en cuarto curso tiene como profesor al doctor Carlos Jiménez Díaz, que ya, para muchos años, se convertirá en su maestro, mentor y amigo. El prestigioso doctor Manuel Tapia, experto en enfermedades infecciosas como la tuberculosis, también valorará mucho las cualidades de Eduardo. Y se lo llevará, muy joven aún, a ejercer al Hospital del Rey, donde permanecerá hasta 1939.

Elaborará más tarde su tesis doctoral sobre el estado de malnutrición de las

poblaciones durante los años que siguen a la guerra civil española. La leerá en 1944. En 1946 obtiene la cátedra de Patología General de Cádiz, pero muy pronto se trasladará a Granada, donde se establece, académica y profesionalmente de un modo muy sólido. Tiene treinta y seis años, y en breve adquirirá un enorme prestigio humano y profesional. Si es preciso, viaja de noche para ver a un enfermo; le reclaman de todas las provincias andaluzas, y en pocos años reúne un patrimonio considerable, aunque jamás desatiende su trabajo universitario, que es el eje de su quehacer. Ha contraído matrimonio con Laurita Busca, compañera profesional en Madrid y han tenido siete hijos.

Y cuando contemplan proyectos y tiempos de merecido descanso —como comprar un cortijo en el que disfrutar los tiempos libres en compañía de la familia y una legión de amigos— aparece don Juan Jiménez Vargas en su vida. En principio, aquel histórico 10 de febrero de 1958 le invita a dar una conferencia en Pamplona. Y por las calles de Madrid, en la plaza de Santa Bárbara, donde Eduardo tiene un piso familiar, y en el café La Mezquita, don Juan le habla con pasión y entusiasmo del proyecto de la universidad navarra. Necesitan un hombre de su prestigio y capacidad. Con un gran espíritu, y él lo tiene. ¿No querría venir a ayudarles?

Tiene ahora 46 años. Todo hecho en Granada. Un horizonte económico sólido. Varios hijos que crecen y crean necesidades. Y decide consultarlo con la objetividad de don Carlos Jiménez Díaz, pensando que lo va a calificar de locura. Aprovechando un congreso en Philadelphia, USA, tienen la oportunidad de charlar largo y tendido. Sorprendentemente, no le parece un desatino. Solamente le aconseja que piense despacio y que no ponga cortapisas a las decisiones de su inteligencia y su corazón.

Dará su conferencia en Pamplona. Y cuando su mujer, Laurita, venga a recogerle, procedente de San Sebastián, solamente le dirá una frase:

—Oye, Laura: dicen que si queremos venimos. Que nos necesitan para hacer esta Universidad.

La respuesta es sencilla:

—Eduardo, ya sabes que yo hago lo que tú quieras.

Y cambian su excelente piso de Granada, la consulta, su gran prestigio en el campo público y privado, por un local provisional en el que —de momento— solo puede explicar la patología médica en una pizarra-encerado. La suerte está echada, pues ha renunciado incluso al Rectorado que le ofrecían para evitar su partida. Eduardo acaba de optar por lo difícil: gestiones interminables, viajes, trabajo intenso en condiciones precarias... para ser uno de los puntales firmísimos, con quien Dios cuenta para la futura Universidad de Navarra.

Este profesor morirá a los 73 años, en 1985[\[11\]](#), en la habitación 301 de la ya construida clínica universitaria. Solo dejará un mandato a sus compañeros de claustro universitario: que le hagan la autopsia. Es su última clase, aquella que impartirá el doctor Jesús Vázquez, histopatólogo, y que hará honor definitivo a la categoría moral y al espíritu universitario de don Eduardo. Esta brevísima secuencia puede dar idea de la talla personal y profesional de este hombre.

Pero yo prefiero describir lo que en él vi y aprendí durante aquellos breves e intensos

años de Pamplona.

El Pabellón F estaba en los amplios terrenos del hospital, muy al fondo, casi en un descampado. Había que sortear barro y matojos para llegar hasta la entrada, que señalan unas breves escaleras de piedra. Felizmente, las heladas están a la orden del día y, tras una noche en vela, la dureza del terreno ofrece seguridad. En las horas de amanecida se ven cruzar, a toda velocidad, ciertos animales de tamaño considerable que en mi ingenuidad clasificaría como conejos de campo. Alguien con experiencia me sacará del error: son ratas. Pero no hay cuidado. Nunca se han mostrado agresivas.

El Pabellón F consistía, una vez más, en una destartada nave de ladrillo y piedra, de una sola planta sobre sótanos. Las ventanas se dibujaban altas y estrechas, con dinteles de piedra y gruesos marcos de madera gris que, por el tiempo, clima y falta de uso, tenían ciertas dificultades para cerrar con eficacia. El interior —con techos muy altos y bombillas simplemente sostenidas por un largo cable eléctrico— estaba pintado de un blanco ambiguo. Las camas, de hierro esmaltado en gris, eran muy simples, pero cuidadas con todo esmero por la Comunidad de Hijas de la Caridad que atendía el hospital. Los pacientes estaban separados uno de otro por una simple mesilla metálica que permitía mínimos recursos personales en un cajón y apoyo para los recipientes y medicinas que precisara cada enfermo. En unos armarios grandes, que apuntalaban las paredes, se guardaban las ropas y enseres de cada ingresado. El suelo era de baldosas gastadas por el tiempo, que imprimían un sonido peculiar a las pisadas. El frío, muy considerable, durante los largos meses del invierno en Pamplona.

Facultativos y enfermería teníamos una salita de estar común, que se caldeaba lo mejor posible día y noche. Muy próxima, una pequeña habitación con cama, silla, mesa y armario constituía todo el acomodo del médico de guardia. Allí pasé muchas noches, generalmente en pie de guerra, porque la llegada de pacientes nocturnos era habitual y porque siempre teníamos enfermos graves y necesidad de suplir, con atención casi permanente, la escasez de medios.

Las doctoras Carmina Gómez Lavín, María Casal y yo cubríamos turnos a veces sucesivos, sin descanso posible porque había que empalmar la actividad de guardia con la visita a toda la sala al llegar la mañana, en presencia de los jefes médicos. Cuando me instalé en Pamplona, estos magníficos internistas, ayudantes de don Eduardo, fueron José Bueno, Bernardo Pinto y Emilio Moncada.

A pesar de las reticencias a la creación de un hospital clínico por parte del Hospital Provincial, porque veían una competencia —a su juicio, innecesaria— a su labor, varios médicos prestigiosos de Navarra empezaron a enviar enfermos. Las setenta camas del Pabellón F se fueron llenando, y el profesor Ortiz de Landázuri y otros diseñarían allí clases magistrales como apoyo práctico para los alumnos de la facultad de Medicina.

La Diputación se opondrá frontalmente a que se destinen algunas camas para enfermos privados, y ello va a precipitar la construcción de un hospital clínico, con consultas de Pediatría.

En octubre de 1961 se inauguraría la primera fase de la clínica universitaria, dependiente de la universidad: se comenzó con treinta camas. Aún recuerdo la

expectación y alegría con que esperábamos, los meses anteriores, su culminación, al regresar del pabellón F hacia la ciudad, recorriendo la que habría de llamarse avenida de Pío XII. En la nueva clínica se multiplicarían las posibilidades de trabajo, de investigación clínica y de estudio; y la idea de servicio, la atención a la persona, el rigor científico, colmaban nuestra ilusión profesional pasando por encima de tiempos y carencias.

La Escuela de Enfermería[\[12\]](#)

En este Pabellón F trabajó, durante aquellos años, un grupo de enfermeras que requiere párrafo aparte. Siempre pensé que deberían tener una placa conmemorativa cuando aquellos primeros tiempos se vieran desplazados, que no echados en el olvido, por la estructura y funciones de una espléndida universidad.

Tuve la suerte de coincidir con dos hermanas Durruti: Pilar y Alicia; con Mari Carmen y Agustina. La supervisora era Amelia Fontán, de origen andaluz, ayudada por algunas otras, como Mercedes Ordaz. Eran unas profesionales de excepción.

La Escuela de Enfermeras, adscrita a la universidad, había iniciado su andadura en 1954 bajo la dirección de la hoy doctora María Casal Wisner, de origen suizo, que cursaba entonces el 4º curso de Medicina. El primer año se matricularán 26 alumnas.

Existía entonces en España una carrera, unificada solo un año antes —en 1953— que agrupaba enfermeras, practicantes y matronas bajo el título de ATS (Ayudante Técnico Sanitario). Pero en aquellos momentos no estaban suficientemente consideradas. Con estudios muy incompletos, la omnipresencia del médico ocupa todo el espacio intelectual. La enfermería, que es, de hecho, un elemento muy importante en la práctica diaria, estaba entonces —en mi opinión— desprovista de contenido científico y de prestigio profesional.

La Escuela de Enfermeras de Navarra nace con el ánimo y la determinación de dotar a las profesionales del sector de sus verdaderas dimensiones sanitarias. Las clases se impartirán en el Instituto de Sanidad de Pamplona; el profesorado provendrá de la propia universidad. La primera dirección estará integrada por María Casal, Mª Jesús Domingo, Mariví Tabernero y Sagrario Aguinaga. En 1960 ya trabajan las primeras promociones de la Escuela como ATS titulados, con una considerable formación y responsabilidad. El grupo del Pabellón F, bajo la guía de sor Jacinta, una Hija de la Caridad encargada del funcionamiento administrativo, así como de la atención religiosa de nuestros pacientes, será inolvidable. He presenciado directamente verdaderas heroicidades por parte del cuerpo de Enfermería. La actitud constante de atención y servicio, que jamás se dejó dominar por el cansancio. El entusiasmo compartido, sin restricciones de ningún género, hacia una empresa que se iniciaba casi en un ambiente de campaña.

Cuando me incorporé a este quehacer, mi experiencia clínica era muy pobre. Tenía una carrera brillante, recién concluida, pero mi permanencia junto a los enfermos hospitalarios se había limitado a breves períodos de prácticas. He de confesar que sentía

pánico ante mis propias limitaciones. Sin embargo, confiábamos plenamente en la capacidad de nuestros jefes de sala, Bernardo Pinto y Emilio Moncada, para resolver cualquier problema. Estudiábamos casi compulsivamente, para reducir el margen de carencias que pudiera disimular nuestro expediente, y suplíamos la ausencia de múltiples recursos con atención absoluta, pendientes del mínimo síntoma de alteración en el estado de un enfermo. Recuerdo golpes de sueño mantenidos forzosamente en vigilia ante un paciente terminal que se nos iba; apoyo a las familias de aquellos a quienes no lográbamos llevar a situación más favorable...

El hospital me dio la oportunidad de tratar a personal de todo el ámbito sanitario de Navarra: jefes y subalternos; religiosas de la Caridad y celadores; enfermeras y plantillas de limpieza. Y sobre todo a alumnos de la facultad de Medicina que iniciaban sus clases prácticas junto a las camas de los enfermos y de quienes fui nombrada monitora teórica y práctica. Recuerdo especialmente a dos alumnos de una provincia gallega que acudían todas las noches en que yo tenía guardia, y constituían, con el grupo de enfermeras, un verdadero equipo de ayuda, estímulo y salvamento. La noche se prestaba, además, en los mínimos ratos libres, a compartir conversación y temática de toda índole, frente a la vida y la muerte.

Sor Jacinta, la religiosa de nuestro pabellón, era una mujer de mediana edad, fuerte, enérgica, que todavía «planeaba» por pasillos y habitaciones con aquella toca blanca, almidonada y voladora, con la que aparecen representadas en cuadros inmortales. Nos reñía sin acritud, pero con firme constancia, en busca de pulcritud y orden, estando como estábamos en un lugar de carencias múltiples. Atendía de modo permanente a los enfermos; nos contaba aventuras hospitalarias de su ya larga vida de entrega asistencial. Y a mí me surtía cada noche de libros piadosos que depositaba en el cuarto de guardia, sobre la mesita de noche. Supongo que para intentar mejorar mi talla y mi talante.

Y en cualquier momento, del día o de la noche, llegaba don Eduardo. Inesperadamente. Como una aparición que llenaba la escena con su figura y autoridad. Era un hombre alto, fuerte, con el pelo ligeramente canoso. Una envergadura física que se reflejaba en sus brazos amplios y en las grandes zancadas con que cruzaba los espacios del hospital. Escuchaba pacientemente, pero también intervenía de modo exigente y, si era necesario, con un tono de reconvención autoritaria, mientras convertía toda su fortaleza en afecto, sensibilidad y delicadeza nada más acercarse a la cama de un paciente. Era capaz de infundir confianza y seguridad a todo el Pabellón F nada más hacer su entrada en él. Sus enseñanzas eran exactas, impecables. Le he oído, repetidamente, explicar una patología, una exploración, un síntoma, sin el menor espacio de duda. Era, sencillamente, un maestro y un médico excepcional.

Y junto a ello, un hombre capaz de dormir tres horas diarias si era preciso; de viajar en respuesta a una llamada, a cualquier hora que le permitieran otras obligaciones; de encerrar en un simple gesto su enorme capacidad de comprensión y afecto.

Le recuerdo abrazando a su hijo Eduardo, ya de edad adolescente y con una enfermedad neurológica incurable, tranquilizándole solo con sus manos y su palabra. Y después de una larga noche de brega por sacar adelante a algún enfermo grave, aparecer

de nuevo para iniciar la mañana con una bata blanca impecable, derrochando paciencia y fortaleza entre los enfermos del hospital.

Durante este periodo llegarán a Pamplona —y contribuirán a poner en marcha la universidad y, en ella, de la facultad de Medicina— profesionales de la talla de José Miranda, pediatra de Lodosa; Manuel Martínez Lage, neurólogo; Esteban Santiago, bioquímico; José María Cañadell, experto en traumatología; Jesús Vázquez, histopatólogo, antiguo compañero mío en la Facultad de Valladolid; Fernando Reinoso, que se hará cargo de la cátedra de Anatomía y que, un día aún lejano, será premio Jaime I por sus amplios descubrimientos y técnicas en el campo de su especialidad. Juan Voltas, Gonzalo Herranz, Diego Martínez Caro y José María Macarulla son también parte de aquel cuadro de excelentes especialistas que habrán de formar la columna vertebral de la facultad y futura Clínica Universitaria.

Un párrafo aparte me merece la «arribada», en 1963, del doctor Jesús Vázquez, especialista en Histología y Anatomía Patológica. Jesús y yo éramos —ya he dicho— compañeros de curso en la facultad de Medicina de Valladolid. Apenas iniciada su estancia cumplirá uno de sus más deseados proyectos: dotar a la Universidad de Navarra de un microscopio electrónico, que entonces no existía más que en el CSIC de Madrid. La Fundación Félix Huarte soportará económicamente el compromiso y le ayudará a convertirse en un experto de categoría internacional en Patología Hepática. Fue un gran docente. Falleció en 1995, durante una escalada al que le llevó su reconocida pasión. Una placa del Club de Montaña de Navarra recuerda su nombre en el lugar del suceso. Y la universidad le otorgó —a título póstumo— su Medalla de Oro ese mismo año.

En agosto del año 1960, poco antes de mi llegada a Pamplona, la Santa Sede había erigido como universidad el —hasta entonces— Estudio General de Navarra. En octubre monseñor Escrivá es nombrado Gran Canciller y recibe el título de Hijo Adoptivo de la Ciudad. Una Misa multitudinaria en la Catedral festeja los acontecimientos.

Simultáneamente se construyen los colegios mayores Goimendi —femenino— y Belagua —de varones—, que contribuyen a facilitar la expansión[13]. Sin prisa, pero sin pausa, como solía decir el Fundador: al paso de Dios.

Y apoyando con entusiasmo tantos proyectos, se crea la Asociación de Amigos de la Universidad, que bien merece una nota aparte.

En la convicción de que la iniciativa ciudadana debe implicarse, y hacer suya una empresa que sobrepasa las posibilidades de la iniciativa privada, y a la que limitaría en su acción el hecho de tener que depender de subvenciones sometidas a vaivenes políticos —una empresa que, en todo caso, ha de repercutir en beneficio de toda la sociedad— han dedicado con inmensa generosidad su tiempo, su preparación profesional, sus pequeños o grandes ahorros para hacer posibles grandes logros: dotación de infraestructuras, la Clínica Universitaria y el Centro de Investigación Médica (CIMA), más de 7.000 becas para investigación... Sin ellos, de ninguna manera se hubieran podido alcanzar las mismas.

Apenas unos pocos años después, en 1967, llegará a Pamplona la gran imagen de mármol de la Santísima Virgen, Madre del Amor Hermoso, que recibieron en Roma una

representación de alumnos de las distintas facultades. Desde entonces recibirá, en su pequeña ermita —en una encrucijada de caminos en medio del *campus*— el cariño y la veneración de cuantos integran la universidad. Se trata de un bellissimo regalo del Fundador, quien quiso poner bajo su amparo los amores limpios de los universitarios: para que de Ella aprendiesen la nobleza del amor, también del amor humano (cfr. Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 105).

Inmersa en este trabajo esforzado, ¿qué ocurría con mi vida personal en Izarbide? He de reconocer que fueron unos meses para mí algo desconcertantes. Yo estaba llena de pasión interior por conocer más y mejor el espíritu de la Obra, por convertir mi vida entera en un testimonio de Jesucristo. Para eso había venido. Y recuerdo que volvía a Izarbide, muchas veces cansada por una jornada intensa, pero manteniendo la ilusión: recorría aquel paseo, casi un descampado, entre dos hileras de árboles todavía desnudos pero que ya anunciaban la primavera. Y decía, casi cantando a solas, frente al sol que se marchaba deprisa: «Señor: solo tengo estas dos manos, hazlas muy eficaces en tu servicio. Y dame la alegría y la seguridad de tenerte cerca siempre».

Pero la posibilidad de transmitir intimidad me ha resultado siempre tarea difícil. De afectividad contenida, mi apariencia ha sido siempre de seguridad, donde hay duda; de autosuficiencia, donde hay temor; de independencia, donde existe un enorme deseo de afecto. Y siempre he corrido el peligro de ser tratada por lo que parezco, antes de por lo que soy. Por ello, esta etapa no fue particularmente fácil. Pero apenas duró un año.

Cuando se termina el edificio del Colegio Mayor Belagua, yo paso a formar parte del grupo de mujeres que ocupa la zona de la Administración, tarea que entonces llevaban a cabo sobre todo numerarias y numerarias auxiliares; fue este un tiempo que siempre recordaré como uno de los más entrañables y gratificantes de mi vida. María Luisa González era en aquel momento la directora. Y el trabajo que se desarrollaba allí, haciendo de la vida de los residentes en el *campus* algo exigente pero —gracias al espíritu de quienes lo realizaban— cómodo y alegre, será para mí un gran descubrimiento que dará solidez a mi vida en el Opus Dei.

Por otro lado, vuelvo a recuperar la conexión epistolar con el grupo de amigos que dejé dispersos por muy variados lugares de la geografía. Es en esta etapa —que recuerdo hostigada por el aire y la lluvia pamplónicas— cuando me llegan noticias de que Mari Carmen Bello se casa y sale, camino de un futuro arriesgado, hacia Hispanoamérica. Maribel López Rico también encuentra su destino familiar en una boda del agrado de los suyos, ya que está inmersa en la mejor sociedad de Alicante. Mari Carmen Rodríguez, tras un curso de especialización en Alemania, pone su futuro en manos de Hans, compañero de estudios de Filosofía en aquel país. Rosa Virós continúa cerca de José Antonio, que ganará su merecida cátedra en la facultad de Derecho de Barcelona, y proyectan su inmediato matrimonio...

Las novedades resuenan en mi interior y me alegro con la felicidad de quienes han ocupado y ocupan un amplio y apasionante espacio de leal amistad durante muchos años. ¡Cuántos proyectos y cuántos sueños en común se van situando frente al horizonte!... Pero no dejo de preguntarme: «¿Estás segura de que la decisión que has tomado va a

llenar tu vida? ¿Serás capaz de responder con la suficiente generosidad, para que Dios haga en ti el milagro?» Aunque, ni por un momento, pasan por mi alma sugerencias de abandono ni huida. Desde muy pequeña, e incluso en los momentos más fríos de mi vida universitaria, siempre he jugado, en el mejor sentido de la palabra, a una cierta intimidad con Dios. Y siempre me fascinó ese misterio, que es Jesucristo: la omnipotencia y la eternidad divinas, inmersos en los límites de nuestro tiempo e historia. En las dificultades de toda índole, en las frías mañanas y en las noches aplomadas de silencio, siempre la misma pregunta, a veces gozosa, a veces dolorida: «¡Señor, ¿estás ahí?... Yo estoy aquí, aunque sea en silencio, porque me has llamado».

Entiendo que algunas personas dudaran de mis certezas. Mi exterior es comunicativo, irónico, orgulloso, pero muy poco dado a desvelar sus sentimientos. Es un modo de ser con el que es preciso pechar, lo mismo que con la estatura o el color del pelo. Y tampoco es determinante. Nada de esto interfirió en mi bienestar en la Administración de Belagua. Allí descubrí lo que el espíritu del Opus Dei incluye en cualquier trabajo pero especialmente en el llamado de «administración»: la idea de servicio. Y descubrí también el desvelo, la jovialidad y el cariño, hasta límites inmerecidos por mi parte, con que fui acogida y estimulada durante estos años.

Cuidar un ambiente, desde el barniz del entarimado hasta los adornos, sobrios pero entrañables, de la Navidad; organizar y gestionar las comidas de modo adecuado y grato; renovar cada día el orden, en un margen de constante gratuidad frente a la anarquía lógica de cien estudiantes jóvenes; lograr un ámbito acogedor..., en una palabra: convertir a diario el espíritu de la Obra en algo concreto, tangible y que manifestara, una vez más, el esfuerzo y la superación. Y esto, para quienes lo disfrutaban y para quienes compartíamos esas tareas, cada día y cada hora.

Desde esa realidad cotidiana en la que se manifiesta una entrega silenciosa, sin abandonos, rutinas ni cansancios, se puede plantear toda exigencia, porque las palabras se apoyan en un testimonio creíble. Y todo ello en un ambiente familiar, alegre, que no impedía sino que potenciaba la dedicación a un trabajo serio y estimulante. Aunque mis tiempos de permanencia eran breves, ya que la actividad clínica ocupaba toda mi jornada, aquella era mi casa. Así lo sentí y disfruté nada más llegar.

Incluso determinadas situaciones problemáticas de la vida cotidiana podían convertirse en una sucesión de acontecimientos bienhumorados. Recuerdo una colosal «epidemia» de ratas y ratones que invadió Belagua. El edificio se había construido en un terreno relativamente descampado; las basuras, en grandes contenedores, se depositaban fuera del edificio durante la noche, y al día siguiente eran recogidas por los servicios municipales. Pero en varios kilómetros a la redonda, los roedores olfatearon los restos de comida y acudieron al festín. Muy pronto encontraron modos casi inverosímiles de abordar el interior de la casa. La batalla fue dura. Hubo que desmontar el doble techo, diseñado con placas de insonorización, ya que se habían instalado en el espacio intermedio. Se construyeron contenedores de hormigón en el exterior y nos empleamos todos en la caza y captura, con los medios técnicos más adecuados. Unas semanas más tarde ya no quedaba ningún ejemplar dentro.

Pues bien, el acontecimiento dio de sí para toda suerte de tertulias divertidas a lo largo del año: glosando —desde la histeria de algunas, hasta la habilidad de otras— que se deshacían del enemigo con un solo golpe certero incluyendo —es claro— la colaboración de técnicos del Ayuntamiento, provistos de raticida.

En años sucesivos, grandes personalidades científicas pasarán por —y aun permanecerán en— la Universidad de Navarra; nuevos edificios se levantarán en el *campus*; muchos trabajos desarrollados en torno a la labor docente e investigadora, cruzarán nuestras fronteras —y producirán un serio impacto— en la comunidad científica. Pero para mí es inolvidable aquella primera etapa, paradójicamente llena a la vez de carencias y de optimismo: de entrega total al proyecto. Y la motivación estuvo siempre en las palabras del Fundador: el trabajo sería siempre el quicio de nuestro buscar la santidad. El espíritu, transformado en tarea cotidiana. El esfuerzo siempre en busca del conocimiento y el trabajo bien hecho.

Un episodio muy importante para mí en estos primeros años, fue la breve visita que recibí de mi padre y de mi hermano Manuel. Aunque la salida de mi hogar había sido un tanto desangelada y fría, el cariño continuaba —es claro— dentro de cada uno de nosotros. Muchas veces mis cartas no obtuvieron respuesta, pero comprobé más tarde que mi madre las había guardado con respeto y esmero y que jamás fueron echadas en olvido.

Allá por el mes de mayo de 1962 acordaron hacer un viaje rápido a Navarra para comprobar mi situación y posibles necesidades. Intuyo que la idea inicial y la decisión final fueron de mi padre, ya que emprendió el viaje a pesar de que su insuficiencia cardio-respiratoria, ya evidente, le fatigaba aun en esfuerzos pequeños. Tal vez mi hermano simplemente consintió en acompañarle, por no dejarle solo, visto su estado. Porque él continuaba profundamente disgustado por mi decisión...

Pasaron solamente una noche en Pamplona; almorzamos en Las Pocholas, que ya entonces acreditaba su categoría de buena cocina. Paseé con ellos por el futuro *campus* universitario y les conté, especialmente a mi hermano, las aventuras sin tasa de mi iniciación clínica en el Pabellón F del Hospital. Esa primera tarde, mientras mi padre descansaba un rato, me acerqué con Manuel a casa del profesor Ortiz de Landázuri, con quien ya había concertado la visita. Nos recibió toda la familia. Laurita trajo un excelente café y don Eduardo intercambió con Manuel toda una serie de noticias, sugerencias y proyectos, en un clima de cordialidad y confianza. Como si mediara una amistad de años. Una vez más me impresionó cómo el profesor —que presentaba a todos sus hijos, mayores y pequeños, con legítimo orgullo— destacaba entre todos con especialísimo cariño a Eduardo, enfermo mental, prestándole el calor y la defensa de su abrazo durante toda la conversación.

En aquella instantánea de apenas veinticuatro horas vi a mi padre mayor y enfermo; y a mi hermano, al que seguía idolatrando, serio y preocupado. Estaban nostálgicos y sin asumir todavía mi ausencia de Madrid. Manuel, además, acusaba el cansancio de muchas horas de brega quirúrgica en la cátedra del profesor Vara y del esfuerzo titánico para preparar un programa de durísimas oposiciones, que ya estaban en el horizonte. El

doctor Vara, y todos nosotros con él, confiábamos en su excepcional inteligencia, preparación y capacidad de trabajo para llevar aquella casi «gesta» hasta el final. Pero, indudablemente, tendría contrincantes de categoría e intereses cruzados en la concesión de las escasas vacantes.

Los dejé en el tren de vuelta, en una tarde encapotada y apenas lluviosa, con un cierto peso dentro del alma por no poder compartir de cerca aquellas etapas decisivas en nuestra vida familiar. Me sentía pequeña, pobre y apenas iniciada en la vida profesional y personal. ¿Qué sería capaz de hacer con aquel compromiso enorme que había adquirido? Porque el esfuerzo de mi gente se me quedó grabado dentro, a modo de consigna imperativa: tenía que ser digna de ellos en todos los órdenes. Y solo Dios, derrochando su fortaleza, podía ser el artífice de mi propia estatura en el futuro. Por eso, de su mano, volví de nuevo a casa.

Una predisposición genética presente siempre en la familia Sastre, fue la decidida vocación docente. En mi caso, y a pesar de mis escasos recursos, preparaba las clases teórico-prácticas con un estudio implacable. Y las impartía con toda la seguridad de que era capaz. Me dio una gran alegría coincidir —en un congreso médico y casi cuarenta años más tarde— con uno de mis alumnos de la Universidad de Navarra convertido en un reconocido pediatra. En el término de nuestro cordialísimo encuentro me dijo: «Ana: ninguno hemos olvidado tus clases de Pamplona. Cuando nos reunimos y empezamos a reciclar memoria, la frase es unánime: ¡qué formidables las prácticas de Patología con Ana Sastre!... Respiré hondo: ¡Gracias, Dios mío!, resulta que había sido capaz de hacer algo seriamente útil.

En aquella brega clínica y universitaria permanecí casi cuatro años, mientras investigaba y redactaba mi tesis doctoral. Fueron de los más intensos y gratificantes de mi vida. Cada dificultad se transformaba en un reto; las carencias se suplían con generosidad; la fe y el entusiasmo alentaban todos los esfuerzos. La unidad era total. Nunca podría olvidarlo.

La vida sigue

Durante este tiempo se encadenaron los acontecimientos familiares previstos, que seguí con toda el alma pero a una inevitable distancia. Aún existía un recelo importante con respecto a mi decisión de vida en el Opus Dei.

Mi hermano Manuel se presentó a unas agotadoras y reñidas oposiciones a la cátedra de Patología quirúrgica; sus exposiciones, brillantes y certeras siempre, sus conocimientos y trabajos exhaustivos, le hicieron acreedor de aquello que constituía la cima de su carrera universitaria. En 1962 ganó la cátedra de la Facultad de Medicina de Cádiz, dependiente de la Universidad de Sevilla y hubo entonces de afrontar esta nueva etapa con una serie de decisiones llevadas a cabo en un tiempo récord.

Para empezar, preparó su boda con M^a Dolores Soriano, la enfermera que fuera su mejor ayuda personal y profesional en los últimos años. El escenario de la ceremonia fue

la capilla del Colegio Mayor Aquinas, donde Manuel había pasado un feliz periodo de postgrado. Ofició el matrimonio el Padre Úbeda y se celebró, con toda dignidad, en un céntrico hotel de Madrid. Sus amigos de siempre, Ignacio Arcelus y los hermanos Hipólito y Manuel Durán, aportaron calor y amistad al acontecimiento.

Mientras tanto y paralelamente mi hermana Ángeles veía crecer a sus hijos, que ya pisaban las aulas de la universidad: Juan Antonio —ya no era Toñín— se decidió por Ciencias Químicas; María Ángeles no quiso complicarse la existencia y se limitó a adquirir una sencilla cultura general. Nada más desaparecer yo de casa de mis padres, ella ocupó mi puesto. Tenía a los abuelos y a la tía Manolita un gran cariño, y contribuyó así a llenar un notorio vacío, al tiempo que ponía una distancia prudencial con su madre, con quien mantenía un pulso de controversia desde que adquirió uso de razón. María Antonia se matriculó en la rama de Historia y en la misma Facultad de Filosofía que, hacía muchos años, fascinara a su madre. Y Lucas, el menor, después de varios tanteos iniciales, acabaría decantándose por la Psicología.

Cuando Manuel obtuvo su cátedra, nuestra hermana se encontraba en cama con una seria afección biliar y hepática. Tampoco ella pudo asistir a ninguno de los exámenes ni a la que fuera su lección magistral, en la toma de posesión en Cádiz. Cuando Manuel volvió de su viaje de novios la encontró muy afectada y se decidió la intervención quirúrgica que llevaría a cabo el profesor Vara López. Pero ella siempre dijo que le debía la vida a Ignacio Arcelus. Fue él quien, al visitarla en su casa, la encontró en una situación preocupante, le administró un suero intravenoso con antibioterapia, de urgencia, y se la llevó rápidamente al hospital. La intervención prevista y la colecistectomía y drenaje de lo que ya se iniciaba como absceso fueron un éxito. Ella creyó que se moría. Y al volver de la anestesia lo primero que recordaba eran las grandes, afectuosas y hábiles manos de Ignacio abrazando las suyas mientras decía: «¡Bravo, Angelines!... Ya estamos aquí de vuelta»... Su amistad ha permanecido intacta frente a todos los acontecimientos y al paso del tiempo.

Por supuesto, se me hacía partícipe de cuanto ocurría, aunque de modo muy tangencial: apenas unas líneas a modo de telegrama o una breve llamada de teléfono. Pero tanto la cátedra de mi hermano como su boda me llenaron el alma de un orgullo explosivo: aquel era mi hermano. El monitor de toda mi infancia. La admiración, sin rodeos, de mi adolescencia. Y el dolor de la brecha abierta en nuestra comunicación, ya en mi mayoría de edad.

Se lo comenté a tres o cuatro personas de mi entorno personal y profesional. Pero era tal mi entusiasmo ante los éxitos de mi hermano que todas las enhorabuenas me sonaban escasas, pobres y lejanas. Demasiado contenido, demasiada vida, demasiadas esperanzas y admiración para hallar cabida en unas frases. Solo Dios lo sabía todo. Y mi mejor diálogo fue con Él: «Gracias, Señor, por el triunfo de Manolo; por la recuperación de Ángeles; por la felicidad de mis padres y por la alegría silenciosa que a mí también me inunda».

Lucas, mi cuñado, ayudó a mi hermano en todo momento: a quien quería y admiraba muy sinceramente. Fue con él a Cádiz en su primer viaje y le presentó a las autoridades

locales de la Seguridad Social, entorno en el que gozaba de gran influencia. Y hasta le ayudó a buscar un piso adecuado para trasladarse. Allí, en una torre recién construida, montó Manuel su primer hogar, frente al interminable mar de la bahía gaditana. Mis padres le dieron cuanto pudieron para organizar y vestir su nueva casa. Muchos kilómetros estorbarían ahora la expresión de su cariño, pero la generosidad de su desprendimiento sería otra forma de manifestarlo, sin necesidad de palabras.

Sin embargo, Cádiz albergaría poco tiempo el saber y hacer del profesor Sastre, donde nacerá su primera hija, María del Mar. Pocos años más tarde, ante una vacante en Granada, obtuvo su traslado sin dificultad. La nueva universidad tenía más facultades y gozaba de mayor importancia y prestigio en el ámbito de la Medicina. Aquel sería su destino definitivo.

En Granada, y con seis años de diferencia nacerá su segunda hija: Patricia. La invitación que se me hizo a ser madrina de esta niña fue —clara muestra de cariño— iniciativa de mi hermano. Y así disfruté la satisfacción de retornar a su confianza. Sin embargo, y en medio de la euforia del momento, recuerdo que tuve una premonición extraña. Al llegar a la iglesia de Santa Ana, muy cerca de la casa y consulta que Manuel acababa de adquirir en la Plaza de los Reyes Católicos, entraba yo con la pequeña Patricia en brazos, camino de la pila bautismal, junto al altar mayor, donde ya nos esperaba el sacerdote. Detrás, mi hermano, M^a Dolores y un grupo de invitados. Nada más traspasar el umbral, cuando sonaban las notas iniciales del órgano, se apagaron todas las luces. Fueron apenas unos segundos de desconcierto, porque todo volvió rápidamente a la normalidad; pero yo, con aquel pequeño cuerpo infantil, cálido y frágil, en los brazos, sentí un estremecimiento raro: como el anuncio de una oscuridad que me inundó el alma. Me sobrepuse y seguí adelante en la alegría del festejo. Unos meses más tarde recordaría aquel momento como una clarividencia inexplicable que me golpeó el cerebro y el corazón.

[6] Desde el 2 de octubre de 1928, en que Dios nuestro Señor manifestó a san Josemaría lo que habría de ser el Opus Dei en la Iglesia, este tuvo claro el querer divino, pero no sucedía lo mismo con la figura jurídica —inexistente entonces— mediante la cual se insertaría la Obra en la estructura eclesial. En palabras del propio Fundador: «La realidad de la voluntad de Dios estaba clara... Después vendría la teoría; y, encauzando la vida, vendría el derecho...» (Carta, 29-XII-1947/14-II-1966, n. 23; cit. en «El itinerario jurídico...», p. 57). La natural discreción del Fundador —y de los primeros fieles que le siguieron— fue interpretada como secretismo; el esfuerzo por el trabajo bien hecho, tachado de arribismo y afán de poder humano... San Josemaría se limitó a rezar por quienes le calumniaban y a ofrecer a Dios lo que designó como *contradicción de los buenos* (cfr. también S. Bernal: «Apuntes sobre san Josemaría...» p. 283).

[7] «Camino» es un conjunto de pensamientos para la meditación, informados por una espiritualidad profunda y humana, que anima a buscar lo sobrenatural en la vida corriente de todos los días (Nota editorial de *Camino*, 24ª edición castellana, p. 13).

[8] El P. Sánchez, S.I., fue durante algún tiempo director espiritual del entonces joven sacerdote don Josemaría Escrivá. Lógicamente, este había dado a conocer a su confesor las circunstancias en las que conoció el querer de Dios acerca de la fundación de la Obra, y fue este Padre jesuita quien, en uno de sus encuentros, inquirió afectuosamente por la marcha de «aquella Obra de Dios». «Ya en la calle —recordaba el Fundador— comencé a pensar: Obra de Dios ¡Opus Dei! Opus, operatio... trabajo de Dios ¡Este es el nombre...!» (cfr. Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid 1997. T.I p. 334).

[9] Instalaciones independientes —cocina, lavandería, limpieza, etc.— donde viven las personas de la Obra que atienden el mantenimiento y la intendencia de los Centros, pero que son mucho más que meras «gobernantas»: son como la madre de familia o la hermana mayor que cuida del ambiente y de las necesidades de una casa para que

esta sea hogar y no solo vivienda.

[10] Juan Jiménez Vargas, uno de los primeros en responder a la llamada de Dios en el Opus Dei, era catedrático de Fisiología en la Universidad de Barcelona desde 1946. Lo dejó todo para colaborar en 1954, en esa escuela de medicina como parte de un proyecto anterior, que, precisamente en el verano de 1960, sería reconocido como de rango universitario. Por supuesto, toda la inspiración y estímulo para tamaña aparente locura procedían del Fundador de la Obra, san Josemaría Escrivá de Balaguer.

[11] Tanto don Eduardo como su mujer Laura Busca Otaegui murieron con fama de santidad y se han iniciado ya sus causas de canonización.

[12] La Escuela de Enfermería inició su actividad en el año 1954. Fue uno de los primeros centros del entonces Estudio General, erigido en Universidad de Navarra en 1960.

Desde el comienzo se planteó la formación de enfermeras con un neto enfoque académico y profesional: se trataba de formar profesionales altamente cualificados —científica y humanamente—, capaces de proporcionar una atención de enfermería a la persona, a la familia y a la sociedad. Y en la base de su preparación están profundamente arraigadas ideas como el servicio a la persona en su integridad, el respeto a su dignidad en cualesquiera circunstancias, la formación profesional sólida y responsable, teórica y práctica...

[13] Gradualmente se irán multiplicando las facultades y escuelas, llegando hasta 27 el número de titulaciones que la universidad expide junto con más de 300 programas de postgrado: Filosofía y Letras había comenzado cuando aún estaban en los locales del Museo de Navarra; el IESE inicia su andadura en Barcelona, el Instituto de Periodismo, Artes Liberales, el Instituto de Idiomas... La Escuela Superior de Ingenieros industriales, en San Sebastián, comienza ese mismo octubre de 1961.

V. CAMBIO DE RUMBO

Escuela de Administración (EDA)

Finalizando ya el curso 63-64, un buen día me propusieron colaborar en una iniciativa —en relación precisamente con las administraciones— que impulsaría la Obra en España. Ello supondría, por de pronto, cambiar mi trayectoria profesional. Se trataba de llevar a la práctica aquello que nuestro Fundador tenía anotado en su agenda desde los años treinta: convertir los llamados trabajos de administración en una tarea de riguroso contenido profesional. Y se me ofrecía, si libremente lo aceptaba, la posibilidad de ser, desde la Jefatura de Estudios, parte del equipo que iniciara la programación. Se trataba de estudiar y decidir los contenidos, pergeñando los programas teórico-prácticos; buscar el profesorado idóneo; establecer niveles y posible especialización... Todo, y desde los comienzos. Tendríamos que visitar instituciones ya en funcionamiento fuera de nuestro país y tomar buena nota de bibliografía, instalaciones, textos para la docencia, praxis, etc., para luego adaptarlo a nuestros cometidos y posibilidades...

He hablado ya de mi cariño y seguimiento de los trabajos de la administración en los centros de la Obra, así que resulta obvio decir que el proyecto me pareció apasionante, aunque implicase el abandono de mi profesión clínica y la necesidad de prepararme en contenidos que hasta entonces habían pasado por mi lado de modo muy tangencial. Tenía, además y sobre todo, el inmenso atractivo de ser una tarea muy querida, desde siempre, por el Fundador y que parecía llegado el momento de abordar [\[14\]](#).

En una palabra: retornaba a Madrid y dejaba colgada mi bata de médico para asumir algo interesante pero desconocido. Por supuesto, dije que sí. Lo intentaría con todas mis fuerzas. Y me despedí de Belagua, del Pabellón F y de toda su magnífica plantilla. Y del resto de sueños y esfuerzos que ya empezaban a apuntar en lo que habría de ser una excelente universidad.

Una vez asumido que abandonaba mis proyectos para empezar algo diferente, fui a despedirme de don Eduardo Ortiz de Landázuri. Tampoco olvidé nunca aquella breve entrevista.

—Cuando vino Vd. a trabajar aquí tenía muy poca experiencia clínica. Creo que, en medio de las carencias inevitables, ha aprendido muchas cosas. Pero hay algo en Vd. que quiero subrayar antes de que se vaya: la capacidad que tiene para «meterse a la gente en el bolsillo». En un ambiente muy difícil, como el que nos rodea en estos momentos, ha

sabido hacerse amiga de todos, colaborar con todos, llevarse bien con todos. Y le tienen un gran afecto. No me extraña que se la lleven a otros trabajos, para utilizar esta capacidad.

Nunca supe bien qué pensaba de mi futura dedicación aquella irrepetible persona. Pero le agradecí mucho que me otorgara un pasaporte tan positivo en mi despedida. Ojalá hubiera hecho allí algo tan adecuado como él tuvo la amabilidad y el afecto de asegurar, en sus palabras de adiós.

Pocos días más tarde, el tren me llevó a Madrid, punto final de mi aventura navarra y comienzo de un nuevo destino.

Madrid engancha siempre. Parece terreno y talante conocidos, a los que se retorna con cierta seguridad, pero sorprende con una nueva luz en cada esquina, algo que sugiere, otra vez, un mundo de posibilidades. De pronto la escena va a cambiar, para mí, de la gravedad aplomada —y un tanto reiterada— de Pamplona, a la agitada y cambiante movilidad de la capital.

Una estancia breve de tres meses en un centro en pleno corazón de la ciudad universitaria me sirvió para iniciar lo que habría de ser la conversión en teoría de lo que ya se esforzaban por realizar —a diario— un grupo de experimentadas administradoras y auxiliares. En el otoño de 1964 empezamos a trazar los primeros programas y planes de lo que habría de llamarse, en principio, Escuela de Administración. Ya instaladas en una zona amplia de la planta baja del entonces recién inaugurado Colegio Mayor Alcor, establecimos lo que habría de ser nuestra sede.

Los dos primeros cursos, 64-65 y 65-66, aún intenté compatibilizar estas tareas con una mínima dedicación a la medicina en la Fundación Jiménez Díaz, pero finalmente se vio inviable: en la EDA que soñábamos estaba todo por hacer.

En Alcor se iban a dar cita personas con amplios y variados conocimientos, que pretendíamos aplicar en un auténtico periplo multidisciplinar a los trabajos de Servicios, Contabilidad, Cocina y Gastronomía, Gestión y Dirección, Bromatología, Física y Química, Maquinaria, Textiles, etc., etc. Solo por citar algunos nombres, cabe destacar a Guadalupe Ortiz de Landázuri, Ana Lumbreras, Pilar Llorente, Consuelo Boticario, Feli Valle, Lourdes Villamil, Gloria Tomás... y un largo etcétera, quienes se esforzarán, a lo largo de seis años, por llenar de conceptos útiles —unidos a su experiencia práctica— el desarrollo de los programas.

Durante los años 1966—69 se recogieron, además, experiencias en Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Es durante un Congreso en Washington donde yo me percaté de la importancia de la Dietética, y pienso que ha de ser base imprescindible para una proyección internacional de los estudios de la Administración. En todas las organizaciones que visité pude comprobar el desarrollo, la tecnificación y el concepto profesional que ya existía en la forma de abordar en los estudios denominados *Home Economics*, o trabajo de economía y administración del hogar, estudios que abarcaban no solo la casa como entidad familiar primordial, sino todos aquellos ámbitos -comedores, restaurantes, hospitales, residencias, colegios, etc.— en los que era imprescindible planificar, de manera eficaz, la gestión de lo que tradicionalmente se venía denominando

‘intendencia’ de pequeñas y grandes colectividades.

Un nuevo cambio se avistaba en breve, para nuestro pequeño equipo, con objeto de poder contar con aulas, laboratorios y estancias más adecuadas y cómodas para alumnas y profesoras, y porque pretendíamos, además, programar estudios de actualización o formación permanente para personas que acumulaban largos años de experiencia en estas tareas, pero a quienes —tal vez— faltaban conocimientos sistemáticos que podrían mejorar su actuación. Desde diciembre de 1966 nos instalamos en una zona muy amplia del nuevo Colegio Mayor Zurbarán, recién edificado en la zona de Chamartín. Poco después se erige formalmente la llamada Facultad de Ciencias Domésticas, nombre que volvería a cambiar en el futuro para dar más cabal información de su amplio contenido y proyección[15].

¡A Roma!

Pero antes de continuar con la relación de este trabajo, que recabó seis años de mi plena dedicación, y de cariño y esfuerzo por parte de tantas personas— es necesario que describa uno de los momentos que puso en evidencia la razón de nuestro trabajo y que considero más importantes y gratos en mi vida: el viaje a Roma, en junio de 1968, para hablar directamente de estos proyectos con el Fundador del Opus Dei.

Ya he mencionado que, desde los comienzos de la Obra, cuando en 1930 Dios quiso manifestar al Padre —como en un segundo momento de su Voluntad fundacional— que también las mujeres tenían lugar propio en el Opus Dei, él comprendió la significación e importancia de las tareas del hogar, imprescindibles para crear el ambiente de familia cristiana que sería característico del espíritu recibido: la santificación en la vida ordinaria. Siempre ocuparon, pues, un espacio primordial en su mente y en su corazón, hasta el punto de que —como él comentaba gráficamente— llevaba en su agenda, ya desde los años treinta, un papel con anotaciones al respecto.

Estas tareas, que venían realizándose desde que llegaron vocaciones de mujeres a la Obra, al principio bajo la dirección de la madre y la hermana de Monseñor Escrivá (la Abuela y tía Carmen, como se las designaba familiarmente) debían llenarse de contenido profesional, y aun científico, porque solo un trabajo humanamente bien hecho puede ser santificado, y porque habría de constituir garantía de continuidad y expresión del cuidado —por amor— de ¡tantas cosas pequeñas! algo también muy propio del espíritu recibido de Dios. Quedaba claro, pues, la enorme importancia que para nosotras tenía el que fuese el Fundador en persona quien nos convocara para transmitirnos directamente los criterios en que deberíamos basar nuestro trabajo. Y que se trataba de comenzar —y los comienzos siempre deben ser humildes— pero con visión de siglos.

La noticia de mi desplazamiento a la ciudad del Tíber fue un tanto repentina y —para mí, al menos— inesperada. Formaba parte entonces de la Asesoría Central del Opus Dei Oro Laviña, que me conocía y recordaba perfectamente desde nuestros encuentros en Zurbarán y durante el tiempo que coincidimos en Madrid. Tal vez fue ella la

«instigadora» de mi viaje desde España, como lo fue para el de María Casal desde Suiza, también empeñada en la misma tarea inmediata: poner en marcha un programa de profesionalización del llamado trabajo de Administración.

Llegué en avión a la Ciudad Eterna, que visitaba por primera vez, y pronto tuve la oportunidad de saludar al Padre. Muchas veces he revivido aquella breve situación: acudí a la calle de Villa Sacchetti, sede del gobierno central para las mujeres de la Obra. Me condujeron a la zona que se denomina La Montagnola, uno de los edificios que componen Villa Tevere; y allí, en un amplio rellano junto a la escalera, rematada con barandilla de madera— donde hay una graciosa imagen de la Virgen de Loreto (¡cómo no recordar a mi madre, María de Loreto!) sentada sobre la pequeña casa, que la Tradición conmemora como transportada por los ángeles, esperábamos al Padre; pronto oí la voz profunda, sonora, con rotundo acento aragonés, del Fundador. Venía acompañado, como era habitual, por don Álvaro del Portillo, mientras yo lo estaba por alguien que formaba parte de la Asesoría en Roma. Y empezó a subir escalones, con una presencia elegante que llenaba todos los espacios, un momento antes silenciosos.

Quienes le conocían, contaban que el buen humor del Padre y su cariño por todos hacía, incluso de un breve rato, algo teñido de gracia e interés. Y que posiblemente, como estaba al tanto de mi profesión médica, me gastaría alguna broma al respecto. Se equivocaron. Al llegar arriba, y tras saludarle, besando su mano sacerdotal, me miró a través de las gafas, con un gesto risueño y amistoso, y me dijo:

—Ya te leo, cuando puedo. Porque tengo muy poco tiempo... Pero siempre que puedo te leo.

Me quedé de una pieza. Aunque he ejercido como médico durante casi cuarenta años, mi gran afición han sido siempre las letras y mi gran pasión —siempre lo he dicho— hubiera sido escribir. Por aquel entonces apenas había publicado, ocasionalmente, media docena de artículos en periódicos y revistas, con cualquier pretexto humanístico. Y he aquí que el Fundador no aludió a mi dedicación a la Medicina, sino a lo que será siempre, probablemente, la gran nostalgia: escribir, narrar a mi modo todo el ser y el sentir de los acontecimientos que nos golpean a lo largo de la vida. Años más tarde recordaría esta frase de Monseñor Escrivá ante un encargo que me propuso don Álvaro del Portillo.

Mantuvimos luego una breve charla, en una salita cercana, sobre el tema que nos había llevado a Roma. Siempre con su actitud estimulante, optimista: mirando hacia el futuro y con la confianza —ajena a la ficción y al protocolo— con que se apoyaba en cada uno de nosotros. Y por supuesto —antes— en Dios, como viga maestra para apuntalar cualquier empresa. No tenía, para demostrarlo, que esforzarse en su actitud. Se traslucía siempre, porque lo llevaba dentro y hondo.

Al día siguiente, con la llegada de la doctora Casal desde Suiza, la reunión, junto a la Sala de Sesiones, fue breve pero enormemente cordial. Nos preguntó y se interesó por nuestras familias. Tuvo un recuerdo emocionado y cariñoso para todos. Y al saber, a través de mis palabras, que mi madre era maestra de profesión, recién jubilada por edad pero llena de vida y entusiasmo, y que había decidido ser profesora voluntaria en nuestra

Escuela Los Tilos de Madrid[16], dedicada entonces a las empleadas del servicio doméstico, dijo algo en voz baja a don Javier Echevarría, presente en la entrevista, y este regresó instantes después, con una gran medalla de bronce dorado, conmemorativa de la erección del Colegio Romano de Santa María. Tenía la imagen de *Sancta Maria Regina Operis Dei* grabada en el anverso y el sello de la Obra en el reverso; la fecha *XII Dec 1953*, y la jaculatoria *Cor Mariae Dulcissimum: iter para tutum*. Era para mi madre, que la conservó siempre, y ahora permanece sobre mi mesa de trabajo.

El Padre nos invitó a conocer y querer a fondo la dedicación que íbamos a intentar llenar de contenido profesional; sus valores humanos y también sobrenaturales, en el caso de las personas que la ejercerían con el espíritu del Opus Dei. A llevarlo todo a cabo de un modo riguroso, con sólida apoyatura en las varias disciplinas por las que se rige; haciéndolo atractivo, como sugiere la variedad, aplicación técnica y aun estética de sus contenidos. Y nos reiteró la idea de que llevaba este proyecto «en el bolsillo de su sotana» desde los años treinta, cuando vio —por inspiración divina— el querer de Dios y todo lo que habría de ser la Obra.

Conocer al Fundador de la Obra es experimentar en primera persona lo que significa estar cooperando, en la medida de nuestras pobres fuerzas, a llevar a cabo el Opus Dei, y en este caso siguiendo, directamente, sus directrices. Darnos cuenta de cómo el Padre se fiaba, apoyándose en sus hijos, por jóvenes que fuésemos y aunque nuestros años en la Obra tampoco fuesen muchos... ¡Cuántos sentimientos entremezclados: de gozo, confusión, agradecimiento, responsabilidad!

Haber estado tan cerca del Fundador, tan inmersa en el sonido y contenido de su palabra, tan segura de su afecto y atención, han sido impresiones y valores que, ciertamente, no he olvidado nunca.

Nuestra estancia en Roma fue breve pero suficiente para visitar la Basílica de San Pedro y su Plaza, tantas veces reproducida en los medios, pero tan distinta al ser captada allí, en sus colosales dimensiones y en su armonía arquitectónica. El Padre en persona se interesó por que lo hiciésemos, encareciéndonos que no dejásemos de rezar un Credo.

La conciencia absorta, conmovida al descubrirse tan cercana al sepulcro de san Pedro, al lugar de martirio de tantos cristianos anónimos, corrientes, de la primera hora, cuyo testimonio forma parte de los cimientos de la Iglesia... El Coliseo y el Foro, el Tíber serpenteando impertérrito entre las piedras, alineadas por el Renacimiento, en la gran armonía de calles, fuentes y plazas... Apenas fue una rápida pero gratificante mirada y, de nuevo, un avión me trajo de vuelta al aeropuerto de Barajas, en el suelo madrileño.

Tres momentos de este viaje se habían clavado sin embargo en mi ánimo y nunca perdieron su intensidad emocional: verme en Roma, punto de partida en la historia cristiana de Europa; conocer Villa Tevere, el lugar que para los miembros del Opus Dei es referencia de la unidad —hecha vida tangible en todos los detalles— del espíritu del Opus Dei; y estar con el Padre. Constatar su fortaleza, capaz de sustentar cualquier desánimo, cualquier fragilidad; con un alma que se proyectaba en cada mirada, en cada gesto, en cada palabra, con la firme confianza de que daríamos continuidad, con fuerza y paz, al espíritu que Dios le había confiado.

Aquel proyecto

No resulta fácil hacer una síntesis objetiva y ordenada de la evolución que siguieron los acontecimientos en la EDA durante aquellos seis años de trabajo. Pero es cierto que la Escuela de Administración, cuya dirección —en algunos aspectos— recayó en mi persona, tuvo una trayectoria compleja desde el primer momento. Aunque asumí esta empresa con toda la dedicación y entusiasmo que me era posible desplegar, ahora comprendo que, a veces, el entusiasmo no es el mejor consejero. Y que, sin duda, el conocimiento maduro de las tareas propias de una administración no se adquiere con unos pocos años de estar alojada en una de ellas, por más que lleguemos a ‘empatizar’ con la idea.

Efectivamente, ya desde los primeros momentos ‘peregrinantes’ de la Obra, en una España sumida en guerra civil, y luego en sus consecuencias, el Padre tuvo muy claro que todas las personas que respondieran a la llamada de Dios —que él mismo había recibido— formarían una gran familia: que estarían unidas por una fuerza superior, tan cohesionadora al menos como la de la sangre, puesto que arrancaba de un mismo espíritu. El común denominador —buscar y encontrar a Jesucristo volcando la vida entera en un constante actualizar su presencia y amor sobre el mundo— sería un nexo de fuerza inmediata, superior a cualquier otro. El ambiente de hogar que se mantendría en los centros habría de dar calor y humanidad al espíritu, y tendría por ello que ser cuidado, grato, acorde en sus formas con el alma que lo inspiraba. De ahí que se pudiera *hacer hogar* en las situaciones más oscuras o precarias: desde la falta de medios en Burgos, en plena contienda, pasando por las múltiples, y a menudo pintorescas, situaciones de los comienzos en cualquier parte del mundo. Pero ese aprendizaje hubo de ser largo y complejo, y reclamó la entrega abnegada —para empezar— de la propia familia de sangre del Fundador y luego de algunas primeras mujeres que siguieron al Padre sin condiciones: con una fe sin fisura.

En cuanto a mí, Dios dispuso las cosas a su modo; yo no fui capaz de aunar tantos matices como aportaban las distintas personas que cruzaron por aquel espacio en que se gestaba la Escuela, incorporando planes, experiencias y trabajo tan dispares. No supe acoplar las tareas de una experta en Física y las de quien se entrega diariamente al cuidado material de una casa; de quien pretendía una disciplina programática muy rígida y de la que vivía en una entrega creativa permanente y casi improvisada. Habían de pasar algunos años más para que el proyecto cuajara, y se desarrollase bajo el amparo de instituciones, empresas e incluso universidades. Entre tanto la gracia de Dios y el cariño de mi familia del Opus Dei constituyeron mi apoyo.

Bastantes años más tarde, en el 2008, he tenido la oportunidad de visitar detenidamente el centro Fuenllana^[17] en Madrid, y al deambular por las instalaciones de su Instituto Tecnológico —los laboratorios de Físico-Química Aplicada, la sala de diseño, el aula de Informática, la sección de Cocina y Gastronomía, el comedor de

invitados, etc.— no he podido sino dilatar el alma de alegría: esto es lo que intentamos en 1965-1969. Pero resultó evidente que necesitaba etapas sucesivas que yo no habría de liderar.

Guardo, sin embargo, como preciado recuerdo, aquellos momentos en que Guadalupe me quiso devolver el ánimo diciéndome: “Ana, tú eres el alma de todo esto. No nos puedes fallar...” O la breve tarjeta que —después de haberse dejado literalmente la vida en el actual Centro de Estudios e Investigación en Ciencias Domésticas de Navarra— me envió M^a Pilar Garrido diciendo escuetamente «Ana: tú fuiste el cimiento del CEICID».

Es decir, que Dios elige, a veces, que le entreguemos nuestros sueños y nos conduce en cambio a otras fronteras. Nuestros caminos no son sus caminos, pero hemos de amar y bendecir sus proyectos en cualquier circunstancia de la vida...

[14] Cualquier nuevo centro donde han de vivir personas de la Obra —y que casi siempre servirá además de sede para actividades apostólicas— conlleva bastante más que la mera instalación de unos muebles. La vida de familia y la irrenunciable concepción de un *hogar* están unidos desde el principio a esa exigencia que —como contrapartida necesaria— lleva a los numerarios de la Obra a renunciar a crear un hogar propio.

El Fundador definía las tareas de administración de esos hogares como «apostolado de los apostolados» al tiempo que manifestaba sin complejo su preferencia por la labor callada y discreta que sus hijas administradoras y auxiliares ejercen en cualquier punto del planeta. Con los años, decía el Padre, «habrá hijas mías catedráticos, arquitectos, periodistas, médicos...» Pero, por de pronto, todas tendrán que encargarse también de la Administración de los centros...» (cfr Vázquez de Prada II, p. 578-79).

[15] Efectivamente la Facultad sería más tarde el CEICID, un centro de estudio e investigación en el área de las disciplinas relacionadas con el hogar y su función como ámbito familiar que imparte enseñanzas que contribuyen a hacer —de la familia— el lugar imprescindible de recuperación física y de descanso, de convivencia y de enriquecimiento personal (cfr www.ceicid.es).

[16] Efectivamente doña María colaboró generosamente, a partir de su jubilación, dando clases a jóvenes de escasos medios económicos, frecuentemente llegadas de los pueblos del entorno en busca de trabajo, pero carentes, en absoluto, de preparación. Pensando en ellas se había promovido una Escuela, con la idea de dotarlas de formación general básica y prepararlas para las tareas domésticas. Quienes recuerdan a María Gallego durante esos pocos cursos, hablan de su gran categoría personal, su autoexigencia, de cómo se desvivía por las alumnas más necesitadas de atención, de lo bien que encajó en el equipo de profesoras, a pesar de que eran notablemente más jóvenes, de su gran autoridad natural, a la hora de mantener la disciplina. Los Tilos surge en 1967 como Escuela de Hogar y Cultura para realizar una labor social. En 1972, al amparo de la LGE es reconocido como Centro de Formación Profesional de primer grado, en la especialidad de Hogar. A finales de los setenta se incorpora la Formación Profesional de segundo grado, con carácter experimental en las ramas de Economía social familiar y Jardines de Infancia. En el 2007 el colegio Los Tilos se traslada a Vallecas y completa la oferta educativa desde Educación Infantil hasta Bachillerato.

[17] Centro educativo concertado, situado en la zona sur de Madrid, que brinda una oferta formativa completa, desde los niños de tres años hasta el ingreso en la universidad y que incluye —entre otras especialidades— un Instituto Tecnológico de Hostelería y Restauración.

VI. RECOMENZAR

Regreso a la Medicina

Lo cierto es que el cambio no fue fácil...

Una vez que hube de renunciar a aquel compromiso de trabajo y dedicación, en el que había empleado seis años intensos, me encontré de pronto en un páramo, en el alma y en el cuerpo.

¿Qué hacer? Se trataba de recuperar —si fuese posible— la antigua trayectoria como profesional de la medicina, pero no podía recurrir al entorno familiar ni a sus amigos, puesto que nunca fueron proclives a mi primera decisión vocacional y subsiguientes trabajos profesionales. Existía, hasta cierto punto, una desconexión también con mis antiguos compañeros de estudios que me hacía sentir ajena a los Departamentos médicos de prestigio y que ahora contaban con extensas plantillas de profesionales bien preparados en los diversos hospitales y facultades de la capital. La situación se anunciaba problemática, a mis ya cercanos cuarenta años de edad.

Pero lo más duro, seguramente, era mi quiebra interior. El Fundador me había dado, durante nuestra visita romana, una pequeña baldosa del primitivo suelo de Villa Tevere. Era como un símbolo: algo así como el apoyo primero y el escalón de comienzo hacia una gran tarea. Y he aquí que me sentía fracasada en todos los órdenes. Sin saber bien dónde me hallaba. En estos casos, se mezclan pensamientos y emociones, y con frecuencia aparece la tentación: ¿acaso me he equivocado por completo?, ¿mis posibilidades no sirven?, ¿este no es mi camino?, ¿tengo que dar un giro rotundo a toda mi vida, de nuevo?...

Fue un caminar interminable a lo largo del Paseo de la Castellana, en que mis pasos discurrieron lentos, con un dolor sordo y tenaz, sin capacidad para apreciar, como tantas otras veces, la luz, el color, la belleza de parques y edificios, disfrutados en muy distintas circunstancias.

¿Qué podía hacer?...

Pero por entre aquella maraña de nubes y oscuridad, a la que no eran ajenos ni el amor propio herido ni la tristeza, se fue abriendo camino una luz diminuta y una voz amiga, reconocible en tantos diálogos interiores: Dios. Él mismo me hizo saber, suave pero firmemente, que no se trataba de montar proyectos —mis proyectos— por interesantes que pudieran parecerme. Ni menos aún de retirarme cobardemente ante la primera herida

en combate; no era cuestión de abandonar mis compromisos por una contrariedad —sin duda real— surgida en el horizonte de mi vida y mi trabajo. Había venido a encontrarme con Dios, a llenarme de Él. A descubrir y transmitir, en mi vida cotidiana la presencia de su amor. ¿Acaso iba a romper algo tan inmenso por una contradicción, al fin y al cabo temporal? ¿Qué había entendido yo por acompañar a Jesús un pequeño trecho de su camino de cruz?...

Estas y otras intuiciones se abrieron paso, aportando seguridad frente a los planteamientos negativos y por encima de cualquier otra consideración brotó aquel: “Señor, yo estoy aquí porque Tú me has llamado. Y junto a Ti voy a seguir”.

Había pasado, sin darme apenas cuenta, un largo trayecto desde mi casa hasta Cibeles, Neptuno..., y me encontraba frente a la estación de Atocha. A la derecha, el gran macizo, en pabellones sucesivos, de la antigua facultad de Medicina, donde había cursado mis últimos años académicos. Y el Hospital General, inmenso y gris.

Hacía apenas seis años lo había dejado todo, dando un giro de ciento ochenta grados a mi vida y aspiraciones. Y ahora había que retomar aquel camino, no por ambición sino porque era la única salida atendible: recuperar mi cauce profesional. Porque fue allí donde Dios vino a buscarme junto a una enferma grave y allí es donde me esperaba de nuevo. Y aunque no sentía la más mínima atracción hacia lo que se avecinaba, tenía la fría seguridad de que esta vez mi decisión sería definitiva.

Un golpe inesperado

Todos éramos ajenos —en aquel momento— al drama que se avecinaba sobre nuestra familia. Yo había dejado mi quehacer en la facultad de Ciencias Domésticas sin emprender aún ninguna otra gestión profesional. Mis padres y la tía Manolita dejaban transcurrir pacíficamente sus días, gozándose de nuestros éxitos o sufriendo si pensaban que sufríamos. Mi hermano Manuel, con su mujer y sus dos hijas completaba su instalación en Granada. Se prodigaba, llenando de proyectos y de trabajo quirúrgico su cátedra en la facultad de Medicina, y abría ya su consulta privada por las tardes, en un céntrico lugar de la ciudad andaluza: tanto su hogar como el piso de su actividad profesional estaban en un edificio de reciente construcción, en la Plaza de los Reyes Católicos. Con ellos, María del Mar, su hija mayor, y Patricia que apenas contaba seis meses, y que nos regaló su presencia ya en la ciudad de la Alhambra. Todo transcurría con regularidad en la vida de Manuel y los suyos: su actividad desbordante, las clases brillantes, un intenso quehacer quirúrgico; y sus enfermos llenando la sala del hospital.

Aunque durante años había sido un hecho el distanciamiento familiar hacia mí, desde hacía ya varios meses, Manolo y yo habíamos recuperado la antigua relación de cariño y cordialidad de siempre cuando me propusieron ser madrina de bautismo de su hija Patricia. Con este motivo pasé dos intensos días con ellos, que me sirvieron para conocer su casa nueva y sus proyectos. Compartimos la magia de la ciudad en un recorrido inolvidable; cenamos en un restaurante al aire libre, desde el que se sentía vibrar la luz y

la sombra del Albaicín. Incluso subimos a la sierra, con nieve en los altos picos, donde él gustaba de escalar con sus amigos durante las pocas jornadas libres que le brindaba su trabajo.

Pocos meses después recibí, a la una de la tarde, una llamada telefónica de mi cuñado Lucas; pretendía darme la noticia por tiempos, sin quitarle gravedad, pero dosificando las palabras:

—Manolo está mal, en Granada. Ha tenido un accidente.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha sido con el coche?... Dime la verdad, sin rodeos. ¿Qué está pasando?

—Ana: Manolo ha muerto de un infarto cardiaco masivo, en el quirófano de la facultad. Terminaba de operar a una paciente... Estamos todos desolados y preparando el viaje a Granada. Supongo que te unirás. No somos capaces de conducir el coche hasta allá: nos vamos en el tren que sale al atardecer y llega de madrugada. Tendrás que ser tú quien se lo diga a los padres y a la tía Manolita. Tu hermana está destruida y no se siente capaz.

Fue como si un golpe rudo en el pecho me proyectase contra la pared; tuve que apoyarme para no caer. Me parecía imposible, no podía ser cierto. Mi hermano Manuel, el orgullo familiar por su talento, categoría humana y profesional reconocidos y admirados por propios y ajenos. De pronto, el mundo parecía haber cambiado de dimensiones y sentido: me pareció, sencillamente, un desierto.

Un dolor tan fuerte difícilmente se traduce en lágrimas inmediatas. Tenía los ojos secos y el alma desencajada. Había perdido un punto de referencia de mis mejores recuerdos de infancia y adolescencia. Alguien que había influido poderosamente en mi vida y talante.

Decírselo a mis padres fue lo más acerbamente cruel que se me ha exigido nunca. La mayor parte de sus sacrificios y esperanzas se habían consolidado en la persona de su hijo Manolo.

Mi madre, superando el desgarrón del dolor, insistió, sin réplica posible, en desplazarse a Granada con nosotros. A mi padre, enfermo de una grave insuficiencia cardio-respiratoria, era impensable trasladarlo. La tía Manolita se quedaría con él en Madrid, en el silencio de la casa familiar.

Aquella noche de tren no durmió nadie. Nos acompañaba Juan Antonio, el hijo mayor de mi hermana Ángeles, que adoraba a mi hermano y que intentó ayudarnos a todos con su joven fortaleza.

La llegada hasta el catafalco, instalado en la Sala de Grados de la facultad de Medicina, fue impresionante. Estaba allí sin deterioro aparente, puesto que no había sufrido enfermedad previa, como dormido en un gesto sobrehumano de reposo y de paz. Tal y como murió: envuelto en una sábana blanca del quirófano, como un guerrero que ha caído librando la última batalla. Tenía cuarenta y seis años.

Muchos de sus compañeros de Valladolid, Madrid, Cádiz y Granada se reunieron junto a él, agrupados en una común desolación. No he visto nunca tantos hombres de recio carácter llorar sin reserva alguna. Porque era, sobre todo, un gran amigo.

Su mujer, que se enteró del suceso cuando, como solía hacer, iba a buscarle al hospital después de la última sesión de quirófano, no pudo ni quiso apartarse de su lado hasta que le dejó, definitivamente, en un nicho del cementerio.

Fue llevado a hombros por los estudiantes —a través de las calles de Granada y de las cuevas con rumores de agua que escalan el camino de la Alhambra— hacia su descanso final. Meses más tarde, el Rector y el Claustro en pleno le ofrecieron un homenaje académico en el Aula Magna de la universidad.

Su amigo de siempre, Ignacio Arcelus, quiso solicitar —para continuar así la tarea emprendida por Manuel— el traslado de su cátedra de Cádiz a Granada. Y allí permaneció ocupando con igual categoría el estrado de mi hermano hasta su jubilación, en aquel entonces aun muy lejana.

Todo cambió en nuestro entorno. Y, de la noche a la mañana, me sentí en la obligación de ocupar su puesto. Con incomparable pequeñez a su lado, pero tratando de dar a mis padres las satisfacciones que los éxitos de Manolo les habían deparado. Y, como consecuencia, mi decisión de volver a la Medicina, de estar entre los mejores, de no aceptar la mediocridad ni la rutina..., en una palabra, de ser una digna sucesión, se apoderó casi con furia de todo mi ser y ambicionar.

Pocas semanas después me pidieron, en la revista Telva, de la que había sido colaboradora, un artículo a modo de obituario; y lo terminaba diciendo que aquel torrente de pasión y entrega que Manuel había metido en nuestra sangre no podía ser anclado ni siquiera por el desgarró de una muerte imprevisible.

Se abre una puerta

En esta coyuntura, mi acercamiento a los amigos de mi hermano, en busca de un resquicio para retornar a la Medicina, se hizo más fácil. Tras una conversación repleta de interés y afecto por parte de los hermanos Durán, me encaminé al profesor Amador Schüller, catedrático de Medicina Interna y director del Servicio Clínico en el Hospital Gregorio Marañón de Madrid. Y allí fui a parar, aceptada de buen grado, aunque sin garantía ni promesa alguna de obtener un puesto cualificado, ya que todo estaba cubierto por los adjuntos de turno. Era, pues, un visitante aceptado con respeto, que asistía al trabajo diario para recuperar el arte y la teoría, un tanto olvidados. Pero poco más.

La Medicina había dado un avance gigantesco en aquellos últimos años, además de que mi permanencia en Pamplona fue relativamente breve y con medios muy precarios. Aquí estaban a pleno rendimiento las camas del hospital, los laboratorios de diagnóstico e investigación, las nuevas técnicas radiológicas, la farmacología y el abordaje de múltiples tratamientos médico-quirúrgicos. Mi inseguridad y desconcierto eran considerables. Pero fue el momento de aferrarse de nuevo al estudio de libros fundamentales, revistas de actualidad —generalmente en inglés—, y aprovechar horas del día y parte de la noche. Intenté no perder un detalle del buen hacer de cada uno de los médicos, junto a los muy diversos, y generalmente graves, pacientes. Todo ello, aún con

la herida en el alma, pero con la fuerza de una decisión inquebrantable, apoyada en la única fortaleza definitiva: Dios. Desde el primer día —y no es imaginación— noté la descarada ayuda de algo superior y amante que me impidió abandonarme al desaliento. Nadie sospechó nunca, en mi entorno profesional, la resurrección que estaba intentando dentro.

Mi mejor ayuda la hallaba al regresar a casa. Viví muchos años —dieciocho— en aquel querido Centro de la calle de Jenner, muy cerca del Paseo de la Castellana, en una zona madrileña próxima también al Mayor Santa Teresa de mis tiempos universitarios: un barrio que siempre me resultó familiar. ¡Y hubo tantas personas que, cada una desde su puesto, dejarían honda huella en mí durante aquella especie de maratón! Porque la verdad es que el retorno me resultó muy duro: largos meses luché para ponerme al día en la Medicina Interna, que era una especialidad cursada y reconocida. Pero al cabo de un tiempo relativamente corto, la Providencia intervino en mi favor de un modo claro.

Hacía pocos años que funcionaba en Madrid la clínica Puerta de Hierro. Asumida por la Seguridad Social del Estado, tenía un prestigio extraordinario. Yo había tenido la oportunidad —en una reunión en la que se habló extensamente de Nutrición Clínica — cuando aún trabajaba en la facultad de Ciencias Domésticas— de conocer a un equipo de médicos, dirigido por el doctor Rojas Hidalgo. Charlamos entonces un buen rato y creo que ambos quedamos gratamente impresionados por las ideas y proyectos que teníamos. Nunca más había vuelto yo a establecer relación con su Servicio de Diabetes y Nutrición e ignoro cómo tuvo él noticia de mi regreso a la Medicina. Pero a partir de aquel momento desplegó un gran interés en localizarme, cosa que consiguió a finales del año 1970.

Entonces no lo sabía, pero aquel había de ser mi mejor campo de aprendizaje durante siete largos años.

Desde la base

Debo a la doctora Pilar Manzano, adjunto del Servicio de Diabetes y Nutrición, la paciencia de acercarme cada día hasta un punto de transporte que me permitiera regresar en un tiempo razonable hasta la calle Jenner. Aún tardé un año en disponer de un pequeño coche utilitario, un Seat blanco, con el que trasladarme cada día hasta la zona de Puerta de Hierro, entonces mal comunicada con el barrio de Madrid, donde yo vivía. Todo el personal del servicio se volcó en amistad, apoyo y afecto hacia mí. Nunca sabrán hasta qué punto, con su exigencia y cercanía, me ayudaron a superar el doble socavón existencial —la muerte de mi hermano y el paréntesis en lo profesional— que se había abierto en mi vida.

Enrique Rojas Hidalgo era andaluz, de Sevilla: serio, pero con el sesgo crítico y la gracia presentes en sus conversaciones. De una generosidad difícilmente superable. Con amplios conocimientos de bioquímica, indispensables para abordar con seriedad el tema, nos impartía una clase de dos horas cada día —luego de concluir la atención a los

enfermos— sobre la nutrición clínica.

Aún le recuerdo con la tiza en la mano, incansable, dibujando fórmulas complejas en el encerado y desplegando los misterios del metabolismo desde su más básica interpretación. Al principio el aprendizaje me resultó atroz. Se trataba de un nuevo idioma que era imprescindible aprender si es que quería poder luego trabajar, de modo inteligible, sobre el contenido de los alimentos, su influencia en la vida, su protagonismo en la prevención y tratamiento de la enfermedad, cualquiera que fuese su índole.

Siempre agradeceré aquella costosa base, que proporcionaría solidez y sentido al resto de las actividades clínicas en enfermedades metabólicas. El servicio estaba dedicado, fundamentalmente, a la diabetes *mellitus* y sus consecuencias, y pronto tuve que empezar a ejercer el oficio de modo práctico en la consulta y visitas hospitalarias. Casi insensiblemente, pero apoyada en el criterio y seguridad de excelentes colegas especialistas que ejercían a diario su saber en Puerta de Hierro, empecé a recuperar los conocimientos necesarios para el ejercicio cabal de la Medicina.

Y en medio de toda esta actividad, Enrique Rojas no abandonaba la ilusión por crear y desarrollar una especialidad, desconocida hasta entonces, que llegase a adquirir carta de naturaleza en facultades y universidades, y en grandes y pequeños hospitales. La Nutrición, de contenido multidisciplinar, requería conocimientos hasta el momento ausentes en nuestra licenciatura. Me pareció apasionante. Y, sobre todo, el cariz práctico que presidía todas sus actuaciones: la bioquímica, bromatología, enfermedades metabólicas, etc., eran de conocimiento y dominio imprescindible. Pero también la físico-química culinaria, la transformación y tratamiento de los alimentos en la cocina, la selección adecuada de contenidos y el manejo de las dietas prescritas a pacientes con enfermedades tanto de índole general como más específicas.

El Dr. Rojas siempre tuvo la comprensión y el estímulo del director del Centro, profesor José María Segovia de Arana, y con ese apoyo emprendimos una reforma de envergadura en el edificio que acogía el Servicio de restauración (cocina), instalando cintas de distribución, aparatos y máquinas adecuados al tratamiento de alimentos. Y también, y en lugar primordial, el adiestramiento del personal de los Servicios de alimentación. Fue una tarea colosal, de la que derivaron consecuencias muy importantes. Tal vez la mejor, el inicio de esa misma transformación en otros hospitales de Madrid y en centros de todo el país. Ello atrajo la curiosidad de médicos jóvenes y personal sanitario en general, quienes —tras pasar un tiempo de rotación en nuestro Servicio— servían a su difusión en otros lugares. Y es que se impartían conocimientos inéditos: algo tan básico —por otra parte— como estudiar el sustrato alimentario más conveniente para nuestros pacientes.

También fue una consecuencia —tangencial pero de envergadura— el entusiasmo de la alta Hostelería por convertir su trabajo en algo muy superior a una mera rutina. La consecuencia fue una importante dedicación a los contenidos que respondían al nombre de Nutrición y Dietética.

Algunos meses más tarde, este quehacer se volcó en un libro teórico-práctico, firmado por Enrique Rojas, en el que se analizaban las bases necesarias para montar

adecuadamente la Dietética Hospitalaria. Y para mí, aún hubo otra consecuencia en relación a tanto tiempo de trabajo y esfuerzo: la plantilla del servicio se amplió con una nueva plaza de médico adjunto, a la que tuve acceso. Pude integrarme así formalmente en el sistema sanitario de la Seguridad Social y en la tarea cotidiana de uno de los grandes hospitales de Madrid.

Dos años *marcados*: 1973 y 1975

Mientras el ejercicio de la Medicina clínica penetraba en mi hacer de cada día, tuvieron lugar dos acontecimientos, de diversa trascendencia pero ambos impactantes para mí.

El primero, la muerte de mi padre, en una habitación del Servicio del profesor Hipólito Durán en el Hospital Clínico de Madrid. Desde hacía años padecía una insuficiencia cardio-respiratoria que se agravaba con el tiempo; apenas podía oxigenar los pulmones a pesar de la ayuda de la medicación. En los últimos meses, además, había sufrido una fractura de fémur que los cirujanos no se atrevieron a operar, dado su estado general. Aceptó aquella etapa de dolor y molestias sin una queja, accediendo a cuanto decidiéramos.

Mediaba el mes de enero de 1973 cuando presentó una crisis más grave de lo habitual, que nos obligó a hospitalizarle. Como siempre, la oxigenoterapia, el suero cargado de broncodilatadores y corticoides, los cuidados de aspiración bronco-pulmonar, ocuparon en vela familiar sucesiva, algunos días y noches.

Yo alternaba, en rápida sucesión, mis actividades en Puerta de Hierro con las escapadas —diurnas y nocturnas— hasta la habitación que ocupaba mi padre en el Clínico. Recuerdo que tuve que asistir a una conferencia importante impartida en este centro —porque interesaba mucho al Dr. Rojas pero a la que él no podía acudir— con subidas y bajadas desde el Salón de Actos a la cama en la que se agotaban las horas de mi padre y junto a la que el capellán le administró la Unción de Enfermos.

Tampoco podría olvidar —en aquellos momentos— la atención espiritual, a la vez que humana y afectuosa, de un sacerdote —de los primeros de la Obra— don Francisco Botella. Permaneció horas a su lado, hablándole despacio, susurrando casi, frases consoladoras y llenas de esperanza. Y mi padre solo pudo ya hacer gestos afirmativos a cuanto don Francisco dejaba caer, como un manso diluvio de amor de Dios, sobre su agonía. El día 24 de enero, a media mañana, en el momento en que las enfermeras entraban en la habitación, su corazón dejó de latir.

Pergeñar una breve semblanza de Ángel Sastre no sería fácil, dada la sencillez y aparente falta de notoriedad con que supo siempre ser recto, cordial, sereno, generoso, y a la vez asceta en un grado que me atrevo a calificar de heroico. De su orgullo militar y su talla personal, sin alharacas ni ruidos, se podrían contar muchas anécdotas. Pero tal vez baste con una, de ámbito familiar, para definirle.

Cuando compraron el piso de Madrid que habría de ser su casa durante largo tiempo,

el valedor económico ya he contado que fue, una vez más, el tío Chencho, el hermano de mi padre. En un plazo relativamente corto se le devolvió todo el adelanto que habíamos precisado. Corría entonces el año 1959. Llegó luego el momento en que mi hermano Manuel obtuvo la cátedra de Patología Quirúrgica en la facultad de Medicina de Cádiz (1962), que fue un destino transitorio hasta su paso a Granada. Necesitaba ayuda para instalarse con cierta dignidad, acorde a su actividad y condición, pero aún hacía poco tiempo que ejercía su profesión. Ante la solicitud por parte de Manuel de alguna aportación familiar, mi padre hipotecó el piso de Madrid en el que vivían y cedió íntegro el importe que precisaba mi hermano. Jamás dijo nada ni a mi madre ni a mi hermana o a mí. A partir de aquel momento mi hermano le enviaba —cuando podía, porque su integración en la capital andaluza tampoco resultó fácil— el equivalente a la cuantía de alguna letra para cubrir el débito de la hipoteca. Lo que nadie podía imaginar era que el disparo certero de un infarto iba a terminar con su vida de modo tan fulminante y precoz. La deuda bancaria se quedó sin cubrir y era impensable que su mujer pudiera hacerse cargo de ella.

Mi hermana Ángeles y yo no habríamos conocido jamás estos hechos si no hubiera mediado la desaparición de Manuel. Mi padre nos explicó la situación:

—Yo estoy ya muy enfermo y no sé lo que puedo durar. Os pido solo una cosa: si me muero sin acabar de cubrir este déficit que vuestro hermano no ha podido saldar, hacedlo vosotras. Que vuestra madre no se entere nunca de que el piso en el que vive, y en el que ha de esperar la vejez, tiene deuda ninguna.

Así lo prometimos. Pero cuando mi padre falleció, tres años más tarde, pudimos comprobar que había sido capaz de saldar completamente la deuda. Su casa estaba libre de hipotecas, para que mi madre y la tía Manolita pudieran disfrutarla cómodamente hasta el fin de sus días.

Este era mi padre ante cualquier situación en la que su hombría de bien y su cariño por todos y cada uno pudieran ponerse a prueba.

En el cementerio de San Justo, de Madrid, adquirimos una sepultura para tres cuerpos, en previsión de situaciones que habrían de repetirse. Y hoy, sobre la lápida de granito, a continuación de los nombres y fechas, puede leerse con toda claridad: «ALIIS INSERVIENDO CONSUMOR». Gastarse sirviendo a los demás. Una síntesis breve de sus vidas. Todo esto pesaba sobre mí como una exigencia permanente. En mi caminar por la senda a la que Dios me llamaba no podía obviar los pasos anteriores: tenía que ser digna de cuantos me habían precedido y amado...

En Puerta de Hierro pude recuperar una buena parte de la confianza en mi hacer médico. Pero, como ocurre con todo en la vida, nada se consigue sin esfuerzo. Un intenso cansancio físico en alguien como yo, de resistencia proverbial, era llamativo. Había adelgazado notablemente y cada mañana miraba las escaleras que me llevaban a la clínica preguntándome si sería capaz de superar el primer y mínimo esfuerzo del día. Luego, Dios me enviaba una fortaleza prestada y suficiente para superar toda la jornada. Nunca me he sentido con menos fuerzas materiales y más arrojo moral. Años más tarde, en una revisión clínica rutinaria en el Hospital Ramón y Cajal, donde entonces trabajaba,

una radiografía de tórax mostró una cicatriz antigua en un vértice pulmonar que, sin duda, correspondía a una lesión tuberculosa curada espontáneamente. ¿Pudo ser la causa de mi postración de entonces?

Estos siete años quedaron marcados también por mi retorno a la universidad y a la docencia. Mezclarme con la gente joven, ser capaz de exponer mi tema con claridad y seguridad hasta entusiasmar al auditorio, han sido siempre algunos de mis mejores estímulos. Aquellas clases de Patología, asociadas a nuestra especialidad, me introdujeron en la facultad de Medicina de la Autónoma de Madrid, donde más tarde tendría la oportunidad de organizar y dirigir cursos especiales para alumnos de postgrado y doctorado.

La casa de la calle de Jenner era, entre tanto, un reducto de paz, cariño, exigencia y alegría. Mi recuperación fue total. Mi Ángel custodio, designado desde la eternidad por orden expresa de Dios, y una serie de personas obraron el milagro. Ninguna incidencia humana, por costosa que pudiera parecer, habría de romper ni deteriorar la grandeza arrolladora de la vocación y del espíritu del Opus Dei en mi vida. No podría obviar tampoco la ayuda humana y espiritual de sacerdotes de gran categoría interior, con las que tuve la oportunidad de tratar entonces. El resultado fue la profundización en las líneas maestras de mi vida en la Obra.

Porque el segundo acontecimiento, de honda incidencia, tuvo lugar el 26 de junio de 1975. De pronto, la noticia cruzó todas las fronteras y llegó hasta el más pequeño reducto en el que latiera un corazón llamado a la Obra de Dios: nuestro Fundador había fallecido en Roma.

VII. LA CONTINUIDAD

El último homenaje en la tierra

Podrá sorprender a alguno que —sin aparente solución de continuidad— aborde ahora, entre las idas y venidas de mi discurrir por esta tierra, el tema de la devoción a la Virgen Santísima. Querría ser capaz de transmitir cómo la vida de san Josemaría y —siguiendo su ejemplo la de todos sus hijos en el Opus Dei— transcurre bajo el amparo de esa Madre buena a quien Jesucristo nos dejó encomendados.

Si el sentido —vivo y actual— de la filiación divina caracteriza el espíritu de la Obra, se entiende bien que procuremos andar nuestro camino cogidos de la mano de la que —habiendo guiado la infancia de Jesús— desea y puede guiar nuestros pasos hasta el cielo.

Cuando —como contaré más adelante— escribí una semblanza de la vida del Fundador de la Obra que se publicó con el título de «Tiempo de caminar», traté del Santuario de Torreciudad por la incidencia de esta concreta advocación mariana en la vida de san Josemaría, desde librarlo de la muerte cuando, con apenas dos años, el médico lo había ya desahuciado, hasta recoger su última visita el 26 de mayo de 1975.

Hoy siento la necesidad de rememorar con más detalle aquel último homenaje en la tierra que san Josemaría promovió —con todo el amor de su corazón agradecido— a la singular protección que la Virgen siempre dispensó a la Obra, y consciente también de que «restaurar tales santuarios es ofrecer lecciones de vida cristiana... a las generaciones presentes»[\[18\]](#) y oportunidades de nueva conversión.

En lo personal, es claro que me resulta más sencillo —antes que abordar mi propia intimidad y devoción mariana— incorporarme con estos recuerdos de un trabajo anterior al homenaje que san Josemaría quiso tributar a nuestra Señora.

Ciertamente, el amor a la Virgen María es una ola cálida y serena que emerge siempre en la vida de los santos. Y esto es precisamente lo que aparece en el retablo —entendiendo por retablo a Torreciudad entera— que simboliza de modo cabal el talante humano y la talla espiritual del Fundador.

Torreciudad fue la última piedra de su devoción mariana. Con gran fe hizo construir este santuario, costoso por el esfuerzo económico, por la crisis de fe que invade las antiguas devociones populares, por su ubicación fuera de rutas turísticas y lejos de una ciudad... Hoy, después de su canonización, su estatua de alabastro, en actitud orante, con capa pluvial contempla y adora para siempre —desde un lateral— el retablo, ahí donde

se encuentran el sagrario y el camarín de la Virgen.

El paisaje que rodea Torreciudad siempre fue hermoso pero salvaje, perdido en las fragosidades de Ribagorza. El Fundador dijo alguna vez: «Nos inculcaron un gran amor a las riberas del Vero y el Cinca, a pesar de que me fui de allí a los trece años». Él guardaba en su memoria los veinticinco kilómetros largos desde Barbastro hasta la ermita, por senderos que serpean junto a caídas de cuarenta o cincuenta metros. Y enclavada en el hondón de sus recuerdos, la imagen de la ermita en un lugar quebrado, apuntalada en la roca que se adelanta sin miedo hacia el barranco, dando cobertura a una imagen tallada en madera de álamo: Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad.

Desde el año 1084, la tradición agrupa a las gentes del Somontano junto a esta Imagen sedente de grave sencillez, tallada en madera oscura, con el Niño delante de su pecho. Durante nueve siglos esta imagen románica ha sido centro de piedad mariana en todo Aragón. Y hasta aquí, en el Somontano, hasta este punto del recuerdo erizado de rocas, tomillos y retama, volverá la memoria del Fundador, en aras de agradecimiento. Porque supo que este habría de ser un hogar de peregrinos en busca de la paz, la reconciliación, el retorno a la casa del Padre, de la mano de nuestra Señora.

Ya mucho antes, el 3 de abril de 1956, el Fundador escribe a don Francisco Izquierdo Trol, Deán de la Catedral de Barbastro, y le pide: «Agradeceré que me diga si existe dentro de esa diócesis un Santuario y ermita de Nuestra Señora de Torreciudad o Torre-Ciudad. En caso afirmativo, no deje de enviarme cuantos datos pueda».

San Josemaría remitirá luego a España la información, anotando en una página: «A esta ermita me llevó mi madre después de mi curación, cuando yo tenía un par de años porque —repetía siempre—, desahuciado por el médico, me curó la Santísima Virgen».

Aun con este recuerdo entrañable, será una auténtica locura de amor pretender construir, en 1956, un santuario. Pero es que uno de los rasgos que permanecerá troquelado en la personalidad de san Josemaría será el agradecimiento por el don de la vida y de sus raíces humanas: el amor al mundo de los hombres; junto al sentido constante de filiación al Padre y de amor y veneración a Santa María, el cariño y agradecimiento a su propia familia de sangre sin que ello estorbe —antes bien: potencie— la entrega de su vida entera a la misión recibida de hacer el Opus Dei.

Apenas un mes más tarde, don José María Hernández Garnica se desplaza de Madrid a Zaragoza, y en el laboratorio de Geografía de la Facultad de Letras se reúne con José Orlandis y José Manuel Casas Torres, catedráticos de Historia del Derecho y de Geografía, a fin de buscar en los mapas la situación exacta de Torreciudad.

A las pocas semanas, el 24 de noviembre, volverán a Barbastro José María Hernández Garnica y José Orlandis para entrevistarse con el señor Obispo, don Segundo García de la Sierra, y para recabar su bendición sobre los futuros planes.

Desde el comienzo subyace el perfil del Fundador en cada una de las decisiones: su absoluta confianza en que el querer de Dios siempre se puede llevar a cabo; él sabe, por experiencia, que los posibles son cosa de los hombres y los imposibles, cosa de Dios. Porque así lo dijo ya Jesús, frente al horizonte: «Si tuviéseis fe como un grano de mostaza...» (Mt 17, 19).

Y también se hace patente otra característica de san Josemaría: su capacidad para transmitir a otros hombres y mujeres esa fe, apoyada en la elección de Dios, que los ha reunido. Y ellos —esos hijos que siempre creyeron en él como instrumento del querer divino en sus vidas— harán posible el milagro con las ayudas —grandes o pequeñas ¡todas importantes!— de un gran número de amigos y colaboradores del más variado origen y condición. Porque les hace entender que no se trata —¡ni de lejos!— de ambiciones humanas, sino de dar gloria a Dios y buscar la salvación de muchos... Y porque también hay que enseñar a otros a que den, a que se impliquen y cooperen.

De ahí que Monseñor Escrivá decida que se proyecten, en la cripta del futuro santuario, nada menos que cuarenta confesionarios; porque sabe que el secreto está en ‘convertirnos’ cada día: en volver a Dios continuamente. De ahí su bendición entusiasta, cuando apenas se ve —con nuestra pobre visión terrena— más que una excavación abierta al cielo.

El 24 de septiembre de 1963 el arquitecto Heliodoro Dols plasma el primer proyecto sobre el santuario. Escribe Dols: «Se tardó tanto —las obras comenzaron en 1970— porque ninguno de nosotros pudo pensar en aquel momento la magnitud y trascendencia del santuario que íbamos a acometer». Y visto el resultado obtenido a pesar de la precariedad de medios, tampoco puede decirse que se retrasara...

Hoy, los rasgos fisonómicos de este arquitecto ocupan un lugar preferente, en una de las figuras que forman parte del grupo escultórico de la Crucifixión que preside el retablo: mirando a Cristo, escuchando sin perder detalle los últimos gestos y palabras del Señor. Exactamente como su confianza y buen hacer profesional secundaron las expectativas de aquellos que soñaban para qué, para quiénes y para cuántos habría de ser Torreciudad. Hubo que iniciar, en 1968, la explanación, reforestación y apertura de carreteras de acceso.

Llegarán aportaciones económicas de todo el mundo: Japón, Kenia, Filipinas, Argentina, Estados Unidos y los países de Europa, para esta devoción sin fronteras. En unos grandes carteles que constan en las rutas de Torreciudad, se puede leer el texto de sobrio agradecimiento, traducido a siete idiomas:

«El Santuario y las obras sociales anejas se construyeron con la generosa ayuda de muchas personas movidas por su amor a la Santísima Virgen. Agradecemos su donativo».

Y aquí está el santuario, clásico y moderno, como parte de esta tierra: del alto Aragón, las piedras y pizarras; de la ribera del Ebro, ladrillos, aleros y maderas labradas... Materiales clásicos para texturas y volúmenes propios del siglo XX.

Joan Mayné i Torrás, profesor de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Jorge, en Barcelona, no era un escultor figurativo. Por añadidura, su talante bohemio al parecer se le «imponía» sumergiéndole en una cierta anarquía de plazos y entregas. Pero leyó despacio los libros del Fundador: su forma de entender y sentir la piedad, su modo de ser, de rezar, de ver lo trascendente. Y se empeñó, desde su genio de artista, en trasladarlo a las 130 toneladas de alabastro de las minas de Besalú (Gerona) de que disponía para, siguiendo el mandato del Creador —aun sin saberlo—, «dominar la

tierra» (Gn 1, 28).

Y así, lo figurativo de Mayné son las caras y las manos, sin que por ello dejen de tener la impronta de una absoluta modernidad en su trazado. Pero el resto constituye un reto de volúmenes abstractos cuyas líneas configuran los espacios, conduciendo la mirada hacia los puntos centrales de atención.

El Fundador deseaba que cualquier persona, de cualquier cultura, de no importa qué ambiente social, sintiera en el hondón del alma la necesidad de rezar en este santuario. «Que sea bello», dijo san Josemaría «porque la admiración, ya será oración». Esta dimensión del Fundador no por menos conocida deja de ser importante. Con una vocación inicial, profesional, de arquitecto y una clara facilidad para el dibujo, tuvo siempre un gran sentido estético y discernidor de verdaderas obras de arte. Incluso en medio de penurias, unió a otros imposibles el de buscar la máxima belleza, aportando las únicas riquezas que pudiera tener disponibles para el Señor. Los oratorios de la sede central de Roma son buena muestra de esa armonía interior que dilata el ánimo e inclina la voluntad al gesto de adoración.

El retablo se terminó en un plazo de tiempo asombrosamente corto, lo que acredita su carácter casi milagroso, según el propio escultor. Gracias a su esfuerzo y entrega sin límites, tiene la unidad, la dignidad y la belleza que ahora admiramos.

En 1970 el Padre viaja a España. Allí, en el centro de Diego de León, está, restaurada, la Virgen de Torreciudad sobre un mueble cubierto por terciopelo rojo, e iluminada por dos focos. Ahora va a ser revestida con una fina lámina de oro y solamente la cara y las manos mantendrán la madera vista.

—Cuesta poco —había comentado—, porque la Virgen es pequeña y la lámina muy delgada. Allí no habrá ninguna riqueza que atraiga a los ladrones. No se trata de poner riqueza, sino de poner amor. Aunque se emplearán materiales nobles.

Cuando el Padre entra y la ve, dice:

—¡Es preciosa!...

El lunes 6 de abril sale el Fundador camino de Zaragoza. «Voy a rezar a la Virgen —dijo— con el espíritu de un romero del Medioevo».

El 7 celebra la Santa Misa en la residencia Miraflores y acude al Pilar. Después, cruzan el Ebro y enfilan la ruta de Huesca. Hacia las 11 llegan a El Grado, y desde allí ya se ven los andamios de Torreciudad. Un kilómetro antes le esperan los arquitectos. El Padre baja del coche, se descalza y hace su romería penitente andando por el camino pedregoso, aún sin asfaltar.

—Después de sesenta y seis años —comentó—, es bien poca cosa lo que estoy haciendo por la Virgen. Hay muchos pastores que van descalzos, todos los días, por estos riscos. No hago nada de extraordinario.

Sería imposible explicar la vida de san Josemaría sin la Virgen. Aquí está ahora, en el centro de un gigantesco relicario que se minimiza hasta llegar, convertido en ángeles, a sus pies. Torreciudad trata de expresar lo que el alma de san Josemaría albergó para el Señor y para María, consolidado y esculpido en el alabastro.

El Padre vuelve en una breve escapada a Torreciudad cinco años más tarde. Ha de

regresar a Zaragoza. Mientras se aleja mira con emoción el perfil del santuario. Voltean las campanas y su eco corre por el Somontano. Ya no volverá nunca. Un mes más tarde habrá cruzado la última frontera en busca de sus grandes amores. Aquellos que han quedado esculpidos en el retablo de este templo.

Un santuario, vigía de fe. Esfuerzo entrelazado de la generosidad sin medida de tantos, Corazón, aquí afincado junto a una Virgen roqueña y secular, de un aragonés universal.

26 de junio de 1975

Tras la llamada de Roma del 26 de junio de 1975, comunicando el fallecimiento de Mons. Josemaría Escrivá, los fieles de la Obra hubieron de asumir esa pérdida de un modo rigurosamente personal. Mientras un Fundador vive, la confianza que su palabra es capaz de infundir, la seguridad que inspira, mantienen tenso y recto el caminar de seguidores por la misma senda de su espíritu. Pero cuando esta presencia física se aleja, lo que ha de quedar es, precisamente, el contenido: su doctrina e inspiración. La continuidad, no solo como institución, sino en el alma de cada cual, depende de la fuerza de esas convicciones.

Yo me pregunté, supongo que como tantos otros, si mi vocación y mi respuesta habían tenido la intensidad y la solidez, a prueba de dificultades y contradicciones, que habíamos visto de modo permanente en nuestro Fundador y que él, con frecuencia, nos demandaba.

Y sentimos la certeza y el impulso —que sin duda el mismo Padre nos hacía llegar a raudales desde ese infinito de Dios que ya no mide el tiempo— para continuar caminando en fidelidad al espíritu recibido. Todos sus hijos habíamos encontrado, en algún momento de nuestra vida, a alguien que nos abrió la inteligencia y el corazón a un nuevo conocer y amar a Jesucristo. A ser conscientes de que su presencia es siempre actual en nuestro mundo. A saber y sentir que su figura no se reduce a la dimensión histórica: que ha resucitado, y que por tanto sigue vigente, en el diario acontecer, la invitación a abrirnos a su eternidad, ya que Él lo ha hecho con nuestra temporalidad.

San Josemaría nos persuadió con su ejemplo, de que todos los caminos de la tierra pueden y deben ser un encuentro con Jesucristo.

Esta doctrina, luego proclamada por el Concilio Vaticano II, supuso —en el año 1928, fecha de la fundación del Opus Dei— una cierta conmoción en los conceptos, tanto teológicos como ascéticos y jurídicos. Hasta entonces, vivir en plenitud la vocación cristiana, aspirar a ser santo, parecía incluir obligatoriamente la resolución de apartarse del mundo, de rechazar de algún modo las cuestiones temporales y renunciar al matrimonio. Y es Monseñor Escrivá quien proclama, con los Hechos de los Apóstoles en la mano, que estos nos dan una amplísima visión —que es también un ejemplo de vida— de la primera y multiforme cristiandad. Fue él quien recordó —a una Iglesia tantas veces relegada a las sacristías o a los conventos— que el esfuerzo por fundir la vida ordinaria con la verdad del Evangelio sería fuente de identificación con Cristo y plenitud de vida

cristiana manifestada en hechos cotidianos. Este había sido el núcleo de su predicación mientras vivió en esta tierra. He aquí que, ahora, nosotros debíamos mostrar en nuestro entorno que el árbol arraigaba en diversidad de ambientes y culturas, y que sus raíces eran firmes.

El día 15 de septiembre de 1975 tiene lugar la elección de quien ha de ser primer sucesor del Fundador. Acuden a Roma los electores, 172 en total, en representación bien diferenciada de los aproximadamente sesenta mil miembros que entonces tenía la Obra[19]. Aquí están algunos de los que le siguieron en los primeros años; otros muchos, como Guadalupe Ortiz de Landázuri y don Salvador Canals, se han ido ya. Llegan de países próximos o lejanos, donde se continúan las tareas que el Padre puso un buen día en sus manos, algunos obreros de la primera hora que han experimentado las dificultades de los comienzos: don Pedro Casciaro, don Francisco Botella, Encarnita Ortega, don José Luis Múzquiz, don Ignacio Orbegoza...

El día 14 emiten su voto las mujeres y el día 15 los varones. Plebiscito unánime[20]: don Álvaro del Portillo, compañía y apoyo del Fundador durante cuarenta años, ha de ser su relevo en esta tarea sobrenatural y sin fronteras.

Apenas tres meses antes, al día siguiente de la muerte de Monseñor Escrivá, don Álvaro había puesto tres rosas rojas a los pies del Fundador mientras recitaba las palabras de Isaías: *qué hermosos los pies de los que anuncian los caminos del Señor...* (Is 52,7). Ahora habla a los presentes —y con ellos a toda la Obra— de seguir caminando con lealtad, puesto que los buenos hijos son la continuidad del espíritu que transmitiera el Padre. Con ello resume todo su programa[21].

La respuesta cabal brotará desde dentro del alma de cada uno: ser de verdad —con una fe que transforma la percepción de cualquier circunstancia— testigo fidedigno de Cristo en el mundo. Y es que, en los momentos cruciales de la existencia, la voluntad tiene solo dos interlocutores: Dios y uno mismo. Y solo Dios ofrece garantía para estas decisiones que comprometen la vida.

Se trataba de volver al quehacer ordinario: al esfuerzo por realizar una labor profesional responsable —bien hecha en lo humano y transida de espíritu por el amor con que se lleva a cabo— a la amistad, el servicio y el afecto como rasgos definitorios de la relación con los compañeros de trabajo; al ánimo para superar las dificultades... Y en todo ello buscar el encuentro con la verdad, y tener a Cristo como único modelo. Nada se iba a perder ni a desfigurar. Así lo esperó con absoluta confianza don Álvaro del Portillo, ya como sucesor de san Josemaría Escrivá.

La llamada «Oficina histórica»

Desde siempre, san Josemaría había dicho a sus hijos que no emplearan el menor tiempo en indagar y recorrer los pasos de su vida sacerdotal y fundacional. Al menos, mientras Dios le conservara con vida. Esto trajo consigo que múltiples incidencias de su vida se intuyeran a veces por indicios, pero sin comprobación testimonial ninguna. Fue

en el momento de su muerte cuando se planteó la necesidad de remontarse a los orígenes, buscar cuanto pudiera iluminar su trayectoria histórica, aportar datos sobre la fe y la fuerza de su apasionado vivir en el mundo, del bien tan generosamente prodigado...

Me llamaron para colaborar.

Un pequeño grupo de mujeres de la Obra se reunía en unas dependencias de la planta baja del Colegio Mayor Alcor —seguíamos en la Ciudad Universitaria de Madrid— para dedicar muchas horas cada día a la búsqueda de indicios, protagonistas, documentos, que ilustrasen las actividades de nuestro Fundador durante los años transcurridos en Barbastro, Logroño, Zaragoza y Madrid. Se trataba de un periodo de tiempo considerable: 1902 a 1946, momento en el que establecería definitivamente su residencia en Roma.

Pero este grupo nuestro, inicialmente dirigido por Mercedes Morado y formado por Lourdes Toranzo, María José Monterde, Beth Udina, Ana Lamelas, y yo misma, se iba a centrar fundamentalmente en la etapa de Madrid, a partir de 1927. Madrid era además el lugar donde, en la residencia de los Padres Paúles, y cerca de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles de Cuatro Caminos, san Josemaría había recibido de Dios la inspiración y la llamada a fundar el Opus Dei.

De la capital tendría que ausentarse desde octubre de 1937 hasta marzo de 1939, obligado por las circunstancias de la guerra civil en España. Pero en este extenso, y muy intenso, periodo de su vida anterior a la guerra civil desarrolló entre otras cosas una gran actividad entre los más pobres y necesitados, en aquellos momentos críticos de la historia de nuestro país, así como también dedicó gran parte de su amor y energía a los enfermos de varios hospitales.

Dada mi condición de médico, al distribuirnos una tarea de indagación histórica rigurosa, que había de resultar apasionante, se me adjudicaron «los hospitales», en genérico. Tuve que informarme, consultando múltiples trabajos relativos al desarrollo y situación de las instituciones sanitarias de Madrid, y con la colaboración de Ana Lamelas. Sabíamos que, hasta el año 1934, muchas personas de barriadas extremas de la Capital, enfermos sin recursos en los hospitales, reciben la atención espiritual abnegada de san Josemaría Escrivá. Recibía para ello los datos que le proporcionaban, desde su Patronato de Enfermos, en la calle de Santa Engracia, las Damas Apostólicas[22].

El lugar más próximo a mi experiencia médica era el Hospital General, en la calle de Santa Isabel, junto a la facultad de Medicina en la que cursé mis últimos años académicos. Pero, ignoro el por qué, mis preferencias para comenzar la indagación y toma de datos se centraron primordialmente en el Hospital del Rey, desconocido por completo en mi praxis médica habitual.

Averigüé, inicialmente, que este hospital se inauguró en Madrid durante la década de 1920—30 y que el proyecto fue dirigido por don Gregorio Marañón (con quien había yo tenido en su día el privilegio de cursar una de las asignaturas de mi doctorado: la Endocrinología). Situado el centro sanitario al norte de la Ventilla, cerca de Tetuán de las Victorias, el lugar era, hasta aquel entonces, un desmonte a las afueras de la capital

que los basureros utilizaban como vertedero.

El director de este centro, en los tiempos en que nuestro Fundador lo frecuentó, era don Manuel Tapia, excelente especialista en Medicina Interna y muy dedicado al sector de enfermedades infecciosas, especialmente a los problemas inherentes a la tuberculosis pulmonar. También a él había tenido yo el privilegio de conocerle y de asistir a algunas inolvidables conferencias sobre esta patología, en las que se daban cita los conocimientos médicos, la descripción impecable y una gran brillantez.

El Hospital del Rey —y un nuevo pabellón inaugurado en 1917, denominado ‘Reina Victoria’— estuvieron entonces repletos de tuberculosos. Los servicios clínicos estaban atendidos por médicos de alto prestigio: Olivares, Villa, Madinaveitia, Cortezo, Morales, Blanc, Cifuentes... Y, en su momento, por alguien que llegaría a ser igualmente destacado y que me era, además, muy próximo: Eduardo Ortiz de Landázuri; con ellos, en un trabajo incesante, las enfermeras e Hijas de la Caridad. Y algunos estudiantes que acudían a aprender del saber de los profesores y el dolor de los enfermos. Allí estará también en aquella época don Josemaría Escrivá, con apenas treinta años, derrochando un valor y una entrega que son buena muestra de la fuerza de su vocación sacerdotal.

Desde 1932 el Hospital del Rey carecerá oficialmente de capellán, ya que don José María Somoano, que ocupaba ese puesto, será apartado de su cargo por las autoridades de la República, al rechazar estas la dotación para servicios religiosos en la Ley de Presupuestos del Estado. Sin embargo permanecerá, sin estipendio alguno, en las cercanías del hospital, para atender a las Hijas de la Caridad que han podido permanecer en el hospital en calidad de enfermeras.

Dediqué, pues, mi tiempo a localizar a alguna de las Hijas de la Caridad que pudiera testimoniar sobre aquellos años. La primera gestión fue escribir a don Manuel Tapia; hombre correctísimo, de avanzada edad que, con los fallos orgánicos propios de una vida intensa y trabajada, había sido anteriormente ingresado y atendido por el Dr. Enrique Rojas en Puerta de Hierro durante varias semanas. Por esta razón —y la confianza establecida durante los días de su tratamiento— pude localizarle sin dificultad.

Don Manuel era un hombre liviano de cuerpo, elegante en el estar y en el decir, preciso, inteligente y perfectamente lúcido a pesar de sus muchos años. Le escribí con toda confianza, exponiendo el motivo de mi demanda: el Fundador de la Obra había muerto; sabíamos que visitaba mucho el Hospital del Rey en la etapa en que él lo dirigió: ¿llegó a conocerle?, ¿sabía si vivía aún alguien de aquella época que pudiera proporcionarnos, quizá, datos importantes?

Me contestó a vuelta de correo, con el tono y el respeto de todo un caballero. Me dijo que en el propio Hospital del Rey, con el que seguía teniendo una relación de afecto, vivían dos Hijas de la Caridad que me podrían ayudar, y que la Superiora de aquella Comunidad entre 1926 y 1936 —sor Engracia Echevarría— seguía viva, con una edad que se aproximaba a los cien años. Él no había conocido personalmente al Fundador, aunque había oído hablar y repetir su nombre a religiosas y enfermos. No tenía más datos. Pero fue suficiente.

Al día siguiente, venciendo mi natural timidez para estos temas, crucé el jardín que

rodea actualmente los pabellones del Hospital del Rey y llamé en la puerta del que aparece como destinado al alojamiento de la Comunidad religiosa. Una hermana joven, que estaba trabajando en la casa, como delataba su atuendo sobre el hábito, me abrió.

—Buenos días. Soy la doctora Ana Sastre; trabajo en la Clínica Puerta de Hierro. Soy del Opus Dei. Se habrán enterado Vds. del fallecimiento de nuestro Fundador. Estamos recogiendo datos de su vida y sabemos que vino mucho por este Hospital del Rey. Querría hablar con la Madre Superiora, por si puede orientarme en este sentido...

Aún recuerdo la cara de sorpresa de la joven monja, pero se limitó a decirme: «Espere un momento».

Y, efectivamente, bajó la Madre Superiora, jovial y encantadora. Estuvimos charlando en una salita cercana y me sugirió dos nombres: uno era de la que ocupó el encargo de sacristana en aquel tiempo y que aún vivía, con toda su capacidad mental intacta. Pero lo primero que debía de hacer, según su consejo, era localizar a la que fue Superiora, sor Engracia Echevarría, que permanecía alojada en una residencia de la propia Congregación destinada a personas mayores y enfermas crónicas, y que estaba situada en una zona próxima. Me facilitó además la dirección exacta, el teléfono y el nombre de la religiosa que actualmente dirigía el centro en cuestión.

Le agradecí todo infinitamente y, tras establecer una próxima cita con sor M^a Jesús, la que fuera sacristana del hospital, decidí emplear una jornada libre —sábado— para localizar y hablar, si era posible, con sor Engracia Echevarría.

Aquella gestión fue un privilegio.

Llegué hasta la Residencia de las Hijas de la Caridad, situada en Pozuelo de Alarcón, el 14 de agosto de 1975. La Superiora —aunque correcta— me recibió al principio con cierta distancia. Pero para cuando concluyeron las entrevistas que nos esperaban en días sucesivos, la relación se había transformado en cordialidad y afecto mutuos. Me condujo a una pequeña salita a la que acompañó a sor Engracia Echevarría, ya apercebida. Tal vez por su avanzada edad, tenía una figura delgada, disminuida, aunque erguida. La cara, surcada por arrugas, enmarcaba unos ojos vivos que aún traslucían una gran inteligencia. Seria sin concesiones, timidez ni preámbulos, me invitó a sentarme e iniciar la conversación, que me autorizó a registrar en una pequeña grabadora. El único déficit evidente era de audición, lo que nos obligó a un tono de diálogo relativamente alto.

—Sor Engracia, quiero que me cuente todo lo que pueda recordar acerca de la presencia de don Josemaría Escrivá en los años en que Vd. fue Superiora de la Comunidad de Hijas de la Caridad en el Hospital del Rey, de Madrid.

Tampoco necesitó de ninguna introducción ni pausa. Recogió el tema en directo:

«Habíamos tenido como capellán, desde 1931, a don José María Somoano, que fue cesado el 15 de abril de 1932 por la Ley de Presupuestos. Sin embargo, y absolutamente generoso, fijó su residencia muy cerca del hospital y se puso a nuestra disposición por si, además de la Comunidad, algún paciente solicitaba atención sacerdotal.

»Es en esta situación cuando don Josemaría Escrivá se presenta ante mí, sin conocernos previamente, y se brinda a ayudar y atender, sin emolumento alguno, a los enfermos del hospital. De día y de noche. En cualquier situación. Le acompaña también

otro sacerdote joven, don Lino Veja-Murguía, que se presta igualmente a estos servicios.

»Don José María Somoano morirá, de modo imprevisto, el 16 de julio de 1933; don Lino Veja-Murguía será fusilado en Madrid en 1936, en los comienzos de la guerra civil».

Y, sin fallos de memoria, sor Engracia sigue hablando, personalmente, de don Josemaría Escrivá:

«Sobrevivió al riesgo, a la persecución y al trabajo agotador. Era valiente, muy valiente y generoso. Le he visto muchas veces abrazado a enfermos tuberculosos terminales, sin eludir el contagio, consolándolos, ayudando su esperanza, animándoles a esperar esa otra vida mejor que se nos ofrece después del dolor y de la enfermedad.

»La Hermana que se ocupaba de la capilla y yo hemos sido testigos de que don Josemaría salía muchos días al jardín del hospital y, ante una estatua de piedra del Corazón de Jesús que luego fue destruida, y sobre una mesa-altar improvisado, celebraba Misa para los pacientes que pudieran y desearan estar presentes en ella. Se arriesgaba mucho, porque había un odio rebosante en muchas gentes, incluso dentro del hospital. En los alrededores, hacía pocos meses que habían asesinado a un sacerdote. Él era muy joven aún, pero tenía ya la gravedad y madurez de un hombre de Dios muy experimentado.

»Los pacientes le esperaban con auténtico cariño. Muchos eran jóvenes aún y confiaban su dolor a este sacerdote alegre y valiente que hablaba de la muerte como comienzo de la verdadera vida. Y que les unía, en su dolor, con el amor indestructible y consolador de Jesucristo.

»También celebrará la Misa muchas veces en una sala exclusiva para la comunidad de religiosas. La hermana sacristana recuerda que, incluso en aquella situación tan precaria, la animaba a que el escaso remanente de paños de altar, corporales, etc., estuvieran limpios e impecables para la liturgia.

»Y siempre nos dedicó una breve homilía, estimulando nuestro trabajo, vocación y valor.

»No conocía el desánimo, ni siquiera durante los primeros años treinta cuando, al borde de una guerra civil, todo parecía desmoronarse».

Tras una pausa, yo recordaba, ahora con mayor fuerza y claridad que nunca, aquellas palabras que tanto repitió nuestro Fundador a lo largo de su vida: «... la fortaleza humana de la Obra han sido los enfermos de los Hospitales de Madrid: los más miserables; los que vivían en sus casas, perdida hasta la última esperanza humana; los más ignorantes de aquellas barriadas extremas»[\[23\]](#).

«Muchos de aquellos enfermos —continuó la religiosa—, conscientes de la misión que don Josemaría llevaba grabada en el alma, ofrecieron su dolor y su muerte como la mejor y única moneda de cambio que tenían para pagar su atención. A muchos les asistió hasta su última hora, e incluso dejó caer sobre el féretro de su entierro una última oración».

Sor Engracia continuaba, lenta pero ininterrumpidamente, rememorando aquellos años que pueden calificarse de heroicos. Reiteró que a don Josemaría siempre le acompañaba

un grupo de jóvenes que ayudaban en la tarea generosa de atender, también físicamente, a los enfermos.

«Me consta —siguió diciendo— que su actividad era incesante, pero jamás dio muestras de cansancio. Incluso en mi despacho del hospital, me conminó a llamarle en cualquier hora y circunstancia: “Y no la eximo de pecado grave —dijo el Fundador—, si un enfermo muere sin absolución sacerdotal por no haber querido importunarme a una hora intempestiva”.

»Para mí fue inolvidable la presencia de aquel grupo de santos sacerdotes[24], que acompañaron a don Josemaría Escrivá y le secundaron con total entrega y generosidad».

Sor Engracia y yo prolongamos nuestras entrevistas durante dos días. Le pedí autorización para redactar todo aquello que había acumulado en mi grabadora, de un modo hilvanado y coherente. Me la dio inmediatamente, pero, por supuesto, ella había de leer el documento completo antes de firmarlo.

Trabajé durante un par de semanas con absoluta fidelidad a las ideas de la religiosa. Lo escribí de la mejor manera posible y entregué el documento, de varios folios, a la Superiora de la Residencia. Fijamos una nueva cita, con margen suficiente para que nuestra protagonista pudiera leer con toda calma, o mejor, escuchar a quien se lo leía, dada su avanzada edad.

Cuando volví, al cabo de varios días, cuantas habían estado implicadas en el tema seguían conmovidas. Sor Engracia hizo que se lo leyeran en la capilla: ella estaba de pie, al fondo, apoyada en el armonium. A su lado la lectora, en este caso la Superiora de la Comunidad. Enfrente, el retablo y el sagrario. Arriba, una linterna de cristal, por la que se proyectaba la luz sobre los folios escritos. De vez en cuando hacía un gesto, solicitando la repetición de una frase o un párrafo. Y una vez oído con claridad, hacía un movimiento con la mano: «Adelante!... De acuerdo».

Así llegó al final y firmó sin titubeos y con toda claridad, los márgenes de cada folio y el final del escrito. Cuando fui a recogerlo, solo me recibió la Superiora:

—Ana, queremos pedirle un favor.

—Usted dirá.

—Nos gustaría reunir a toda la Comunidad y a cuantas tenemos aquí con nosotras, y leerles esta emocionante testimonial de sor Engracia. ¿Podríamos hacerlo?

—Por supuesto: todo cuanto deseen. Y a mí también me conmueve, y estoy segura de que a nuestro Fundador le agrada el que me haya pedido esto[25]. Tal vez sor Engracia ha llegado a tan avanzada edad porque Dios nos la ha mantenido aquí para dar fe de estos hechos con su testimonio.

Unos meses más tarde, en un corto reportaje de televisión se habló de una monjita que había cumplido cien años y lo había celebrado con su familia en la Residencia de Pozuelo. Era sor Engracia. Y apenas unos meses después nos llegó la noticia de su pacífico, y lúcido hasta el final, fallecimiento.

Fue, sin duda, una de las experiencias más gratificantes, en este trabajo. Nunca había oído hablar de san Josemaría Escrivá a personas de fe pero ajenas a la Obra. Y fui consciente de que, desde los primeros años de su ministerio, no dudaban en calificarle

como «aquel santo sacerdote».

Cuando don Álvaro del Portillo, ya Prelado del Opus Dei, viajó a Madrid y tuvo la oportunidad de leer la testimonial de esta religiosa, quedó impresionado por su sencillez y fuerza y por la trascendencia de su contenido. Un notario levantó acta de las declaraciones de esta Hija de la Caridad en orden al futuro proceso de beatificación-canonización del Fundador de la Obra que, a no dudar, se abriría tan pronto como lo autorizase el Derecho Canónico.

Yo tuve conciencia entonces, tras mi breve pero intenso compartir historia y emociones con estas religiosas, pero cuyo camino era tan distinto del mío, de algo similar a lo que escribiría muchos años más tarde un nuevo papa, Benedicto XVI: «Este gran reino sin fronteras que llamamos la Comunión de los Santos: la grandiosa familia de Jesucristo...»[26].

Un encargo inmerecido

Regresaba de mis vacaciones del verano de 1976 para reincorporarme al trabajo médico en la Clínica Puerta de Hierro de Madrid, en la que seguía ejerciendo entonces mi profesión a tiempo completo. Y precisamente ese día, a través de la Asesoría Regional del Opus Dei en España, recibo una invitación del Padre —entonces don Álvaro del Portillo— para ir a verle, en un viaje relámpago, durante una estancia temporal suya en Asturias.

Contando con la generosidad y ayuda de mis colegas las doctoras Manzano y España, que me sustituyeron aquellas veinticuatro horas, pude desplazarme al norte del país y responder a la inesperada invitación de don Álvaro. ¿Quién era yo para que me llamara personalmente desde aquel lugar, en el que se pretendía que disfrutara de paz y descanso siquiera unos días? ¿Qué deseaba comunicarme? ¿Qué podría aportar yo a cualquier proyecto?

Se me acumulaban los interrogantes mientras volaba hacia Asturias y recorría luego en coche un corto trayecto a través del verde intenso de la montaña y el valle. Había pocas nubes, era un día firmado por el sol, y eso ya presagiaba un cierto bienestar. El Padre me había llamado. Fuera lo que fuese aquello que pudiera decirme o pedir, estaba ya invadido por la oleada de un *sí* incondicional. Haría cuanto estuviera a mi alcance para responder positivamente a su invitación.

Y llegamos. La casa, prestada para su descanso por gentes amigas, era muy bonita. En medio de un claro, frente a un bosquecillo y rodeada de césped. Con don Álvaro se encontraba un grupo reducido de acompañantes, algunos de ellos sacerdotes. Y en una zona aislada del resto de la vivienda, numerarias y numerarias auxiliares para atender la Administración.

El encuentro con el Padre tuvo lugar a las cuatro de la tarde, después del almuerzo y tras una tertulia que se prolongó algo más de lo habitual, como cuadra en un periodo estival de vacaciones. Y allí estaba yo, con todas, esperando. Llegó puntual, como

siempre y, antes de entrar al cuarto de estar, me hizo llamar para que saliera un momento. Lleno de afecto y delicadeza, como si todos los acompañantes de la escena hubieran desaparecido de pronto, hubo un breve diálogo de bienvenida.

—¡Padre! ¡Qué alegría poder saludarle!

—Ana: he sido yo quien he pedido que vinieras a verme porque deseaba charlar directamente contigo.

Y, sin más preámbulos, pasamos al cuarto de estar, donde nos aguardaban expectantes. Y allí, me encomienda la elaboración de una biografía del Fundador. Había leído las testimoniales de las Hijas de la Caridad del Hospital del Rey y, al parecer, le había gustado mi modo de enfocar y expresar la personalidad y categoría sobrenatural de nuestro Padre, a través de esos testimonios.

«Tendrá que ser un trabajo perfecto —continuó—, nunca una chapuza. Nuestro Padre trabajaba todo a la perfección; no lo vamos a hacer mal justo cuando hablemos de su persona. Y Dios, Ana, te ha dado *pluma* para hacerlo.

»Pero, sobre todo, ha de ser fruto de la oración. Hacemos el bien solo si Dios está detrás de nosotros. *Duc in altum*. Santidad en lo profundo. Así que todas tendréis que encomendar este trabajo de Ana, para que salga muy bien.

»No te preocupes por el tiempo o las pausas que tengas que hacer para informarte adecuadamente de datos históricos. Las cosas escritas, metidas algún tiempo en un cajón de la mesa, se *abonitan*. Porque luego se conocen más y mejor los datos, y volvemos a corregir. Yo, desde ahora, bendigo tu trabajo profesional de médico y escritora. Y tú, pon todo tu empeño y mucha oración... Tómate todo el tiempo necesario. La información precisa está a tu disposición».

Me había quedado muy sorprendida. No era solo inesperado. Me resultaba increíble que yo pudiera ser destinataria de encargo tan entrañable e importante como describir la figura y la talla humana y sobrenatural de san Josemaría, con la justeza precisa.

Solo se me ocurrió un interrogante:

—Si hubiera una cualidad fundamental que definiera la personalidad del Padre, ¿cuál sería?

—Su humanidad. Cuanto más grande es un santo, la parte humana es más noble. Amistad, simpatía, contento... Un santo triste es un triste santo. Ya sabes: que Dios te bendiga por ese trabajo que vas a hacer. Que tienes que poner mucha ilusión, pero que sea materia de oración.

De estas palabras tomé luego solo unas breves anotaciones, pero creo poder responder de la exactitud de las ideas.

Durante mi regreso a Madrid me sentía emocionada por la confianza que el encargo implicaba y a la vez por la conciencia de que excedía mis capacidades. Hubo un momento en el que había estado a punto de confesarle que no me sentía capaz y que sería más positivo buscar a alguien con mejores dotes, tanto en lides históricas como literarias. Pero entonces recordé aquella mi primera entrevista con el Fundador en Roma, cuando en lo alto de la escalera de la Montagnola me saludó diciendo: «Ya te leo. Cuando puedo, porque tengo muy poco tiempo. Pero ya te leo».

Ahora había llegado el momento de escribir sobre él. Y tenía que hacerlo. Habría que buscar y enhebrar una enorme colección de datos, todavía dispersos; ver y sentir lugares y situaciones por los que transcurrió su existencia y que yo desconocía. Y traducirlos en una secuencia objetiva que dibujase de forma nítida y cabal la figura de nuestro Fundador.

Y todo ello, haciéndolo compatible con un trabajo médico que ocupaba las horas del día y, en muchos casos, algunas de la noche en un imprescindible estudio y actualización de temas sobre todo de cara a la docencia.

Lo que no podía dudar era que Dios y la bendición de don Álvaro me darían alas para hacerlo. Más allá del tiempo y del espacio, me parecía atisbar la sonrisa de nuestro Padre, con una chispa de su humor habitual muy adecuada a la situación: «Ana: si rezas bien, como don Álvaro te ha dicho, hasta tú serás capaz de hacerlo».

Había de pasar un largo espacio de tiempo hasta que el equipo que me apoyaba en la búsqueda de datos y encuadres y yo consiguiéramos hilvanar un relato que nos pareciese satisfactorio y rigurosamente histórico. Pero entonces, en los comienzos, no sabíamos el prolongado itinerario que nos esperaba y, con el entusiasmo de los primeros pasos, nos integramos en la Oficina Histórica, instalada —ya dije— en una zona del Colegio Mayor Alcor, de Madrid. Ana Lamelas sería, durante años, mi ayuda incondicional. Ella fue acumulando y ordenando testimoniales grabadas y escritas; anécdotas, fotografías, acontecimientos y un sinfín de datos complementarios que habrían de contribuir a dar forma escrita a los ambientes, actividades y personalidad del Fundador. Hubo que comprobar, rigurosamente y en su marco adecuado, hasta el último detalle.

Yo dedicaba todos mis tiempos teóricamente libres y los fines de semana a leer, escuchar y almacenar en la memoria todo aquello que pudiera ayudarme a trazar cabalmente la imagen del Padre. Fue un quehacer intenso aunque, sin duda, gratificante. Diría que fue allí, asesorada por las personas que trabajaban cotidianamente en ello, donde empecé a conocer y a distender el alma en un asombro continuo ante las verdaderas dimensiones humanas y del espíritu que animó al Fundador de la Obra. Cada uno lo contaba a su manera, pero entre todos reconstruían un ser humano cordial, fuerte ante las dimensiones de la empresa que hubo de afrontar; que no se dejaba abatir por las contrariedades, ni por el cansancio, ni por la enfermedad. Un aragonés vibrante por el amor a Jesucristo, apasionado por anunciar la llamada de Dios. Y todo ello en escenarios cotidianos en medio del quehacer habitual, haciendo —eso sí— añicos el conformismo, la vulgaridad, la rutina...

El significado del Opus Dei se acrecentó para mí, y tuve conciencia —sabiéndome pequeña e inhábil— de la gratuidad de la llamada.

[18] Mons. G. Modrego, obispo de Barcelona. Carta al presidente del Patronato de Torreciudad. Evidentemente el santuario actual, erigido en honor de Nuestra Señora de Torreciudad es mucho más que una restauración de la antigua ermita. Mons. Modrego debía referirse a la restauración del culto en esa antigua ermita.

[19] El Opus Dei está formado por dos secciones de varones y mujeres, independientes en el régimen, aunque con idéntico espíritu.

[20] Un único voto disiente de la unanimidad general: el del propio don Álvaro.

[21] El 28 junio de 2012, con la aprobación del Papa Benedicto XVI, la Congregación para las causas de los santos promulgó el Decreto sobre las virtudes heroicas, que lleva consigo el título de Venerable. El 5 de julio de 2013 el Papa Francisco promulgó un Decreto que reconocía un milagro obrado por su intercesión.

[22] San Josemaría probablemente entró en contacto con la fundación de las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón de Jesús, poco antes aprobada por la Santa Sede, al acudir —recién llegado a Madrid— a la residencia sacerdotal que mantenían en la calle Larra. Dedicadas vocacionalmente a preservar la fe mediante la creación de escuelas, fundación de comedores de caridad y otras obras asistenciales como la atención a enfermos, siempre en ambientes de gran miseria, pronto designaron al joven sacerdote aragonés —sin medios ni contactos en la capital— capellán del Patronato de Enfermos. Y es muy posible que también fuese este el ámbito en el que san Josemaría conoció al P. Valentín Sánchez-Ruiz, director espiritual de las religiosas y que pronto también lo sería suyo.

[23] *El Fundador* (Rialp), Andrés Vázquez de Prada, vol I p. 443.

[24] Don Norberto Rodríguez, 2º Capellán del Patronato, en cuya casa se reunían los sacerdotes con don Josemaría; don Lino Vea Murguía, fusilado en Madrid nada más comenzar la guerra; don José María Somoano, de cuya repentina muerte, en 1933, nunca se conoció la causa (aunque se habló de envenenamiento); don José María Vegas, fusilado en Paracuellos, en noviembre del 36...

[25] De muy atrás venía, en el alma de Josemaría Escrivá, la veneración por el estado religioso en la Iglesia. Desde aquel fraile cuyas huellas descalzas en la nieve supo interpretar como una llamada de Dios, hasta los numerosos jóvenes a quienes orientó o confirmó en su vocación a diversas Órdenes y Congregaciones; el agradecimiento que siempre mostró para los que rezaban por el Opus Dei o ayudaban de cualquier otra forma; la respuesta generosa —siempre que pudo— para atender a quienes requerían su predicación o su consejo decía con profunda convicción, al tiempo que dejaba claro que no era aquella su vocación: «No soy religioso, pero los amo con toda mi alma...»

[26] Benedicto XVI, *De la mano de Cristo*, Homilias sobre la Virgen y algunos santos, Eunsá 2005, p. 106.

VIII. AFIANZAMIENTO PROFESIONAL

En el «Ramón y Cajal»

Pasado el verano de 1976 había surgido un nuevo y prometedor horizonte profesional. La Seguridad Social construía y equipaba, desde hacía ya algunos años, un enorme hospital casi enfrente del ya existente de La Paz, proyectado durante la última etapa del gobierno de Franco por un grupo de cirujanos, especialistas eminentes. La muerte del Jefe del Estado, el 20 de noviembre de 1975, ralentiza las obras y cambia un tanto la concepción, inicialmente solo quirúrgica, del nuevo centro.

Se procede entonces a la reestructuración de los Servicios, que ahora incluyen extensas áreas de Medicina Interna, y nuevas especialidades, cosa que será determinante en la distribución de espacios y equipamiento. Este nuevo hospital médico-quirúrgico tiene capacidad para mil doscientas camas y cuenta con amplios espacios destinados a rehabilitación física, laboratorios múltiples excelentemente dotados, un Servicio de Microbiología e incluso especialistas en Informática, Estadística y Gestión para optimizar los recursos, organizar y procesar toda la información generada por las consultas y servicios, etc. Y, además, un Departamento de Investigación, con profesionales de reconocida solvencia en diversos campos, como apoyo insustituible del quehacer clínico. Más de treinta Servicios componen el cuadro completo de atención hospitalaria y ambulatoria, con un total de recursos humanos —personal médico, sanitario y técnico— que sobrepasa las cuatro mil personas. El edificio es sólido y moderno. Impone por su estructura, montaje y hasta luminosidad, que atraviesa las fachadas totalmente encristaladas.

Y he aquí que, en este enorme complejo, voy a embarcarme poco después en la aventura más inesperada de mi vida profesional. Se convoca un concurso-oposición para una plaza de Endocrinología y yo la solicito. Tengo un extenso *curriculum*, en Puerta de Hierro he recibido una buena formación en Diabetología y se da la circunstancia de que la plaza convocada se dirige especialmente a esta dedicación endocrinológica. Unos días más tarde recibo una llamada del director del Centro Ramón y Cajal advirtiéndome que aunque la plaza ha salido a concurso público y tengo todo el derecho a solicitarla, me aconseja que no albergue muchas esperanzas; el jefe del servicio tiene la mirada ya puesta en un excelente especialista que viene de los Estados Unidos y que presenta, igualmente, un impecable *curriculum*. Es evidente que sería elegido en caso de igualdad

de circunstancias.

No era mi intención interferir en la designación de un puesto de trabajo en el que desplazaría a un buen profesional y que ya se consideraba prácticamente adjudicado. Por todo ello, admito que si el tribunal me concede la plaza, renunciaré automáticamente a ella. Y mi palabra es fiable, por radical e increíble que pueda sonar. El director me concede todo el crédito, y dejamos que el concurso se celebre por sus cauces normales.

Unos días después tienen lugar las pruebas de selección de candidatos: quedo en segundo lugar, así que se solventa el problema. Pero resulta también que el director del hospital ha conectado gratamente conmigo y no se resigna a perderme como profesional de la plantilla. ¿Qué podemos hacer?

Y entonces le propongo algo insólito: crear una nueva especialidad, o mejor, dedicación, aunque no esté legalmente reconocida como tal: la Nutrición Clínica y Dietética Hospitalaria. Teóricamente estaría incluida en Endocrinología, pero todos sabemos que esto no responde a la realidad: no existe más que como nombre adscrito y jamás se han interesado por ella. Impongo, por eso, una condición: ha de plantearse como autónoma, independiente de los endocrinos y con dedicación abierta a todas las especialidades del centro. Y así se hará. Unas semanas más tarde se convoca en el BOE esta plaza innovadora, que solicitarán un buen grupo de facultativos. Pero ahí sí que ya no tengo oponente: el tribunal me la adjudica por votación unánime en razón del expediente.

Pero de nuevo me advierte el director:

—Ana, dispones de dos plazas para formar equipo, pero nadie sabe de qué categoría son; no hay local disponible, puesto que no se contaba con esta nominación; y tendrás que agenciarte, con los diversos estamentos y la junta de gobierno, el personal auxiliar y hasta el mobiliario. Increíble.

Así llegué al Ramón y Cajal un buen día de septiembre de 1977. Sin embargo, mi decisión era firme: la Nutrición Clínica tenía contenidos de gran importancia y constituía un servicio básico a todas las especialidades. Por pura lógica elemental terminaría por abrirse camino. Y el Ramón y Cajal sería el primero, o uno de los primeros, en tenerla en cuenta y desarrollarla.

Y así empezó mi *batalla* profesional: Enrique Rojas, en principio, no comprendió por qué me iba de Puerta de Hierro. Yo sí. Quería ascender en mi carrera y, a ser posible, iniciar un nuevo campo lleno de creatividad, de contenido científico y posibilidades de expansión a otros muchos Centros sanitarios. Él me había dotado de conocimientos suficientes para iniciarlo. Ahora, el trabajo corría de mi cuenta, como también el entusiasmo y la fortaleza para contagiar mis convicciones.

A finales de los setenta, las unidades de Nutrición Hospitalaria en España sumaban un número muy corto, pero en apenas una década el crecimiento fue asombroso. Llegamos a formar un grupo bastante compacto, que intercambiaba experiencias, solventaba dificultades y diseñaba proyectos. A nuestra unidad del Hospital Ramón y Cajal, que había conseguido una cierta expansión en personal y espacios, comenzaron a llegar

médicos de muy diversos puntos del país, así como enfermeras e incluso personal administrativo interesado en esa área de conocimientos. Todos tenían una sana curiosidad por ver cómo habíamos sido capaces de solventar, en tan breve plazo, un organismo tan necesario como inexistente en un gran hospital médico-quirúrgico que alcanzó fama en toda la geografía española.

En origen, ubicamos nuestra actividad en la planta baja del hospital y con unas instalaciones provisionales pero, unos pocos años más tarde, aquellos espacios quedaron en manos de otros servicios, y «emergimos» a la Planta 0, de entrada al hospital, en un lugar amplio, luminoso, ventilado y con muchos más medios: consultas con mesa de exploración para los pacientes, sala de reuniones, despachos... además de todo lo que implicaba la unidad de nutrición enteral, espacios de almacenaje, carros con un sistema de control de la temperatura para el traslado, e incluso un esterilizador para todo tipo de envases. Y eso, aunque la mayor parte de nuestro trabajo —al menos del trabajo directo— era estrictamente intelectual.

No obstante lo inicialmente precario de las instalaciones, la implicación de otras unidades interesadas llegó a dar un paso gigante. Con el tiempo, nos proporcionarían —siguiendo nuestras directrices— dietas especiales, adaptadas a situaciones patológicas, que venían preparadas y envasadas directamente desde los laboratorios.

Además, los sistemas de distribución, mediante bolsas, sondas especiales y bombas de perfusión automática, habían inundado el mercado. Los preparados, cada vez más específicos y variados, nos permitían atender, con amplia seguridad y durante periodos prolongados, a pacientes muy complejos. El avance era grande, pero nadie nos quitaría nunca el interés apasionante, la inventiva y el trabajo desarrollado durante aquellos años primeros, que nos otorgaban la categoría de pioneros del hoy excelente engranaje de la nutrición artificial.

El día a día nos mostraba cómo han de cuidarse infinidad de pequeños —y no tan pequeños— detalles de toda índole para lograr eso que se llama un trabajo «acabado».

No recuerdo las veces que asistí a las reuniones de la junta de gobierno, en la que había representantes de todos los estamentos, desde jefes de departamento médico hasta personal de cocina, enfermería, auxiliares, celadores, carpinteros, etc. Necesitaba una secretaria con urgencia. Y tuve la suerte de que solicitase el puesto una mujer joven, educada y solvente, que me fue contratada primero con carácter temporal, y más adelante definitivo. Su tarea durante más de quince años en nuestro servicio bien puede calificarse de excelente. No solo le unía a todos nosotros el hilo conductor del trabajo, sino una auténtica amistad. Beatriz de Miguel —«Bea» para todos— fue un gran apoyo en situaciones muchas veces conflictivas. Con ella inicié la redacción de innumerables solicitudes.

Logré después que las dos plazas inespecíficas de mi sección se convirtieran en médicos adjuntos. Y, como no existía la especialidad ni la dedicación como tal —solamente un fantasmal añadido a la Endocrinología—, contrataron para mi unidad a dos mujeres médicas, una de ellas doctor en Medicina por la Clínica Puerta de Hierro y el Servicio de Enrique Rojas. Ya éramos tres facultativos.

Comenzamos el trabajo, tal y como habíamos proyectado, estudiando en profundidad aquello que era nuevo y desconocido en la praxis habitual. Dedicamos muchas horas a confeccionar un elenco de la gran variedad de patologías que ocupaban las camas de nuestro hospital, en muchos casos graves, y en las que no constaba el apoyo nutricional. Simplemente se repartían las comidas del Servicio de Hostelería —un único menú diario— y se administraba un suero salino-glucosado cuando el paciente estaba incapacitado para cualquier tipo de ingesta normal. A lo más que llegaba la situación era a confeccionar una dieta de consistencia blanda y a restringir hidratos de carbono en menús transcritos de un libro al efecto, para los pacientes diabéticos. Ni la menor mención a las demás patologías, y menos aún a una individualización acorde con el estado del paciente.

Iniciamos, por tanto, la relación con los médicos de los diversos Servicios y Enfermería. La tarea fue un tanto agotadora. No todos asumían la importancia de nuestro quehacer:

—Pero ¿no hay ya unos cuantos menús en la cocina?

—¿Qué estáis pautando a mi enfermo?

Todo ello exigía también —por supuesto— una permanente puesta al día. Por eso, la asistencia a congresos empezó a ser un tema obligado. En ellos, el intercambio de experiencias, la relación con otros profesionales, el estímulo de los amigos que compartían la especialidad, era un salto del ánimo hacia adelante.

Las Unidades de Nutrición empezaron a cobrar carta de naturaleza y a considerarse indispensables. A mi Servicio-Unidad llegaron refuerzos. Se trataba de internistas o médicos de familia, así como algún endocrinólogo e incluso intensivistas. A los doctores Fátima de la Rocha, Isabel Zamarrón, Alfredo Entrala y Eduardo Morejón que constituyeron el primer equipo, se sumó, un tiempo más tarde, la Dra. Paloma Soria.

Fueron años de esfuerzo y dedicación, ya que no todos los médicos especialistas de otras áreas acertaron a intuir y comprender los extensos contenidos de la nuestra, ni a incluir en sus esquemas un hecho tan básico como el soporte nutricional adecuado para ayudar de modo esencial a la recuperación del enfermo. Porque el hecho es que la Nutrición está implicada indisolublemente en los procesos metabólicos del organismo humano, que muchas patologías pueden alterar; y que la Bioquímica es la base conceptual y clave de la comprensión de todo el metabolismo. La formación básica era imprescindible para comprender que un plato, bien tratado por el Servicio de Hostelería, o una bolsa de productos de nutrición enteral o parenteral, constituyen un complejo de elementos que se integran en nuestro funcionamiento biológico y que son capaces de ayudar, de modo esencial e irremplazable, a la recuperación del paciente.

Hoy existen en España sociedades de nutrición de alto prestigio, con un número elevado de socios y reuniones de serio contenido científico. Todo ello se ha logrado a costa de una profunda convicción y de un esfuerzo entusiasta.

La segunda parte, en la que apenas contábamos con ningún punto de apoyo, fue el Servicio de Hostelería. Las instalaciones eran nuevas y magníficas, con automatización total y cintas de distribución. Espacios amplios y grandes posibilidades de refrigeración

y congelación. Pero con buena parte del personal contratado indiscriminadamente, entre el que se podía encontrar gentes de educación y cultura suficientes junto a otros a los que nadie había enseñado ni siquiera a leer ni escribir. Además, en España el socialismo ganaba adeptos entre aquellos trabajadores, que —sin razón alguna— se consideraban de extracción inferior. La oposición, más o menos abierta, por el motivo más nimio era permanente. Y mucho más al poner en marcha sistemas complejos en los que nosotros tendríamos que intervenir, tratando de organizar y educar al personal de servicio. Habían de cumplir una misión mucho más importante que dar de comer aceptablemente: se trataba de ayudar a curar y a prevenir con algo tan básico como la alimentación, el cuidado de los alimentos, los sistemas de cocinado y la pulcritud extrema en el manejo, así como el conocimiento de las dietas especiales a distribuir entre los diversos pacientes y patologías. No podré olvidar nunca —en estos aspectos conflictivos— la eficacísima ayuda que prestaron algunas enfermeras incorporándose al trabajo en nuestro servicio. Incondicionalmente, asumieron tareas que no habían ejercido nunca ni les correspondían específicamente. Nos ayudaron en todo. Podría citar a un número considerable que, durante años, colaboró a nuestro lado, pero baste con dos nombres representativos: Gloria Porteiro y Concha Martínez.

También las auxiliares ejercieron un importante papel, y en este apartado no puedo menos que dedicar un extenso memorial a Juana Esteban.

Durante mis comparecencias ante la junta de gobierno del hospital no tenía más remedio que asistir a diálogos, diatribas y exigencias formuladas por los representantes de diversos estamentos. Pero me llamó la atención, después de varias sesiones, la voz reivindicativa de una de las auxiliares de clínica que, además, debatía los asuntos desde su afiliación a Comisiones Obreras. Comisiones era seguramente el sindicato más representativo de la izquierda política. Sinceramente: aquella mujer, todavía joven —algo más de treinta años debía tener—, me resultaba francamente atractiva. Morena, delgada, de palabra directa y seria, no demostraba reserva ni miedo ante ningún evento ni contradicción, aunque viniese del mismísimo director del Centro. Y sus peticiones me parecieron siempre razonables. En aquel momento, trabajaba en el Departamento de Radiología, pero tengo la sospecha de que su misión fundamental no pasaba de transportar y distribuir radiografías a los distintos servicios y atender discretamente a los pacientes que acudían a las instalaciones de su competencia. El puesto no tenía grandes incentivos y no me extrañó que se hubiera implicado en la diatriba político-sanitaria que invadía, en aquella etapa, todos los asuntos del centro.

Acudí a ver al director:

—...Yo necesito una auxiliar de clínica en mi Unidad de Nutrición. Juana Esteban me parece excelente. Si ella quiere venirse a ensayar una nueva actividad hospitalaria, por mi parte estaría encantada...

—Por favor, doctora Sastre... Es una de las personas que ejerce de izquierda más extrema en el hospital...

—A mí eso no me preocupa. Sus ideas políticas no forman parte de mi programa de trabajo. Por tanto, si quiere venirse conmigo, estoy a la espera...

Lo curioso fue que, sin haber mediado comunicación alguna, Juana fue a ver al director con el mismo tema.

—Señor director: a mí esa señora médico que va a las sesiones y que dice que quiere montar una Unidad de Nutrición me interesa en todo su proyecto. Si ella no tiene inconveniente, me gustaría trabajar en esa nueva sección.

Y así fue como, en dos días, Juana vino a la Unidad de Nutrición. Ni seleccionada con cien entrevistas y otros tantos expedientes hubiésemos encontrado un colaborador más inteligente, trabajador y leal que esta mujer. Tras integrarse en varios cursos de formación y ejercer años de trabajo a nuestro lado, adquirió la preparación de cualquier dietista de carrera. Se conocía el hospital de punta a cabo; sabía cómo afrontar las situaciones más diversas, incluidas las dificultades de organización del Servicio de Hostelería. Y el tema de la nutrición clínica le resultó apasionante. Más que jefe y subalterno, aquel tiempo consolidó una auténtica amistad, que aún continúa. Durante más de quince años nuestro trabajo compartido para que los enfermos tuviesen acceso a una dieta variada, electiva, acorde con su patología y distribuida en condiciones óptimas contó con un apoyo fundamental teórico y práctico: Juana.

Estaba casada con un celador del Centro Ramón y Cajal —Andrés— y tenía dos hijos: el mayor, Juan, había estado muy grave, afectado por una leucemia, pero la atención médica impecable y el tesón de su madre le sacaron adelante. Cuando llegó a nuestro servicio, el menor, llamado Andrés como su padre, era un chaval de siete años, sonriente, guapo, con el pelo rizado y una actividad constante y simpática. Un día en que su padre los tenía en el hospital, dispuesto a llevarles al colegio donde cursaban sus primeros estudios, entraron en la cafetería para despedirse de la madre. Sin saber por qué, mientras Juana y yo tomábamos el café habitual de las ocho de la mañana, le dije de pronto:

—¿Has pensado alguna vez que Dios puede pedirte un día, dentro de algunos años, que tu hijo Andrés sea sacerdote?

Se quedó paralizada, con la taza de café a medio camino, como si hubiera recibido un disparo. Yo continué:

—No tengo ni idea de por qué te digo esto. Se me ha ocurrido de pronto, al verle tan alegre y simpático..., tan abierto a todo, a pesar de los pocos años que tiene... Dios puede quererle de un modo especial.

Tardó en responder, pero lo hizo con pausa y equilibrio:

—Pues, pensándolo bien, si esa fuera su idea y el planteamiento serio de su vida, yo no tendría derecho a oponerme.

—Eso, Juana, es lo que quería oírte decir.

Debo aclarar que los dos muchachos, Juan y Andrés, iban a un colegio público cercano a su domicilio. Pero un buen día la Providencia quiso que, en un torneo juvenil de fútbol entre todos los colegios de Madrid, visitaran las instalaciones deportivas y las aulas del colegio Tajamar, obra de apostolado corporativo del Opus Dei. Y Juana me lo contó, como siempre, durante nuestro rápido desayuno.

—Eso sí que es un colegio, mucho mejor en todo que donde van mis hijos... Pero será

muy caro, ¿verdad?

—No tengo ni la menor idea, Juana. Pero lo podemos averiguar. Si quieres, te doy el teléfono del director y tú misma te informas.

Así lo hizo. Desconozco completamente los trámites, pero más tarde supe que habían llegado a un acuerdo y el curso siguiente, tras el verano, los dos se matricularían en Tajamar.

Años después de aquella conversación inesperada en la cafetería de Ramón y Cajal, Juan se casaría con una muchacha excelente y formaría una familia feliz. Mientras que Andrés —concluidos sus estudios en el colegio— ingresó en el Seminario de Madrid. Fue ordenado sacerdote en la Catedral de la Almudena por Mons. Rouco Varela, en 1997. Yo le regalé su alba de hilo bordada, para la ceremonia. Y apenas unos meses después de ser ordenado, acudió al Centro donde yo vivía entonces, cercano a la Plaza de Castilla, a celebrar la Misa de mi jubilación. Permaneció luego varios años en Roma, cursó allí su doctorado en Teología y regresó a Madrid. Su trabajo se repartiría entre una parroquia de la capital, las clases de teología en el seminario y la colaboración solicitada para su secretaría por el propio Cardenal Rouco. En la actualidad es el Director del Archivo Histórico Diocesano de Madrid.

Cuando faltaba poco tiempo para mi jubilación, una Compañía privada de distribución de dietas ‘descubrió’ a Juana y le propuso un excelente contrato. Me consultó ella la decisión última y le aconsejé que aceptase. Sentíamos perderla, pero nuestra Unidad ya funcionaba con personal preparado y ella debía buscar un empleo adecuadamente remunerado pensando en su futuro. Estrenar un segundo jefe cuando se tiene ya cierta edad y mucha experiencia laboral mediatizada por una gran amistad, podía no resultarle fácil; así que Juana Esteban dejó el hospital y emprendió una nueva y fructífera fase de trabajo, pocos años antes de que yo me retirara de la vida clínica activa.

Si algo me ha parecido providencial en la historia de mis relaciones personales ha sido la aparición espontánea de Juana Esteban y la suma de acontecimientos que llevaron a la llamada —humanamente sorprendente— al sacerdocio de su hijo pequeño.

Una vida «sin precio»

El día 19 de diciembre de 1978, de madrugada, se nos fue definitivamente la tía Manolita. Hacía un año que arrastraba una situación precaria: sufrió una fractura de fémur, de la que se operó y recuperó con rapidez en el Hospital Clínico de Madrid; pero ya su corazón empezó a dar señales de fatiga y fue inhabilitándose lentamente: si bien nunca dejó de valerse por sí misma, todo le suponía gran esfuerzo.

Un día me llamaron al iniciarse la noche: estaba enormemente fatigada, sin poder conciliar el sueño. La auscultación pronosticaba un fallo cardíaco progresivo. Pasé la noche pendiente de ella —acompañada por Marisa Sánchez de Movellán— en el piso de Trueba y Fernández donde vivía junto a mi madre y una empleada, Amelia, que nos fue de gran ayuda hasta el final.

A primera hora de la mañana del día 16, en una ambulancia la trasladamos al hospital, a una habitación del Servicio de nuestro amigo de siempre, el profesor Hipólito Durán, entonces ya catedrático de Cirugía de la Complutense. Poco pudieron hacer por ella. Estuvo atendida por mi hermana Ángeles y por mí, que nos turnamos para estar siempre a su lado, además de por los servicios de guardia. La pérdida de consciencia iba ganando terreno. Por último, y tras una noche de agitación y de angustia que cedió con tratamiento sedante, fue debilitándose su respiración, hasta que dejó de latir aquel corazón, volcado siempre en incansable servicio a los demás.

Efectivamente, desde los años de su juventud y excelentemente preparada como estaba para los oficios del hogar, no tuvo ocasión de formar uno propio; sus padres murieron muy jóvenes aún y mis padres la acogieron con todo cariño en su hogar, donde nunca fue una cifra. Y es que era cierto que todo el cuidado material que hemos precisado en la vida, tanto en tiempos de escasez como de mayor abundancia, había pasado por las manos expertas y el amor incondicional de la tía Manolita.

Antes de morir me dejó, con sencillez, un resumen de toda su vida encerrado en una sola frase: «¡Cuánto he trabajado por todos los que he tenido a mi lado!... Pero no me arrepiento de nada. Volvería a hacerlo exactamente igual». Y refiriéndose a su hermana —mi madre—, tuvo el último gesto de cariño y generosidad: «Pobrecita tu madre, se queda sola»... Es decir: si por alguien lo lamentaba era por los demás. Así lo asumió mi hermana Ángeles cuando, al llegar al hospital para relevarme a primera hora de la mañana, tuve que informarle en la desolada habitación vacía: «Acaba de morir hace una media hora, está abajo ya, en el velatorio...».

Solo pudo decir, entre sollozos: «¡Dios mío, qué solas nos estamos quedando!»...

No puedo concebir mi casa sin ella. Cuando mis padres, en la trashumancia de sus respectivos destinos, tenían que pasar temporadas fuera de la ciudad en la que habíamos plantado nuestra sencilla «tienda», todo seguía en orden de atención y afecto: ahí estaba ella de la noche a la mañana, sin decaer un momento. Nos secundó en todo y asumió los pequeños éxitos y los fracasos como cosa propia. Cuando destacábamos en algún sector, lo contaba con el orgullo de quien participa del pequeño triunfo. Y esto se prolongó hasta una segunda y tercera generación, en los hijos y nietos de mi hermana Ángeles.

Según me he ido haciendo mayor, valoro más, admiro y agradezco la impagable ayuda que supuso esta gran mujer en toda nuestra familia. Y ahora reposa allí, junto a mis padres, en el cementerio de San Justo de Madrid, en una solidaridad eterna que ya inició aquí de por vida.

Proyección internacional

Aunque estos acontecimientos tenían un impacto muy importante en mi existencia personal —y aunque mi madre hubo de experimentar la dureza de esta nueva separación— la actividad laboral debía continuar su ritmo. Llevaba dentro, eso sí, el dolor por la pérdida de alguien que con su generosa y constante donación fue un apoyo

imprescindible en mi vida familiar y también el peso de la soledad de mi madre sobre nuestras obligaciones. Por otra parte, allí estaban mi absorbente oficio clínico diario, reclamando mi esfuerzo, y el estudio y asistencia que requerían otros enfermos.

1978 fue un año de prueba en el Ramón y Cajal. La puesta en marcha de mi área de responsabilidad había tenido carácter de epopeya: costosa pero gratificante. Al menos hasta que logramos que los engranajes comenzaran a funcionar con justeza y se proporcionara la adecuada atención alimentaria a los pacientes. La plantilla de médicos incluía especialistas de primera categoría. El Ramón y Cajal tenía los medios para ser un gran hospital, y yo me sentía con la inquietud y la exigencia de trabajar intensamente para estar a la altura.

Allí montamos la primera Unidad de Nutrición autónoma en España, tanto *enteral* (por vía digestiva directa) como *parenteral* (por vía venosa): ya estábamos en la llamada planta 0. Pero entonces hube de recorrer despachos de directivos tratando de atraerles hacia el proyecto y en defensa de nuestro espacio. Costó meses de esfuerzo y largas conversaciones persuasivas. Pero, al fin, salió. Y allí nos instalamos. Un grupo de Auxiliares de Hostelería, que acabaron siendo verdaderos especialistas en la materia, prestaron siempre colaboración entusiasta y trabajo riguroso en nuestra flamante Unidad; tuvimos el apoyo y buen hacer del Dr. Ignacio Isasa, director del centro en aquel tiempo. Y siempre estuvimos respaldados por el personal de enfermería, que nos apoyó a lo largo de más de veinte años.

Porque el hecho es que más de cien «nutriciones artificiales» diarias requerían un control atento y cuidadoso. El enfermo evolucionaba, la analítica podía variar en sentido diverso; se trataba de pacientes graves, en su mayoría, que planteaban complicaciones e intolerancias. Por añadidura, la nutrición artificial era, en 1978, una casi desconocida innovación. Apenas teníamos experiencia. A título de curiosidad: los primeros productos ofertados por los laboratorios y casas comerciales fueron los que llevó el hombre en su primer viaje espacial hasta la luna para cubrir las necesidades biológicas sin más que mezclar aquel polvo deshidratado, rico en nutrientes, con agua. El frontal de los sobres de aluminio, lo testificaba con la imagen de un astronauta.

A pesar de que estuvimos muy bien dotados en el aspecto presupuestario y con el material necesario, nos costó meses superar la lógica resistencia ante lo nuevo y lograr implantar nuestros servicios en todas las áreas de hospitalización. Existía una suspicacia asociada al desconocimiento, ya que parecíamos exponer al enfermo a nuevos riesgos, pero no siempre se analizaban, en cambio, las enormes ventajas. Y sin embargo, lo conseguimos. A título de muestra: en un tiempo relativamente breve, solo en el departamento dirigido por el profesor Adolfo Núñez Puertas, la unidad de Nutrición controló de veinte a treinta nutriciones parenterales diarias.

En menos de diez años el número de médicos contactados y convencidos por esta nueva y expansiva dedicación se multiplicó, adscribiendo a facultativos particularmente valiosos. Aquel pequeño grupo inicial se convirtió en varios centenares de personas implicadas: enfermeras, farmacéuticos, auxiliares... Estábamos ya en el futuro. Y surgieron, como es lógico, las primeras sociedades científicas, iniciándose las reuniones

tanto a nivel nacional como internacional.

Nosotros contribuíamos con nuestro trabajo y nuestro entusiasmo a esta serie de eventos pero no sin esfuerzo, y en muchas ocasiones, entre incomprensiones y controversias. Abrir camino requirió firmes convicciones, respeto y paciencia y —desde luego— buenas dosis de humor.

Pero... ¡todo llegaría!

El primer congreso internacional —presidido por los miembros que habrían de constituir el primer cuadro directivo de nuestra Sociedad de Nutrición Básica y Aplicada— se celebró en Madrid en 1992. Fue excelente, tanto por los participantes como por la actividad y los contenidos científicos. Lo presidió el profesor Manuel Serrano Ríos, catedrático de medicina interna de la Universidad Complutense, experto en «diabetes mellitus» y otras enfermedades metabólicas. Su genialidad científica, unida a la capacidad de gestión, abundantes relaciones, prestigio y autoridad académica le señalaron como primer presidente indiscutible de nuestra sociedad de nutrición. Él ha sido nuestra mejor representación durante más de una década.

Nuestros amigos y colaboradores tomaron parte esencial en la puesta en marcha de estos proyectos desde sus servicios de nutrición en muy diversos puntos de España.

No puedo dejar de citar con un recuerdo lleno de afecto y agradecimiento que, desde varios años antes de que cuajaran estas actividades, tuve siempre la amistad, el apoyo incondicional y el entusiasmo cercano de un inolvidable médico y amigo: el doctor Abraham García Almansa, del Hospital Gregorio Marañón, de Madrid.

A pesar de que nos separaba una década en edad, con juventud a su favor, coincidíamos absolutamente en lo que debía ser la Nutrición Clínica Hospitalaria. Participábamos al unísono en congresos, artículos y actividades varias, pero sobre todo compartíamos una gran amistad. Era un hombre de bien en toda la extensión de la palabra.

Por eso, la desolación fue total cuando, después de asistir a un congreso internacional en el que, además de trabajar, disfrutamos compartiendo lo grato del viaje y del entorno, fue diagnosticado, sin apenas preámbulos, de un linfoma o cáncer linfático de alta malignidad.

Duró apenas un año. Tanto su mujer, María José, como sus hijos y todos sus amigos, que éramos muchos, hicimos cuanto estuvo en nuestra mano para superar lo que parecía ser un ataque por sorpresa. Buscando una posible solución, y en último extremo, viajó acompañado de su mujer y de su hija, a los Estados Unidos en busca del mejor especialista en estas situaciones límite. Pero no hubo ni la menor posibilidad. Al cabo de unos días falleció en la Unidad de Cuidados Intensivos de un gran hospital americano, rodeado de todos los cuidados pero sin poderse lograr respuesta positiva alguna. Solo sus cenizas regresaron hasta su andaluza tierra de Jaén, donde nació y donde reposa definitivamente.

Nos sentimos profundamente tristes al perder a una persona que, sin otorgarse la menor importancia ni protagonismo, había sido uno de los grandes promotores de la Nutrición en España. Como yo había compartido con él dos cursos de verano en La

Granda (Asturias), promovidos por personalidades como Grande Covián, Severo Ochoa, Amador Schüller, Grisolia y otras eminencias de la universidad española y americana, no tuvimos el menor inconveniente en pedirles que presidieran un cálido homenaje que todos sus amigos y compañeros celebramos en el Aula del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Me reservé una corta intervención inicial para recordar, ante su familia, que le debíamos una gran parte de nuestros mejores tiempos, compartidos en largos años de amistad. Y que recordaríamos siempre, con admiración y cariño, su hombría de bien.

Una mujer fuerte

Mientras estos acontecimientos giraban en torno a un eje incuestionable llamado *trabajo profesional*, la vida familiar seguía también su marcha. Mi hermana Ángeles pasaba largas horas junto a su marido, Lucas, diagnosticado de una enfermedad de Parkinson que progresaba con rapidez. Los hijos, ya todos casados, la respaldaban, pero tenían que atender también a sus ocupaciones laborales que reclamaban la mayor parte de su tiempo. Esto hizo que, más adelante, se plantearan seriamente el traslado a una Residencia con buena atención médica y en un entorno grato. Y así lo harían en el plazo de unos meses. Pero de momento seguían en su casa de la calle Doctor Castelo de Madrid.

Mi madre asumió su soledad con la fortaleza y el vigor de carácter a que nos tenía acostumbrados. Ni los años ni los zarpazos de la vida conseguían mermar su energía ni el valor para afrontar tanto lo cotidiano como lo inesperado. Alojada en su piso de Trueba y Fernández y acompañada de Amelia —una empleada que la Providencia nos envió y que bien podría recibir el calificativo de amiga y compañera—, vivía sin pedirnos nada y sin tolerar que abandonásemos ninguna de nuestras ocupaciones para atender sus necesidades. He conocido pocas personalidades tan íntegras. Es verdad que tenía genio, que podía ser dura al juzgar. Y que —junto a una amplia libertad— siempre nos marcó un alto nivel de exigencia personal. Pero también lo es que, sin excepción, quienes conocían de verdad su alma generosa guardaron su recuerdo con cariño y admiración.

Aquel verano de 1979, a punto de iniciar la marcha para pasar el verano en un pueblecito cercano a la sierra de Madrid, en un chalet alquilado junto al de mi hermana Ángeles, mi madre empezó a mostrarse cansada y con poco ánimo. Situación anómala en ella, que era toda iniciativa y dinamismo.

Mi hermana y su marido se desplazaron al mismo tiempo que ella para poder disfrutar del verano lejos del calor de la capital y atenderla respetando a la vez su autonomía. Pero no hubo lugar a ello. A los pocos días de llegar a San Martín de Valdeiglesias me llamaron: tenía hemorragias digestivas y su estado empeoraba. Inmediatamente la trasladamos al Hospital Ramón y Cajal, que yo sentía como propio y en el que trabajaba diariamente con excelentes especialistas. El propio jefe del departamento de Cirugía

General y Digestiva la diagnosticó, tras breves exploraciones, de un cáncer colo-rectal con posible metástasis en hígado y páncreas. Sin embargo, se pronunciaron por intentar la intervención quirúrgica, aunque fuese con carácter paliativo, dada su fortaleza y sus ganas de vivir.

Fue entonces cuando doña María puso de manifiesto, una vez más, su carácter y la lealtad al recuerdo, siempre presente, de su hijo Manuel. Y decidió que la trasladáramos al Hospital Clínico de Madrid, al Servicio quirúrgico cuya jefatura seguía ostentando el profesor Hipólito Durán, amigo de mi hermano durante largos años. «Quiero que sepa que seguimos confiando en él como siempre. Y que en una situación grave vuelvo a ponerme en sus manos, que es lo que aconsejaría mi hijo, si viviera».

Inmediatamente nos cedieron una habitación y se programó la intervención, que fue tremenda: hubo que hacer una resección de colon y recto, dejar una ostomía permanente y tratar de frenar el avance de un tumor que aparecía ya extendido a otros órganos.

Estuvimos varias semanas luchando por conseguir que se recuperase en su cama del hospital. En ese tiempo me pregunté si había sido certero el traslado, porque echábamos mucho de menos lo que hubiera representado el saber y el sentir de mi hermano Manuel junto a su madre en una situación tan grave.

Y ya, con la incisión operatoria a punto de cerrarse, la llevamos a su casa, todavía en el tiempo soleado de septiembre. Amelia estaba disfrutando sus vacaciones fuera de Madrid. Nada más conocerse el diagnóstico le informé detalladamente de todo, puesto que se nos avecinaba un periodo difícil, cuya duración sólo Dios podía conocer. Pensé que se excusaría y no volvería a nuestra casa, ya que las tareas que sobrevendrían no eran fáciles de abordar. Me equivoqué. La Providencia es mucho más grande que nuestras previsiones, y la libertad de los seres humanos, cuando ayuda la gracia (que es siempre que nos dejamos) resulta capaz de cosas grandes: ¡más de lo que imaginamos! Nuestra empleada compareció a los dos o tres días, con su maleta a punto, para cuidar a doña María hasta el final. Y así lo hizo. Con una dedicación, generosidad y esfuerzo que nadie hubiera podido superar. No tendremos nunca suficiente agradecimiento para con ella.

Mi hermana compartió conmigo las jornadas de hospital. Pero ahora, con Angelines volcada en la atención a su marido, todos mis días —todos los espacios— iban a ser un auténtico pulso entre Amelia y yo. Esta mujer, de carácter castellano, más bien hosco y sin excesivas expresiones afectuosas, fue un baluarte de disponibilidad y cariño para mi madre. Días y noches nos turnamos junto a su cama, ya que la enfermedad avanzaba, invadía e invalidaba sin remedio. Ni las heridas llegaron a cerrarse por completo, ni el dolor le dio reposo en las últimas semanas.

Así transcurrieron ocho largos meses, en los que luchó con toda su energía contra la astenia total, la inapetencia y la disminución progresiva de aquella vitalidad que le había hecho sortear tantos obstáculos, tantas dificultades que a otro ser humano menos convencido de su deber le hubieran abrumado.

Al fin, en junio de 1980 tuvimos que llevarla de nuevo al Hospital Clínico porque el tratamiento ya no podía programarse en casa y porque su estado se precipitaba a un final

sin remedio. Allí permaneció dos semanas escasas.

Previamente, y antes de abandonar el hogar, nos pidió que acudiese el párroco de una iglesia cercana, para que la confesara y le diera la comunión. Allí, en el saloncito, con una vela encendida en un candelabro de bronce que había pertenecido a mi hermano, asistimos a su encuentro eucarístico con Dios.

Durante los últimos días el dolor llegó a límites insufribles —y ello a pesar del tratamiento impuesto— pero eso no le impedía invitar a Amelia a que le ayudase a rezar. Y nuestra querida empleada y amiga, que había olvidado las oraciones que le enseñaron en su infancia, las recordó de nuevo, de labios de mi madre que se las recitaba despacio, para que luego pudiera repetírselas cuando ella perdiese la capacidad de hacerlo...

Fueron unas jornadas de prueba. De día y de noche. Las personas de la Obra desde el centro de Jenner me ayudaron y acompañaron todo lo posible. Mis sobrinos pasaron por el hospital para despedirse con cariño de la abuela.

Misteriosamente, dos días antes de morir recuperó totalmente la calma, sin volver a quejarse del dolor. Con una consciencia absoluta, empezó a hablarme, en un monólogo lento y clarividente, de lo que tenía y debía de hacer con respecto a mi trabajo, mi vocación al Opus Dei y las cosas que materialmente quedarían a mi cargo. Me dijo, como despedida, que había sido un privilegio inesperado que yo naciera y una gracia de Dios que hubiera podido estar con ella hasta el final.

El día 26 de junio inició una agonía lenta y pacífica. En las primeras horas de la tarde la oímos musitar algo así como: «El Padre me ha dicho que me iré hoy».

Y, en efecto: a las diez de la noche del día 26 de junio de 1980, aniversario de la muerte de san Josemaría, fallecía en medio de una placidez total.

Hasta las enfermeras que habían tenido la oportunidad de cuidarla durante aquellos meses, algunas en nuestra propia casa, lloraban mientras componían su cuerpo para bajarlo al velatorio.

Un día después, la tumba en el cementerio de San Justo, en Madrid, acogía sus restos mientras un sol resplandeciente acariciaba las piedras y nombres del camposanto.

De nuevo se hizo vida, muerte e historia la inscripción que aparece en nuestra lápida familiar: ALIIS INSERVIENDO CONSUMOR: gastarse sirviendo a los demás.

En el mes de agosto me trasladé —para descansar y recuperar fuerzas de cuerpo y alma— a Castellldaura, una casa de la Obra frente al mar en el Maresme catalán[27]. No tengo palabras para agradecer la atención y el cariño con el que quienes coincidieron conmigo en ese período estival me ayudaron, junto a la cercanía de Dios, a superar la pérdida de quien había sido siempre la fuerza vital de nuestra familia.

La desaparición de los padres es como un paredón que se derriba. Con ellos tienes la seguridad de un apoyo sin condiciones. Nunca te abandonarán en una situación grave o comprometida. Nunca dejarán de amarte. No en vano el amor por los hijos es imagen del que Dios como Padre nos profesa. Su pérdida conlleva por eso una soledad extensa y dolorosa. Allí, lejos de mi vista, aunque bien presentes por la Comunión de los Santos, los tenía a todos ya. Solo Ángeles, mi hermana, y yo, aunque en ambientes distintos, quedábamos para recordar y compartir tantos eslabones de una cadena familiar que nos

había sostenido a lo largo de la vida.

Tiempo de caminar

El haber compartido tantos sueños, tantas horas de trabajo en un proyecto común con personas extraordinarias era sin duda un impulso para continuar sin desalientos. El trabajo en el Ramón y Cajal no fue solo la dedicación a una nueva especialidad: marcó una frontera en el modo de abordar la Medicina: los servicios generales, como el de Farmacia, Bioquímica, Microbiología, análisis clínicos, etc., estaban íntimamente relacionados con nuestro hacer diario, así como el resto de Unidades asistenciales especializadas. Algunos jefes de hostelería pertenecen ya, por categoría y dedicación, a la lista de pioneros de la nutrición hospitalaria en nuestro país. Fue aquel un trabajo en común —con toda seguridad no siempre perfecto— pero prometedor. Sería larga la lista de profesionales que, junto a su alto prestigio y preparación, tendré siempre asociados a mi memoria por la categoría personal que manifestaron y por su eficacia.

Foco especial merecen para mí los viajes que pude realizar a Italia, a lo largo de este tiempo, ya que me brindaron la oportunidad de recalar en Roma, ver varias veces al Papa, visitar, hablar y compartir unas horas con las personas de la Asesoría Central del Opus Dei y, en muchos casos, ver unos minutos al Padre, que siempre me dejaba un rastro de alegría a la par que una renovación de estímulo y de auto-exigencia.

La primera vez que volé a Italia para acudir a un congreso internacional de nutrición, convocado en Roma, fue en 1980. Lo recordaré siempre de modo especial porque se celebró durante el mes de octubre, y hacía apenas tres meses que había fallecido mi madre. Aún llevaba —tangible— el lastre de su pérdida cuando tuve aquella oportunidad de volver a la Ciudad Eterna.

Luego de sesiones científicas maratonianas era casi una necesidad el pasear, disfrutando un clima perfecto por las vías romanas con el *tramonto* rozando las piedras de la historia.

Y allí, en vialle Bruno Buozzi, donde está la sede central de la Obra y donde podía verse ya una representación de gentes de todo el mundo, permanecía —casi tangible— el espíritu que alentó al Fundador, ahora bajo la guía efficacísima del más leal de los hijos: don Álvaro del Portillo.

Eran las 18.50 horas cuando el Padre llegó y las 19.25 cuando nos fuimos. Tuvimos, pues, una larga conversación familiar, llena de cariño y simpatía.

—Padre: qué alegría verle, ¡está muy bien! En España me han llenado el equipaje de recuerdos y cariño para usted.

El sábado 11 de octubre me recibió en la Sala de Sesiones de La Montagnola. Yo estaba emocionada. No le veía desde que me encargó la biografía de nuestro Fundador en Asturias cuatro años atrás, y no había imaginado que podría volver a hablar con él aquí, en su propia casa. Le acompañaban dos sacerdotes de la Obra, don Javier Echevarría y don Joaquín Alonso^[28]; también nos acompañaba la Secretaria Central,

entonces Carmen Ramos.

—Me parece muy bien. Somos una familia y estamos muy unidos. Ahora, cuéntame cosas.

—Padre, mi madre murió el 26 de junio. Es lo que pude ofrecer en el aniversario de nuestro Fundador.

—¿De qué año?

—De este, Padre.

—¿Cuántos años tenía?

—Era mayor: 84 años. Pero tenía una gran energía y estaba bien. Mis amigos la llamaban, en broma, doña María la brava. Porque no se le ponía nada por delante. Una de las cosas que me dijo, dos días antes de morir, es que permaneciera en mi vocación a la Obra.

—Muy bien, muy buena. Ahora mismo está ayudándote en el cielo ya. Siempre, el 26, Dios nos pide algún acontecimiento así. Con mucha frecuencia. Tu madre se ha ido con esa idea: rezar por ti. Me hizo mucha ilusión y me dio mucha alegría leer tu carta y ver que deseabas seguir adelante con la biografía de nuestro Padre. Porque yo estaba pensando lo mismo. Quería decírtelo de nuevo, directamente a ti. Has venido a Roma, y muy bien: así te lo puedo decir. Tienes todo lo que ya has escrito, ¿verdad? Tienes que recoger más datos para hacerlo muy bien. Te puede servir mucho lo que se ha editado del Postulador. Podrías tomar datos para varios capítulos; tú verás. Tienes que hablar también con la Oficina Histórica de Madrid y que te proporcionen notas. Tienen muchas más ahora que cuando empezamos. Porque te han dado pocas. Que te den más material.

—Si Padre; me da una alegría inmensa.

—A mí también me da alegría. Hazlo con visión sobrenatural. Hazlo muy bien..., pon todo tu empeño. Tenéis que daros cuenta de que los datos son Historia y lo que escribáis ya es Historia.

Y entonces me cuenta —a modo de ejemplo— el proceso de indagación que él mismo hizo en una hemeroteca para buscar lo sucedido en Logroño en una fecha imprecisa, de la que nuestro Fundador conservaba, como un recuerdo adolescente, la imagen de unos pasos en la nieve, marca de unos pies descalzos. Sin duda, era el andar mañanero de un fraile acudiendo a celebrar la Santa Misa, que había dejado la huella de su mortificación. Y este hecho provocaría, en el joven Josemaría Escrivá, una honda reflexión acerca del amor de Dios y la entrega heroica que puede suponer en unos pocos, frente al calor y la comodidad de tantos, refugiados en sus casas.

«Pedí los periódicos de la época en la hemeroteca —comentó— pensando en el tiempo en que podía haber sucedido. Y lo encontraron. Es una noticia fabulosa, aunque solo sirva como nota de color. Quedó Logroño completamente aislada; ni siquiera podían circular las diligencias. Los caballos iban con los cascos envueltos en saco porque resbalaban sobre el hielo. Hubo gente que murió de frío en las cunetas próximas a la estación. Calculé que había sucedido entre los quince y dieciséis años de nuestro Padre...

»Tienes muchos datos confirmados, porque se han hecho muchas *testimoniales*[\[29\]](#).

Yo, luego, utilizaré eso como quien usa un cañamazo, y pondré sobre él las cosas que sé directamente del Padre, como el mejor testimonio. Después, tendrás otra publicación que va a salir dentro de poco: las cartas que escribió nuestro Fundador. De manera que ya puedes ir trabajando. Ahora ¡cuéntame cosas de tu vida!».

Le hablo, entre otros temas, del matrimonio Lostao y de su hija María José, hospitalizada en el Ramón y Cajal por problemas múltiples en el sistema nervioso central[30]. En esa fecha no sabíamos aún el largo y costoso camino que les esperaba, pero de su primer incidente se había recuperado de un modo espectacular, cuando ya sus problemas empezaban a parecer insolubles.

—Y ella, espiritualmente, ¿está bien?

—Al principio estaba muy seria. Pero ahora se encuentra muy bien, profundamente alegre.

—Dile a ella, con todo cariño, que ofrezca por mí todo lo que ha sufrido. Que se lo pide el Padre, por la intención especial[31]. Y a sus padres, que me da mucha alegría que sean testigos del amor de Dios: que es lo que tenemos que ser todos; sin vergüenza para hablar de Él y para actuar según nuestra conciencia.

—Padre, también mi madre se llevó la estampa de nuestro Fundador, muy cerca...

—Muy bien. ¿De qué murió tu madre?

—De un cáncer. Hemos librado una batalla tremenda durante un año. Y ha muerto con una fortaleza y lucidez totales.

—La tienes en el cielo.

—Cuando desmonté su casa, tenía todas mis cartas guardadas. También aquellas que les escribí durante los años en que no recibía respuesta, ya que no entendieron ni aceptaron, en principio, que me fuera de casa para vivir mi vocación al Opus Dei.

—Dios hacía así, que te santificaras tú y que se santificaran ellos. ¿Cuándo te vas?

—El lunes, Padre.

Debíamos de terminar la entrevista porque así lo exigía la agenda del Padre; se levantó, y pasando por un lugar donde se exponen y veneran muchas reliquias, nos dijo adiós.

Sin embargo, dos días más tarde, el 13 de octubre, pude acudir de nuevo a la Sala de Sesiones de La Montagnola, para despedirme. Volaba a Madrid ese mismo día. Esta vez también me acompañaba Carmen Ramos.

—¿Te vas? Siéntate un momento. ¿Estás contenta de llevarte mi encargo?

—Muchísimo. Feliz.

—Voy a decirte, resumidas, unas cuantas cosas:

«Primero: me ha dado mucha alegría verte. Y también encargarte ese trabajo, que tienes que hacer muy bien. Haz un borrador, y nos lo mandas. Vuelve a retomar con calma las cosas. Tenme al tanto: me hace mucha ilusión. ¡Que trabajes muy bien! Yo bendigo tu trabajo.

»Tu madre está en el cielo. Yo me encomiendo a ella.

»Te nombro *embajadora* mía, para que lleves a España un abrazo lleno de cariño, mi cariño inmenso. Mi oración por todos mis hijos y mis hijas.

»Te voy a dar la bendición. Bendigo tu trabajo, tu viaje y todas tus tareas. Adiós. Buen viaje».

Salí de Roma con el ánimo caldeado. No podía imaginar que entre tantas obligaciones, el Padre me recibiera sin prisas, tratándome con tanta confianza. Que departiera conmigo como con alguien muy familiar y conocido. Y que pusiera en mis manos la tarea de escribir, definitivamente, una biografía del Fundador. El tema se había parado durante algunos años y yo lo daba por perdido. Pero me volvió a decir que yo, con ayuda de Dios, sería muy capaz de llevarlo a cabo.

Tenía entre las manos, de nuevo, aquel encargo. Pero esta vez de modo rotundo: hacerme responsable de aquel libro que un día me invitó a escribir, pero que diversos problemas habían retrasado. Apenas le habíamos hecho llegar un índice de capítulos y la posible orientación de toda la obra. Ahora era el momento de entregarse a ello con todo el tiempo y la intensidad disponibles.

Estaba conmovida. Siempre me ha desarmado el afecto. Y mucho más si —como era el caso— era el de una persona alegre, inteligente y santa, que tiene como misión ejercer como padre de esta familia —de vínculos sobrenaturales— que es el Opus Dei. Y que, por añadidura, había puesto en mi vida el interés por describir la capacidad humana y sobrenatural de aquel a quien creyó y quiso con lealtad toda su vida: del Fundador de la Obra. Di gracias a Dios por la confianza que el Padre me manifestaba.

Cuando llegué a Madrid hablé con las personas implicadas en el proyecto de cuanto el Padre me había dicho. Y todos se manifestaron disponibles para facilitar nuestro trabajo. Así que, tanto Ana Lamelas como yo, reanudamos la tarea.

Seguía yo viviendo entonces en la calle de Jenner. Guardo un recuerdo entrañable de los años, muchos, pasados allí, buena parte de los cuales dedicados a lo que había de ser la semblanza de nuestro Padre.

Tal y como estaba previsto, no disminuyó el ritmo de mi trabajo médico, que era intenso. Ana y yo establecimos un buen equipo, en el que ella puso a contribución su excelente preparación profesional para la búsqueda y selección de documentos. Mientras yo leía y tomaba notas, Ana, con gran paciencia, ordenaba, corregía, ayudaba a matizar... hasta que todo fue estructurándose en torno a una línea argumental y adquirió un estilo preciso.

Dedicábamos los fines de semana y toda fiesta que se cruzase en el calendario a un trabajo sin pausa. En una habitación del primer piso de la casa de Jenner, al fondo del pasillo, con ventana a un gran patio silencioso, encendíamos las lámparas desde primera hora de la mañana y solo nos deteníamos para rezar y para comer. Aunque realmente era difícil saber en qué momento, leyendo constantemente documentos sobre la vida del Fundador, dejábamos de rezar...

No teníamos los instrumentos que hay ahora. Tomábamos notas a mano, con lápiz; luego confrontábamos y reconstruíamos una etapa o un hecho aislado. Por fin, Ana se instalaba frente a la máquina de escribir para darle forma. Llenamos más de dos mil folios escritos a mano, tomados de documentos, testimonios y notas diversas. A lo largo de dos años, incluidas vacaciones, logramos un primer borrador de más de mil folios de

extensión. Don Florencio Sánchez Bella, entonces consiliario del Opus Dei en España, nos indicó que se lo hiciéramos llegar a él directamente porque lo enviaría, sin más preámbulos, a Roma.

Pienso que no debía resultar fácil, en aquel momento, confiar en nuestra capacidad para llevar a término ese trabajo. Seguramente tampoco yo, sin el aval de don Álvaro, hubiera dado crédito al proyecto, depositado entre mis manos. Fueron muchos los que se sorprendieron cuando, un buen día, el libro apareció en las librerías. También porque — lógicamente— nunca se dio publicidad a la fase de gestación.

Esto fue después de que, en Roma, otras personas aportasen observaciones y matices que podían contribuir a dar armonía al conjunto. Me llamó la atención el respeto que manifestaban sus anotaciones. Con letra muy clara, en el margen del borrador nos preguntaban, por ejemplo: «¿Estáis seguras de esta fecha?, ¿dónde habéis obtenido esta evidencia?»... Y eso incluso en cuestiones en las que ellos podían tener información más clara y objetiva.

Coincidiendo con esa última etapa de «pulir» el texto, de nuevo los acontecimientos profesionales me llevaron a Roma. Esta vez sería un congreso de Hepatología, en noviembre de 1982. La Ciudad Eterna, nunca repetida y siempre asombrosa, nos recibió en un otoño prolongado que todavía no anunciaba frío. El congreso fue excelente y para nosotros utilísimo, porque en nuestra consulta teníamos muchos pacientes afectados de cirrosis hepática. La dieta adecuada era un tema importante para la supervivencia y el bienestar del enfermo, dada la patología, crónica e incurable. Y la experiencia de científicos internacionales, expertos en todas las áreas, fue decisiva para nuestra formación.

De nuevo tuve la oportunidad de ver y hablar una espléndida media hora con el Padre, en el *salotto* de La Montagnola. Esta vez, sin embargo, no me habló de la semblanza en la que trabajábamos: tratamos de otros temas y le conté de los compañeros que habían venido al congreso; algunos no conocían Roma ni la Plaza de San Pedro más que a través de televisión y películas.

—Llévate... te voy a dar un pequeño recuerdo: una de esas patitas de cristal de Murano que están en la vitrina. ¿Cuál te gusta?

—La que usted me dé, Padre.

—Pues esta. Y esa verde. Y aquella más pequeñita.

Y me dio tres figuritas: una marrón, otra verde y una de color violeta[32].

Y, espontáneamente, le pregunté por la situación de nuestra «intención especial»[33]. Aquel asunto importante y, para la mayor parte de nosotros, solo intuitivo; pero por el que rezábamos todos los miembros de la Obra y —tantos amigos— desde hacía largo tiempo.

—¿Cuándo saldrá entera, a lo grande, la «intención especial»?

—Cuando Dios quiera, pero si rezáis, pronto. Empieza a pedirlo tú desde ahora mismo. A ver si lo consigues.

Pronto supimos que la intención especial se refería a la configuración jurídica definitiva de la Obra como prelatura personal.

Al terminarse el tiempo, me despidió con su bendición:

—Que el Señor esté en tu camino... en el de tu vida entera, hasta llegar a la Vida. Que seas muy fiel, hija mía, porque la fidelidad es la paz y la alegría... Que el Señor te acompañe. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Este cariño de don Álvaro, manifestado en detalles tan sencillos, me ha hecho sentir siempre una enorme gratitud hacia él. Y volví a pensar en mi pobre respuesta. Allí, junto a Dios y junto a él, mis limitaciones personales me resultaban más patentes. Pero al mismo tiempo —incluso luego de años de experimentar la vida de familia en la Obra— seguían sorprendiéndome y sobre todo llenándome de agradecimiento, esas manifestaciones concretas de verdadero cariño, sobrenatural y humano, tan propias de la fraternidad cristiana, con las características con que se vive en la Obra.

Volví a Roma apenas dos años más tarde, en 1984, con ocasión de un congreso de Nutrición Artificial que se celebró en Milán.

El Padre me preguntó por el Congreso, secundó cordialmente mis juicios más positivos y, ante mi queja filial de que hubiéramos querido tenerle de nuevo durante el verano en España, me explicó algo de su trabajo para reunir la documentación que requería el proceso de beatificación del Fundador. Y, una vez más, se interesó por lo que yo pudiera llevar en el corazón.

Le cuento entonces que mi familia ha quedado muy disminuida. Solo permanecemos mi hermana mayor, sus hijos y yo. Tengo 52 años, y pienso que a esta edad inició santa Teresa sus correrías apostólicas.

—Pues tú también estás haciendo correrías. Y con esta cosa... ¿cómo se llama?, ¿Bromatología?

—Padre, pero esto es poco importante. Esto no tiene trascendencia.

Y don Álvaro me aclaró, con paciencia, lo que también incansablemente nos había repetido nuestro Padre: que no hay trabajos de distinta categoría, porque es el amor de quien los lleva a cabo lo que los dignifica y, en definitiva, lo que les otorga trascendencia.

—Pues lo importante es, hija mía, andar bien y con garbo el camino sobrenatural en el quehacer diario. Mirando cara a cara a Dios. Y con aquella idea de nuestro Padre de que nosotros, no es que estemos en la Obra, sino que somos la Obra. Y todos nuestros pensamientos y actuaciones deben ser para la Obra: para servir a Dios. Y así somos siempre felices. Si queremos servir a dos señores, uno al propio yo y otro a Dios, o a lo que sea, entonces somos desgraciados. Pero si nos ponemos en las manos de Dios, ¡qué bien va todo! ¡Él nos lleva en sus brazos...! Vamos a darte la bendición, y hoy lo haremos con la que rezamos para iniciar un viaje: *Beata María intercedente*^[34]...

La fortuna de una conversación con calma no se repitió hasta los primeros días de octubre de 1988. Me había llevado de nuevo a Italia una reunión monográfica acerca del «Tratamiento no farmacológico de la obesidad» y aproveché la ocasión para llegar, en el primer momento libre, hasta la Sede Central. Le pasaron al Padre una nota diciendo que estaba en Roma, por si consideraba posible recibirme. Y escribió con su bolígrafo rojo: «Con muchísimo gusto». La entrevista fue tan grata como siempre.

—Hija mía, me da mucha alegría volver a verte.

Le encontré delgado y con un cierto aire de cansancio.

—Padre: parece cansado.

—No. No estoy cansado. En el Opus Dei no estamos cansados: estamos enamorados de Jesucristo y, como personas enamoradas, no nos cansamos. Somos siempre jóvenes^[35]. Os hemos escrito pidiendo el manuscrito de tu semblanza, definitivamente corregido en España, y nos dijeron que aún no habían terminado.

—Padre, es que tenemos cerca de mil referencias bibliográficas. Desde hace unos meses, la Oficina Histórica de Madrid está confrontando minuciosamente fechas y textos. Pero le puedo asegurar, Padre, que cada dato tiene una referencia exacta.

—Pues si no hay ningún dato dudoso, don Joaquín puede tomar nota y decir a Madrid que, si no tienen ninguna duda importante, ya no es necesario que lo vuelvan a enviar aquí.... Tengo mucha ilusión en que se publique cuanto antes. ¿Cuándo te gustaría que saliera?

—En este año, Padre.

—Eso es ya muy pronto, pero de vosotros depende. No dejes de escribirme tú, directamente, el día en que lo envíes a la imprenta. ¿Lo harás? Así lo espero.

Le cuento que acabo de dejar en el congreso a unos cuantos Premios Nobel, hablando. Y que la Nutrición es apasionante y vale la pena hacerla con entusiasmo.

El Padre me respondió remitiéndome, una vez más, a la enseñanza de san Josemaría:

—No importa tanto ser un premio Nobel como realizar con amor y empeño el propio trabajo. Y sobre todo, cuando se hace bien, con detalle, con profundidad de conocimientos y por amor de Dios ¡no lo olvides! Bueno, hija mía, tengo que dejarte. Voy a darte la bendición, con todo cariño. Dios te bendiga. ¡Escríbeme cuando enviéis eso a la imprenta!

Es evidente que, aquella primera semblanza de Josemaría Escrivá que se editó en España, surgió como posibilidad, se escribió luego, y llegó por fin a publicarse gracias al impulso, al cariño y a la confianza de don Álvaro del Portillo. De otro modo, en más de una ocasión yo habría tenido la tentación de abandonar. Pero su apoyo estuvo siempre presente en mi tarea.

Una vez ultimados los detalles, se acordó la publicación con Ediciones Rialp. Se hizo el diseño de la encuadernación, el dibujo de sobrecubierta y escogimos el tipo de letra del título, con ayuda del dibujante que trabajaba para el Hospital Ramón y Cajal y que era un artista. Se editó en un tiempo récord, y el libro fue presentado en Madrid, en diciembre de 1989.

La sala de actos del hotel que nos acogió estuvo llena, seguramente con más de trescientos asistentes, entre los que tuve la satisfacción de ver a antiguos profesores de mis actividades clínicas y universitarias. La mesa, presidida por el profesor Ibáñez Martín, de la Universidad Complutense de Madrid; la profesora Carmen Castillo, de la Universidad de Navarra; Covadonga O'Shea, periodista, escritora y directora de la revista Telva; y yo misma, como autora. El acto fue conducido por el director de publicaciones de Ediciones Rialp, y resultó francamente emotivo. Aunque había habido

pausas e interrupciones, nunca perdimos —a lo largo y ancho de esos trece años— el hilo conductor ni la conciencia de la importancia del proyecto, desde que, en 1976, don Álvaro lo pusiera en mis manos y en mi alma.

La primera edición, de cinco mil ejemplares, se agotó en menos de un mes: hubo de hacerse una segunda en el primer trimestre de 1990. Actualmente se han vendido cuatro ediciones. En junio de 1994 vio la luz la primera traducción portuguesa, magníficamente trabajada por Elina Morais, de Lisboa.

Elina es físico de profesión, muy prestigiada en su ámbito en las universidades portuguesas y con vocación literaria sobreañadida. Leyó «Tiempo de caminar» y de inmediato se comprometió con la idea de volcarlo a su idioma portugués. Debo decir que, aunque mi conocimiento de su lengua es muy limitado, la belleza de la traducción a menudo supera al original. Por ella pudo «Tiempo de Caminar» iniciar su andadura en el país vecino.

Con muchísima ilusión, en cuanto salió de la imprenta el primer ejemplar se lo enviamos al Padre con todo cariño. Su respuesta fue casi inmediata:

«Roma, 11 de enero 1990

Para Ana S.

¡Que Jesús te me guarde!

He recibido, Ana, tu libro «Tiempo de Caminar», con tus cariñosas líneas, y quiero que sepas que me ha gustado mucho. Te envío mi mejor felicitación.

Lo estoy leyendo con calma, «saboreando» al mismo tiempo tu «sabrosa» literatura.

¡Enhorabuena, hija mía!

Estoy seguro de que esta publicación será un buen instrumento para acercar al Señor, a la Iglesia y también a nuestros apostolados, a un buen número de almas que, removidas por la santidad de vida de nuestro Padre —que tú con tanta fidelidad has sabido recoger en tu libro— se decidirán a tomarse en serio su vocación cristiana.

Te ruego que sigas rezando con intensidad por mis intenciones.

A ti y a todas las de tu Centro os envío una bendición muy cariñosa.

Tu Padre,

Álvaro»

Meses después, cuando en abril acudí a Roma con el grupo del UNIV, teníamos previsto un encuentro con el Padre. Menchu Pérez-Colomer, que entonces estaba en la Asesoría Central, en Roma, le había hecho llegar un ejemplar de «Tiempo de caminar» porque yo había expresado el deseo de que el Padre me lo dedicara. Me lo devolvieron al día siguiente, con unas líneas de puño y letra de don Álvaro:

«Para Ana S.

Por la intercesión de nuestro Padre pido al Señor que me haga muy santa a esta hija mía, con su Gracia y con tu lucha, Ana, renovada día a día, por amor a Dios; *Semper in laetitia!*

Roma 14-IV-90

Con la bendición de tu Padre
Álvaro»

Sobra decir que estas pocas palabras, que dejaban traslucir el interés del Padre por todos los acontecimientos de nuestra vida en la Obra, fueron una recompensa que pagó con creces el tiempo, el esfuerzo y la dedicación escondidas en cada una de las páginas de «Tiempo de Caminar». Estas líneas no se han borrado nunca de mi memoria, como tampoco la conciencia de mi pequeñez, ante un deseo tan grande.

Los Congresos Internacionales Universitarios (UNIV)[\[36\]](#)

El UNIV que me llevó de nuevo a Roma en 1990 forma parte de otra serie de acontecimientos que han dejado recuerdos indelebles en mi memoria: los que desde 1985 a 1994, me dieron —varias veces— la oportunidad de acudir a la cita anual que un montón abigarrado de estudiantes de todo el mundo mantenía en Roma, con el Papa, durante las vacaciones de Pascua. Se desarrollaba primero un congreso durante tres días. Los representantes de países tan diversos como Estados Unidos, el Congo o Kenia, Indonesia, Japón, India, Europa toda, tantos países de la América latina y un prolongado etcétera, intercambiaban experiencias y debatían problemas de su vida universitaria al hilo de la actualidad y en torno a un reto: ser —de verdad— universitarios..., universitarios cristianos.

Cierto que los alojamientos —en los lugares establecidos a las afueras de Roma para albergar a las grandes peregrinaciones, y aunque fueron mejorando en años sucesivos— distaban bastante de ser confortables (al menos para los ‘menos jóvenes’ que acompañábamos a los universitarios). Pero lo importante es que nada era capaz de alterar la alegría, el intercambio de amistad y el interés de aquella convivencia.

Tras el congreso, el Papa Juan Pablo II, entonces en la Sede romana, nos recibió algunos años en singulares audiencias: nos acomodábamos, en una estampa compacta y variada, en el suelo del patio de San Dámaso, y el Pontífice se situaba en un balcón cercano. Cariño, confianza, estímulo simpatía... y, sin embargo, un alto nivel de exigencia: «Dejad que Dios actúe *en vosotros y por medio de vosotros*. El esfuerzo del cristiano no es *nunca* en vano. La conversión y el compromiso de uno son un germen de salvación para todos...» Y les pedía —como Cristo a sus Apóstoles— deseo de cambiar el mundo ¡de ser obreros responsables, en la viña del Señor!

Disfrutaba el Papa. Reía sin disimulo con la actuación cómica de algunos de los universitarios, gozaba de la música. Y nos dedicaba unas palabras finales, llenas de afecto hacia toda aquella juventud, y de esperanza en su futuro como cristianos coherentes.

Por último, también nos recibía y hablaba el Prelado de la Obra, a las jóvenes, reunidas en el Colegio Romano de Santa María, en un gran patio o en un aula suficiente.

Fueron años de renovada juventud, por mi parte, entre aquella alegría e inagotable

marea de estudiantes. Y cuando, en el año 2011, ha tenido lugar en Madrid el Encuentro Mundial de la Juventud con Benedicto XVI, no pude menos de recordar aquellas jornadas romanas. Las recordé como lo que fueron —y aún siguen siendo: como un magnífico prelude, un prólogo espléndido, para la multitud entusiasta que había de aclamar al Papa en los actos del Monte del Gozo en Santiago de Compostela (1982), el Encuentro de las Familias, Valencia (2006) o, desafiando a los elementos, en el aeródromo de Cuatro Vientos, en Madrid (agosto 2011).

Creo que fue durante el UNIV de 1990 cuando le hice una pregunta al Padre, en el Patio del Reloj de Villa delle Rose, en una tertulia repleta de gente. Quise su consejo sobre «cómo transmitir —las personas que ya contábamos largos años en la Obra— a la gente joven que nos rodeaba, que el amor al Opus Dei no se gasta con el tiempo, sino que aumenta».

Me contestó: «Podemos demostrar esto a la *muchachada* formidable que está hoy aquí, como tú has dicho, con nuestra vida enamorada, nuestra entrega, nuestra alegría. Que nos vean vivir. Esto es más importante que muchas palabras».

«Que nos vean vivir». Era todo un programa de acción y de testimonio: que nuestra vida reflejase una gran fidelidad al espíritu que nos legó san Josemaría. Que nos vieran luchar siempre por ser santos, a pesar —e incluso con ocasión— de nuestras limitaciones personales...

En 1993, y con ocasión de una nueva reunión universitaria en la ciudad eterna, vi por última vez a don Álvaro. Revestido para la Vigilia Pascual, caminando por el centro de la nave de Santa María de la Paz, tras una larga fila de sacerdotes, no pude dejar de emocionarme al verle tan mayor, haciendo un esfuerzo por presidir y seguir toda la ceremonia, erguido y acompañando a sus hijos.

Recuerdo ahora haberle preguntado en alguna ocasión: «Padre, ¿ustedes no dudaron nunca, cuando el Fundador les conoció y les llamó para empezar el Opus Dei?. Eran todos muy jóvenes y todavía no había nada visible de la Obra...». Su respuesta, contundente y sin preámbulos, fue: «¡Jamás!». Un hombre, pues, que fue verdaderamente roca firme —*saxum*— y nunca puso en duda la entrega generosa de su vida al servicio de los proyectos de Dios que el Fundador les comunicaba.

Aún tuve ocasión de viajar por dos veces a Italia, en 1994 y 1999. En esta última fecha, en el mes de junio, pude saludar al Padre, esta vez don Javier Echevarría, que había sustituido a monseñor del Portillo tras su fallecimiento^[37]. Y acudir a rezar, con toda el alma, ante la tumba de don Álvaro, en la cripta en la que estuvo enterrado inicialmente el Fundador (ahora, tras la beatificación, sus restos se veneran en una urna de plata, bajo el altar de la Iglesia Prelaticia de Santa María de la Paz). Allí y en la cripta puse mi cariño y agradecimiento, así como los propósitos de lealtad incondicional para con su sucesor, como él nos pidió que hiciéramos siempre.

^[27] Es esta una muestra más de la actuación maternal de la Obra que cuida del alma —pero también del descanso físico y de la mente de sus hijos— para que puedan luego volver a entregarse de lleno al servicio de Dios y de las almas.

[28] Entonces eran los *custodes* del Padre. Así se designan en los Estatutos del Opus Dei a las dos personas encargadas de vivir junto al Prelado para ayudarlo en sus necesidades espirituales y materiales.

[29] Declaraciones juradas que aportan los testigos, a favor o en contra de la persona cuyo proceso de canonización se incoa ante la Santa Sede.

[30] Durante meses, el matrimonio Lostao atendería a su hija sin pausas ni descansos, ya que la enfermedad fue desarrollando una red imparable de complicaciones, hasta que el proceso acabó con su vida. Su comportamiento, lleno de cariño hacia su hija —y de agradecimiento y atenciones a cuantos nos ocupábamos de ella— fue un ejemplo extraordinario de valor, elegancia en lo humano y de sentido sobrenatural para aceptar los planes de Dios.

[31] El Fundador al hablarnos de la *intención especial* nos pedía reiteradamente oraciones para que cuanto antes pudiera resolverse la configuración jurídica de la Obra en la Iglesia.

[32] La alusión a los patos ‘que aprenden a nadar, nadando’ fue recurso frecuente en algún momento de la primera predicación del Fundador a sus hijos. Para animarles a ser audaces en el cumplimiento de sus tareas y en dar testimonio de su fe.

[33] Con la erección de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei —y la sanción como estatutos de la nueva prelatura del *Codex iuris particularis Operis Dei*, preparado por san Josemaría— llegaba a su término el itinerario seguido por la Obra en busca de una configuración jurídica adecuada a su naturaleza.

[34] Recuerdo que tanto en esta entrevista como en la anterior estuve acompañada por Carmen Ramos, entonces Secretaria Central. Y no recuerdo, en cambio, quien estuvo presente en la de octubre 1988, recogida en esta página.

[35] Para nada indica triunfalismo, ya que, bien entendido, se trata de una expresión perfectamente compatible con aquella de san Josemaría deseando, para sus hijos en la Obra, acabar la vida «exprimidos como un limón».

[36] Los encuentros anuales de universitarios de todas partes del mundo, alentados por san Josemaría, son promovidos por el ICU (*Istituto per la Cooperazione Universitaria*) desde 1968, y reúnen a más de mil jóvenes, ofreciéndoles la oportunidad de conocer y convivir con coetáneos de otras culturas, y de celebrar la Semana Santa muy cerca del Papa, haciéndose así más romanos, más católicos.

[37] En marzo de 1994 y después de visitar, conmovido, los Santos Lugares en Jerusalén, celebró allí su última Misa. Regresó a Roma en avión, y apenas llegado, fallecería en su habitación, víctima de un infarto cardiaco, a los 80 años de edad. Su muerte, en brazos de Jesucristo, fue el refrendo de una vida entregada, leal, alegre que transmitía la certeza de su santidad.

IX. HACIA EL ANCHO MUNDO

Congresos: progresar unidos

Mientras se sucedían estas emociones y pérdidas familiares en el ámbito personal, la vida profesional continuaba exigiendo dedicación, trabajo e investigación en un área tan extensa y apasionante como la que habíamos decidido promocionar, marcándonos metas importantes; imposible para mí el recluirme en el rincón de una sensibilidad herida por la enfermedad y la muerte de seres tan próximos y queridos. Los días siguientes ya nos envolvían en el torbellino del quehacer cotidiano. No había otro remedio que continuar, vivir al día yendo al encuentro de conocimientos que pudieran afirmar y enriquecer nuestra actividad.

Y dio así comienzo, a intervalos razonables y actuando como paliativo del dolor, un abrirse hacia el mundo, aprovechando la convocatoria de reuniones, congresos y sesiones de trabajo, en torno al amplio panorama de la nutrición clínica.

Guardo un gratísimo recuerdo de algunos viajes que realizamos un grupo de amigos médicos, ejercientes en hospitales de diversas ciudades de nuestro país, y que nos hicieron casi inseparables. Promovidos con generosidad y visión de futuro por diversos laboratorios de Nutrición entre los que cabe destacar a *Clinical Nutrition*, hicieron posible que desarrollásemos años de aprendizaje y de enriquecedores intercambios con otros profesionales allende nuestras fronteras: de avances objetivos, con la ilusión de quienes han descubierto un cauce amplio y fecundo.

Pronto hube de comprobar hasta qué punto era importante nuestra presencia —tal vez escasa en número, pero firmemente persuadida de unos cuantos valores básicos, como es el respeto a la vida— en estos encuentros internacionales. Por supuesto, no en grandes debates, pero sí en reuniones más personales y cercanas, donde cabía suscitar cuestiones de enorme importancia que tal vez se venían abordando de manera superficial o dando por ciertos algunos datos que en absoluto lo eran, y que había que desmontar.

Compartir con un grupo de colegas y amigos las exposiciones científicas de un congreso y al mismo tiempo el interés de un entorno —ciudad, paisaje, arte, para mí tantas veces inédito— ha sido alguno de los mejores placeres que me ha proporcionado la vida profesional. Desde la década de los 70, en que ya cruzamos por dos veces el Atlántico con destino a Washington y San Francisco, se multiplicaron las ocasiones de conocer los avances que especialistas de primera fila procedentes de diversos lugares del

mundo comunicaban en sus ponencias; allí discutíamos en los grupos de trabajo, aportando también nuestros avances.

Europa, como es lógico, ocupó un lugar primordial, no solo por proximidad geográfica y cultural, sino por la seriedad y contenidos de su Sociedad Europea de Nutrición Parenteral y Enteral (ESPEN), similar a la americana (ASPEN) y que tantos programas excelentes nos brindaron a lo largo de este tiempo.

Hasta la llegada del año 2000, en que me acogí a la jubilación, nuestros esfuerzos se vieron alentados por estos intercambios científicos. Empezar de nuevo el trabajo tras haber descubierto la belleza en sus mil formas, junto al privilegio de la amistad, y el encuentro siempre estimulante de la ciencia convertida en praxis diaria, resultaba algo muy alentador y muy grato.

He de insistir —y no en último lugar— que el desplazamiento por esta larga sucesión de ciudades me dio otra magnífica oportunidad: encuentros entrañables con personas del Opus Dei, dispersas por tantos lugares del mundo, a menudo en los inicios —costosos— de una andadura profesional y apostólica, en suelos hasta entonces ajenos. Ellas me brindaron la repetida ocasión de admirar virtudes: su esfuerzo y constancia por adaptarse y tratar de identificarse con gentes, costumbres y tradiciones a veces muy distintas de las propias, y buscar los cauces —la amistad y la profesión— para llevar a otras regiones esa nueva evangelización que Dios nos pide siempre, y no solo en tiempos de crisis. Hallé alegría en medio de dificultades y elegancia para sobrellevar carencias... Pude además, con cierta frecuencia, aportar alguna forma de estímulo: libros, noticias, detalles de cariño... que les llevara a experimentar la unidad de espíritu y afectos, y el apoyo de España, la región primogénita en la Obra.

Bruselas, Lisboa, Grecia, Suiza... antiguas culturas alternando con hitos de modernidad; ciudades como Viena, Praga o Budapest, París o Dublín. En la capital de Irlanda, en concreto, pudimos intervenir en varios encuentros del programa, y aun departir con personalidades de talla internacional como los profesores Astrup, Van Gaal o Heal— (porque el tema de la Leptina para el tratamiento de la obesidad ocupaba entonces buena parte de nuestros trabajos de investigación clínica). Y donde tuve oportunidad de conocer a Teddy y Olive, dos de las tres primeras numerarias, cuyos nombres forman parte de la historia de la Obra en este país.

La convocatoria de un simposio internacional sobre nutrición de pacientes postquirúrgicos que se celebraría en Israel, en el año 1988 merece para mí trato especial, como emoción largamente esperada; y aún una segunda oportunidad cinco años más tarde para ocuparnos de trastornos del metabolismo de las grasas en el organismo humano. La posibilidad de visitar la tierra de Jesús, contemplar los paisajes que Él conoció, recorrer los parajes donde transcurrió la vida del Verbo encarnado —y donde acudió voluntariamente a la muerte para redimirnos— es algo que no puede dejar indiferente a ningún cristiano, cuando menos si, como era el caso, se ha meditado asiduamente el Evangelio. Previsto —y perfectamente organizado por los anfitriones— pude conocer todos los lugares importantes que la Sagrada Escritura menciona y que, sin duda, dejan en el alma impresiones indelebles.

Fue al año siguiente, en 1989, cuando la reunión anual de la Asociación Europea para el estudio de la diabetes se convocó en Lisboa. Acudimos un grupo de profesionales dedicados al tratamiento habitual de los pacientes diabéticos y pudimos tomar nota de las últimas innovaciones internacionales y disfrutar de la incuestionable belleza del país, mucho más hermano que vecino.

Mi segundo viaje a Portugal tuvo un cariz completamente distinto. Tras cuatro ediciones sucesivas en castellano de *Tiempo de Caminar*, la semblanza del Fundador del Opus Dei —ya lo he mencionado— se tradujo al portugués por obra de la experta Elina Morais Neves. Y para colmo, un gran benefactor de la Obra en Portugal, Zacarías Vivas, se había comprometido a cubrir los gastos y riesgos de la primera edición, impresa por Diel. Se trataba ahora de hacer una presentación al público. Yo hice una brevísima introducción en castellano desde un atril instalado en una bonita sala de conferencias de un hotel de la ciudad de Oporto. Y, después, algunas personas de la Obra en Portugal se encargaron de introducir el libro con toda brillantez. Fue una velada señorial, de nivel cultural y al mismo tiempo ambiente cálido y acogedor.

Volví a Madrid con alegría y entusiasmo: *Tiempo de Caminar*, trasvasado a un nuevo idioma, emprendía ya las rutas del mundo. Era como una especial mayoría de edad.

De nuevo en vuelos transoceánicos, acudimos en 1991 a Brasil y más tarde (1997) a México donde tan extendida está la labor de la Obra. En Rio de Janeiro con ocasión de un encargo de su familia para él, pude visitar a don Rafael Llano, entonces Obispo Auxiliar en la diócesis, y charlar, entre otras cosas, sobre la inmensa tarea que descubrían allí los afanes apostólicos de los miembros de la Obra.

Y aún tuve la oportunidad de conocer el espectáculo impar que son las cataratas de Iguazú y de visitar brevemente Buenos Aires antes de volar de regreso a España.

Con mi admirado amigo el profesor Serrano Ríos y ante personalidades científicas de medio mundo presentamos en México, en apretado discurso, el resultado de nuestros trabajos; allí, donde era imposible no dedicar un recuerdo emocionado, tanto a don Pedro Casciaro como a Guadalupe Ortiz de Landázuri, artífices generosos —por su entrega leal a Dios y a las indicaciones del Padre— de una inmensa labor apostólica a la que supieron ir sumando la colaboración de tantos otros. Como, por otra parte, sucede en tantos otros lugares donde, personas nacidas en distintas latitudes, de cultura y hábitos a veces muy diferentes, han sabido enraizarse y amar a sus países de adopción, y dar allí su tiempo, sus talentos, su vida toda, en el empeño por llevar la buena nueva de Jesucristo y la llamada a la santidad en el quehacer ordinario, en el trabajo y en la vida de familia, tal como lo aprendieron al conocer el Opus Dei.

Años antes, en noviembre de 1988, nos sorprendió la convocatoria de un congreso internacional en Osaka, Japón. Al otro extremo del mundo. Como es lógico, teníamos un gran interés porque nunca había habido ocasión de conocer una cultura tan distinta y tan distante. Nos organizamos rápidamente para no perder la oportunidad, y el 15 de noviembre ya volábamos hacia Canadá y el Polo Norte (por imposición de la URSS, que no permitía sobrevolar su territorio) camino de Tokio, Kyoto y finalmente Osaka. Además del interés científico del Congreso me urgía, sintiéndome tan lejos de todo lo

mío, contactar con las personas de la Obra que allí llevaban años de silenciosa y lenta ‘inculturación’ con muy apreciables resultados.

Ya he dicho que, parte importante de la alegría que me producía el viajar hasta lugares tan lejanos, era la posibilidad de conocer, en la práctica, cómo el espíritu de la Obra es católico, universal, y así arraiga y se adapta en todas partes. Aprender de sus logros, del generoso empeño con que se acometen proyectos sin apenas más medios que la oración y el trabajo esforzado; participar de todo ello y apoyar con mis peticiones sus metas ha contribuido —seguramente— a ensancharme el alma... Pues bien: encontrarme a Margaret Travers, de origen irlandés y en aquel tiempo Secretaria Regional del Opus Dei en Japón, esperándome en el hall del hotel, y encontrarla además dispuesta a cargar con una pesada maleta llena de libros que yo les llevaba desde España, volviendo a su casa en metro, tal como había venido, no pudo menos de conmoverme. Ciertamente que los escritos que podían obtener en japonés para alimentar su formación cristiana eran muy escasos, y que aquello les parecía una lluvia bendita, llegada de Europa. Pero esa forma suya de vivir la pobreza sin espectáculo, de entregar sencillamente su vida —su tiempo y las posibilidades de futuro—, me pareció lo que realmente era: buscar la santidad en lo ordinario.

Por supuesto, la acompañé en un taxi y pude así conocer, desde el primer día, el centro —sobrio pero acogedor y grato— de la Obra en Osaka, donde vivían también María Teresa Valdés, una aragonesa, que gastó su vida en el Japón, y Kikuko, una de las primeras japonesas del Opus Dei.

Ambas han muerto ya, y el Señor que, como nos decía el Padre, «no se deja ganar en generosidad», habrá pagado con creces su servicio desinteresado y heroico.

La jubilación: cambio de actividad

Finalmente, un viaje de características peculiares —y desde luego muy atractivas— fue el que se organizó durante 1999 para nuestro grupo, pensando especialmente en mi inmediata jubilación. Se trataba de acudir a una convocatoria de la Sociedad Europea de Nutrición Artificial en Estocolmo, pero esta vez los días libres fueron previos, ya que nuestro amigo organizador, Ramón de Santiago, ofreció un prólogo de crucero por los países bálticos.

Yo dejaba mi trabajo como médico en dos conocidos hospitales de la Seguridad Social española treinta años después de haber iniciado mi retorno a la Medicina Clínica. Tenía sesenta y siete años y había decidido cambiar el ritmo y carácter de mis actividades. La dirección y el trabajo habitual quedaría en manos de quienes llevaban trabajando ya largos periodos en nuestro Servicio del «Ramón y Cajal» de Madrid y estaban preparados para ejercer, con ventaja, una seria dedicación a los pacientes y a la tarea de investigación.

Llegamos a Copenhague por vía aérea y embarcamos en el crucero *Costa marina*. De tierra adentro, al fin, nunca había hecho yo una travesía en un barco de tales

dimensiones, que llenábamos por completo setecientos sesenta pasajeros y trescientos noventa y un miembros de la tripulación. ¡Tenía nada menos que ocho cubiertas!

La llegada al puerto de Estocolmo, con un panorama de fiordos donde el mar se adentraba en forma de estrechas lenguas entre acantilados, edificios, tejados y torres, hacían apasionante la imagen desde cubierta.

Tuve la oportunidad de acercarme en un par de ocasiones, en breves horas libres, a *Norrholm*, Centro del Opus Dei en Estocolmo, en Valhallavägen. Allí charlé con María Gruber, que me pareció —y es— toda una institución. Se estaba entonces comenzando el trabajo de la Obra en este país nórdico, serio aunque no fácil, intelectual de envergadura y con una población variada que abría amplias posibilidades.

Como siempre, disfruté intensamente con aquel grupo de mujeres de la Obra, alguna española, que compartían una misma pasión en su alma.

Una vez concluida nuestra asistencia a las sesiones, realmente maratonianas, del congreso, embarcamos de nuevo rumbo a Helsinki, capital de Finlandia. La imagen del puerto surgió de pronto entre la bruma, circundado por un mar en absoluta calma, que parecía impropio de las latitudes en que nos movíamos. En medio del Báltico, Helsinki, a orillas del río Vantaa, hace honor a su sobrenombre: «La ciudad blanca».

Fueron solo unas horas, pero me bastaron para acercarme también allí en busca de las mujeres de la Obra. Y, una vez más, admiré la unidad, la alegría en medio de las dificultades, de este pequeño grupo que dirigía el primer Centro del Opus Dei en la capital finlandesa. Rodeadas de un clima de aislamiento individualista, a menudo cerrado a toda trascendencia, estaban ellas, venidas desde otras esquinas del mundo con la luz interior de Dios, dispuestas a combatir la rutina, el cansancio, el simple deseo de una mayor comodidad material, para ayudar a aquellas gentes a descubrir la esperanza cristiana.

Ocupaban ellas un piso aún muy escasamente dotado, que también había buscado y equipado María Gruber, en sus repetidos viajes desde Estocolmo. Allí pudimos compartir una comida con ingredientes de sabor español que habían emprendido el viaje conmigo, y que les recordaron otras latitudes, desde donde se trataba de apoyar su generosidad y entrega.

¡Cómo no recordar luego en mi vida ordinaria, el espíritu de aquellas personas que se mantenían dándolo todo a diario, alejadas de las opciones tan legítimas que podían tener en su tierra natal...!

De nuevo el barco se hizo a la mar, esta vez y, como última etapa, hicimos escala en San Petersburgo, ciudad de ese inmenso país que unos años después sería nuevo destino de la expansión apostólica del Opus Dei. Recé por todo ello. Sin duda me resultaba conocida: de hecho, era como una leyenda en mi ánimo, que se había ido formando a partir de películas, novelas y ensayos de autores rusos inolvidables.

Tras una jornada repleta de historia, el sol rojo despidiéndose, partimos de San Petersburgo camino de nuestro último destino programado: Tallin, puerto y capital de Estonia, donde hacía poco tiempo que se habían instalado unas pocas personas del Opus Dei. Mis noticias eran que se trataba solo de un pequeño grupo de cuatro, cuyos nombres

llevaba anotados en una hoja de mi agenda.

Tallin es pequeño, pero tiene larga historia: su fundación por el rey de Dinamarca se remonta al siglo XIII. Cedida a Rusia en el siglo XVIII, no obtuvo la independencia hasta el fin de la gran guerra europea; volvió sin embargo a ser parte de la URSS tras el pacto germano-soviético y hasta su nueva independencia. Tiene una hermosa catedral y conserva edificios medievales.

Mis compañeros se acoplaron a un recorrido histórico, mientras yo fui a la búsqueda de aquella dirección anotada en un pequeño papel, preguntando en una pobre mezcla de idiomas hasta que, al fin alguien pudo orientarme certeramente. Después de un suave timbrazo en una puerta igual a otras diez que me rodeaban anónimamente, escuché una voz joven e interrogante: «¿Quién?». «Soy Ana Sastre, vengo de España y pregunto por Cristina Amorós».

Me franquearon la entrada al instante, dando lugar a un encuentro de cordialidad total. El piso era muy sencillo, pero amplio y grato. Y allí, en aquel extremo de Europa, la foto de nuestro Fundador, dándome la bienvenida a casa, desde la entrada. Y un oratorio pequeñito y acogedor. Fueron momentos felices.

Solo eran cuatro, y muy jóvenes: además de Cristina, de Madrid, estaba Fabienne Chmara que trabajaba en la embajada de Francia y obtenía los ingresos con que lograban mantenerse todas. También pude abrazar a Teresa Peña y María José García, médica valenciana, que dedicaba conocimientos y energías como voluntaria en un hospital del país en el que —al parecer— la escasez de camas y otros medios era, todavía, espectacular. Almorcé con ellas, lo recuerdo muy bien: solo unas patatas guisadas con mínima representación de carne, procedente de un animal no identificado. Y nada más.

Confieso que me sorprendió, y que me llevó algún tiempo asimilar su fortaleza: yo les había llevado algunas cosas de España pero no las consumimos; decidieron guardarlas para celebrar fiestas próximas. Esa armónica mezcla de pobreza y buen ánimo me hizo sentir vergüenza por el contraste con la amplia disponibilidad de medios de que yo disfrutaba. Aparté lo imprescindible para el regreso y deje allí esa cantidad de dinero (por otra parte reducida) que suele llevarse en los viajes por si surge alguna eventualidad, o para adquirir algún pequeño obsequio para la familia. Pero lo cierto es que ellas, seguramente sin saberlo, me dieron mucho más.

Al acercarse la hora prevista, quisieron acompañarme hasta el puerto, donde embarcaría de nuevo rumbo a Copenhague, desde donde volábamos hasta Madrid. Las dejé felices, en su deseo de suscitar —en aquel pequeño país colmado de historia y tantas veces hollado por invasiones— la más pacífica y grande de todas las revoluciones: la llegada del amor de Jesucristo a las gentes de nuestro mundo.

X. EL 17 DE MAYO DE 1992

Y aquí, un nuevo retroceso en la ‘moviola’ de la memoria: en el transcurrir de los días, entre el quehacer profesional y familiar, nos llegó como un relámpago de luz la noticia: nuestro Fundador sería beatificado en Roma, el 17 de mayo de ese mismo año 1992.

Apenas faltaban unas semanas para el gran acontecimiento, de modo que no dejó de considerar providencial el hecho de que yo tuviera programado la asistencia a un congreso de Nutrición en Milán exactamente tres días antes. Y que, por decisión y generosidad de los Laboratorios organizadores, estaba previsto que pasásemos dos jornadas de visita romana y regresáramos directamente en un vuelo Roma-Madrid.

Inútil decir la euforia que me acompañó en este viaje. Con golpes de impaciencia, asistí a las sesiones de nuestra reunión científica. Y nada más concluir, emprendimos la ruta de la capital italiana y nos alojamos en un pequeño y cómodo hotel muy próximo a Villa Tevere. Los excelentes profesionales de la empresa organizadora y, más que representantes y asesores, amigos de muchos años de trabajo, me acompañaban.

Algunos, informados del acontecimiento, que me afectaba personalmente, tuvieron el valor de amanecer a las cinco de la mañana del día diecisiete y acompañarme a la Plaza de San Pedro, que rebosaba de gente entrando, en un fluir ininterrumpido, por todas las vías adyacentes. Aquella era una multitud que buscaba su lugar y su asiento con decisión, pero sin agobio: con un profundo respeto hacia todos y todo lo que circundaba. Allí encontré —estupenda sorpresa— a Carolyn —mi antigua compañera del Mayor Fortuny— y a su marido George, que habían llegado de los Estados Unidos y aprovecharon para ver Italia y asistir a una ceremonia única a la que todos estábamos invitados. De alguna manera, y aunque ya lo era antes, san Josemaría dejaba de ser ‘patrimonio’ de los miembros del Opus Dei y pasaba a pertenecer a la Iglesia universal en la Comunión de los Santos.

Me habían proporcionado plazas muy próximas al altar para todos mis acompañantes, y a mí me llevaron a uno de los asientos cercanos al *sacrato* donde iba a tener lugar la ceremonia. Dos grandes representaciones pintadas sobre lienzo —que se descubrirían en el momento de la proclamación de los nuevos beatos— ocupaban los dos frentes de la fachada, en el exterior de la Basílica de San Pedro: Josemaría Escrivá y la religiosa de la Caridad canosiana Giuseppina Bakhita, oriunda de Sudán, que sería beatificada en la misma convocatoria romana.

El día era espléndido y el ambiente de la plaza, abarrotada, cobraba emoción según

transcurría el tiempo y se aproximaba el momento de la celebración. Todo estaba cubierto de flores, llegadas como ofrenda de muy diversos lugares del mundo. Al fin, a los acordes del *Lauda Jerusalem*, entonado por el coro y acompañado por los asistentes, un elevado número de sacerdotes y obispos concelebrantes inició la procesión, precediendo al Santo Padre, para dirigirse al altar, situado ante el pórtico de la Basílica de San Pedro, e iniciar la Santa Misa.

La emoción de tantos fieles de la Obra de ambas secciones, algunos de la primera hora, era evidente. Entre ellos don Pedro Casciaro, recién llegado de México y desbordando alegría, a quien me presenté; con su gran sentido del humor, me contestó: «¡Ah!... tú eres esa descarada que nos ha dejado a todos a la intemperie en *Tiempo de Caminar...*». Era evidente que el libro le había gustado y que su broma era todo un elogio que agradecí profundamente.

Todo fue una fiesta. Una gran fiesta. Ya muy avanzada la mañana, al acabarse el ceremonial y dando gracias a Dios por haber sido testigos de la beatificación de nuestro Fundador, volvíamos —cansados y felices— a nuestro alojamiento. Todavía resonaba en mi interior aquella fecha agri dulce, elegida para celebrar ya siempre, la fiesta de nuestro Padre, el día de su llegada a la eternidad de Dios: el 26 de junio. Era también el aniversario de la muerte de mi madre.

Lentamente, aquella multitud que conformaba una inmensa familia, se fue dispersando por las calles de Roma. Tardamos en conseguir regresar al hotel, pero allí comprendieron de dónde veníamos y nos sirvieron, fuera de horario, una comida excelente, casi a las cinco de la tarde. Fue toda una entrañable y gratísima celebración, con mis amigos. Debo decir que ninguno conocía especialmente la Obra ni tenía relación con ella sino a través de mi amistad. Pero todos manifestaron una cordialidad que refrendó mi afecto y admiración por ellos.

Más allá del horizonte[\[38\]](#)

Todo este retablo —trabajo, familia, amistades, grandes y pequeños sucesos— estaba inmerso, con su significación, en la vida ordinaria de cada día: con una dimensión de eternidad. Por ello, intento poner al descubierto lo que fue el quicio que articuló todo mi afán por la obra bien hecha en lo humano con un amor que quería ir, sí, más allá del horizonte. Y eso durante más de veintitrés años de trabajo médico en el Hospital Ramón y Cajal de Madrid.

Sería farragoso enumerar la cantidad de reuniones a las que tuvimos —uno u otro miembro del equipo— que asistir. Pero vale la pena citar algunos aspectos en los que se consolidó especialmente nuestra dedicación clínica, docente e investigadora.

Indicio significativo de la actividad que fuimos capaces de desarrollar a lo largo de esos más de veinte años es que, durante un largo periodo tras mi jubilación en el Ramón y Cajal, no disminuyeron las llamadas a colaborar, organizar o intervenir en numerosos actos, de muy variado contenido, pero siempre relacionados con la nutrición. Más bien

creo recordar que, desde 1999 hasta el 2008, mi actividad continuó siendo constante y los encuentros y acontecimientos se sucedieron de modo ininterrumpido: simposios y reuniones, muchos de carácter internacional, en los que nuestra voz era ya conocida, y en ambientes tan variados como el Colegio de Médicos de Madrid, el Auditorio de Palma de Mallorca, el Centro Cultural de Aranjuez, el Hospital Gómez Ulla, la Generalitat Valenciana, el Palacio Euskalduna de Bilbao, la Universidad Internacional del Mar en Cartagena, el Colegio de Farmacéuticos y la Real Academia de Medicina de Madrid, y un largo etcétera en el que apenas quedaron lugares de la Península donde no alcanzáramos a comunicar nuestro entusiasmo.

Podría señalar dos situaciones que para mí destacaron con singular importancia. Una tuvo lugar en octubre de 2004, al celebrar el 50 aniversario de la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra. El 6 de octubre de 1954 había iniciado su actividad el primitivo Estudio General, con muy contados profesores y apenas veinte alumnos. Tras medio siglo de andadura podían contabilizarse ya más de seis mil médicos formados y ejerciendo con eficacia su profesión por todo el mundo. Para celebrarlo tuvo lugar, el 9 de octubre de 2004, un acto académico en el gran edificio de investigación CIMA, con una lección solemne en memoria del profesor Ortiz de Landázuri. Don Eduardo —como es sabido— fue figura clave que explica buena parte de la excelencia alcanzada. Inútil tratar de expresar el alud de emociones que se levantaron en mi interior ante imágenes inolvidables de los años y personas con quienes había compartido esfuerzos, aprendizaje e ilusión, día a día, sin decaer ante múltiples dificultades y carencias.

Y el segundo de los acontecimientos, para la historia de algunos de nosotros y sobre todo porque marcaría un antes y un después en lo que se refiere al modo de afrontar la atención a los enfermos terminales— fue la presentación del Proyecto Laguna, en Madrid, el 24 de marzo de 2004, bajo el título: «Los mayores: desafío del siglo XXI». José M^a Román, uno de los artífices de este encuentro, fue quien recabó mi ayuda para organizar una jornada que reuniera a lo más destacado de la geriatría, neurología, medicina interna, cuidados paliativos, etc., de nuestro país, y que, con un serio planteamiento científico, se prestara a enmarcar un proyecto que entonces solo existía como ilusión de porvenir. Doña Lucía Figar de la Calle, entonces Secretaria General de Asuntos Sociales, presidió la jornada de apertura. Y en sucesivas intervenciones se dieron cita figuras como el profesor José Manuel Ribera Casado, José Masdeu, Manuel González Barón, Alfonso Cruz Jentoff y Fernando Reinoso. Y todo nuestro equipo que, con su generosidad y entusiasmo, colaboró en el privilegio de describir el futuro proyecto; junto a ellos, los incondicionales de los laboratorios científicos que, una vez más, prestaron generosamente su apoyo a la celebración.

Apenas nueve años más tarde, Laguna[\[39\]](#) ya es una realidad: un Centro modélico de asistencia sanitaria y social para mayores, así como de hospitalización y cuidados paliativos, para aquellos pacientes en fase terminal o mayores que sufren enfermedades psicogeríatricas invalidantes, como el Alzheimer. Con una zona para los internos y otra como Centro de Día, pensada tanto para el bien de los enfermos como para el imprescindible descanso de las familias afectadas. Y con una buena parte de dedicación

por parte de voluntarios...

Comentario aparte merecen también las actividades docentes que —de algún modo— forman parte de la llamada, característica del Opus Dei, a hacer de la propia vida una continua difusión de la verdad, porque la verdad acerca a Dios. Enseñar fue siempre, dentro de mí, uno de los más fuertes incentivos para el estudio y la preparación profesional. Tal vez fuese por condición genética inicial: hija de una excelente maestra, orgullosa de su profesión; mi padre, un militar acostumbrado a orientar y educar a los soldados en toda una serie de virtudes castrenses. Manuel, mi hermano quien adquirió fama merecida de excelente catedrático y hasta Angelines que escribía, con una letra estética y rotunda, párrafos que hubieran podido insertarse en cualquier libro de brillante correspondencia. No tenía más que dejarme llevar por los parámetros familiares.

Me estimulaba impartir clases a todos los niveles: el superior, por la exigencia de conocimientos que suponía; los de divulgación, por la necesidad de adaptar y hacer comprensible a los oyentes cualquier propuesta, quizá técnicamente compleja. De hecho, he participado en las tareas docentes de seis universidades españolas. En los últimos años de mi actividad tengo que destacar, por ser de especial significación, las relativas a la Universidad a Distancia (UNED) y las de los Cursos de post-grado de la Universidad Menéndez Pelayo de Santander (UIMP) en los meses de verano. Fue un privilegio poder pensar y a la vez disfrutar el paisaje incomparable desde el Palacio de la Magdalena. El esfuerzo y la gratitud se amalgaman en mis recuerdos con la espuma blanca y el sonido de las olas que golpeaban a nuestros pies.

Desde el año 2001, los profesores coordinadores de la UNED han contado conmigo para diversas actividades que tenían, entre otros, el atractivo de un público con estudios superiores, pero muy variado en su definición y representación. Jóvenes o maduros, con formación en Ciencias o en Letras, en ejercicio profesional activo o en periodos de formación y preparación. Sin duda ha supuesto un reto explicar los principios básicos, bioquímicos y técnicos, de la nutrición a espectadores tan heterogéneos. Pero todos tenían en común una actitud esencial: el deseo de aprender.

Y así hemos recorrido Plasencia, Ávila, La Coruña —una de las ciudades más bellas de nuestra costa norte—, y Madrid, repetidamente. Nuestros programas se han llenado de contenido, desde la elucubración antropológica del hito que supuso el fuego, en las manos del hombre, hasta las últimas técnicas de nutrición artificial.

En esta misma línea, recuerdo el interés que para mí tuvo, en mayo de 2008 y a propósito del Mes de la Salud organizado por la Caja Rural de Zamora, la ocasión que me proporcionaron de tratar de un tema tan unido a la raíz mesetaria de Castilla: «El pan en la cultura y la vida del hombre». Se desarrolló en el Paraninfo del Colegio Universitario de la ciudad.

Publicaciones

Otro proyecto en el que tuve la oportunidad de colaborar fue el promovido por el

profesor Manuel Hernández, catedrático de Pediatría en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), con quién —luego de compartir los primeros años del Hospital Ramón y Cajal— se estableció una cordial amistad apoyada en la vocación docente que a ambos nos movía. Pensando que la difusión de criterios acerca de la Nutrición Clínica no había sido abordada todavía en España con la suficiente profundidad, decidimos que valía la pena intentar algo en esta área. Con la enorme ventaja de que él dominaba el campo de la alimentación pediátrica mientras yo, con los colaboradores ya conocidos, podía exponer en extenso todas las incidencias relacionadas con el adulto, tanto en la prevención, como en la enfermedad. Cada año programaríamos un semestre a desarrollar de enero a junio. Y podríamos perfilar un texto con el contenido de las clases, impartidas por auténticos maestros. Y así fue, en efecto, después de ocho años ininterrumpidos de cursos de postgrado.

El primer tratado de Nutrición Clínica editado en nuestro país agrupó a los mejores profesionales del momento; ellos, desde las bases bioquímicas, fisiológicas o patológicas, introducían las situaciones que precisaban de un soporte nutricional específico. Aprendimos todos. Solo interrumpí este trabajo con motivo de mi jubilación.

Otras publicaciones, como la relativa a Alimentos Funcionales, irían viendo la luz a lo largo del tiempo gracias al apoyo del Instituto Científico Danone y de otras sociedades y grupos interesados en el tema; y sin duda contribuirían a enriquecer, en pocos años, un ámbito hasta entonces desatendido.

Los veranos también se llenaron de actividad altamente interesante por su contenido interdisciplinar, gracias a iniciativas como los cursos organizados por la Escuela Asturiana de Estudios Hispánicos en La Granda, en un entorno casi paradisíaco de la provincia de Oviedo. Se trataba de un grupo de científicos de alto nivel que —por los avatares políticos de la España de la República, la guerra civil y la posguerra de Franco— se vieron abocados a un exilio que podríamos llamar voluntario, y a años de trabajo ampliamente reconocidos, sí, pero sobre todo fuera de su patria.

Creo que la vida, también desde el ángulo profesional, ha sido generosa conmigo y me ha dado un sinfín de oportunidades, entre las que cuento como más destacables la relación de respeto y amistad con numerosos y variadísimos compañeros de trabajo. Para mí, estos nombres y estas vidas habían tenido siempre un contenido casi mítico, en gran medida por influencia de mi hermano Manuel.

Ya he contado que mi hermano no fue nunca afín a las ideas de la época durante nuestra juventud... Estoy segura de que mi relación, casual pero intensa, con personalidades que habían retornado a España al cabo de muchos años y solo después de acabar la etapa franquista, hubiera contado con su aplauso y simpatía.

Al regresar en 1970 a la actividad clínica y sobre todo cuando —un año más tarde— establecí mi actividad médica definitivamente en la Clínica Puerta de Hierro de la capital, don José M^a Segovia dirigía los cursos de verano de La Granda, en Asturias, y allí fue donde, algo más tarde, pude acceder al trato y a la inmerecida amistad de aquellas figuras señeras que se convirtieron en impulsores y monitores de muchas de nuestras actividades científicas y docentes.

Recuerdo con especial gratitud uno de mis últimos encuentros durante el IV Congreso de la Sociedad Andaluza de Nutrición Clínica y Dietética. Aquel 17 de marzo nos reunimos en Linares (Jaén) donde acudí para dictar la Conferencia de Clausura, sobre las raíces de nuestra dieta; seguida de una excelente cena, me veía allí, rodeada de asistentes que disfrutaban del encuentro, cuando un amigo del presidente, me dijo cordialmente, en una pausa:

—Estará Ud. orgullosa de todo esto.

—¿Yo?... Si acaso, los organizadores.

—No. Ellos también. Pero el origen, la dedicación entusiasta a una nueva especialidad de Nutrición, se la deben a Ud. y están encantados de manifestárselo.

Nunca he creído que esta afirmación fuese del todo cierta, aunque lo agradecí profundamente. Fui, si acaso, un eslabón de la cadena. Eso sí: convencido y firme. Y me alegro de que muchos, y muy valiosos, siguieran la misma ruta que ahora nos llena de satisfacción y de orgullo.

Llamada de Roma

Después de la beatificación de san Josemaría era preciso el reconocimiento de un milagro, realizado por su intercesión, para esperar y pedir a Dios que la Iglesia lo incluyera entre los Santos. No lo sabíamos entonces, pero esto llegaría tan solo diez años más tarde.

Ya de tiempo atrás se venía trabajando en la preparación de un congreso que celebrase el centenario del nacimiento del Fundador y que el Prelado de la Obra convocaría en Roma —entre el 8 y 12 de enero 2002—, en que se cumplía el centenario.

¡En tantos lugares —ya de los cinco continentes— se rezó y se pensó antes de iniciar la redacción de las ponencias! El lema propuesto: «La grandeza de la vida ordinaria» constituía el encuadre de esa búsqueda de Dios según el espíritu de la primitiva cristiandad, que el entonces beato Josemaría proclamó con su vida y sus enseñanzas. Un grupo numeroso y variado, proveniente de todas partes del mundo, aportaría también —mediante la presentación de numerosas intervenciones breves— aspectos concretos de esta grandeza de lo ordinario, que no está solo y objetivamente en las cosas que el hombre es capaz de hacer, ni aun en la noble ambición de ponerlo todo en las manos de Dios sino, sobre todo, en el amor sobrenatural —en la caridad— con que se realiza.

La primera invitación a que participase en el congreso data del 16 de junio de 2000. Al recibirla leo, con alegría contenida, que la Pontificia Universidad de la Santa Cruz ha comenzado a organizar un congreso internacional conmemorativo del centenario del nacimiento del beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei, que tendrá lugar en la capital de Italia, del 8 al 12 de enero de 2002. Se trata de reflexionar sobre diversos aspectos de su personalidad y mensaje, y analizar también el influjo de su doctrina en diferentes ámbitos de la existencia secular cristiana.

Amablemente me hacían saber que la universidad se sentiría muy honrada si yo

quisiera enviar una *comunicación* al congreso acerca de algún aspecto del impacto de la vida y obra del Beato Josemaría en la historia. Luego venían una serie de normas formales a las que, lógicamente, habían de sujetarse las intervenciones.

La emoción de integrarme en una gran reunión conmemorativa, en Roma, que expusiera la vida, figura y doctrina de nuestro Fundador con una visión universal, a través de gentes de todo el mundo, debo confesar que me fascinaba.

Y me lancé a pensar: ¿cuál era el escenario que yo conocía mejor, por nacimiento y condición, en el que san Josemaría hubiera desarrollado una de las etapas intensas del Opus Dei y de su futura proyección en el mundo? Y llegó a mí una inspiración inmediata: Burgos. La guerra civil española; la obligada salida de Madrid; la inspiración y puesta en marcha, en algo más de un año, de todo el crecimiento y fuerza de la Obra... No podía conocer entonces una afirmación bien concreta de don Javier Echevarría, Prelado de la Obra, cuando aseguraba años más tarde, que allí, en la capital burgalesa, se gestó la solidez y expansión de todo el Opus Dei. Y por supuesto, también el peso de la cruz que había de asumir.

Tomando, pues, giros del Fundador, tan dado al idioma castellano rotundo y a los títulos que campean sobre romances y cantares de los caballeros de Castilla, envié mi posible título y contenido: «A la orilla de los Cantares de Gesta: Burgos 1937-1938».

Les gustó el tema. Me hicieron llegar las normas establecidas para la redacción de los trabajos y me puse manos a la obra. Nada hubiera hecho sin la generosidad permanente, en busca de ayuda documental y datos históricos, por parte de Ana Lamelas y las demás compañeras de la Oficina Histórica. Lo cierto es que tuve a mi disposición los documentos pertinentes en un brevísimo plazo de tiempo.

Y lo escribí. El texto, pensado y modulado varias veces, llegó al fin a Roma, y fue leído en la sesión correspondiente del Congreso, el 8 de enero 2002, a las 17 horas.

Los trámites administrativos y las sesiones se organizarían en el Palazzo dell'Apollinare y en el edificio de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz. Las sesiones plenarias, muy numerosas, se proyectaban en el Complesso Monumentale di Santo Spirito in Sassia.

De nuevo en nuestras manos, un extenso e intenso programa, con el envés siempre fascinante y nunca del todo conocido de la Ciudad de Roma, brindándonos el descubrimiento emocionado de tantos espacios de heroísmo y vida.

La hora de la ronda

Además de mi intervención romana, el año 2002 fue pródigo en desplazamientos a lo largo y ancho de la geografía española. La beatificación de Monseñor Escrivá de Balaguer había levantado un cierto revuelo de opiniones, manifestada con el apasionamiento propio de nuestro temperamento mediterráneo, en diversos medios de comunicación. Y era importante dar a conocer su figura y su espíritu en la condición y altura en que le había situado ya la autoridad de la Iglesia Católica. Por ello, sin

abandonar un milímetro mi trabajo profesional habitual, dediqué también apasionadamente y en colaboración con otros miembros de la Obra, más de veinte fines de semana a viajar y hablar en público, ante variados auditorios, de lo que el Opus Dei significaba en nuestras vidas y en el panorama universal de la Iglesia.

He de decir que, en principio, me costó un cierto vencimiento personal el testimoniar en primera persona. No muy proclive a expresar, y menos en público, la intimidad, hablar de mi vida en el Opus Dei no me resultaba fácil; porque el hecho es que no se trataba de elaborar un discurso correcto y neutro sobre las bases de una doctrina. Iba más bien a descorrer el telón de una vida y dar a conocer el cambio esencial que siempre supone el tratar de dar respuesta a una vocación de índole sobrenatural. Pretendía narrar cómo había asumido, en mi vida personal, un espíritu y un talante inspirados por Dios al Fundador de la Obra, y no siempre fáciles de comprender en aquel momento; era aquello del vino nuevo que Jesucristo menciona en el Evangelio (Mt 9, 16-18) y del que afirma que requiere odres nuevos: a menudo los antiguos encuadres mentales no sirven. A la vez, la exposición debería ser clara, con los fundamentos históricos y teológicos objetivos, pero también con las vivencias que pudieran atraer y hacer comprender mejor la realidad. Como en un rato de charla personal, confiada y sincera.

Yo no podía —ni quería— apoyar la situación en mi facilidad de discurso. Eso, en más de una ocasión, puede fallar lamentablemente; la capacidad de exponer y convencer, en un tema como este, pertenecía sencillamente a la inspiración de Dios.

Por eso, lo primero fue rezar. Pedir ayuda al Señor de las pequeñas y grandes batallas. Y después, prepararlo con profundidad y cariño; había que exponer sencillamente, pero con claridad, la trascendencia del espíritu que el cielo había enviado sobre Josemaría Escrivá.

Y con esta decisión, un grupo bastante numeroso de personas iniciamos un trabajo intenso. La transcripción de mis intervenciones llegó a ocupar casi el volumen de un libro. Voy a intentar ahora, como en una ráfaga, dejar aquí algunas pinceladas de lo que traté de transmitir.

En primer lugar, lo que es, sin duda, el núcleo del mensaje que san Josemaría recibiera aquel 2 de octubre de 1928 y que suponía poner de relieve la llamada universal a la santidad tal como la entendieron los primeros cristianos: sin salir de sus ocupaciones ordinarias, sin cambiar de estado, tratando de proclamar la Buena Nueva a sus iguales; la gran noticia de un Dios que es Padre y que ama entrañablemente a cada uno de sus hijos. Creados “*ut operaretur*”, para trabajar la tierra —el mundo que nos ha entregado—, nos pide comportarnos, no como esclavos, sino como quienes en verdad somos: “Hijo, ve hoy a trabajar a mi viña” (Mt 21, 28), con la libertad del hijo que se esfuerza gozosamente, aunque suponga cansancio, en cultivar la propia hacienda. Porque sabe que trabaja para Dios.

Con ocasión del Congreso romano que conmemoraba el Centenario del nacimiento de Josemaría Escrivá, el Papa Juan Pablo II recordaba que «la fábrica, la oficina, la biblioteca, el laboratorio, el taller, los muros domésticos, se pueden transformar en lugares de encuentro con el Señor, que eligió vivir treinta años de vida oculta^[40]. Yo

tuve la oportunidad de ver —en Israel, en Belén y Nazaret— los utensilios de madera que aquellos artesanos son capaces de tallar. De sentir su aroma. Sin duda eran muy semejantes a los que un día trabajaron las manos de Dios-Hombre en nuestra tierra, cuando —en su quehacer diario de familia y trabajo— realizaba nuestra Redención...

Los pequeños eventos de la jornada encierran una grandeza insospechable, y viviéndolos con amor a Dios y a los hermanos, es posible superar *‘in radice’* toda fractura entre fe y vida cotidiana; fractura que el Concilio Vaticano II denuncia como uno de los más graves errores de nuestro tiempo (cfr. *Gaudium et Spes*, 43)».

Y podemos recordar, igualmente, párrafos de una homilía, tantas veces citada: «Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres» (*Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer* 113).

Recientes aún los ecos del Congreso celebrado en Roma sobre la figura y el mensaje del Fundador, les decía yo con total convicción: Desde Nigeria a Kazajstán, del Reino Unido a Sydney, de Canadá a la Tierra de Fuego... todos comprendíamos allí con idéntica claridad lo que el beato Josemaría ha recordado innumerables veces: que todo hombre está llamado a comprender y experimentar que el cielo y la tierra no se unen allá lejos, en la línea del horizonte, sino dentro del propio corazón, cuando vivimos santamente la vida ordinaria. ‘Sabedlo bien —ha escrito—: hay un *algo santo*, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrirí (ibid. 114).

Poco tiempo después, con ocasión de una breve estancia en Pozoalbero (Jerez de la Frontera, octubre, 1968), y estando en íntima y familiar tertulia con sus hijos, insistirá: «Os mentiría si os dijera que el Señor no ha tenido conmigo intervenciones extraordinarias. Las ha tenido siempre que han sido necesarias para la marcha de la Obra. (...) Pero muy especialmente en un día como hoy, no he querido contaros nada de eso, para que se os quede muy grabado y lo repitáis en el futuro (...) que el camino nuestro está en lo ordinario: santificar las acciones vulgares y corrientes de cada día, hacer endecasílabos —verso heroico— de la prosa diaria»^[41].

En Almería, en Elche, en el colegio Guadalaviar de Valencia; varias veces y en diversas sedes de Madrid...; ante oyentes muy diversos, pero de alguna manera relacionados con el ámbito de la docencia y de la formación, e insistiendo siempre en el valor de las cosas pequeñas, cotidianas, de aquello que llevaban entre manos: ya fuese en etapa de estudio o de madurez granada, en tareas de dirección de un centro docente de prestigio bien acrisolado o del hogar familiar —que requiere también ‘dotes de mando’, como servicio sin apenas relumbre o como autoridad, que también es servicio...— cualquier circunstancia de su vida diaria, cualquier quehacer, a menudo rutinario y sin relieve, en el que nos vemos inmersos, es —puede serlo, si nosotros lo vivimos como querer divino— ocasión de santidad. Para nosotros mismos y para quienes nos rodean.

El suelo de nuestros primeros años y el entorno familiar que nos conforma; la

autoafirmación y rebeldía de la adolescencia; la madurez con su doble filo de éxitos, decisiones, fracasos y rutinas; y la vejez con sus limitaciones, adioses y pérdidas... Todo ese amasijo de alegría y dolor tiene el diseño de Dios, que nos ha elegido a cada uno como artífices de nuestro propio desarrollo. Porque, como nos decía el Papa Juan Pablo II, apenas tres años antes en su «Carta a los artistas»: «Todo hombre puede hacer una obra de arte con su vida». Y esto es lo que significa y lo que, en definitiva importa, en el quehacer ordinario. La seguridad de ser hijo de Dios —y de que a lo largo y ancho de toda vicisitud, por contradictoria que parezca, campea el amor infinito de Dios por cada uno— es algo que aleja el azar, el vacío, el abandono y la soledad, que llena de contenido cualquier circunstancia: de aquellas que los hombre denominan vulgar —o incluso negativa y dolorosa—, porque aprendemos que todo tiene valor de eternidad.

Creo que fue en la intervención que tuvo lugar en Valencia, en el mes de enero de 2002, en el Colegio Guadalaviar, ante otro numeroso auditorio, donde más a fondo tratamos el reto de la educación, de la imprescindible —y no siempre fácil— formación de los hijos. En celebración conjunta, Guadalaviar conmemoraba el centenario del nacimiento del beato Josemaría Escrivá y el cuarenta aniversario de su propia inauguración como centro docente. Estaban presentes padres y madres, algunos ya abuelos, y profesionales de la primera hora, entre ellos la primera directora, Lolita Sainz, quien escribió en un precioso «Libro testimonio»: «Guadalaviar... ¡cuánto has crecido!»... Lo mismo que diríamos a un niño al que dejamos, menudo de estatura y desarrollo, y de pronto le volvemos a ver ya casi un hombre... ¡Cuánto has crecido!

Valencia estuvo siempre en el corazón del Opus Dei —«a Valencia la miro con una predilección que no es ofensa para ninguna otra ciudad...»^[42]— como primogénita de la expansión en la Península. Solo la guerra civil pudo impedir la llegada inmediata de los primeros de la Obra. Tan pronto se abrió camino la paz, Samaniego habría de ser la primera residencia universitaria, y el Cubil, un pequeño piso en el que se forjarán los primeros levantinos que responderían a esta llamada.

Ahora que el barco había ganado en envergadura y la tripulación ya era numerosa, había que abordar el riesgo de grandes ambiciones: *duc in altum!*, que nos había repetido don Álvaro tras la muerte del Fundador. Hay que ir mar adentro en busca de nuevas playas y fronteras, sin perder de vista jamás lo esencial: aquellos padres que generosamente acudieron a la llamada del Fundador cuarenta años atrás, y que secundaron con fe y alegría sus sugerencias —embarcándose en la aventura de crear un nuevo centro de enseñanza— no pensaban solo en resolver un problema puntual —el de la formación de sus hijas— sino que soñaban en tantas futuras alumnas que podrían beneficiarse de un magnífico instrumento para difundir la verdad, el bien, la cultura de la solidaridad y del esfuerzo, las virtudes humanas necesarias para edificar, a su tiempo, una vida sobrenatural sólida y bien fundamentada...

Porque san Josemaría, con clara visión, supo siempre establecer un orden nuevo en las preocupaciones de los profesionales que se dedican a la enseñanza en estos niveles: primero los padres, porque es la familia el núcleo inicial, genuino, que «recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo del amor de Dios por la

Humanidad»[43]. En segundo lugar, los profesores, que contribuirán con los padres, primeros responsables, a moldear rectamente las personalidades de los niños, y a proporcionarles los instrumentos básicos para su desarrollo intelectual y social: y, paradójicamente, solo en último lugar, los alumnos, destinatarios finales de los esfuerzos de toda la comunidad escolar.

¡Cuántas veces habló el beato Josemaría de estos temas! —les decía yo—. ¡Cuántas iniciativas impulsó, en los más variados ambientes, para promover la formación intelectual, espiritual y humana en todos los niveles de la sociedad, en todas las latitudes geográficas...!

Ya en los primeros años, el Fundador había asegurado a los padres promotores del colegio que eran instrumentos de Dios para una obra maravillosa de arte sobrenatural. «Hacedla a conciencia —les decía—. Los artistas se ponen delante de la tabla cada día y la van pintando y repintando. Lo mismo los que pulen la piedra, que quitan lo que sobra y añaden lo que falta. Así, ni más ni menos, vosotros: estáis labrando estatuas... Cercenad lo superfluo, añadid lo que convenga y examinad todos los días qué buenas cualidades tienen vuestros hijos, con el fin de aumentarlas, y qué defectos les vienen también de la naturaleza, para corregirlos...»[44].

Es algo semejante a lo que Juan Pablo II escribiría, años más tarde, acerca del ‘pathos’ con el que Dios, en el alba de la Creación, contempló la obra de sus manos (...). A cada hombre se le confía la tarea de ser artífice de la propia vida; en cierto modo, debe hacer de ella una obra de arte, una obra maestra. «La sociedad tiene necesidad de artistas, del mismo modo que tiene necesidad de científicos, técnicos, trabajadores, profesionales, así como de testigos de fe, maestros, padres y madres que garanticen el crecimiento de la persona y el desarrollo de la comunidad por medio de ese arte eminente que es el arte de educar».

Educación es arte, por supuesto: porque es aliarse con el educando para forjar virtudes: con la entrega orientadora y la experiencia de unos y con el esfuerzo y la libre cooperación de los otros. Arte para labrar virtudes, para forjar caracteres, para iluminar inteligencias...

Como me decía en cierta ocasión el profesor Severo Ochoa: «No digan ustedes nunca a sus alumnos que para ser Nobel es preciso ser un genio. Es necesario, sí, tener una inteligencia suficiente, jugar muy bien con la oportunidad y la suerte en el terreno investigador, pero luego, el resto es trabajo, trabajo y trabajo».

Educación en libertad, adecuada a la edad y el momento. Se trata de personas; ¡más!: de hijos de Dios. Y hay que hacerles libres para que sean ellos quienes quieran luego sujetarse firmemente a los valores de referencia, sólidos y auténticos, en el momento de la tempestad. Hacerles libres, para oponerse a las corrientes destructoras del entorno con fortaleza y simpatía...

Veraces, para que cada uno sepa ver y comunicar su propia verdad sin halagos ni derrotismos. Siempre se puede construir el edificio de la vida con los materiales que cada uno tiene, si no se los ignora ni sobrevalora.

Y serán seguros, porque habremos sabido insertar en su existencia —de los alumnos,

de los hijos— una certeza sin precio posible: que son incondicionalmente amados. Por sus padres y maestros, ciertamente, pero sobre todo porque es Jesucristo, el Hijo de Dios, quien quiso hacerse cercano y vivir en nuestra tierra “Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»(Mt 28, 20). Y ¿cómo sentirse inseguro con la idea, bien afincada en el corazón, de la filiación divina? Josemaría Escrivá nos lo dejó como fundamento del espíritu del Opus Dei. Sin la seguridad total de las manos de Dios sosteniendo nuestra vida, todo lo demás se desvanece en el tiempo. Y por eso trataremos de ser —y de educar— personas: solidarios, fraternos; dispuestos a compartir, a ceder: a comprender y amar mucho antes que a perdonar. Pero si es necesario, a perdonar.

Y ambiciosos. ¿Quién ha dicho que el cristiano no puede ser ambicioso?

El Fundador nos dejó como legado el ancho mundo: “No hay caminos hechos para vosotros” escribía ya en *Camino*. “Los haréis... al golpe de vuestras pisadas”. ¡Dios y Audacia! —DYA— era el lema de la primera academia universitaria de la Obra en Madrid...

Y muchos de los presentes habían conocido a un gran hombre de la luminosa tierra levantina, don José Montañés, sacerdote... Pues don José falleció diciéndole a su sobrina Marosa: «El mundo es de los valientes; nunca de los cobardes. Nunca seas cobarde».

Tenían, además, en la tierra valenciana, otro patrón sobreañadido: la herencia poética de Bartolomé Llorens, premio Adonáis de España y, al decir de uno de sus maestros, Dámaso Alonso, «la juventud más traspasada de vida y espíritu que he tenido a mi lado».

Nacido en Catarroja, enfermó muy joven. Y a punto de morir, aún escribía:

«He acallado mis gritos y mis voces
Y escucho allá en el fondo la voz tuya,
Mansa y dulce, Señor, amor, cantando.
¡Qué nueva vida! ¡Qué secretos goces!...
Ten cuidado, Señor, no me destruya,
Esta caricia, amor, que me estás dando»...

Pero también hubo ocasión de acudir a Teruel y a Almería, a participar en una ‘Mesa de trabajo’ organizada por el grupo Attendis y los colegios Altaduna y Saladares, cuya atención espiritual llevan sacerdotes del Opus Dei. La ponencia trató sobre «San Josemaría Escrivá y la educación».

Y a Alcázar de San Juan, donde nos llevó el Club Alcocer y donde la tierra llana compite, en luces y colores, con el cielo. Allí, sobre las líneas horizontal y vertical que marcan las dimensiones del horizonte, es más fácil entender la grandeza de la vida cotidiana... O a Murcia, donde fue todo un plebiscito que llenó el salón de actos, convocados por Albedaya, un club con vuelo de asociación juvenil.

Elche, Castellón, Granada, Gerona, Las Palmas de Gran Canaria... ¡Sería muy extenso, tratar de recoger aquí todo lo que quisimos transmitir! Ni sería hacer justicia a la generosidad de su esfuerzo, de su cordial acogida: a la alegría con que recibían aquel nuestro mensaje de esforzado optimismo, de vida con sentido, de volar alto y —al

mismo tiempo— cuidar con amor las menudencias del día a día. Aquel mensaje —que no era nuestro sino del Fundador de la Obra, y del querer de Dios— para vivir de un modo nuevo.

Una jornada para recordar especialmente fue la de enero de 2002 en el Centro de Formación Ribamar, en Sevilla. Rodeada de alumnas, padres, y muchísimas amigas, que rebasaban todos los espacios acondicionados para la reunión, no pude menos de recordarles que uno de los primeros viajes del Fundador de la Obra, para dar a conocer el espíritu que Dios le había encomendado, fue precisamente por tierras andaluzas.

Pero tuvimos que volver al tema que nos había reunido y que le fue siempre tan querido: el servicio y la libertad de servir. Porque aquella tierra, que tiene el don de la elegancia y sabe quedar bien por igual con un manojo de jazmines o un regalo de brillantes, puede entender —tal vez mejor que nadie— la libertad de saber dar y darse.

Efectivamente, san Josemaría trató siempre de la dimensión social del sector profesional de servicios como de una «auténtica y eficaz ayuda a la sociedad». Y recordaba aquella frase evangélica: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Io 15, 13)... Se trataba de darse del todo, pero en el día a día: sabremos difundir esa caridad entre los demás hombres con una vida de servicio.

¿Quién os va a explicar a vosotros —les decía— la cantidad de amor que se puede manifestar manteniendo agradable el hogar, o la que puede enriquecer la ayuda a un anciano, a un enfermo o a un niño? Pero hay que estar muy atento, porque el instante podría encontrarnos ausentes, desganados, distraídos. Y aquello es irrepetible. Habríamos perdido la ocasión del encuentro.

Si un día todo se nos vuelve vulgar, rutinario, repetido; si amenaza con asfixiarnos ¡no nos dejemos derrotar! Ya dijimos que, en cada instante, el esfuerzo es para un «quién», un ser humano. Y con un «qué», un motivo. En cada momento estamos construyendo la vida, el bienestar, la fuerza y la alegría de otros.

Decía Wilhelmsen que en esa actitud de servicio, lo contingente cuida de lo contingente. La debilidad humana se ocupa del otro, de la otra debilidad. Las necesidades continuas, aparentemente pequeñas pero importantes, contribuyen a diseñar el entramado de la vida humana y son la plataforma desde la que se toman luego las grandes decisiones.

A veces algunas tareas pueden parecer repetidas, sin resonancia. Y la tarea, que se hace y deshace a diario, no se conservará en ninguna estantería, como las ‘obras completas’ que recogen otras ocupaciones. Pero las obras completas de vuestros quehaceres son las personas que han experimentado esos cuidados, atenciones que les han permitido cumplir, a su vez, la propia misión en la vida.

Las ocupaciones de servicio son como una ancha concavidad, para el abrazo del mundo. Son el hogar, la casa del hombre, cansado de la labor cotidiana. Y en esa acogida amable es donde puede cada persona encontrar la paz, la concordia y el entendimiento.

Es verdad que, a lo largo de etapas históricas, tanto el hombre como la mujer han sido atropellados en su dignidad, y a veces obligados a un trabajo alienante; en algunas épocas, con la violencia de la esclavitud y en otras, no menos indignantes, con otro tipo

de encadenamiento económico. En estas situaciones, que aún existen, la lógica rebeldía ha mezclado en una misma batalla los conceptos de servilismo y de servicio; y como consecuencia la lucha por evitarlo, con revanchas e igualitarismos que nada tienen que ver con las dimensiones auténticas del hombre y de la mujer. Muchas ideologías, presentadas como liberadoras de un mal sistema, se han convertido, a su vez, en torturadoras de la dignidad que, teóricamente, vinieron a recuperar.

Nos lo dijo el Papa Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro en la homilía de la Misa con ocasión de la inauguración de su pontificado: «¡No tengáis miedo!»...No tengamos miedo a la libertad y a la alegría de servir. No temamos perder la autonomía ni el respeto ajeno por estar dedicados a una tarea de servicio... Todos deberíamos servir por igual aun cuando cada uno lo haga en aspectos y tareas diferentes ¡O bien somos realmente inútiles, inservibles!...

Fue en la Clínica Universitaria de Navarra y también —de nuevo— en Madrid, en una charla dada en las instalaciones del Oratorio del Caballero de Gracia, donde hube de abordar el tema —esencial para el cristiano y presente de modo especial en el espíritu de la Obra— del dolor: de la cruz que todo vivir conlleva.

El Fundador sabía que la Obra había de crecer ‘con las raíces en forma de Cruz’. Y que allí, en medio del dolor, Dios sale a nuestro encuentro, ofreciendo a cada uno la posibilidad de que nos identifiquemos con la Cruz redentora.

Por el propio monseñor Escrivá sabemos que fue entre los pobres y los enfermos de los hospitales de Madrid como la Obra inició su verdadero tiempo de caminar: en medio de un trabajo sin tregua, de un lado a otro de los barrios extremos de la ciudad, atendiendo con afecto humano y sobrenatural, a los más desfavorecidos. Aludirá muchas veces, en sus catequesis a lo largo de los años, a la fortaleza que encontró en aquellos lejanos comienzos: «Había un sacerdote que tenía veintiséis años, la gracia de Dios, buen humor y nada más. No poseía virtudes ni dinero. Y debía hacer el Opus Dei. Y ¿sabéis cómo pudo? Por los hospitales. Aquel Hospital General de Madrid, cargado de enfermos paupérrimos, con aquellos tumbados por la crujía, porque no había camas. Aquel Hospital del Rey donde no había más que tuberculosos... y entonces la tuberculosis no se curaba. ¡Y esas fueron las armas para vencer! ¡Y ese fue el tesoro para pagar! ¡Y esa fue la fuerza para ir adelante!»[45]...

Sin ese sentido heroico y santo del dolor no se puede tener la osadía de decir a una moribunda, en el borde de la desolación final, algo tan vehemente y seguro como: «Bendito sea el dolor, amado sea el dolor, glorificado sea el dolor»[46].

Desde el 28 de noviembre de 1982, el Opus Dei es Prelatura Personal y adquiere la forma y solidez jurídicas definitivas. Vislumbramos ahora la envergadura histórica de tantos acontecimientos que solo conocíamos como se conocen los recuerdos de familia, las situaciones de particular significación, los momentos felices... y los difíciles, pero que no hemos vivido, y cuya importancia tal vez no hemos sido capaces de valorar.... Por eso ahora continúan ¡tan vivas! ¡tan sugerentes! algunas de sus palabras, tanto de la primera hora como de sus últimas reflexiones aquí en la tierra.

Todavía el 19 de marzo de 1975, tres meses antes de su fallecimiento, decía a sus hijos

en la Obra: «Estas son las ambiciones del Opus Dei, los medios humanos que pusimos: enfermos incurables, pobres abandonados, niños sin familia y sin cultura, hogares sin fuego y sin calor y sin amor»...

Se concluían los encuentros con un animado coloquio en el que se reafirmaban muchas ideas incoadas y otras saltaban a la palestra. El resultado fue siempre un nuevo empuje del ánimo para seguir adelante con las tareas que había impulsado, desde los primeros momentos, con tanto cariño y esperanza, san Josemaría Escrivá.

Verdaderamente fue ‘una gran caminata’ la del 2002. Un exigente —pero muy grato— recorrer los puntos cardinales de España con la siembra, a voleo, del espíritu del Opus Dei. Lo menos que pudimos hacer, en justa correspondencia...

[38] ‘Más allá del horizonte’ es el título de una obra de teatro de Eugene O’Neill, Premio Pulitzer 1920, muy leída en mi juventud.

[39] Laguna es, en verdad, un baluarte en la defensa de la dignidad de toda vida, sea cual sea su estado físico o psíquico y una respuesta pacífica pero contundente y eficaz a quienes establecen diferencias entre personas útiles e inútiles.

[40] Discurso de Juan Pablo II a los participantes del congreso celebrado en Roma con ocasión del centenario del nacimiento de Josemaría Escrivá de Balaguer.

[41] Entrevista a Álvaro del Portillo, sobre el Fundador del Opus Dei, realizada por Cesare Cavalleri. Ediciones Rialp 1993.

[42] Palabras de san Josemaría, pronunciadas en Valencia en 1972 durante un encuentro con familias.

[43] Juan Pablo II, Carta «Familiaris Consortio».

[44] Juan Pablo II, “Carta a Los Artistas» p.2.

[45] Ana Sastre, *Tiempo de caminar*, p. 110.

[46] Camino, 208.

XI. UNA MENTE ABIERTA AL MUNDO

Hago un inciso aquí, al hilo del tiempo de la jubilación, para considerar esas aficiones que pueden llenar la vida cuando nos llega el momento de cesar la actividad profesional, aficiones que requieren un comienzo más temprano para que no se conviertan solo en un ‘matar el tiempo’.

Siguiendo la trayectoria familiar, la letra impresa ejercía sobre mí, desde temprano, un atractivo fascinante. ¿Qué contenían aquellos tomos y páginas, que se me antojaban interminables, ordenados y apilados en las librerías de nuestra casa?

De algún modo, he sabido explicarme por qué algunos niños tenemos una tendencia irrefrenable hacia la letra impresa. Las posibilidades de emigración vacacional estaban estrechamente limitadas por la escasez económica. No conocí nunca periodos estivales de largo alcance, ni hacia montaña ni hacia costa marina, si se excluyen las estancias con los Olea en Villárdiga; ya que el dinero llegaba justo para asumir el fin de mes con la dignidad habitual. Hubo, sí, alguna escapada con los cursos del Servicio Social, entonces obligatorios, que dirigía la Sección Femenina de Falange, y en los que nos adiestraban, durante los primeros cursos de universidad, en una disciplina casi militar, agrupadas en albergues de verano.

Yo siempre tuve dentro, incluso incrementada por la dificultad, un ansia especial, ilusionada y magnificada por la imaginación, de conocer el mundo. El horizonte, desde la ventana de mi habitación, era una llamada sin límites hacia lo desconocido, que se me antojaba fascinante. Algún día iría. Y, ciertamente, he pasado más de treinta años de mi vida viajando por el mundo, que no han defraudado en absoluto mis sueños, sino todo lo contrario: han sobrepasado, en muchos casos, el poder de mi imaginación.

Pero mientras las etapas adultas llegaban, el recurso estaba en la lectura: leer lo que otros habían visto; entrar y pasear las descripciones como en un andar propio. Instalada en el exiguo cuarto de nuestro piso de Valladolid, en la ruta de los primeros años del bachillerato, devoraba libros que mi hermano Manuel dejaba libremente a mi alcance. Tal vez por eso, mi iniciación ha tenido un cierto matiz de carácter masculino: aventuras de capa y espada, intrigas e inteligencias con cariz detectivesco frente al misterio, relatos políticos y tesis de pensamiento. En muchos casos, fueron una seria tentación contra el estudio.

Cada vez que concluía un libro, conocía a los personajes, me identificaba con el autor, admiraba sus habilidades. Acumulaba, sin saberlo, conocimientos, astucias, diálogo y

actitudes existenciales. He crecido entre letras y he soñado la vida con mil personajes como fondo. Lo cual no me ha situado en un plano de ensoñación. Los acontecimientos diarios más bien constituían una nueva narración: la propia, cuyo desenlace estaba entonces muy lejos de prever.

No sabría decir qué libro causó más impacto en mi afición tan precozmente estrenada. Pero sí la huella de muchos de ellos, variados en el contenido, estilo y procedencia. La anarquía de tendencias y elecciones que decidía dentro de mí, llegó a preocupar en el ámbito familiar. No fui alumna de notas brillantes en mi adolescencia. Más bien me limité a salir del paso, para no crear problemas.

Creo que me resulta imposible enumerar lo que entró en mi mente a oleadas durante aquellos años y que luego ha seguido, sin interrupción, como la alfombra cultural de toda una vida. En todo caso, no trato —ni remotamente— de llenar de nombres unas páginas, como si hubiera de presentar la bibliografía adjunta a una tesis doctoral.

He leído mucha novela: heroica primero —con mayor o menor base histórica— psicológica más tarde, y de denuncia social o planteamientos existenciales luego. Pero no me costaba enfrentarme a los gruesos tomos de un Charles Möeller en su «Literatura del siglo XX y cristianismo» que me enseñaban a analizar en profundidad y con criterio recto a grandes autores contemporáneos. En nuestro cuarto de estar estaban apilados los clásicos, que también formaban parte de mi curiosidad y estudio, y —al alcance de la mano, en nuestra condición de hijos del magisterio de mi madre— obras poéticas como las de Antonio Machado, Juan de la Cruz, León Felipe o Federico García Lorca.

Más tarde, con los años acumulando preguntas, dudas y claro-oscuros en el significado de la vida y de la muerte, llegaron los autores de contenido ético-religioso. Pero una vez enfilada la ruta del Opus Dei, los libros escritos en castellano rotundo, clásico, lleno de trascendencia en su significado, del Fundador y de algunos de sus colaboradores, llenaron la necesidad de saber o intuir, siquiera de lejos, la aspiración humana a la eternidad. Y ya mucho más tarde, falta de tiempo y acallada la inquietud con que se leía en mi juventud, Juan Pablo II, y después Joseph Ratzinger/Benedicto XVI, abrieron toda una fase y dieron un giro copernicano en la lectura espiritual. Sus escritos están dotados de una gran envergadura intelectual, revestida de belleza literaria, que logran la entrega fascinante al pensamiento y la lectura.

Con el tiempo, he conocido a escritores, y poetas cuyo nombre se adscribió para siempre en nuestra vida literaria y espiritual, como Bartolomé Llorens, Ernestina de Champourcín y Juan José Domenchina.

Todo ello, en forma de amable caos, constituyó una carga ciertamente positiva, que marcó mi formación cultural —y los consiguientes planteamientos existenciales— durante años de polémica y cambios sociales en el ámbito que nos rodeaba.

Con los libros, se disputó el tiempo ¡siempre escaso! la pasión por el cine. Ya he hablado de las raíces de esta afición, allá en nuestra casa de Valladolid, muy próxima a un local llamado «Roxy» donde proyectaban, en sesión continua y de la mañana a la noche, películas de muy variados temas y matices. De cómo mi hermano Manuel y sus amigos comentaban, en animadas tertulias, las películas a las que acudían. Todas sus

opiniones anidaban en mí y fueron el germen de una gran afición que, entonces, estaba más allá de mis posibilidades.

Durante la juventud el cine se convirtió en pasión absoluta. Siempre había adquirido mis conocimientos preferentemente en la lectura de libros técnicos, críticas, guiones cinematográficos, antes que en la asistencia, más bien limitada, a las salas de proyección. Esta fue luego una de las grandes compuertas que se abrieron en Madrid, al llegar al Colegio Mayor. Acudíamos con frecuencia a Cineclubs universitarios, sesiones con críticos y actores, y era esta una actividad al alcance de nuestros bolsillos y capaz de abrirnos un mundo de posibilidades.

Los interminables comentarios, en grupo amistoso, acerca de cualquier película que hubiésemos podido disfrutar en la deslumbradora amplitud de un cine de la Gran Vía, perduran todavía en la memoria, con la gratitud de un bienestar y aprender compartidos.

Mi afición se trocó en oficio cuando la dirección de un periódico —«Madrid»— y de una revista —«Telva»— me ofrecieron, a través de un amigo común, la posibilidad de hacer crítica de los estrenos relevantes. Más que un estudio técnico, para el que yo carecía de conocimientos, se trataría de ofrecer la opinión, razonada, del espectador, con criterio estético, cultural, social e incluso ético, sobre la proyección estudiada. Me encantó la aventura: casi diez años de actividad muy satisfactoria. Aprendí mucho porque no dejé de informarme. Y pude opinar, con un grado de objetividad suficiente, en muchos campos. Empleé en ello mi mejor interés, esfuerzo y capacidad literaria.

A lo largo del tiempo recibí un montón de correspondencia al respecto: acorde y, como es lógico, también en desacuerdo con mis enfoques. Traté de asumir las críticas y aprender de todos. Y seguí ejerciendo aquel oficio temporal, compatible con mi quehacer médico, con el empeño por difundir ideas sanas a partir de mi formación y mis criterios.

Yo debo al cine emociones, ideas, impactos estéticos y horizontes impagables. Y prueba de ello era la pasión joven que podía desencadenar un tema, también a nivel intelectual, cuando dirección, interpretación y arte conspiraban con la técnica para hacerse con el espectador. Muchas horas de nuestro ocio de aquellos años están colmadas por obras inolvidables del Séptimo Arte.

Caminar en armonía

Me llegan a la mente tres palabras que encierran conceptos para mí fundamentales: amistad, música y pintura. ¿Por qué asocio los tres temas? Porque sin duda han configurado algunos de los instantes de armonía que, humanamente, han resultado más importantes en mi vida.

Desde muy niña sentí la atracción por la música. Pero me temo que, durante mis años de colegio, la profesora encargada de las clases de piano, fue incapaz de encauzar mi tendencia y frenar mi indisciplina. No pudo acoplarme a esa especie de ascetismo que se requiere para lograr el dominio de un instrumento musical. Sin embargo, siempre me he arrepentido de mi inconstancia y falta de empeño. Haber aprendido lo indispensable para

teclear una sonata en el piano, como era la ilusión de mi madre, habría sido muy gratificante. Pero lo dejé por puro abandono. De todas formas esto no frenó en absoluto mi pasión por la música ni el estado casi de trance que se adueñaba de mis sentidos cuando podíamos asistir, en nuestro Madrid y en el Palacio de la Música, a un buen programa.

A lo largo de mi vida he disfrutado pocos placeres comparables a una gran partitura en manos de las figuras de nuestra Orquesta Nacional y con directores de talla y arte internacionalmente reconocidos.

Era todo un ritual: salíamos del colegio mayor con tiempo para tomar algo en cualquier cafetería o bar de la Gran Vía. Llegábamos a nuestra localidad, obtenida de antemano, a mezclarnos con el gran público que siempre acudía a los conciertos. Escalábamos hasta las filas más altas, conocidas popularmente como el ‘gallinero’ (no había dinero para más) y nos sumergíamos de pronto en el silencio absoluto, a media luz, de la sala abarrotada. Era un momento especial aquel en que rompían el aire las notas de Liszt, Beethoven, Vivaldi, Chopin, Wagner, Schubert, Rodrigo... bajo la batuta magistral de una gran figura. Invadía la atmósfera una oleada indescriptible de armonías. Y yo me sentía pequeña, minúscula ante aquella inmensidad que, sin embargo, cabía dentro de mí y destruía las barreras de la insignificancia: estar vivo en cuerpo y alma era respirar aquello. El mundo era enorme, abierto al infinito y bello; dramático y exultante en las gradaciones que reproducían los instrumentos de la orquesta.

Pocas veces me he sentido más satisfecha que empleando mis pobres ahorros para acudir, con la mayor frecuencia posible, a los conciertos que entonces se organizaban en Madrid y que resultaban asequibles a bolsillos de cortos alcances.

Mi madre apenas había pasado de la música de zarzuela, ampliamente conocida y reproducida en su cantar, con buen oído, por los pasillos y estancias de nuestra casa familiar. Mi hermano tenía, quizá, un gusto más elevado, pero sin llegar al gran concierto. Nunca supe explicarme por qué, se me aceleraba el pulso ante el sonido de las grandes composiciones de música clásica. Me resonaban dentro las notas de agua y cristal de una sonata de Chopin; y me envolvía en un estallido de luz el pleno de la orquesta en la intensidad majestuosa de una sinfonía de Beethoven. Pero entré en la ruptura de la modernidad. Me quedé allí donde había soñado mi adolescencia: sigo adicta a Bach, Grieg, Mozart, Albinoni, Dvořák, Brahms... y tantos otros que han puesto el gusto por la música en nuestras vidas. Aún recuerdo con toda nitidez el concierto de flauta y arpa en do mayor de Mozart, que oíamos a todo volumen, sin cansancio ni intervalo, en las mañanas de domingo, gracias al tocadiscos de Maribel López Rico, un regalo de su familia, que inundó las horas festivas de nuestra vida universitaria en el Mayor.

Algo similar, aunque de modo más ocasional y esporádico, sucedía con otras manifestaciones de arte, como la pintura. En España estábamos en plena entusiasmo impresionista; incluso en los viajes asociados a congresos profesionales, la posibilidad de ver un museo en horas libres aparecía siempre anotada en las agendas. París nos brindó en este campo posibilidades interesantes, las veces que tuvimos ocasión de viajar

hasta la capital de Francia.

Pero aún recuerdo mi breve estancia en el museo Van Gogh de Holanda, con una reducida colección, el «Autorretrato» del artista, con sus trazos desesperados, o la brillante y sorprendente cercanía de «Los girasoles», escapándose del plano en el que parece apresado su color. Tuvimos oportunidad de conocer museos en Estados Unidos, Bélgica, el Reino Unido... Y, Escocia: fuimos a Glasgow casi exclusivamente a ver —y emocionarnos— con el Cristo de Dalí colgado del aire eterno y expuesto en una sala que llenaba su sola presencia.

Tengo amigos desde siempre. Pero, especialmente, desde los años universitarios, cuando hay tantos proyectos, logros, fracasos, sueños y realidades que uno necesita compartir.

Es entonces cuando surge la amistad, algo mucho más grande que el trato cotidiano, que podría ser solo camaradería; ni siquiera es el apoyo, la ayuda, aunque todo ello forme parte integrante de una amistad auténtica; es algo más que surge, impensado, en medio de la prosa cotidiana: alguien a quien hacemos partícipe de nuestro ser, de nuestros sentimientos y anhelos, en un intercambio de mutua confianza, de cariño leal que permanece para siempre, a través de lo grato y de lo difícil.

Se puede romper una amistad. Pero efectivamente se *rompe*. Porque algo ha hecho quebrar la confianza; porque alguien ha abandonado ese territorio etéreo, tal vez nunca definido expresamente, pero que marca los límites de lo que se entiende como justo. No cabe, en cambio, el deterioro: no puede mantenerse desconchada y en rebajas.

He tenido el privilegio de contar con muchos amigos. Alguna relación tal vez se ha congelado en el tiempo y está ahí archivada, sin nuevas confidencias ni emociones compartidas. Pero ahí sigue, envuelta en el feliz recuerdo y la ayuda que fue.

La amistad puede ser más o menos desigual. Desde la distancia que impone una personalidad fuerte, adulta, reforzada por un prestigio digno de nuestra admiración. Pero se da con más frecuencia en la paridad de mundos intercambiables, desde la misma posición y altura.

Podría citar un buen número de maestros y compañeros médicos, de Puerta de Hierro y del Hospital Ramón y Cajal que siempre me honraron con su ayuda y amistad y a los que no he olvidado en el transcurrir del tiempo. Pero dejo como muestra una relación que para mí ha sido determinante a lo largo y ancho de más de cuarenta años de vida profesional: Manuel Serrano Ríos, quien ha desarrollado su tarea clínica y docente desde la Cátedra de Medicina Interna de la Universidad Complutense de Madrid y que ha sido paradigma de lo que una verdadera amistad debe ser.

He compartido su trato inteligente, original, su capacidad inagotable de trabajo, conocido más allá de nuestras fronteras; durante sesiones agotadoras en fundaciones, empresas, consejos científicos, cursos universitarios... En todos ellos ha sido un eje exigente, renovador y de categoría científica indiscutible. La amistad de don Manuel —Manolo para nosotros— es uno de esos regalos providenciales al que debo gran parte de mi actividad profesional y de mi seguridad para sacar adelante casi cualquier proyecto. El Instituto Científico Danone —que el profesor Manuel Serrano Ríos preside— es una

agrupación numerosa de científicos, que, desde hace más de quince años, distribuye generosas ayudas a la investigación biomédica y premios a los mejores trabajos reconocidos en España. No olvidaremos fácilmente las sesiones en las que —con un rigor exhaustivo— se determinaba la ayuda que iba anualmente a parar a unos cuantos, con la satisfacción de estimular el esfuerzo y la inteligencia de los mejores. Y en todos ellos don Manuel era la palabra objetiva y neutral, que aunaba opiniones superaba todo disenso sin herir ni avasallar a nadie.

Por otra parte, y en otro orden de cosas, es de justicia recordar a personas que, en el transcurso de una vida cotidiana, con el nexo común del espíritu del Opus Dei, me han brindado siempre su ayuda para ahondar en las decisiones que Dios me pidió en un momento de la vida: son personas inolvidables, a las que he de agradecer una buena parte de mi propia fortaleza.

En pocas palabras: la amistad ha sido siempre el sendero por el que han transcurrido mis mejores pasos. La soledad interior, muy importante en momentos decisivos, no soporta en mí una larga duración. Abrir el «Yo» al «Tú», que repetiría Martin Buber, es mi mejor encuentro con la dimensión a veces dolorosa, a veces fascinante, de vivir.

XII. LA VIDA COMO SERVICIO

Dora

El *Istituto Storico Josemaría Escrivá* —creado por iniciativa del Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, en 2001— me encargó un trabajo biográfico sobre Dora del Hoyo^[47], la primera numeraria auxiliar del Opus Dei, a la sazón ya mayor y —sobre todo— gastada en su tarea de largos años de servicio.

Oí una vez a un amigo una frase que nunca he olvidado: «Es que si no servimos somos, sencillamente, inútiles». En realidad es difícil no percibir que la vida es un multiforme servicio a los demás, aunque este hecho se produzca afectado por un gran número de matices, grados y circunstancias. Todo trabajo, ocupación u oficio penetra en el torrente social y contribuye a la oferta y demanda, continuas, en el desarrollo cotidiano de la subsistencia. Seamos conscientes de ello o no, es el esfuerzo colectivo lo que mantiene la estabilidad del conjunto. La palabra servicio tiene múltiples acepciones. En términos generales, se refiere al estado de algo o de alguien que está sirviendo en aquello para la que está destinado o a lo que está obligado. Así lo concibe el Diccionario de María Moliner. Referido a las personas, y según el espíritu del Opus Dei lo enfatiza, podría entenderse, fácilmente, como la capacidad de contribuir, con el esfuerzo y las capacidades propias, a hacer más sencillo el camino de los otros.

A partir de 1928-1930, un hombre elegido por Dios, Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, tuvo estas ideas muy claras a la hora de desarrollar los aspectos humanos de un mensaje sobrenatural. En un momento de convulsiones sociales, destrucción de estamentos que aparecían como consolidados por la Historia, tiempo de guerras y conflictos, vuelve Dios a poner en manos de los hombres la novedad y la grandeza de conceptos olvidados: el trabajo es el eje de la existencia humana, el desarrollo de capacidades, la posibilidad de saber y ser útil en campos determinados. Es esta la concreción más real de la vida como servicio y el mejor testimonio de la presencia de Dios que, a partir de la inteligencia, las manos y el corazón de los hombres, continúa cada día el proyecto de la Creación.

Esa inquietud por servir, en mi caso, nació ya en el ambiente de seriedad y trabajo del hogar familiar —del buen ejemplo que allí pude disfrutar— y vino a encontrar su cauce definitivo al conocer el espíritu del Opus Dei, al término de mis años universitarios. Es por ello que ahora siento la necesidad de expresar ideas y vivencias en torno a la noción

de servicio cuando se trata de seres humanos libres y responsables —y no máquinas o irracionales— quienes lo llevan a cabo.

Es cierto que la palabra *servicio*, tal como se ha utilizado en determinadas circunstancias sociales, ha sido relegada al ámbito de lo servil poniendo con ello en lógica rebeldía a estamentos objetivamente maltratados durante largos periodos de tiempo. Pero esta connotación negativa nada tiene que ver con la palabra *servir* —ser útil, colmar una necesidad— ni con la cadena de trabajo inevitable y gozosamente responsable que gravita sobre toda la humanidad activa. El médico o el cerrajero, la empleada del hogar y el abogado, el agricultor y el filósofo cumplen todos un indispensable acto de servicio, al desarrollar sus actividades. Se puede decir que unos trabajos conllevan categorías y respeto social diferentes, pero esto no deja de ser un prejuicio, que arrastra rémoras feudales y cuya valoración pretende disfrazarse de maximalismo revolucionario.

El trabajo, todo trabajo, tiene la categoría de quien lo realiza y la repercusión de la calidad con que lo lleva a efecto. De hecho —y siempre según la enseñanza de san Josemaría— quien es capaz de poner miras sobrenaturales a su esfuerzo, logrará santificarlo y santificarse en él, y con su ejemplo contribuirá a la santificación de todo su entorno.

Y, si acudimos a las enseñanzas de la Iglesia, es el hombre —y no el capital o el salario— lo prioritario, y siempre debe ser respetada la persona.

Una labor, teóricamente clasificada como de bajo nivel social, puede ser infinitamente más importante que el ampuloso, y muchas veces vacío, discurso de un pseudo-intelectual. Además de ser superficial la acusación de monotonía que se esgrime contra determinadas tareas, como las del servicio doméstico: no hay trabajo que escape a la reiteración y a la rutina. Solo la proyección —el darle un sentido— convierte lo ya trillado en algo con calidades humanas. Además, el trabajo manual tiene algo muy entrañable. La precariedad humana conlleva cansancio: paga a diario el empleo de sus posibilidades físicas e intelectuales. Alguien que, con orden y afecto, dispone y ‘remienda’ nuestro diario desgaste material, realiza un trabajo valioso y, sin duda, debe despertar un agradecimiento muy vivo. Porque sin este cuidado, en el incómodo y sucio rincón del abandono, es imposible pergeñar ningún proyecto ni tarea de envergadura. El mundo paralizaría su engranaje si desapareciera de pronto toda mano de obra. La evolución de los conocimientos técnicos, la investigación y los inventos han facilitado enormemente estos trabajos, lo mismo en la agricultura que en la fábrica o en la cocina familiar. Pero no ha variado la importancia de la intención que lo guía y lo maneja. Siempre están detrás las manos, pero también la inteligencia y el corazón de un ser humano.

Algún filósofo estima que «toda vida es encuentro». Y ese encuentro tiene lugar también a través del trabajo. Servir, en cualquier ámbito y nivel es, a veces con mínimos gestos, abrir ante los ojos del otro el horizonte de la solicitud humana. El mejor ropaje de la comunicación y la esperanza.

No hay ocupación que, por razón de una artificiosa clasificación social, quede

excluida de este planteamiento. No es sorprendente, pues, que en este enorme tapiz de actividades humanas se hallara representada la dedicación cotidiana a las tareas administrativas que conlleva el esfuerzo completo de *hacer hogar*.

En las primeras décadas del siglo XX, la preparación profesional, y la consiguiente consideración laboral de las empleadas del servicio doméstico, salvo raras e incompletas aproximaciones legales, es prácticamente nula. Por eso resulta sorprendente que el Fundador de la Obra mencione —y ponga por escrito— auténticos programas profesionales para este sector. Expone la trascendencia social de su oficio, la amplia formación que precisan para la utilización de máquinas, utensilios, productos textiles; el conocimiento de la dietética y la cocina en orden al cuidado de la salud individual y colectiva; la necesidad de adiestramiento y praxis docentes —en fin— para quienes se dediquen a este trabajo y hayan de adquirir cada vez mayores destrezas. Cursos, exposiciones, textos... Una verdadera formación profesional que hemos visto luego surgir, casi setenta años más tarde, en los planes docentes y laborales del Estado español.

Y además introduce en la médula de este, como de cualquier otro trabajo, la dimensión trascendente, el servicio a los demás, buscando el encuentro con Dios en cada esquina del diario quehacer. En este sentido, clamaba el Fundador de la Obra y está recogido en «Es Cristo que pasa».

Es hora de que los cristianos digamos muy alto que el trabajo es un don de Dios, y que no tiene ningún sentido dividir a los hombres en diversas categorías según los tipos de trabajo, considerando unas tareas más nobles que otras

Las obras del amor son siempre grandes, aunque se trate de cosas en apariencia pequeñas. El milagro, la prueba maravillosa de la divinidad de nuestra empresa, es que andemos cada día los mismos pasos, y que les demos, también cada día, sentido nuevo, luz distinta, vibración renovada: ¡ese es nuestro gran descubrimiento!

A las primeras mujeres del Opus Dei, el Fundador les insistió reiteradamente acerca de la importancia de estos oficios de atención y cuidado de los Centros de la Obra. Y es en estos momentos iniciales cuando Dora del Hoyo entra en contacto con el Opus Dei.

Tuve la oportunidad de mantener una entrevista personal en Roma, en octubre de 2002, con Dora, y me contó, a grandes rasgos, la aventura de su descubrimiento y llegada a la Obra, para llegar a ser luego la primera numeraria auxiliar del Opus Dei.

Cuando la conocí, el tiempo había caído ya sobre sus hombros, pero conservaba el talante y la estatura interior que la caracterizaron siempre; y eso mientras me contaba, con toda naturalidad, hechos que constituían lo que san Josemaría ejemplificó como un transformar en endecasílabos heroicos el habla común.

Una cosa quedaba clara, desde el principio al final de su vida en el Opus Dei: que vino llamándose sirvienta —porque era como se denominaba entonces su oficio— y entendió perfectamente el orgullo de ejercerlo en la Obra de Dios. Y que su mejor título, al final de su vida, seguía siendo, sin complejos: *sirvienta*. Es decir: capaz de haber atendido y ayudado a tener un más alegre y ágil caminar al encuentro de Dios, a todos cuantos se cruzaron en su trabajo y en su vida.

Todo empezó en Madrid y en la residencia *Moncloa*, para continuar luego en Bilbao y

en la casa de Villaviciosa de Odón (Madrid) llamada *Los Rosales*. Pero la mayor parte de la vida de Dora habría de discurrir muy cerca del Fundador, en la Sede Central de Roma.

En una calle del Parioli romano, san Josemaría conseguiría, con ayuda de don Álvaro del Portillo, una amplia vivienda en condiciones económicas excepcionales. Se trataba de la antigua Legación de Hungría, país que había roto las relaciones con el Vaticano en 1947, y que por lo tanto abandonaba sus instalaciones. Hasta 1949, en que por fin se desalojaría el edificio principal, los miembros de la Obra habrán de adaptarse a las escasas dimensiones de lo que había sido portería de la Legación. El *Pensionato*, como lo llamarán desde el principio, adquirirá pronto limpieza y orden. Y la generosidad de cuantos están iniciando el camino del Opus Dei en muy diversos lugares, así como de cooperadores y amigos, contribuirá decisivamente a pagar los créditos que requiere la adquisición del inmueble.

Y aquí, a esta casa, preludio de lo que luego será la Sede Central de la Obra, acuden, una vez más, numerarias y numerarias auxiliares para hacerse cargo de las tareas de administración ya unos meses antes. El 27 de diciembre de 1946 había llegado un pequeño grupo al aeropuerto romano de Ciampino, entre ellas, Dora del Hoyo[48].

Desconoceríamos por completo el esfuerzo y espíritu de Dora si no fuera por el testimonio de personas que, en distintos momentos, compartieron su vida y su quehacer. Su natural reservado y la abnegación, asumida con alegre sencillez, de esta castellana recia alejan y silencian la menor autocomplacencia ante sus méritos.

Muchas personas hablan de su reciedumbre. Tuvo etapas en las que estuvo muy enferma. Pero nunca quejosa. Tenía un enorme interés por aprender para así mejorar su trabajo, y se interesaba por todos los adelantos técnicos que facilitarían las tareas domésticas. Frecuentaba, cuando podía, ferias, exposiciones, superficies comerciales, para indagar sobre máquinas, sistemas y productos. Pero no posponía el esfuerzo ni justificaba la medianía de un trabajo por la carencia de medios. Una mujer capaz de pasar horas a la intemperie limpiando trajes, en pleno invierno, para no enrarecer el ambiente de la casa con los productos que empleaba. Y poner en juego con ello, sin un comentario, toda su resistencia física.

Alguien llegó a decir de ella, y de su actitud ante múltiples situaciones, que era una mezcla cabal de cabeza y corazón. Desconocía el servilismo y estaba orgullosa de servir con señorío.

En los años que permanece en Roma tendrá Dora la repetida oportunidad de acudir para atender a san Josemaría y al grupo que le acompaña en sus gestiones por el norte de Italia, Francia o Inglaterra, en estancias no muy prolongadas y con una finalidad siempre relacionada con los apostolados de la Obra: para abrir caminos al Opus Dei[49].

Dora aprenderá siempre y sabrá sacar sus propias conclusiones prácticas acerca de la organización, capacidad técnica, y categoría de los países que visita. Mientras, se esforzará por hacer con su trabajo más grata la vida del Fundador y de quienes le rodean.

Casi sesenta años permanecerá Dora en la ciudad del Tíber. El Fundador tiene en ella toda su confianza y sabe que su esfuerzo contribuirá a mantener viva esta ocupación de las Administraciones de los Centros de la Obra, esa tarea que definió siempre como «la

columna vertebral del Opus Dei». Terminará su vida en la administración que atendía el Colegio Romano de la Santa Cruz, construido en los terrenos de Saxa Rubra, en los alrededores de Roma.

Ya en 1981 había sufrido un infarto cardíaco, del que se recuperó satisfactoriamente. Pasó así veintitrés años de ritmo más sosegado. Al principio ¡cuánto le costaba no poder adelantarse a servir! Luego, fue feliz enseñando a otras más jóvenes lo que ella había aprendido, tantos años cerca del Padre...

El 9 de enero de 2004 su estado se agrava. Está a punto de cumplir los 90. A partir de la madrugada del día 10 el corazón empieza a fallar, y poco antes de las cuatro su respiración se torna imperceptible. Con el crucifijo en las manos y rodeada por el cariño de sus hermanas y el hondo agradecimiento de toda la Obra en el mundo, abandona su largo y fecundo caminar por la tierra para entrar en la eternidad de Dios. Desde los Picos de Europa, en sus tierras castellanas, el viento de la vida se apacigua y reposa sobre este corazón grande y generoso, que ya se había hecho romano.

Los restos mortales de Dora serán velados en oración por muchas personas que la trataron. Sobre todo por numerarias auxiliares de varios países, presentes en aquel momento en Roma y de algún modo fruto de la entrega —de la santidad— de Dora y otras que abrieron camino: Ría van der Oever, de Holanda, Marcelina Orduña Arredondo, de México, Rose Anne Waithira Karobia, de Kenia, Felicity Simpson, de Australia y Vilma Tibi Sayson, de Filipinas; se trasladarán a Santa María de la Paz, la Iglesia Prelaticia en Roma. El día 11 de enero, después de una Misa solemne oficiada por monseñor Javier Echevarría, se cierra el féretro y es depositado en un lateral de la cripta, junto a la tumba de don Álvaro del Portillo y bajo el altar donde reposan los restos de san Josemaría.

Ella había sabido fundir armónicamente las figuras de Marta y María, aquellas dos hermanas de Betania, en cuyo hogar descansaba el Señor durante sus viajes para preparar la Buena Nueva; así lo enseñó siempre el Fundador, cuando trataba sobre la tarea de las administraciones y así lo recuerda el Prelado[\[50\]](#).

De aquel primer eslabón que se llamó Dora del Hoyo[\[51\]](#) ha surgido una larga cadena de mujeres fieles que hoy constituyen apoyo indispensable en todos los lugares de la tierra donde trabaja y reza el Opus Dei. Algunas de estas personas tienen estudios superiores; otras, se han centrado en una preparación básica y posterior aprendizaje de un oficio que exige habilidades, disposición e inteligencia práctica. Toda la Obra es consciente de que, sin esta asistencia específica vivida conforme al espíritu del Opus Dei, no se podría culminar ninguna otra tarea. Son muchas las gentes, de variados ambientes y culturas, que desde un principio se han sentido atraídas por el orden, la estética, el afecto y cuidado que respiran los centros de la Obra. Y eso, aun en condiciones harto precarias y de comienzo, en tantas ocasiones.

El dolor, salvoconducto hacia Dios

Tras los acontecimientos gozosamente vividos en Roma al asistir a la beatificación del Fundador, la canonización de Josemaría Escrivá, el 6 de octubre de 2002, tan solo diez años más tarde, me encontré en una situación muy distinta. Junto a Pilar Useros, que había dejado su cargo en la dirección de la Delegación de Madrid y, de nuevo próximas, comenzábamos una nueva etapa en un Centro de la Obra cercano a la Plaza de Castilla madrileña; quizá la que más iba a influir en mi modo de comprender —y tratar de ofrecer a Dios— los acontecimientos de la vida ordinaria según el espíritu del Opus Dei.

Me había jubilado de mi trabajo hospitalario y del ejercicio clínico en 1999, al cumplir los 67 años. Y en esta coyuntura, aunque el tiempo que venía dedicando a mis tareas médicas había sido ocupado ya por otras muchas dedicaciones, se inician los síntomas de lo que, para Pilar, había de ser una larga y dolorosa enfermedad. Debo aclarar que nunca antes, en un intervalo de tiempo que supera los treinta años, la había conocido enferma. Pero esta vez, un aparente dolor molar que no cedió tras una extracción sino que se incrementó a lo largo de toda la rama inferior del nervio trigémino, obligó a una exploración mediante TAC cerebral, que se llevará a cabo en el Hospital Ramón y Cajal. Y allí, sobre la marcha, se descubre un tumor —teóricamente benigno— que se aloja sobre el ganglio de Gasser, origen del nervio trigémino sobre el que ejerce la presión causante del intenso dolor.

Acudimos, para llevar a cabo el tratamiento más pertinente, al Sanatorio ‘San Francisco de Asís’ en Madrid, porque tanto allí como en el Departamento de Neurología de la Universidad de Navarra, adonde también la acompañé, aconsejaron —dada la situación del tumor y la edad de la paciente— la radioterapia y no la intervención quirúrgica.

A lo largo del tiempo las incidencias fueron múltiples. Y para todas ellas San Francisco de Asís se convirtió en un punto de referencia. Pilar acusó primero una neuralgia de trigémino difícilmente soportable a pesar de los medicamentos. Fue un sufrimiento que sobrellevó durante meses con la categoría humana, la entereza personal y el deseo de no dar preocupaciones ni trabajo, que la han caracterizado siempre. Cuando aquello cedió, la segunda fase fue una parálisis facial, a la que se sumó, además, una intervención quirúrgica por fractura de fémur, consecuencia de una caída casi inevitable, dado su estado general. Todo lo cual obligaba a una medicación intensa, tratamientos y revisiones casi continuos... En definitiva, a una nueva situación de dependencia.

Las directoras locales de la Obra aconsejaron su traslado a una casa unifamiliar con jardín, en la zona nueva de Somosaguas, con la esperanza de que la umbría, el silencio y aquel entorno verde y apacible, pudieran aliviar algo su situación. Pero la limitación física fue incrementándose y muy pronto tuvo que recurrir a un andador, con el que ya no podía desplazarse sobre el césped del jardín. Por ello fuimos a un piso cercano, soleado y con terrazas, también en Pozuelo de Alarcón. Y, en efecto, la instalamos, en una habitación acondicionada a sus crecientes limitaciones, que había de ser su morada todo el tiempo que la voluntad de Dios quisiera conservárnosla con vida.

Los árboles de la Avenida de Europa, los jardines del entorno, las plantas... todo contribuye a crear un espacio grato, pero la enfermedad seguirá su curso: lentamente,

Pilar irá perdiendo la coordinación neuro-muscular para terminar en la inmovilidad casi absoluta.

Con la consciencia intacta, mantuvo siempre la misma serenidad: jamás una queja, una insistencia en referir malestares (que suele ser una constante en los enfermos crónicos), nunca una muestra de irritación o tristeza. Jamás. Agradecida a todos; educada hasta el último detalle y silenciando su propio malestar para no dar, a quienes la atendíamos y sufríamos con ella, más preocupación que la inevitable.

En concreto a mí, que de algún modo ejercí como médico de cabecera y coordinador de sus tratamientos especiales, me hizo siempre —¡qué bien me conocía!— la misma repetida recomendación: «Sé muy amable con todos». Es decir que tuviera paciencia, y que no exigiera nada especial para su cuidado o en su nombre.

La evolución cumplió holgadamente los diez años, y durante las últimas semanas, la pérdida de facultades fue total; de modo inexorable la enfermedad avanzaba hacia el final. Intentábamos, de mil modos, atenderla y hacer su vida más llevadera. De día y de noche.

Yo reconozco haber llegado a un gran agotamiento, porque no es posible permanecer psicológicamente incólume ante la destrucción imparable, lenta pero impredecible, de alguien a quien quieres muy de verdad y por quien experimentas una inmensa admiración, tanto en lo humano como en su probada categoría sobrenatural.

Murió el 10 de agosto de 2010, después de un silencio de tres días, en una desconexión neurológica final. Su rostro, desfigurado por la enfermedad, adquirió entonces una serenidad absoluta y —para quienes la queríamos y habíamos podido observar el paulatino deterioro— muy emocionante. Se la podía reconocer inmersa en un gesto de paz, como quien verdaderamente ha descansado en el Señor.

En el espacio acogedor del oratorio se situó el féretro, rodeado de grandes ramos de rosas blancas; Misas y sufragios presidieron la despedida de una mujer de quien teníamos la certeza de que estaba ya en la alegría inexpresable de la Presencia de Dios.

Durante las horas que precedieron al entierro, una constante llegada, día y noche, de personas de la Obra y amigos que permanecían en la ciudad durante estos días de agosto, protagonizaron una despedida sobria y profundamente entrañable, de oración por ella pero también a ella: encomendándole asuntos concretos, para que intercediera ante el Señor. También su familia acudió, como es lógico, desde Alicante y Albacete.

El funeral, que ofició el Vicario Regional del Opus Dei en España junto al que concelebraron varios sacerdotes, se celebró el día 1 de septiembre en Santa María de Caná, en Pozuelo. La iglesia estaba absolutamente llena, buena prueba de hasta qué punto Pilar era querida por cuantos la trataron. Su sobrina Elisa, mezzo-soprano con una espléndida y emotiva voz, añadió solemnidad a la celebración, interpretando música vocal clásica y algunas canciones tradicionales en la Obra.

Pilar se nos había ido. Pero ahí quedaban la emoción y la memoria imborrables de su trabajo y de su ejemplo de entrega, en tiempos de salud y en la enfermedad.

Decía, unos párrafos más arriba, que la canonización de san Josemaría, aquel 6 de octubre de 2002, había sido para mí especialmente entrañable: y es que allí, en la casa de

la Plaza de Castilla, teniendo Pilar la consciencia todavía intacta, seguimos ambas, a través de la televisión toda la ceremonia romana, recordamos los días de la beatificación y unidas, dimos gracias a Dios por lo más importante: Josemaría Escrivá de Balaguer, nuestro Fundador, estaba ya inscrito por la Iglesia en el canon de los Santos.

[47] Apuntes para una reseña biográfica de Dora del Hoyo: »De los Picos de Europa a la ciudad del Tiber«, Ana Sastre, publicado en *Studia et Documenta*, vol. 5, 2011.

[48] He oído también contar, con sentido del humor, sin dramatismos, las dificultades de aquellas mujeres, entre las que se incluía Dora, cuando llegaron a Roma para atender el Centro donde se habían instalado provisionalmente don Josemaría Escrivá, con don Álvaro del Portillo y algunos más: había que superar la barrera del idioma, adaptarse a costumbres diferentes y, sobre todo, bregar con las consecuencias de la posguerra mundial: escasez de alimentos, combustible y otros productos esenciales.

[49] Resultaba más económico, y desde luego, mucho más eficaz hacerlo así que recurrir a hoteles o alquileres. Además, Dora dejaba —sin pretenderlo— el buen ejemplo de su trabajo cuidado, en las Administraciones por donde pasaba.

[50] Vid. Mons. Javier Echevarría, cfr. Carta, Roma 23-X-2005.

[51] El 18 de junio 2012 se abrió su proceso de canonización.

EPÍLOGO

El día en que cumplí setenta y cinco años supe que había iniciado la fase final, y que los proyectos, en caso de avecinarse, ya serían siempre a corto plazo. Hasta entonces, la buena salud física y una considerable fuerza de voluntad me habían conservado en plena forma, capaz de mantener el ritmo de una exigente actividad profesional. Pero esta fue la frontera. Una cierta nostalgia, causada por la ausencia de amigos y compañeros —que lentamente iniciaban su desaparición— dejó caer sobre mí la evidencia de que la vida, la resistencia física, incluso el empeño y el carácter de aventura que algunos hemos tratado de mantener siempre, tienen un límite.

No interrumpí para nada mi ‘estar en activo’, pero sí iba asumiéndolo cada vez con más calma, seleccionando algunas dedicaciones que me mantendrían en la brecha aún varios años, si Dios me daba salud y fortaleza.

Y empecé a rebobinar, casi sin proponérmelo, circuitos del pasado que habían tenido especial relevancia emocional en mi vida. Generalmente, cuando los hechos se suceden en medio de la urgencia existencial en que nos movemos en este nuestro primer mundo; apenas queda tiempo de calibrar el desarrollo y las consecuencias de tanto acontecer diario. Ahora había llegado la ocasión de valorarlos y asumirlos con calma.

Nunca me he sentido «vieja» en el sentido negativo de la palabra: nunca desinteresada ante el fluir de la vida; cualquier idea que afectara al ser humano, a su transitar por este mundo —a su felicidad o sus fracasos— me ha vuelto a poner siempre en campaña. Apenas sé decir que no a la posibilidad de implicarme en cualquier propuesta digna que el entorno pueda ofrecerme. No tengo nostalgia alguna de la juventud, supongo que porque conservo dentro la fuerza y la ambición con la que siempre me he embarcado en los acontecimientos; sencillamente, sucede que el pasado tiene ya un peso considerablemente mayor que el futuro. Y porque me niego a empaquetar los recuerdos en el desván de la memoria. Estos siguen activos, y forman un todo con el ayer que ya pasó y el mañana que seguirá vigente hasta que Dios decida.

Al jubilarme, en 1999 —ya lo he mencionado— me mantuve durante un período intermedio aportando mi experiencia como asesor científico en empresas de nutrición: colaboraba en la selección de candidatos a becas y premios, en la organización de cursos o simposios científicos... Y allí aún tomaba notas, y trataba de aprender, tanto de la pasión de los más jóvenes como de la experiencia de quienes habían alcanzado la madurez y eran capaces de emitir la opinión más certera y objetiva en temas que podían

ser de gran importancia para la sociedad. Todo siguió así un ritmo intenso hasta que, las cosas por un lado y yo por otro, hemos decidido disminuir un poco más la actividad manteniendo tan solo alguna temática representativa para no cerrar de golpe el portón de una actividad profesional que había constituido el eje de mi existencia.

Por otra parte, la vida te pone cerca dedicaciones no previstas, como lo fue el atender de forma permanente a alguien con una enfermedad invalidante que evoluciona sin plazo definido. De cinco a siete horas diarias volcadas en la atención de un paciente grave, ¿acaso no representan casi una jornada de trabajo formal, en un hospital poblado de camas?... La diferencia está en el número de pacientes, pero no en la dedicación ni en la intensidad. Las circunstancias me han pedido, en un momento dado, volver a ser médico a pesar de mi renuncia voluntaria a ejercer como tal.

Es esta una experiencia —el drama del decaer y de la muerte de quienes nos son muy próximos— que bien puede resultar agotadora, ya que —a la atención material y profesional— se suma la implicación afectiva que se establece entre nosotros y aquellos a quienes atendemos. A esto se añade el coste moral que trae consigo la cercanía del dolor y del final de la vida, de toda vida. Porque, aunque creemos firmemente en un «más allá» que supera la enfermedad y la extinción definitiva, a veces se siente, junto al dolor que oprime por la permanente amenaza de perder a aquellos con quienes hemos compartido tanto y con tanta intensidad, un recio escalofrío al abordar la cuestión, ineludible, de la propia muerte... Recuerdo la paz, el detenimiento y el interés con el que leí y releí entonces la carta de Juan Pablo II a los ancianos, que vio la luz en 1999, precisamente el año en que me jubilé. Como dice el Santo Padre, «el don de la vida, a pesar de la fatiga y el dolor, es demasiado bello y precioso para que nos cansemos de él»...

Es verdad que, ante esta frontera, se pasa revista, llevando a cabo un inevitable balance en el que todo se mezcla: los momentos felices y los dolorosos, la ansiedad y la paz, la alegría y el destrozo. Y es también cierto que, salvo porque a la confianza unimos la visión trascendente —el abandono en un Dios que es Padre de toda misericordia— en modo alguno hubiéramos quedado incólumes.

¿Y mientras seguimos en esta tierra? Es reconfortante y sin duda positivo observar cómo Juan Pablo II va citando a los «importantes» ancianos cuyo ejemplo nos proponen los libros sagrados. Es como si nos dijeran: Dios nunca prescinde de la colaboración del hombre por la mera razón de su edad, ni por ninguna otra. Muy joven o viejo, ¡tanto da! el secreto está en las decisiones de su corazón y la transparencia de su alma.

Así Moisés, a quien Dios confía la misión de hacer salir de Egipto al pueblo elegido. Así Isabel y Zacarías, los padres de Juan el Bautista o a los ancianos Simeón y Ana, que durante tanto tiempo habían esperado la venida del Mesías... Todos ellos y tantos otros son buena muestra de cómo el Señor se sirve de la libre respuesta de sus criaturas en cualquier etapa de la vida, y —si esta respuesta es generosa y fiel— Él puede «escribir con la pata de la mesa» y gusta, además, de emplear «instrumentos desproporcionados para que se vea que la ‘obra’ es suya» (cfr. *Camino*, 475). En todo caso, y desde una perspectiva cristiana, la muerte es solo un paso para acceder a la verdadera Vida; y la

vejez, una preparación —tantas veces necesaria— para alcanzar ese desprendimiento final.

En algunos pueblos —observa el Papa— la ancianidad es tenida en gran estima y aprecio; en otros, sin embargo, lo es menos, a causa de una mentalidad que pone en primer término la utilidad inmediata y la tarea del hombre: es urgente recuperar una adecuada perspectiva desde la cual se ha de considerar la vida en su conjunto. Esta perspectiva es la eternidad, de la cual la vida es una preparación con significado en cada una de sus fases. También la ancianidad tiene una misión que cumplir en el proceso de la progresiva madurez del ser humano en el camino hacia la eternidad.

Me llenaba de paz su consideración sobre el vínculo entre generaciones, y cómo ello es lo que hace posible la existencia cohesionada de los pueblos y dota de seguridad —de raíces— a los individuos. Y si bien es cierto que el dolor está siempre presente en la vida, los cristianos tenemos el ejemplo de Dios hecho Hombre que comparte con nosotros incluso la muerte. Pero para alcanzar la vida eterna.

«El hombre no es solo atormentado por el dolor y la progresiva disolución del cuerpo, sino también, y aún más, por el temor a la extinción perpetua»[\[52\]](#).

Es obvio que ante múltiples situaciones que vivimos o vemos vivir a nuestro alrededor, mil veces nos resulta contradictorio el sufrimiento en algo que definimos como creación de Dios. ¿Cómo es posible? Aunque sabemos que la inocencia alegre de nuestro mundo se torció por el pecado, nos cuestionamos inquietos: ¿por qué muchas veces los más atacados son precisamente los justos y limpios de corazón?

Benedicto XVI nos asegura en la encíclica *Spe salvi* que, el haber recibido como don una esperanza fiable, fue sin duda determinante para la conciencia de los primeros cristianos —como lo sigue siendo para nosotros ahora—; gracias a ello podemos afrontar nuestras incertidumbres: «el presente, aunque sea fatigoso, se puede vivir y aceptar si podemos estar seguros de esa meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino».

Y es significativo cómo —precisamente entonces— nuestra mirada puede abrirse a la gente joven como destinatarios de esa esperanza que vivimos: con un deseo generoso, desprendido, de animarles a vivir a pleno pulmón, sin que les pasen nulos o inadvertidos esos momentos —irrepetibles— que son los años de cimentar sólidamente su vida. Y para ello es imprescindible el testimonio hasta el último día: «que nos vean vivir».

No; no es cierto que una persona mayor necesariamente haya de mirar a los jóvenes con hostilidad. Todo lo contrario. Encuentra en ellos la nostalgia de su primera etapa: diferentes ahora, pero igualmente vivos y apasionados por el futuro. Sabe que son la continuidad, la proyección de su propio horizonte. Y disfruta sembrando en su entorno el ánimo, el estímulo, la experiencia. Los que somos docentes de vocación y condición conocemos muy bien esta pasión por hacer entrega a los alumnos de todos nuestros conocimientos de modo estimulante, alegre, como un mundo abierto.

Hay algo que une la juventud y la vejez, como los dos polos de esa única realidad que es la trayectoria del hombre sobre la tierra. No es ni sensible ni inteligente un joven que no se siente atraído por la experiencia intelectual y emocional —casi estoy por decir que

cualquiera que sea el contenido— de una vida dilatada que tiene próxima, y que de algún modo anticipa lo que él será. Como tampoco es modélico un anciano que, en su sana capacidad intelectual, no se sienta atraído por la fuerza, el proyecto y los cambios sociales y personales que marcan el paso de una generación... aunque ello signifique que ha de tener la generosidad de cederles el paso.

En su «Carta a los jóvenes», Juan Pablo II escribía, explicitando razones para ese vínculo y tratando de ensancharles el alma:

«Todos nosotros miramos hacia vosotros, porque todos nosotros, en cierto sentido, volvemos a ser jóvenes constantemente, gracias a vosotros».

«Por eso, vuestra juventud no es solo algo vuestro, algo personal o de una generación, sino que pertenece al conjunto de ese espacio que cada hombre recorre, en el itinerario de su vida, y que es a la vez un bien especial de todos. Un bien de la Humanidad misma».

«En vosotros está la esperanza, porque pertenecéis al futuro y el futuro os pertenece».

«De esa actualidad, de su forma múltiple y de su perfil, son responsables ante todo los adultos. A vosotros os corresponde la responsabilidad de lo que un día se convertirá en actualidad junto con vosotros y que ahora es todavía futuro».

«Conviene que la juventud sea un crecimiento —insiste Juan Pablo II— que lleve consigo la acumulación gradual de todo lo que es verdadero, sereno y bello, incluso cuando ella esté unida desde fuera a los sufrimientos, a la pérdida de personas queridas y a toda la experiencia del mal, que incesantemente se hace sentir en el mundo en que vivimos».

También en el Opus Dei hay un respeto lleno de afecto y deferencia hacia los mayores, a la vez que una juventud de espíritu que continúa atrayendo a aquellos cuyas vidas se proyectan y se abren al mundo. La Obra es joven. Ha cumplido su ochenta y cinco aniversario, que es un periodo corto para una institución. Pero las primeras generaciones —gastadas en el esfuerzo por secundar a san Josemaría, y hacerse ellos mismos cimiento en que se sustentase por los siglos el querer de Dios— han envejecido mientras llegaban oleadas de nuevas y generosas respuestas, ¡tan variadas por sus orígenes, por sus ambientes, por sus costumbres!: de todos los continentes, de tantas y tan diversas culturas...— respuestas a la llamada de Jesucristo. Y ambos polos se han encontrado al recorrer un mismo camino, con idénticos ideales, más allá de situaciones o cambios en la sociedad.

Llegamos así al final de esta jornada que es la vida, cuantificada en años a veces largos, pero siempre breve en la inmensa renovación de todas las criaturas. Relativizamos entonces éxitos y fracasos, alegrías y dolor... Y al llegar a esta cima, es lógico volver la mirada atrás, hacer un examen del pasado, con sus yerros, sus fallos, pero también —gracias a Dios— con un amor intacto.

Desde muy joven me perturbaban las últimas preguntas. Aquellas que trascienden nuestra capacidad y solo se superan por la fe en que no hay verdad más cierta que la palabra de Jesucristo.

Desde el principio al fin, con la cortedad y torpeza de los principiantes, querría morir

diciendo: lo he amado todo apasionadamente por Ti. He podido sufrir con fortaleza porque Tú eras la empalizada que sostenía mi debilidad; he aprendido, con tu luz y mi pequeño esfuerzo, las maravillas de tu ciencia; he intuido el amor con la profundidad de los que estrenan corazón, dolido o feliz, cada amanecer.

Seguramente sucede con frecuencia que, en el ocaso de la vida, nos invade una cierta sensación de tristeza por no haber podido realizar todo aquello que hubiéramos deseado—incluso en el terreno de la propia entrega. Puede parecer que las circunstancias e incluso quienes nos rodeaban, han sido obstáculo para que pudiésemos lograr la plenitud a la que nos sabíamos llamados. Que tendríamos que haber logrado cimas más altas, haber andado mejor el camino. Recordamos entonces los sueños de juventud, los retos profesionales en la madurez, el territorio del corazón, que hoy nos aparece —tal vez— deshabitado en parte... Son engaños del Tentador, que siempre será —como criatura angélica que Dios creó— más inteligente que nosotros. Ya san Josemaría nos advertía que ese ojalá hubiera hecho esto o lo otro; ojalá no tuviera estas o aquellas circunstancias que me constriñen... — lo que él llamaba la «hojalatería»— puede confundir incluso al alma más templada y mejor dispuesta. Hay que atenerse, en cambio, a la realidad más concreta: al *ayer* que pasó —y fue como fue, sin que quepa resucitarlo— y al *hoy y ahora* que, por otra parte y con su ayuda, han sido de fidelidad al camino emprendido y de entrega a los demás a través de esa tarea ordinaria que primero fue una profesión brillante y luego... Luego un ocultarse y desaparecer, que es la auténtica y definitiva entrega. Porque no se trata de alcanzar la Presencia del Señor esgrimiendo una ‘hoja de servicios’ inmaculada. ¿Acaso podríamos alardear de algo ante Él? ¡Qué buena cosa es que nos sintamos nada, y menos que nada! ¡Gracias, Señor!

Cuando este preámbulo haya terminado, acoge Tú, Señor, mi alma entre tus manos. Y llévala a ese tiempo que pasa a ser eternidad, junto a Ti y junto a todos los que siempre he amado.

[52] Const. Past. *Gaudium et spes*, 18.

GALERIA FOTOGRÁFICA



María de Loreto y Ángel, padres de la autora, el 8 de enero de 1919.



Ana Sastre cuando tenía 6 años.



María Ángeles y Manolo (1924), hermanos de la autora.



El doctor Rafael Vara López.



Manuel Sastre Gallego, durante un acto académico en la Universidad de Granada.



Clínica Vara López en Burgos, donde trabajó Manuel Sastre en el equipo del Profesor Vara López.



Ana Sastre con su madre y Charito Olea en Santiago de Compostela (1960).



Premio Extraordinario de Doctorado. Preside el acto el Doctor Palanca, Presidente de la Academia de Medicina (1959).



Primeros tiempos clínicos en el pabellón “F” adscrito a la Universidad de Navarra. Sor Jacinta con la autora y con un grupo de enfermeras.



Concesión de la Medalla de Honor de Magisterio a María de Loreto Gallego (21 de diciembre de 1967).



Parte del equipo de la “Clínica Puerta de Hierro”, de Madrid, con el Profesor Enrique Rojas Hidalgo.



Con don Severo Ochoa, Premio Nobel de Medicina. La Granda (Asturias), 1987.



Juana Esteban y su hijo Andrés con la autora.



Con Carolyn Lenz en la Plaza de San Pedro el día de la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer



Durante una breve visita al primer centro del Opus Dei en Tallinn, Estonia (Fabienne Chmara, Cristina Amorós, Teresa Peña y María José García).



Con los profesores Santiago Grisolia y Serrano Ríos en la Fundación Valenciana de Estudios Avanzados (diciembre de 2003).



El equipo de trabajo de la unidad de nutrición en el hospital Ramón y Cajal y la autora.



Con el Ministro de Sanidad y representantes de la Sociedad Española de Nutrición, en la apertura de un congreso en Madrid.



Concesión del Huevo de Oro a Manuel Martín Ferrand (diciembre de 1999).



Con los asistentes al Congreso sobre Nutrition and Aging (Sevilla, junio de 2001).



© 2013 *by* ANA SASTRE GALLEGO
© 2013 *by* EDICIONES RIALP, S.A.,
Alcalá, 290. 28027 Madrid.
www.rialp.com

Conversión ebook: [MT Color & Diseño, S. L.](#)
ISBN: 978-84-321-4333-5

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Table of Content

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[Burgos: hora cero](#)

[I. Aquel día de junio](#)

[Un paréntesis trágico: la guerra civil](#)

[Crece en guerra](#)

[II. Ha llegado la paz](#)

[Valladolid: reconstruir la paz](#)

[Veranos en Castilla](#)

[Tiempo de colegio. Corren vientos de boda](#)

[Movimientos familiares](#)

[III. Años de formación](#)

[Un jefe llamado don Rafael](#)

[Reajustes familiares](#)

[Una frontera determinante](#)

[Madrid: destino final](#)

[San Carlos, nueva Facultad](#)

[El colegio mayor Santa Teresa\[4\]](#)

[Amistad y proyectos de vida](#)

[De nuevo «los míos»](#)

[IV. Dios interviene](#)

[Una noche en blanco](#)

[Separación costosa](#)

[Santiago: primera estación](#)

[En la Universidad de Navarra](#)

[La Escuela de Enfermería\[12\]](#)

[La vida sigue](#)

[V. Cambio de rumbo](#)

[Escuela de Administración \(EDA\)](#)

[¡A Roma!](#)

[Aquel proyecto](#)

[VI. Recomenzar](#)

[Regreso a la Medicina](#)

[Un golpe inesperado](#)

[Se abre una puerta](#)

[Desde la base](#)
[Dos años marcados: 1973 y 1975](#)
[VII. La continuidad](#)
[El último homenaje en la tierra](#)
[26 de junio de 1975](#)
[La llamada «Oficina histórica»](#)
[Un encargo inmerecido](#)
[VIII. Afianzamiento profesional](#)
[En el «Ramón y Cajal»](#)
[Una vida «sin precio»](#)
[Proyección internacional](#)
[Una mujer fuerte](#)
[Tiempo de caminar](#)
[Los Congresos Internacionales Universitarios \(UNIV\) \[36\]](#)
[IX. Hacia el ancho mundo](#)
[Congresos: progresar unidos](#)
[La jubilación: cambio de actividad](#)
[X. El 17 de mayo de 1992](#)
[Más allá del horizonte\[38\]](#)
[Publicaciones](#)
[Llamada de Roma](#)
[La hora de la ronda](#)
[XI. Una mente abierta al mundo](#)
[Caminar en armonía](#)
[XII. La vida como servicio](#)
[Dora](#)
[El dolor, salvoconducto hacia Dios](#)
[Epílogo](#)
[Galería forográfica](#)
[Créditos](#)

Índice

Portadilla	2
Índice	3
Cita	4
Prólogo	5
Introducción	7
Burgos: hora cero	7
I. Aquel día de junio	12
Un paréntesis trágico: la guerra civil	14
Crecer en guerra	16
II. Ha llegado la paz	23
Valladolid: reconstruir la paz	23
Veranos en Castilla	26
Tiempo de colegio. Corren vientos de boda	30
Movimientos familiares	36
III. Años de formación	38
Un jefe llamado don Rafael	38
Reajustes familiares	40
Una frontera determinante	42
Madrid: destino final	44
San Carlos, nueva Facultad	46
El colegio mayor Santa Teresa[4]	48
Amistad y proyectos de vida	52
De nuevo «los míos»	55
IV. Dios interviene	58
Una noche en blanco	60
Separación costosa	63
Santiago: primera estación	66
En la Universidad de Navarra	69
La Escuela de Enfermería[12]	75
La vida sigue	81
V. Cambio de rumbo	85
Escuela de Administración (EDA)	85

¡A Roma!	87
Aquel proyecto	90
VI. Recomenzar	92
Regreso a la Medicina	92
Un golpe inesperado	93
Se abre una puerta	95
Desde la base	96
Dos años marcados: 1973 y 1975	98
VII. La continuidad	101
El último homenaje en la tierra	101
26 de junio de 1975	105
La llamada «Oficina histórica»	106
Un encargo inmerecido	112
VIII. Afianzamiento profesional	116
En el «Ramón y Cajal»	116
Una vida «sin precio»	122
Proyección internacional	123
Una mujer fuerte	126
Tiempo de caminar	129
Los Congresos Internacionales Universitarios (UNIV) [36]	137
IX. Hacia el ancho mundo	140
Congresos: progresar unidos	140
La jubilación: cambio de actividad	143
X. El 17 de mayo de 1992	146
Más allá del horizonte[38]	147
Publicaciones	149
Llamada de Roma	151
La hora de la ronda	152
XI. Una mente abierta al mundo	161
Caminar en armonía	163
XII. La vida como servicio	167
Dora	167
El dolor, salvoconducto hacia Dios	171
Epílogo	175

Galería fotográfica
Créditos

180
201